SISTO CAMARA.

LA CUESTION SOCIAL.

EXÁMEN CRÍTICO DE LA OBRA DE M. THIERS

TITULADA

DE LA PROPIEDAD.

POR

SISTO CÁMARA.

Madrid.
Imprenta de José María Ducazcal. Plaza de Isabel II, núm. 6.
1849.

A mi querido padre.

Con *todo el respeto de un buen hijo dedico á V. esta obra, cuyo éxito moral me atrevo desde luego á predecir; será el siguiente:*

Tendrá por partidario á todo hombre que viva en la honradez, en la virtud, en el trabajo, en la sobriedad, recogido en su misma conciencia: á todo hombre de fé en el génio de los siglos, en los progresos sociales, en el porvenir, en la humanidad, en Dios.

Por enemigo tendrá á todo el que ha hecho, hace ó conciba puede hacer su fortuna de mala manera, por medios irregulares, violentos, ejerciendo industrias deplorables, ó esplotando el rico filon de la intriga y las pasiones.

El primero, hallará en ella la espresion enérgica de sus intereses, sentimientos y derechos.

El segundo, la enérgica protesta de sus manejos, torpezas y debilidades.

El uno, debe consultarla con detenimiento, y aprender lo que por casualidad ignore.

El otro, puede evitarse hasta el trabajo de leerla, si antes no depone su egoismo, y sale de los estrechos límites de su personalidad, del yo absoluto.

Aquel, me hará la justicia de creerme hombre de honradez, de probidad, jóven lleno de amor hácia todos sus hermanos, que lo son todos los hombres; amigo de la rectitud, del buen órden, de la verdadera paz.

Estotro, me honrará con los consabidos epítetos de utopista,

visionario, *tal vez de* anarquista, *quizá tambien de* ateo, *de* inmoral .. *en fin, quién sabe hasta qué punto se estenderán sus favores!...*

Ese es el mundo.

Y sin embargo, padre mio, ya lo debeis presentir; no es mi objeto defender tales ó cuales clases, estos ó aquellos intereses, sino todos los intereses y todas las clases; porque mi única pretension consiste en que el rico sea mas rico, y el pobre menos pobre; y en esto nada encuentro de revolucionario, ó debemos serlo todos en la buena acepcion de la palabra. Lo peor es que muchos no me comprenderán, no querrán comprenderme, y aquí está el mal.

Pero, á Dios gracias, me siento con valor bastante para arrostrar todas las resistencias y ceñir la palma del apostolado.

Voy á decir á los hombres la verdad.

Voy á dirigirles palabras de amor, de esperanza y de consuelo.

Voy á lidiar con un enemigo terrible, mas terrible y que me impone mas que el mismo Mr. Thiers: Las Preocupaciones, El Egoismo, La Hipocresía.

Quiere decir, que si en este apasionado tribunal resulto condenado, todavía me queda un recurso; pasar en segunda instancia al mas severo de la conciencia. Allí es donde espera justificarse y triunfar

SU QUERIDO HIJO

Sisto.

INTRODUCCION.

A consecuencia de estraviarse el genio contemporáneo hasta el grado de producir el caos moral mas espantoso; de peligrar los principios é intereses en que hasta aqui han descansado las instituciones humanas, y de marchar la sociedad moderna á rienda suelta á su disolucion, Mr. Adolfo Thiers, pretendiendo salirle al paso y contenerla, acaba de escribir un libro que ha adquirido publicidad europea, y cuya lectura ha recorrido todo el diapason de la escala social. Este libro se titula «DE LA PROPIEDAD», y su objeto mas inmediato, al parecer, es calmar la inquietud que ha llegado á apoderarse de los intereses creados por la revolucion, afirmándolos en su legitimidad; salvar los diversos materiales, restos del pasado, que se hallan amenazados por la turbulenta corriente del siglo, y rectificar las ideas que una falsa filosofía ha difundido entre la pálida multitud hambrienta. No puede ser mas noble el pensamiento de Mr. Thiers.

Y si es cierto que lo ha concebido, hecha completa abstraccion de su personalidad, bajo el punto de vista de la general conveniencia, esté seguro el filósofo de la gratitud de sus contemporáneos. En nombre de estos me creo facultado para darle desde luego las gracias, una vez que soy el primero á quien cabe el honor de analizar su libro, en cuerpo de obra.

Pero nada tiene que ver lo noble del objeto con haberlo ó no haberlo conseguido; nada que se haya propuesto despejar los nubarrones que encapotan la region de las ideas, si realmente no los ha despejado, ó por el contrario, los ha condensado mas y mas. Lo que puedo hacer y hago en semejante caso, es tributar respetuoso homenaje á la humanidad del pensamiento primitivo, á la escelencia de las intenciones. Ahora, respecto á la índole y desarrollo de sus principios, creo que el honorable Mr. Thiers me permitirá antes someterlos á la doble prueba del análisis y la síntesis, en el concepto de que, si la resisten, podrá blasonar de haber descubierto una gran verdad, la verdad social, y fijado un punto interesante en el campo de los conocimientos humanos. Entonces, no digo las generaciones presentes, sino tambien las venideras, le serán deudoras de un beneficio inmenso, de un gran progreso, y bendecirán su nombre.

Voy, pues, á pasar por el tamiz del análisis el libro «De la Propiedad.»

—Pero, se me dirá: ¿quién eres tú, pobre pigmeo, para acometer tamaña empresa? ¿Acaso ignoras el valor científico de Mr. Thiers, sus grandes talentos y justa celebridad?—No, responderé; no los ignoro; y tanto no los ignoro, que para que resalte mas mi conviccion sobre este punto, voy á haceros una confianza: escuchad.

Mr. Thiers es un hombre de mucha esperiencia; sus cabellos están emblanquecidos por cincuenta y tantos años de edad.

Yo soy un niño que empieza á inspirarse de los hechos contemporáneos.

Mr. Thiers se educó en Marsella con bastante comodidad; cursó el derecho en la universidad de Aix; cultivó las matemáticas, la geografía, la bella literatura y otros ramos del saber humano.

Yo he tenido mas inconvenientes para una educacion completa, y lo poco que sé lo he aprendido como por casualidad.

Mr. Thiers se familiarizó desde muy temprano con los grandes autores franceses del siglo XVI, XVII y XVIII, llegando á comentar con sumo talento á Montagne, La Rochefaucauld y La Bruyere.

Yo he sido completamente estraño á estos sublimes estudios hasta hace muy poco tiempo.

Mr. Thiers ha vivido siempre en las condiciones del genio; ha contribuido á confeccionar las leyes de su patria; ha presidido varios ministerios; levantado su voz en las grandes Asambleas; desarrollado en la prensa fuertes oposiciones; conquistado altos puestos en las Academias; escrito grandes historias; pronunciado brillantes discursos.

Yo no he hecho mas que escribir en cuatro periódicos, y publicar unos libracos, cuya buena aceptacion por parte del público no ha bastado, sin embargo, á convencerme de su mérito.

Mr. Thiers hace tres años que concibió y arregló el plan de su obra.

Yo necesito escribir la mia, apenas concebida, con suma precipitacion, por entregas.

Mr. Thiers tiene en pro su celebridad europea.

Yo tengo en contra esa misma celebridad y mi oscuridad completa; pues mi nombre creo que es poco conocido fuera del estrecho círculo de mis amigos.

Tal es *Mr. Thiers*; tal soy yo.

—Si, pues, lo conoces, se añadirá, ¿por qué pretendes elevar hasta el suyo tu pensamiento? oponer tus ideas nacientes á sus sublimes teorías trascendentales? erigirte en su censor?.. ¡Es una temeridad!—Sí, sí, volveré á responder; lo confieso: tal vez sea una temeridad, y me achique mas al lado de tan arrogante figura. Pero... qué quereis! Con harta franqueza protesto la desigualdad de armas con que acepto el combate! Y si tomo la pluma, no es por cierto en la loca esperanza de rectificar, por medio de un golpe de genio, de un esfuerzo de inteligencia, los descuidos que pueda haber cometido tan ilustre personaje. No; la tomo movido por... ¿si sabré esplicarme? por un alto sentimiento de caridad cristiana, de conveniencia social; por un esceso tal vez de humanidad; por un instinto superior que me rije en este momento y promete, como en secreto, guiarme, elevarme y sostenerme á la altura de las dificultades del siglo. Tratándose de una cuestion tan suprema, tan de vida ó muerte para el hombre, como que se roza con el misterio mismo de su existencia, y pretende revelarlo, casi me creo en el deber de contribuir á esa grande obra, á esa atrevida conquista, siquiera sea con el corazon, y tributar una ofrenda de amor en el templo de la humanidad. Permitídmelo, pues, con tolerancia.

Otra cosa tambien, si he de ser franco, ha

influido en mi determinacion: la idea de que Mr. Thiers participa, acaso sin saberlo, de esos sentimientos inferiores que generalmente engendra el esclusivismo de toda escuela filosófica; que representa en la República francesa los principios, las pasiones, los cálculos, los compromisos, los accidentes, la historia de un partido; que reasume en su individualidad los intereses, necesidades, tendencias y pretensiones de determinadas clases; que, en su pasmosa actividad, asiste todos los dias á la Asamblea nacional con su bandera en la mano, á las altas conferencias políticas, á la redaccion de un diario, á las cábalas de partido, á los vaivenes de la política esterior, á las peripecias de la interior; que vive, en fin, solo de los negocios públicos, en que tan fácil é insensiblemente suele el amor propio interesarse y creerse herida la susceptibilidad del filósofo. Estas condiciones no me parecen las mas favorables á estudios de órden superior, al frio exámen de la carta de los derechos humanos, ó habrá de resentirse precisamente de las circunstancias de actualidad que absorben la vida del pensador, y empeñan su razon en la via de deducciones violentas, á fuerza de ser parciales. Pero quiero que no sea asi; quiero que Mr. Thiers haya tenido la inconcebible virtud de emanciparse completamente de las influencias de la vida práctica cada vez que tomaba la pluma para escribir su libro, y de trazarse un nuevo círculo de especulacion teórica. Pues bien; aun en este caso no habrá podido evitar se le deslicen descuidos muy graves, teniendo en cuenta sus muchas y apremiantes atenciones. Y yo que vivo en una atmósfera templada, lejos de las pasiones que todo lo envenenan, contemplando sereno la vasta órbita en que giran todos los partidos, todos los

intereses, todas las ambiciones, todos los sistemas, acaso pueda señalar tales descuidos, evitando asi el estravío de la opinion y la indisciplina de las ideas.

De todos modos conste que, si por uno de esos milagros que no son de esperar, saliese airoso de mi empresa aventurera, castigando las doctrinas de Mr. Thiers, y algunas de las que últimamente le ha opuesto Mr. Luis Blanc, de antemano cedo toda esta gloria á mi querida patria: y si, por el contrario, me faltasen las fuerzas, ó el superior instinto que guia en este momento mi mas íntima actividad me dejára burlado, entonces no es justo comparta con nadie la responsabilidad; es mia, y solo mia, y, como tal, la acepto en todas sus consecuencias: no puedo hacer mas.

LA CUESTION SOCIAL.

LIBRO PRIMERO.

DEL DERECHO DE PROPIEDAD.

I.

De la sociedad moderna.-Origen del comunismo.

Muy satisfecho se muestra desde luego *monsieur Thiers* de la sociedad nacida á fines del último siglo, es decir, entre las ruinas del órden feudal. Parece examinarla en la belleza de su programa, sin tomarse la molestia de descender de la altura del testo á las realidades de la vida. Y esto, dispénseme el historiador del *Imperio*, si lo califico de *primer descuido*. Porque creo que el mayor progreso de nuestros tiempos consista en examinar las cosas á la luz de la conveniencia social, en sus relaciones con el individuo.

En efecto; eso á que el lenguage vulgar llama *positivismo*, y que la razon contemporánea eleva á la altura de un dogma, hace que el hombre eche una mirada sobre sí, se examine en sus necesidades, en sus recursos, y diga: «Soy, para mí, la primera persona contante en la humanidad. Este cuerpo, esta alma y esta inteligencia

que constituyen todo mi ser, y por medio de los cuales me pongo en relacion con mis semejantes, me manifiestan diferentes exigencias, exigencias á que no puedo menos de atender. El cuerpo, por ejemplo, me pide un vestido; este vestido puede ser bueno ó malo: la intervencion de los sentidos, refinados con el desarrollo social, me prescribe que sea bueno; quiero, pues, un vestido bueno. El alma es mi motriz; es la fuerza viva que agita mi materia y precede á toda reflexion; el tallo de las necesidades; fuerza me es, asi, satisfacer estas necesidades, para lo cual pongo en juego la inteligencia, regulador de los movimientos del alma. Voy, pues, á pensar de qué modo viviré en condiciones mas favorables á las exigencias de mi ser; cómo podré: primero, comer, vestir y alojarme bien, en lo que tengo de material; despues amar, ser amado, dilatar mi espíritu, conquistar la gloria de Prometeo, Pitágoras, Arquimedes, Copérnico, Galileo, Colon, Kepler, Newton etc., en lo que tengo de moral.»

Este es el hombre de nuestras sociedades: quien se lo figure de otro modo, tengo para mí que se equivoca, y es lo que sucede á Mr. Thiers.

En efecto; este ilustre personage, para hallar la causa de que en nuestro siglo se haya puesto en duda la propiedad, instinto natural humano, dice en su primer capítulo que existe un partido en Francia que, por distinguirse de los demas, *por hacerse mas visible*, ha dado en desde-

ñar las cuestiones políticas, y parece haber hecho apuesta de llevar á cabo una revolucion social; que para reformar una sociedad se necesita tenga esta algo de reformable, es decir, se necesita la materia; que esta materia la agotó la revolucion de 89, puesto que destruyó todos los vicios y gravámenes que bajo el órden feudal existian; que hoy el ciudadano goza ya de todas las garantías á que tiene derecho; y asi, que nada hay que tocar. Qué, lo dudais? Pues oidlo de su misma boca:

«¿Hay, en efecto, en alguna parte algun horno ó molino feudal que suprimir? ¿Hay alguna caza que no podais matar cuando viva de vuestras tierras? ¿Hay mas censores que la multitud irritada ó la dictadura que la representa? ¿Hay Bastilla? ¿Hay impedimentos de religion ó de nacimiento? ¿Hay alguno que no pueda aspirar á cualquier empleo? ¿Hay mas desigualdades que la del talento, que no es imputable á la ley, ó la de la fortuna, que se deriva del derecho de propiedad?»

. . . . . .

«Buscad, pues, buscad en esta sociedad deshecha y rehecha tantas veces desde 89, y os desafio á que presenteis otra cosa al sacrificio que la propiedad.»

Hé aqui la lisonjera idea que *Mr. Thiers* posee sobre la sociedad moderna, y que está manifestando hace cerca de 20 años.

Ahora bien; el lector de buen criterio, al llegar á este primer punto del libro *De la Propiedad*, con ese instinto de lo real que he dicho domina al hombre, naturalmente debe suspender por un momento la lectura, tender la vista por la sociedad, descender á su fondo, y esclamar bajo la impresion del triste espectáculo que habrá de ofrecerle: «¡Ah *Mr. Thiers*! Vuestra teoría es muy bella, sí, muy bella; pero si no pasa, al fin, de teoría! Si nada tiene de comun con los hechos! Si los hechos estan ahí, en el mundo, desmintiéndola á voces! La sociedad presenta á la vista del cristiano la organizacion mas viciosa y repugnante! Creeis que el hombre posee ya todas las garantías á que tiene derecho? Pues bien, decidme: ¿qué garantías os debe el venerable y desvalido anciano que se arrastra por esas calles, mendigando un pedazo del pan que echais á vuestros perros? ¿Qué garantías aquella desgraciada que oculta detrás de una esquina y entre los pliegues de un velo lúgubre el rostro que ayer acaso sonriera en la fortuna? ¿Aquel hermoso niño que vino al mundo sin padres conocidos y vive errante ó entregado á las venenosas influencias de la plaza pública? Y en el dominio de la produccion, Juan que es jornalero y representa en la sociedad la clase mas útil y numerosa, ¿con qué garantías cuenta el infeliz para asegurar el pan á su familia y evitar que en los rigores del invierno caiga con él en una miseria afrentosa? ¿para desarrollar

dignamente sus facultades y salir de una vida embrutecedora? para saborear esos derechos que por mofa parece que le dais? No es en verdad un insulto decir al hombre que pasa un dia y otro dia, un mes y otro mes, un año y otro año, hiele, llueva, nieve, ó el sol del estío abrase, siempre inclinado hácia la tierra, deformando su cuerpo, corrompiendo sus costumbres, desgastando su actividad, y que por castigo de un trabajo de tanta importancia, lo condenais al suplicio de oir los gritos penetrantes de su esposa y de sus hijos que piden vestido ó alimento; no es un insulto, repito, decir á este desgraciado: «*Puedes cocer el pan donde te dé la gana, matar la caza que viva de tus tierras, aspirar como otro cualquiera á los altos puestos del Estado; ya todos somos iguales?...*» Y esos obreros, bravos peones de la industria humana, que crean las maravillas que os asombran; que elevan esos palacios que encantan vuestros sentidos; que doman el hierro, los metales y las masas calcáreas, hasta el grado de apoderarse de vuestra imágen ¿qué garantías os deben para evitar que la semana próxima, tal vez mañana, por una crisis de las mil que produce vuestra fatal organizacion económica, por una máquina que los sorprenda, por la accion homicida de la concurrencia, por la baja sistemática del salario, por la quiebra de una casa de Londres ó Amsterdam, por un simple dolor de cabeza que les causen las emanaciones insalu-

bres del taller, por cualesquiera motivos, tengan que cruzarse de brazos, asistir impotentes á los lloros de sus familias, ó envolver sus miembros fatigados entre las sábanas calenturientas de un hospital? Aqui concluyen sus derechos? aqui su libertad? Pues entonces decid, y andareis mas cuerdo, que es el derecho y la libertad de morir desesperado!...»

«Pero no se limita tampoco á las numerosas clases productoras el mal de esta sociedad que creeis irreformable, no; se estiende, por desgracia, desde la base á la cúpula! Todos piden á voces garantías; garantías pide el pequeño propietario contra la accion contundente de los grandes; garantías la propiedad territorial contra las ejecuciones armadas del fisco y la invasion de la usura; garantías la moviliaria contra el flujo y reflujo de los valores; la produccion contra los movimientos varios del consumo; el consumo contra el desequilibrio de la produccion; el capital contra el capital y el trabajo; el trabajo contra el trabajo y el capital; cada uno contra todos, todos contra cada uno. Y si tendeis la vista á otros hechos; si contemplais el cuadro repugnante que ofrecen las costumbres contemporáneas y el desenfreno de la actividad individual, ¿creeis que puedan remediar tantos males esas quiméricas libertades escritas en el testo de las constituciones modernas? ¿Creeis de buena fé que el hombre ha conquistado ya el reconocimiento *práctico* de sus derechos, la satisfaccion real de sus necesidades,

el empleo armónico de sus inclinaciones, que se ha constituido, en fin, en su destino? ¿No oís ese lúgubre y aterrador gemido que sale del seno de las razas europeas, ese movimiento sordo é imponente que estremece el suelo que pisais, las instituciones que construís? Nada dice á vuestra alta inteligencia y quereis darle el caracter de una simple apuesta hecha por cuatro cabezas acaloradas?

No, Mr. Thiers; desgraciadamente no! Hay una gran suma de mal á que es preciso atender, si la sociedad moderna ha de salir del peligroso derrotero de las crísis políticas, económicas y sociales que resultan en cada saldo anual! hay que montar la máquina sobre ruedas mas seguras! que acudir en una palabra, *al dique del holandés!* ¿Quereis formar una idea clara de la organizacion actual? Examinadla, pues, desde el individuo; esto es, en la escala gerárquica de sus agregaciones. Ved al individuo en guerra con cuantas influencias le rodean, en guerra consigo mismo y con sus semejantes. Vedlo, observadlo bien, seguidlo de cerca en todos sus movimientos; notad cómo no sabe qué hacer de sí mismo, de su actividad, de sus facultades; se cree capaz de grandes cosas, de tomar el pincel de Murillo, la lira de Dante, el compás de Newton, la espada de Napoleon, y, sin embargo, la sociedad lo condena á que devore en silencio sus mas nobles energías, sus mas altas aspiraciones. El sentimiento

moderno llamado por los filósofos *individualismo* falseándole el corazon, lo coloca en duras y violentas condiciones. Cuanto mas daño haga, cuanto mas engañe, cuanto mas osado sea, tantas mas probabilidades tiene de vencer en la lucha que su personalidad empeña contra la masa. El grupo mas inmediato al individuo es la familia: ¿no habeis penetrado alguna vez en lo privado del hogar doméstico? ¿no lo habeis sorprendido en sus secretos? Veríais así la triste realidad social! Veríais cómo el materialismo, desplegando todos sus brios, envenena los sentimientos mas puros y quebranta los mas santos lazos! Veríais todo género de intrigas, de celos, de inquietudes, de rivalidades.... quizá de crímenes! La reunion de las familias forma los pueblos, que espresan el carácter y la lucha de las partes: los pueblos forman las naciones, resúmen general del espíritu que gerárquicamente les comunica el primer elemento. Vedlas, si no, devorándose en guerras intestinas; desperdiciando, como el individuo, la parte mas activa de sus fuerzas, como el individuo condenando sus facultades y empeñándose en movimientos contrarios á su naturaleza. Ved tambien cómo la mas fuerte, ó mas astuta, ó mas osada, subyuga á la mas débil, ó mas sencilla, ó mas prudente; y elevando así la vista á la magestad del conjunto, ved ese desasosiego general, esa general lucha en que vive y se revuelve el género humano, y decidme, con-

sultando la conciencia, si todo está tan bien que nada sea preciso reformar; si el movimiento de ascendencia social halló su término en 89; si los pueblos deben ya renunciar á toda mejora, y el génio moderno á todo género de especulaciones; si el destino del hombre, en fin, era conquistar este gran campo de ruinas, que no otra cosa es la sociedad que brotó la tormenta del último siglo.»

Esto, repito, dirá, si es franco el lector de buen criterio al comparar la teoría de monsieur Thiers con la práctica del mundo. Y tendrá razon; porque si bien la primera revolucion francesa destruyó los vicios del antiguo régimen, al cabo no hizo mas que destruir. Transportó al hombre del despotismo mas duro á la anarquía industrial mas completa; destrozó la antigua pesada máquina, sin sustituirla con otra buena ni mala; proclamó, sí, grandes principios; dió la fórmula del porvenir; pero con la victoria en una mano y la espada en la otra para acabar de esterminar el pasado, no tuvo tiempo de organizar la grande obra de la democracia, y se contentó con decir á esta: «he destruido de un golpe todos los obstáculos que se oponian á tu bien. Oprimida tanto tiempo el alma bajo el peso de la feudalidad gótica, puedes ya respirar con libertad. Consulta ahora bien tus necesidades, tus intereses; estudia el

modo de satisfacerlos; tuyo es el campo; no te dejes arrebatar el cetro, te he conquistado tres principios que deben ser la base de todas tus especulaciones; *organízalos.*»

Esto vino á decir la revolucion francesa al desbaratar los viejos diques que se oponian al desarrollo social, al desenvolvimiento regular de la actividad humana. Los pueblos entonces, pero en particular el pueblo iniciador, comprendió sus nuevos destinos, y celoso de tan gran victoria, inquieto y desasosegado con la idea de que aun pudiera reconstruirse un pasado, muerto para siempre, solo trató de asegurar la gloriosa conquista que habia de servir de punto de partida á las demas. Empeñado asi el espíritu moderno en las vias negativas de la protesta violenta y de la revolucion, inspirado por el genio de la guerra, olvidó ó descuidó encarnar en la vida de los pueblos los grandes principios de libertad y justicia proclamados sobre las mismas ruinas de la vieja sociedad feudal. Pero andando el tiempo y atendiendo al gran vacío de organizacion que resultára en los elementos sociales de la Francia, necesariamente este pueblo, con todos sus émulos, habia de ofrecer al mundo un fenómeno peligroso, un vicio capital, un gran conflicto.

En efecto; mientras que en la capa esterior de la sociedad se agitaba las cuestiones de formas, y se tocaba y retocaba las piezas del

nuevo organismo político, ved el alma industrial y comercial, cual se ceba en la libertad anárquica, en la loca espansion que le proporciona el tránsito de una organizacion injusta é inhumana á otra mas humana y mas justa. Ved los individuos que ya se ven libres del pesado yugo de los gremios y corporaciones, salir al campo de la industria, entregarse libremente á sus propias fuerzas y trabar una lid encarnizada. Pero esta lid era muy desigual; pero esta lid debia dar pronto vencedores y vencidos, nuevos señores y siervos nuevos; porque de un lado militaban el capital, los instrumentos del trabajo, el talento desarrollado por una educacion anterior, el crédito, los recursos de la mecánica, etc., y del otro no habia mas que el hambre, la desnudez, la ignorancia mas absoluta, y unos simples brazos que nunca podian luchar con las fuerzas artificiales. Para los unos era cuestion de aumentar su fortuna, de multiplicar sus goces, de estender su influencia; para los otros de cubrir sus carnes, de sacar del dia á sus familias, de no morir en un rincon ó en la repugnante cama de un hospital. ¿Se puede llamar á esto el derecho de la igualdad? ¿Para nada mas vino al mundo la revolucion francesa?...

Pero hé aquí que mientras todas las fuerzas sociales empeñadas en falsos movimientos se

chocan, se absorben y se anulan en el gran campo de la industria; mientras que cada dia se ve salir del taller á millares de infelices escuálidos, amarillentos y gastados, para implorar la pública caridad, en el gabinete del sábio se elabora el nuevo tipo de organizacion integral que habrá de remediar mas tarde tantas calamidades, y que no es sino la simple fórmula revolucionaria interpretada en su espíritu y llevada á su desarrollo mas social. Bien pronto la imprenta, instrumento poderoso del genio, se encarga de propagar bajo todas formas los grandes trabajos de especulacion teórica. Cuanto en nombre de una libertad anárquica y desenfrenada se habia hecho y se seguia haciendo, lo rechaza en nombre de una libertad fecunda y organizada. Claras inteligencias fijan la vista en las nuevas luces sociales, conocen sus yerros pasados, su fatal descuido, se estimulan, se empeñan en las vias de armonía, la nueva idea se estiende pasmosamente, sorprende con agrado al obrero en el taller, al desgraciado que empuña la esteva, al que reclina su cabeza sobre una piedra, á cuantos se hunden de las altas clases, á todos acoge en su seno paternal como á una gran familia de hermanos que yerran y se dividen por no pensar ni entenderse, á todos saca de su abatimiento halagando la necesidad social y vivificando las esperanzas que solo descansaban en las modernas tradiciones democráticas.

Y como la gloria de presidir este gran movimiento de rehabilitacion fuera tan seductora, ved cómo hay tambien quien en su sed de popularidad use el mismo lenguage de las masas; quien se encarne astutamente en sus intereses; quien adopte fórmulas violentas, pero adecuadas á su razon; quien predique en fin el Comunismo.

Si, pues, la propiedad ha llegado á ponerse en duda en nuestro tiempo, no hay que atribuirlo al capricho de un hombre ó de un partido. No; todo tiene su razon de ser: y á no existir un gran mal en la sociedad moderna; á no presentar esta el espectáculo aflictivo de esas legiones famélicas que recorren en desconcierto vuestras ciudades; á no suceder que por donde quiera que pasan las nuevas máquinas de guerra que multiplica la mecánica, van dejando millares de víctimas inocentes, estad seguro de que nunca hubieran salido á la superficie del piélago el nombre de un *Cabet* ó de un *Proudhom*; ó de haber salido, á un solo soplo de todos los intereses se hubieran sumergido en la vergüenza.

Pero una vez que es cierta la existencia del peligro; una vez que la propiedad se ha llegado á poner en tela de juicio, y perdido su antiguo carácter entre la multitud estraviada, ¿creeis de buena fé, Mr. Thiers, consolidarla y rectificar las ideas, diciendo al infeliz que sufre: «desengáñate; tu suerte no puede mejorar, harto lo siento,

pero no llegan á mas mis fuerzas; quien te diga otra cosa, ese es un malvado que pretende especular con tu desgracia. Ademas que ahora no tienes de qué quejarte; eres libre y gozas todas las garantías del ciudadano.» Creeis, repito, que esto baste á convertir por mucho tiempo al órden y á la resignacion al infeliz que ve morir de hambre á su muger y á sus hijos sin poder evitarlo; porque la sociedad desprecia su actividad, sus brazos, su valor material? ¿al que pone sobre las barricadas de junio á los hijos de sus entrañas por no verlos morir en la desesperacion, en la agonía horrible del hambriento?...

Pensadlo bien, Mr. Thiers! Por la posicion que ocupais, todavía podeis dar á la propiedad garantías mas seguras; todavía podeis hacer que sus mismos enemigos la bendigan y la acaten con fervor: pero no por vuestro método, que es negativo, sino analizando bien todos los derechos, consultando de buena fé todas las necesidades, y ayudando á producirse en la práctica al genio de organizacion, un tanto arrollado por las pasiones desencadenadas de los partidos estremos. Despues de haber hecho todo esto, estudiad imparcialmente las exigencias de los intereses creados y de los intereses que nacen; proteged su desarrollo; poned unos y otros en armonía; disponedlos para el bien recíproco: eso sí que es digno de un hombre tan ilustrado, de

un filósofo tan profundo. Lo demas es muy pequeño, sí, muy pequeño; y al sábio que para hablar á su siglo siguiera vulgares inspiraciones; que no abarcára en su atrevido cálculo mas que una parte de la sociedad, cierta cantidad de intereses; que su orgullo se resintiera, como sucede al mérito falso, de ver encumbrarse una nueva y lozana generacion de grandes pensamientos; á ese sábio, repito, no se lo podria perdonar, y ¡cuál te achicas! le diria: cómo te olvidas de quien eres! qué modo de reducirte! qué manera de eclipsarte!...

Hasta aqui respecto al espíritu dominante del capítulo que examino. Ahora respecto á la comparacion que Mr. Thiers establece entre la antigua sociedad y la nueva, descendiendo con él á los mismos detalles, copiando sus mismas palabras, y adoptando el mismo tono, le diré:

1.° Que si bien es cierto que *bajo el feudalismo la aristocracia de raza no pagaba el impuesto territorial*, en cambio pagaba el de *sangre*, pues todos los nobles servian al Estado en el ejército, al paso que la aristocracia moderna, la de los *títulos del tres*, si bien paga el primero, deja de pagar el segundo. Porque ¿qué son cuatro ó seis mil reales que cueste un sustituto, para un alto industrial, para un gran banquero que emplea en cualquier capricho una parte de las enormes ganancias del dia anterior? Nada. Pues bien, ya

teneis el privilegio reproducido. Pero esto es poco y dudais elevarlo á la altura de tal privilegio? Añadid entonces que la nueva aristocracia da al Estado con una mano lo que recibe con la otra; porque el Estado le concede en casi todos los paises industriales, y por consiguiente en Francia, una prima de proteccion por los productos de sus propiedades (minas, aceite, pastos, etc.), prima que equivale á la inmunidad del suelo, y de tanto influjo en la política general, que ha impedido la union franco-belga, y que la Francia haya realizado por un tratado comercial con el Zolwerein la alianza de la Europa central, garantía de la paz del universo. La prima indirecta de proteccion, acordada á los fabricantes de hierro franceses, que no pueden sostener la concurrencia con la produccion de Alemania, Rusia, Suecia, Inglaterra y Bélgica, hace pagar el hierro á toda la Francia, y notablemente á la agricultura, el doble de lo que valdria sin esta proteccion. Lo mismo sucede con los aceites, etc.

2.° Que si *no todos, por grande que fuera su talento, podian llegar á los destinos públicos, bien fuese por impedimento de cuna ó religion,* hoy sucede exactamente lo mismo, á ser otros los requisitos que se exige; *dinero, mucho dinero, ó gran favor.*

3.° Que si *existia entonces bajo el título de derechos feudales una multitud de dependencias*

cuyo origen no se fundaba sino en la usurpacion del fuerte sobre el débil, hoy es el monopolio el procedimiento fundamental de la industria, la piedra angular de las naciones.

4.° Que si *era preciso cocer el pan en el horno de un señor, moler el trigo en su molino, comprar esclusivamente sus géneros, abstenerse de cazar, etc.*, hoy es preciso comer el pan que se nos quiera dar, poco ó mucho, malo ó bueno, á pesar de los códigos municipales, que, bien mirado, tienden á favorecer el fraude; es preciso comprar los géneros que quieran vendernos. Respecto de la caza, es tambien un privilegio que se hace otorgar en Francia, como en otras partes, el dinero. Por una ley sobre el particular discutida en la antigua cámara de los Pares, se limita este derecho al individuo que posea cierta estension de propiedad territorial, es decir, á unos cien mil ciudadanos.

5.° Que si *no era permitido ejercer las diferentes industrias sino con tales ó cuales condiciones ajustadas al régimen de los gremios*, al menos tenia este por correctivo desarrollar y mantener en la industria los sentimientos de dignidad, de lealtad y decoro. La severidad de los estatutos de las corporaciones garantizaba al público contra el fraude. El mismo comercio francés ha gozado bajo el régimen de estos privilegios, que tambien rechazo, de una alta reputacion de lealtad en el interior como en el esterior. El pueblo,

bajo el nuevo sistema, no ha conseguido mas que poder ser robado y envenenado impunemente. Ademas, que la fabricacion sigue siendo el privilegio del dinero. El talento y la probidad laboriosa son todavía menos accesibles á ella que en tiempo de los gremios, en que eran muy buscados y recompensados los obreros hábiles.

Y 6.° Que si *existian aduanas de provincia á provincia*, nadie como el mismo Mr. Thiers ha descrito los graves inconvenientes que oponen á la fusion de todos los intereses de la Francia, los derechos protectores y prohibitivos de hoy, cuando dijo en las cámaras de la monarquía: «que no podia hacer la dicha de Burdeos sin labrar la desgracia de Lille.» La legislacion aduanera actual mata en Francia todas las industrias naturales, para proteger industrias sin vida, y sacrifica el Mediodia que produce vino y seda, al Norte que fabrica tejidos de algodon y lana. Burdeos, pues, reclama justamente que se restaure el gran cinturon de aduanas interiores que se ha destruido. Respecto á las gabelas y zarandajas *que hacian intolerable la percepcion del impuesto*, los arbitrios municipales y las contribuciones indirectas, sobre haber llegado á hacer de la sal, del vino y de la carne, artículos de lujo para la mayoría del pueblo, constituyen una administracion, un procedimiento inquisitorial que da derecho á los agentes del fisco, para registrar hasta lo mas sagrado. Hé aquí un modo de per-

cibir el impuesto, humillante, vejatorio, que provoca el fraude, y cuyos gastos de percepcion absorben mas de la cuarta parte del producto. Es decir que, con distintos nombres y formas, se han reproducido todos los vicios de la administracion feudal, y mezcládose con los inherentes á una sociedad en embrion, constituida en el acaso.

Pero concluiré señalando un descuido que tambien se le ha deslizado á Mr. Thiers en el capítulo 1.°, y que debe estar al alcance del talento mas vulgar. Ese descuido consiste en que, para probar mas y mas que nada puede ofrecerse hoy al sacrificio, como no sea la propiedad, derecho inviolable, añade:

«Asi es que en la noche inmortal del 4 de agosto, todas las clases de la nacion solemnemente representadas en la Asamblea constituyente, podian venir á inmolar alguna cosa sobre el altar de la patria. En efecto; todas ellas tenian algo que tributar; las clases privilegiadas, sus exenciones de impuestos; el clero, sus bienes; la nobleza, sus derechos feudales y sus títulos; las provincias, sus constituciones separadas. *Todas las clases, en una palabra, tenian algun sacrificio que hacer, y lo hacian en medio de una alegria inaudita.* Esta alegria no era la alegría de algunos, sino la de todos; la alegria del pueblo emancipado de las vejaciones de todo género; la alegria del tercer estado levantado de su postra-

cion; la alegria de la misma nobleza sensible entonces al *placer de hacer bien*. Era aquella una *embriaguez* sin límites, una *exaltacion de humanidad* que nos arrastraba á abrazar el mundo entero en nuestro ardiente patriotismo.»

Ahora bien; olvidemos por un momento la belleza de la forma, y reduzcamos á su valor efectivo la historia que se nos cuenta.

En primer lugar: *si todas las clases tenian algun sacrificio que hacer, y lo hacian en medio de una alegria inaudita*, ¿se digna *Mr. Thiers* esplicarme qué ser ideal ó qué ente de razon recogia esas ofrendas, representando la patria?.. Porque no concibo el sacrificio *general* independiente de la patria, asi como concibo perfectamente el sacrificio individual ó de una clase, en bien de la generalidad, ó lo que es lo mismo, *de la patria*.

En segundo: por mucho que *Mr. Thiers* use las bellas frases de *embriaguez*, *exaltacion de humanidad*, *placer de hacer bien etc.*, los intereses feudales fueron destruidos por el hacha sangrienta de una revolucion? Sí, ó no.—Sí.— Pues entonces segreguemos del párrafo anterior esas mágicas palabras; porque no se puede suponer tan gratamente *embriagados* á los vencidos por medio de la guillotina.

Y si violentamente se le arrebataron al clero sus bienes, á la nobleza sus títulos, etc., etc., ¿no es verdad, *Mr. Thiers*, que esto fue, por mas que vuestra elocuencia lo desfigure, un ataque

brusco á la propiedad?... Porque, segun el principio que sentais mas adelante, «*todo el universo ha reconocido, que cuando un objeto habia existido* TREINTA AÑOS *sin reclamacion, en manos de un individuo, ó de una clase, debe acabar por pertenecerle.*» Y algunos mas de treinta hacia que el clero poseía sus bienes, la nobleza sus títulos, etc... Hé aquí una pregunta que si os la hiciera un comunista, os pondria en confusion, por no ser franco y tratar de violentar la historia plegándola á vuestro sistema, en vez de plegar vuestro sistema á la historia, mal bastante comun, por desgracia, en nuestros filósofos y narradores.

RESUMEN.

Mr. Thiers cree que la sociedad está perfectamente organizada desde 89.

Yo creo que no está ni bien ni mal organizada; sino, lo que es aun peor, que vive como al azar.

Mr. Thiers cree que la revolucion social, para producirse, necesita la materia que *falta*.

Yo creo que la materia que *sobra*, será la que acabe de *completar* la revolucion.

Mr. Thiers pretende defender al rico, desesperando al pobre.

Yo preferiria pensar en cómo protejer al pobre, para asegurar *con fundamento* al rico.

Mr. Thiers atribuye á todos los reformadores modernos doctrinas antipropietarias.

Y yo, en nombre de los reformadores sensatos, que creen de buena fé en la ley del progreso humano, digo que la revolucion de 89 sí que fue un verdadero golpe de comunismo dado contra determinadas clases por los hoy llamados, quizá por antonomasia, *conservadores*.

II.

De los derechos del hombre.

La cuestion de los derechos del hombre puede llamarse la cuestion suprema. Si acertáramos á resolverla desenlazaríamos con la mayor facilidad el nudo de todos los problemas que hoy nos preocupan, porque seria la fórmula general orgánica que abrazára las dificultades parciales, y nos condujera por un método natural y sencillo á la esplicacion de todos los fenómenos. En efecto; ya no habria mas guerras, ni mas conflictos, ni mas confusion de deberes y derechos, ni mas diversidad social de razas, ni mas lucha individual, ni mas sufrimientos, ni mas caos. Una vez apoderados de ese importante instrumento, de ese conocimiento superior, de ese misterio; como el hombre, tomadas en cuenta sus diferencias fisiológicas, es el mismo en todas partes; es decir, como todos los hombres entran en la composicion de la gran familia humana, y constituyen su unidad viva, no habria mas que combinar desde luego el medio, la forma social,

el mecanismo mas conforme con el desarrollo y satisfaccion de esos derechos, hoy controvertibles. De esta inspirada combinacion resultarian irremisiblemente la regla de los deberes, la utilizacion de todas las fuerzas activas que desperdicia la especie, el desarrollo social de todas las inclinaciones, el empleo armónico de todas las facultades, el cumplimiento, en fin, del destino individual y colectivo. Porque, sociedad, tengo derecho á pensar, por ejemplo; es que entra en mi destino poder pensar, y en tu deber, *permitirme que piense:* tengo derecho á utilizar mis fuerzas; es que entra en mi destino poder utilizarlas, y en tu deber, *facilitarme el medio:* tengo derecho á tu proteccion; es que entra en mi destino poder ser protegido, y en tu deber, *protegerme.* Los derechos no son mas que la traduccion social del destino; el destino, la síntesis moral de los derechos; los derechos, la regla de los deberes; los deberes, la práctica regular de los derechos. Derechos y deberes, ley ó destino. Hé aquí cuatro palabras que, inseparables, forman el testo de la vida humana, de la vida social; la fórmula mas general y precisa del ser compuesto. Separadme una sola, la que mas os plazca, y no podreis concebir su existencia aislada de las demas; no podreis concebir el derecho independiente del deber, ni uno ni otro independientes del destino, como asi tampoco el destino independiente de una ley.

Si, pues, el conocimiento de los derechos nos llevaria á desenredar la madeja social, debemos hacer un esfuerzo por obtenerlo, pero un esfuerzo constante. En particular los hombres llamados á la gobernacion de los Estados, á presidir y regular el gran movimiento humanitario, atendiendo á las exigencias sociales, deben haber hecho un estudio muy sério y concienzudo de esos derechos; porque si no, mal podrán satisfacerlos; y de no satisfacerlos, mal podrán imponer deberes; y no imponiendo deberes, ó imponiéndolos sin ningun género de indemnizacion, y sí por la fuerza bruta, no podrá haber justicia; y no habiendo justicia, no habrá verdadera sociedad; y no habiendo verdadera sociedad, habrá un caos verdadero, un verdadero infierno. Porque, al fin, el salvaje de la Occeanía, con aquella traza de mono que tiene, recorre alegre y feliz toda la estension de la isla en que ha nacido; observa los movimientos del pescado, deshila unos juncos, y tejiendo una red grosera, lo saca del agua, lo come, se une á sus compañeros, forma un grupo, y articulando sonidos roncos, vaga satisfecho por aquellos vírgenes desiertos, atendiendo con libertad á sus exigencias animales. Este ser no piensa, no consulta su razon, aun no ha adquirido la conciencia de sus derechos; cuando mas, su ley es el instinto; goza de cuanto se le proporciona; obedece á su naturaleza; vive en paz con el medio

esterior, es feliz en modo simple. Y el hijo de la civilizacion no asi; el hijo de la civilizacion se distingue del bárbaro ó del salvaje, por un sentimiento que le han inspirado de dignidad, por cierta luz llevada sobre su conciencia, por una razon que funciona, por unos sentidos refinados, por un corazon que siente en escala mas elevada. Mientras el salvaje come contento los tubérculos, el civilizado procura siempre mejorar la confeccion de sus viandas, por el desarrollo del paladar; mientras el uno duerme tranquilo en el fondo de su gruta, el otro envidia la muelle cama de un señor; donde aquel encuentra todo, este nada encuentra, nada; la vida del uno rueda en un círculo reducido; la vida del otro abarca la inmensidad; es mas vida. Y á proporcion que la naturaleza se desenvuelve, á medida que el ser compuesto se perfecciona, va creando necesidades, y como para satisfacerlas tenga que recurrir á sus derechos, de aquí el no cesar de reclamarlos; porque su fiel corazon le dice en secreto que las necesidades fundamentales que siente, deben tomar aquel sublime nombre. Y si los que estan al frente de estos seres complicados, no los comprenden; si no interpretan bien sus manifestaciones superiores, ó si desoyen sus exigencias, es ponerse en continua escision y desacuerdo con ellos, es declarar guerra abierta á la naturaleza y al destino general, es empeñarse locamente en eclipsar

la estrella humana. Ninguna ley tendrá la virtud de armonizar elementos que desconoce; y como los derechos son el elemento de que deben derivarse todos los hechos sociales, allí donde no se conozcan, todo será caos y anarquía.

Profundamente convencido de esta gran verdad, continuaba leyendo el libro de Mr. Thiers, cuando llego al capítulo segundo, y tropiezo con este elocuente epígrafe:

«*La observacion de la naturaleza humana es el único método verdadero que se debe seguir para demostrar los derechos del hombre en sociedad.*»

«¡Bravo! recuerdo que no pude menos de esclamar: hé aquí una tésis digna de un grande hombre de Estado, de un filósofo no vulgar. Ahora descompondrá á nuestra vista con un talento admirable el ser humano, para que, viniendo en conocimiento de todos sus resortes, deduzcamos la ley superior que lo rige, y de la ley, los derechos. Veremos la base en que descansan todas sus teorías de gobierno, todo su sistema filosófico, toda esa ciencia que admira el mundo, y el mismo libro *De la Propiedad*. Gana tenia de oir á uno de los hombres célebres que estan á la cabeza de la civilizacion, la idea que tiene formada de los derechos humanos, ó lo que es igual, de la naturaleza humana, una vez que en esta vienen escritos aquellos.»

Sigo leyendo con entusiasmo, hasta que á los pocos renglones encuentro esta doctrina:

«Si hay, en efecto, verdaderas necesidades, las hay tambien falsas QUE NACEN DE LAS COSTUMBRES FALSAS.»

. . . . . .

«Las verdaderas necesidades constituyen los derechos.» . . . . . .

«Entonces falta saber cuáles son las necesidades verdaderas, y hacer el conveniente deslinde entre estas y las falsas; pero ¿cómo se consigue esto? Por medio de la observacion de la naturaleza humana.»

«La *exacta* observacion de la naturaleza es, pues, el método que conviene seguir para descubrir y demostrar *los derechos del hombre*.»

Acepto con mucho gusto ese método, porque creo tambien que es el único; pero no la prevencion con que Mr. Thiers se prepara al análisis de la naturaleza humana. En efecto; ¿quiere decirme tan ilustre personaje cómo es posible que encuentre en esta los vicios que atribuye á la sociedad, *á las costumbres falsas*? ¿O es que se propone examinar al hombre en sus resultados sociales, y no en el estado normal? ¿que pretende tomar los efectos por las causas? ¡Oh! no, no es creible; ese fuera un descuido imperdonable, una especulacion mezquina. Monsieur Thiers tiene el deber de rayar algo mas alto, de ponerse cuando menos al frente de las es-

cuelas filosóficas de su tiempo. Mr. Thiers no debe contentarse con evitar los efectos, del crímen, por ejemplo, sino el crímen en sí mismo, en sus causas. En el mundo moral no hay hecho mas conocido que el de la influencia del medio esterior. Aquel que atenta contra su vida, no es porque haya venido al mundo sin instinto de conservacion, sino porque, fuera de su naturaleza, hay una causa que lo impele á tan deplorable crímen. Si la embriaguez y otros vicios que cita Mr. Thiers, se encuentran comunmente en las clases inferiores, y muy rara vez en las altas, no por eso hemos de decir de un modo absoluto que la embriaguez es inherente á la naturaleza del pobre; pues si al nacer transportárais este ser á un palacio, y le dierais la educacion de un príncipe, veríais cuán distinto giro tomaban sus necesidades. Si aquel ambicioso de gloria que veis volar al combate, regar de sangre el campo de batalla, esterminar hasta con entusiasmo á sus hermanos, destruir imperios etc., hallára por recompensa de todo esto el baldon universal, y la gloria no se le ofreciera sino por el camino del trabajo, de las altas virtudes sociales, de los actos generosos, veríais la ambicion de ese hombre qué poco reparaba en los *medios* por obtener *el fin*, la gloria. Luego tampoco existe en la naturaleza, como dice monsieur Thiers, el vicio del combate, ó usando de su misma espresion, *la necesidad exagerada y cul-*

pable de los combates. Y si estuviéramos en el secreto de las causas que han puesto al hombre en las sangrientas manos del verdugo, ¡con cuánto mas motivo llorariamos su desgracia!...

Pero observo que estas reflexiones pecan de trivialidad, tratándose de un talento como el de Mr. Thiers, y solo una distraccion ha podido hacerle cometer semejante descuido en asunto tan delicado. Todavía espero que rectifique. Sigámoslo en sus especulaciones.

«Montesquieu ha dicho: «las leyes son las relaciones de las cosas.» Perdóneme este grande hombre; pero creo que hubiera hablado con mas exactitud, diciendo: «Las leyes son la permanencia de las cosas.»

Vean Vds. qué pequeñez separa á dos ingenios tan célebres. Yo soy menos escrupuloso, y dándoles á ambos la razon, digo: «Las leyes son las relaciones y la permanencia de las cosas.» Porque si aplicando Newton el hecho de la manzana á otro planeta, descubre la ley de gravitacion, prueba de un modo evidente la permanencia, al par que la relacion de las cosas. La permanencia; porque la ley hubiera existido eternamente aunque nunca se descubriera; y las relaciones, porque, prescindiendo de los grandes datos que en este siglo se ha adquirido sobre la *Analogía universal*, la misma ley que rige nuestro sistema planetario, rige todos los cuerpos graves; lo que implica correlacion sistemático-general.

Pero sigamos á Mr. Thiers al análisis de la naturaleza humana, y sabremos nuestros derechos.

«Yo observo al hombre, le comparo con el animal, y veo que lejos de obedecer á vulgares instintos, como, por ejemplo, comer, beber, copular y dormir , despertar y volver á hacer lo mismo, sale de estos estrechos límites, y á este sistema de vida añade otro mas noble y mas complicado; tiene un entendimiento penetrante, y con este entendimiento combina los medios de satisfacer sus necesidades; entre estos medios elige los que le parecen mejores, y no se limita á coger su presa al vuelo como el águila, sino acechándola como el tigre; cultiva la tierra, prepara sus alimentos, tege sus vestidos, cambia lo que ha producido con lo que ha producido otro hombre; comercia, se defiende ó ataca, hace la guerra y la paz, se eleva al gobierno de los Estados, y subiendo mas alto todavía, llega al conocimiento de Dios. A medida que avanza en estos diferentes conocimientos, se gobierna menos por la fuerza bruta y mas por la razon, es mas digno de participar del gobierno de la sociedad de que es miembro; y todo esto considerado, despues que ha reconocido en sí esa sublime inteligencia que se desarrolla ejercitándose; despues de haber visto que, impidiéndole su ejercicio, se la hago perder, *lo rebajo, lo hago desgraciado y casi digno de su desgracia, como*

el esclavo, esclamo y digo: «El hombre *tiene derecho de ser libre*, porque su noble naturaleza, exactamente observada, me revela esa ley de que el ser que piensa debe ser libre; como la manzana al caer reveló á Newton que los cuerpos graves tendian los unos hácia los otros.»

«*Desafío á que se me presente otra manera de probar los derechos, que no sea la sana y profunda observacion de los seres. Cuando hemos observado bien su manera de existir, deducimos la ley que los rige, y de la ley* DEDUCIMOS EL DERECHO.»

Perfectamente: *observando bien los seres, su manera de existir, sorprendemos la ley que los rige, y de la ley el derecho.* Este es un principio que debe Mr. Thiers sostener con consecuencia. Pero veamos si es mucho el camino que nos ha hecho andar para la gran conquista á que nos ha convidado. Veamos si ha arrancado ya á nuestra vista algun derecho á la naturaleza humana...

Sí; ya nos ha descrito el ser inteligente y combinador, y demostradó el derecho que tiene á pensar con libertad, á ejercitar sus facultades intelectuales. Es verdad que con alguna violencia ha obtenido este derecho; porque no se lo concede sino á los que se hallen en posicion de instruirse y alimentar su inteligencia; á los demas, él mismo lo confiesa, *los rebaja, los hace desgraciados, como el esclavo*, y esta, por de

pronto, es una fatalidad. Y como á medida que se ilustra es *mas digno el individuo de participar del gobierno de la sociedad*, quiere decir, que tampoco á este derecho puede aspirar el condenado por la sociedad misma á condiciones opuestas al desarrollo de la inteligencia, y entonces el derecho general, monopolizado por el menor número, toma el carácter de *privilegio* con todos sus inconvenientes.

Pero contentémonos con el *principio*, que al fin es algo, y sigamos, sabremos los demas derechos que nos pertenecen; quizá quedemos contentos.

«Todos los seres tienen leyes en este universo, asi los morales como los físicos; pero las leyes de los primeros son las que constituyen los derechos. *Despues de haber observado al hombre, veo que piensa, que tiene necesidad de pensar y de ejercer esta facultad; que, ejerciéndola, se desarrolla y engrandece, y digo que tiene derecho de pensar y hablar,* porque pensar y hablar es una misma cosa. Yo *se lo debo,* SI SOY GOBIERNO, *como á un ser que sabe lo que es, que tiene un sentimiento de su derecho, que es igual mio, á quien doy lo que sé que se le debe, y que recibe con orgullo lo que sabe que le pertenece.* En una palabra, siempre resulta el mismo método, es decir, la observacion de la naturaleza humana. *Veo que el hombre tiene tal facultad, tal necesidad de ejercerla, y digo que es preciso*

darle el MEDIO. Y como la lengua humana revela, en sus infinitos matices, los matices infinitos de las cosas, cuando se trata de un cuerpo grave, digo que tiende á gravitar, porque es impulsado á ello: hablando del perro, digo: no lo maltrateis, porque siente vuestros malos tratamientos, y su amable naturaleza no los ha merecido: si hablo del hombre, mi igual ante Dios, digo: *tiene derecho*, y su ley toma esta palabra sublime.»

Descansemos un instante para ver si nos hallamos ya con algun otro derecho.

Sí; hemos, en verdad, adelantado algo y parece que no. Aunque el párrafo anterior versa en su mayor parte solo sobre la libertad del pensamiento, hé aquí que su autor formula en *derecho* con suma valentía, toda facultad que requiera ejercicio, ó lo que es enteramente igual, que necesite ser ejercida. De manera que lo que yo saco de esto mas en limpio, es ver á Mr. Thiers hecho un socialista consumado; porque los socialistas franceses fundan en ese principio todas sus teorías de reforma. En efecto, con tal fé profesan estos filósofos la doctrina que sienta Mr. Thiers, que sacándola del dominio original de la naturaleza humana, la siguen en todos sus desarrollos y relaciones con la naturaleza social, con el medio esterior, con la vida económica del ser. No otra cosa dió nacimiento á esa célebre fórmula de nuestros tiempos: *el derecho al trabajo*·

Es la misma doctrina *socializada*, si se me permite la frase. «*El hombre*, dicen sus partidarios, *tiene la facultad del trabajo* (1) *y una necesidad apremiante de ejercerla, tan apremiante como que si no, muere de hambre; es asi que el grado de las necesidades de nuestra existencia constituye los derechos, luego el hombre tiene el* DERECHO AL TRABAJO, *y el gobierno se lo debe como á un ser que sabe lo que es,* QUE TIENE UN SENTIMIENTO DE SU DERECHO, *que es igual suyo, á quien* DA LO QUE SABE QUE SE LE DEBE Y QUE RECIBE CON ORGULLO LO QUE SABE QUE LE PERTENECE.»

(1) Pongo este ejemplo por ser el derecho que se disputa sobre las barricadas, y por tanto, el que reclama mas urgente reconocimiento. M. Bourbeau presentó hace poco á la Asamblea nacional un informe acerca del número de jornaleros, operarios, etc. que existian en Paris sin hallar trabajo, y de las cantidades que serian necesarias para remediar en lo posible tanta indigencia. Casi la tercera parte de la poblacion está condenada á mendigar ó vivir miserablemente á espensas del gobierno! Hé aqui el cálculo del informe:

Meses.	Número de almas.
Octubre.	263,000
Noviembre. . . .	263,000
Diciembre. . . .	280,000
Enero.	300,000
Febrero.	300,000
Marzo.	300,000
Abril.	280,000

Esta última cifra es la mas comun en épocas de paz, aunque ya se ve que antes de la revolucion de febrero ascendia á 300,000. En el citado informe se propone que á cada menesteroso se le dé á razon de 20 mrs. diarios! Es de advertir que en el cálculo de M. Bourbeau no entran los hospitales, hospicios y demas establecimientos de beneficencia, atestados de infelices.

Vean Vds. por dónde nos hallamos á monsieur Thiers militando en las filas de los llamados, por sentar semejante principio, *enemigos de la propiedad, del órden público, de la familia, de la sociedad; nuevos bárbaros que amenazan invadir la civilizacion, y convertirla á la vida nómada ó tártara.* Porque no creo que la necesidad de trabajar para ganar el mísero sustento entre en el órden de las que Mr. Thiers califica de *exageradas y culpables,* mucho mas cuando en el mismo capítulo la legitima, adhiriéndose á la opinion de ciertos filósofos, cuando dicen del hombre: «hay necesidad de moverse libremente, DE TRABAJAR PARA VIVIR, de pensar, y cuando ha pensado, de hablar segun su pensamiento; resulta, pues, que tiene EL DERECHO de hacer todas estas cosas.» Semejantes necesidades, repito, las distingue muy bien de las que, á renglon seguido, llama *necesidades falsas;* por consiguiente, no debe quedar duda alguna de que este célebre personage reconoce en *principio el derecho al trabajo,* aunque lo combata *en hecho.*

Pero prosigamos, porque esto no puede ser tampoco sino un descuido propio de un hombre de tantas y tan graves atenciones. Ya tengo impaciencia por que descorra á nuestra vista todo el velo de la naturaleza humana, para conocer mis derechos fundamentales.

«Partamos, pues, del principio de que la pro-

piedad, como todo lo que es del hombre, llega á ser un derecho (1): derecho bien demostrado si la observacion de *la sociedad* (2) revela la necesidad de esta institucion, su utilidad y conveniencia, y si pruebo, en fin, que es tan indispensable á la existencia del hombre como la misma libertad.»

Así concluye el capítulo segundo del libro que examinamos; y creyendo el lector inteligente que el autor volverá sobre sí, es decir, sobre las vias que prescribe el método analítico en cualquiera ciencia, y de que se ha salido como por la tangente, acudirá en seguida al capítulo tercero, y al ver que Mr. Thiers sigue desentendiéndose completamente de todo compromiso, y que no se vale de la naturaleza humana sino para buscar un dato particular, que necesita, como yo esclamará defraudado y resentido:

«¿Y mis derechos, *Mr. Thiers?* y los derechos del hombre? y la naturaleza humana? y la cuestion general? y las cantidades positivas? ¿Conque despues de tanto ruido con los derechos y la naturaleza, no nos mostrais ni la naturaleza, ni los derechos, ó cuando mas, quereis mostrarnos uno solo de los dere-

(1) Aquí ha debido estraviársele á Mr. Thiers alguna cantidad de manuscrito, porque sin concluir de sentar la cuestion general, particularizarse con un derecho es dar un salto de trampolin.

(2) Yo creí que de *la naturaleza*.

chos, y un resorte *secundario* de la naturaleza? ¿Conque huis la dificultad del problema? conque nos dejais burlados? Oh! esto es ya muy serio! Vuestros otros descuidos, aunque tan graves, se os pueden perdonar. Pero aquí hay algo mas que un descuido; aquí empieza á falsear necesariamente toda vuestra obra! ¿No decís en el prólogo *que vais á poner la mano sobre los cimientos de la sociedad? ¿Que el mundo está minado por una falsa ciencia; que es preciso defenderlo contra peligrosos sectarios?* ¿Pues cómo lo habeis de salvar venciendo á esos peligrosos sectarios, si no acudís al campo en que se hallan colocados, esperando el combate? ¿No sabeis que toda esa falsa ciencia descansa en el conocimiento verdadero ó erróneo de la naturaleza humana, que sobre esta hace todas sus especulaciones? ¿Cómo, pues, probarles que se equivocan; cómo vencerlos, digo, si no osais penetrar en su campo, mucho menos presentarles la batalla? Eso que haceis, lo condena la buena estrategia. Pretendeis atacar de un modo innoble, sorprender astutamente un flanco... no os envidio el laurel de la victoria!»

Esto, repito, dirá el lector de buen criterio al observar el sesgo que tan súbita como violentamente ha dado Mr. Thiers á la cuestion, dejándonos colgados de la esperanza que nos hiciera concebir.

Pero hay mas; aunque *los sectarios peligrosos*

no deriváran su ciencia de la naturaleza humana, y aunque por ser la Propiedad el primer objeto del libro de Mr. Thiers, se creyera este grande hombre en el caso de emanciparse de la dificultad, ¿le parece que obrando asi, llegará á obtener un resultado completo? Seria un error; porque no se puede considerar una cuestion aislada, independiente de las demas con las cuales se enlaza de una manera íntima y forma un todo superior. Tal método es muy vicioso. Si un astrónomo afirmase, porque habia resuelto una parte del problema, tratándose, por ejemplo, de la atraccion sideral, que esta obra *en razon inversa de los cuadrados de las distancias*, y otro, con el mismo motivo, sostuviese que no, que obra *en razon directa de las masas*, jamás se entenderian si no llegára un Newton y les dijera: «Eso es disputar en el vacío; cada uno de vosotros ve una faz de la verdad, pero ninguno en su armonioso conjunto. La atraccion no obra aisladamente *en razon directa de las masas, ni inversa de los cuadrados de las distancias*, sino que obra al mismo tiempo en *razon directa de las masas é inversa de los cuadrados de las distancias.*» Entre los políticos, uno sostiene con calor la causa de *la libertad*, porque ha entrevisto la verdad á medias, y el otro por la misma razon, es capaz de sacrificarse por la causa *del órden*; yo estoy seguro de que cuando se descubra la verdad política, constará de aquellos dos principios

inseparables. Tratándose de la cuestion social, sucede lo mismo; uno afirmará que la propiedad es el derecho mas sagrado, y otro dirá que nada hay tan sagrado como el derecho de vivir con el fruto de su trabajo.—Sí lo hay.—No lo hay.—Y tendrán razon á cual mas; pero, sin embargo, disputarán con encarnizamiento; en su esclusivismo jamás podrán entenderse; nos proporcionarán cuando menos una revolucion por año y otras lindezas, hasta que el génio de la Verdad venga y les diga: «No seais insensatos; sin derecho de propiedad no puede haber derecho de vivir, porque la propiedad es la vida; como sin derecho de vivir, no puede haber derecho de propiedad. Las dos cosas forman un cuerpo indivisible, como el cuerpo humano, del que no podeis quitar ni poner un solo miembro. Los intereses creados son el hombre que ya ha desarrollado sus formas; los intereses que nacen, son el niño que empieza á vivir. ¿Hemos de decir por eso, que para que el niño se desarrolle no hay mas remedio que acabar con el hombre ya formado? ó para que el hombre ya formado pueda conservarse, que es preciso combatir la naturaleza del niño? Cualquiera de las dos ideas seria un absurdo, una aberracion que degradaria el entendimiento humano. Si el hombre tiene el derecho de conservarse hasta que Dios disponga otra cosa, y el niño de desarrollarse bajo el triple aspecto de ser físico, moral, é inteli-

gente, respetad los dos derechos una vez que lo son; desarrollad sus mútuas facultades; poned en armonía los intereses nacientes con los intereses creados, y no permanezcais en esa lucha tan indigna, que os rebaja. Garantizadle al uno el derecho de vivir y de crear, al otro el derecho de conservar lo que ha creado; lo demas es atropellar egoista y antisocialmente uno de esos derechos, en provecho esclusivo del otro; es atacar la naturaleza del niño ó la del hombre, para que pueda vivir cualquiera de los dos.»

En el mismo caso estamos con Mr. Thiers; se conoce que este célebre personaje, al ponerse á escribir su libro, ha dicho resueltamente: «Voy á defender en sí mismo *el derecho de propiedad* contra los partidarios *del derecho de vivir*.» Y esto ya vemos que no resuelve alguna cuestion y que no es empresa digna de un grande hombre que desde luego, y con suma arrogancia, nos ofrece *poner la mano sobre los cimientos de la sociedad*. Porque no se necesita ser muy avisado, para conocer que el terreno que pisa Mr. Thiers está bastante á la superficie. Muy al contrario fuera si, descendiendo al fondo de la naturaleza humana, hubiera escrito allí, en lo mas hondo, la carta general de los derechos del hombre, y subiendo luego despacio y observando todo el movimiento social con su ley de ascendencia y fenómenos subversivos; comparando, juzgando,

demostrando, nos hubiera hecho adquirir la conciencia clara del hombre, de la sociedad, de la historia, del universo, del destino general, y dotado á su siglo de un monumento de grandes ideas fundamentales, de una verdad matriz, de una fórmula general para resolver todos los casos particulares. Pero encerrarse en ese círculo tan estrecho; no pasar de un bando el límite de sus especulaciones; contentarse con darle vueltas y mas vueltas á una verdad vulgar, sin obligar su génio poderoso al descubrimiento de nuevas verdades... oh! eso es tener muy poca ambicion y no querer títulos á la inmortalidad; es no hacer ningun gran servicio á su pátria ni á la sociedad, en momentos tan de prueba; es confundirse y hacer que lo perdamos de vista entre la multitud de publicistas contemporáneos.

Porque no creo que Mr. Thiers en esos cuatro rasgos que ha trazado, haya pretendido describirnos el hombre y sus derechos; y si así es, digo desde luego que no lo he reconocido: ese no es el hombre con que hablo todos los dias, á que me asocio, con quien me entiendo; no es el hombre que veo cruzar por las calles y paseos, el habitante de todas las zonas y hemisferios; no es, en fin, el hijo de Adan, ó subiendo mas alto, el hijo de Dios. El carácter que en tal caso nos da por tipo Mr. Thiers, es el de un simple mecánico, especie de agente de negocios, máquina activa que funciona mucho; en una pa-

labra, es el hombre por fuera. Y como en cuestiones de esta naturaleza se debe preparar antes bien el terreno sobre que se va á pisar, soy franco, no me comprometo á conducir á mis lectores por la insegura senda que abre ante nosotros Mr. Thiers, sin tomar una brújula que nos sirva de guia, un instrumento que nos facilite el paso, una luz que nos ilumine en las tinieblas en que presiento va á sumirnos este personaje. Ya que no ha tenido á bien observar el método obligado que ha propuesto, y arbitrariamente quiere resolver la cuestion de la Propiedad, voy á ensayar llenar semejante vacío, sujetando este derecho á la fórmula general y unitaria de que depende; es decir, voy á sentar la cuestion social en toda su generalidad, á poner á la obra de Mr. Thiers los cimientos de que carece. Así como así llego á tiempo, y me da por otra parte grima que, estando tan brillantemente escrita, carezca de la unidad de plan y consistencia que le asegurarian larga vida.

Dispense, pues, el lector, si antes de llegar al capítulo tercero, le obligo á que, siguiéndome, asista á la construccion de esos cimientos. ¡Dios quiera que los eche tan buenos como la obra de Mr. Thiers merece!

BASES PARA LA CUESTION SOCIAL.

La exacta observacion de la naturaleza humana, es el método que conviene seguir para demostrar los derechos del hombre.

THIERS.

Se trata de los derechos del hombre: se trata de arreglar sus diferencias, de satisfacer sus necesidades; lo pide á voces. Sin duda que la sociedad moderna le ha herido el resorte mas esencial y sacádolo de su antiguo modo de ser y de vivir; que lo ha elevado en la existencia moral; que ha ensanchado el horizonte de su comprension; que le ha inspirado la conciencia de lo que vale, y rebajádolo en el órden material, en los medios de sostenerse á aquella altura. Segun el espectáculo que hoy presenta el mundo; segun la lucha que bajo todas formas y en todas esferas se produce; segun esa inquietud elocuente del género humano, estamos avocados á algun gran suceso; no hay que dudarlo. Las naciones, como los individuos, piensan mucho,

trabajan mucho. En cualquiera parte que me coloque, veo grandes masas humanas muy ocupadas en mejorar su suerte. Parece que la naturaleza les inspira alguna grande esperanza, que les ha hecho alguna importante revelacion. Cuanto lleva el sello del tiempo, no pasa adelante; aqui perece. Las viejas instituciones son débiles cañas que se lleva el viento, ó bambolean; las costumbres estan desconocidas; las creencias, aniquiladas; los intereses en guerra; los derechos, en cuestion; las pasiones embravecidas: ¿qué es esto? ¿Qué significa ese alboroto infernal de todos contra todos? ¿Qué génio perturbador conmueve asi el alma de los pueblos civilizados? ¿Quién falsea todos los resortes en que descansa un mundo?...

Aqui el filósofo, es decir, el hombre que consagra su entendimiento y su vida al estudio de los fenómenos sociales, debe abstraerse completamente á todo roce íntimo y esclusivo con las cosas del momento, acallar sus preocupaciones, recoger toda la fuerza del pensamiento embebida en los detalles, y con la razon y la conciencia libres de todo influjo social, elevarse á la altura misma de la creacion y preguntar á Dios en sus obras, cuáles son las funciones de esta inquieta y revoltosa raza en el órden general del universo: si entra ó no por algo en la composicion de esa gran máquina montada sobre el tiempo y el espacio, y en que rulan con armo-

nia los mundos eslabonados, ó es una rama de vida desprendida del árbol universal é indiferente al principio que rige la escala inmensa de las creaciones. De lo primero, nos será fácil construir la ley que regula los movimientos de la vida total, escrita con caractéres naturales y manifiestos, y ensayando aplicarla á los seres de nuestro planeta, entrar á formar parte en el concierto de los mundos. De lo contrario, será preciso convenir en que el género humano es una cantidad de espíritu y materia, un arroyo, un golpe de vida escapado del gran cauce de la creacion, y que en su vago y desarreglado curso no sirve oponerle diques ni tratar de templar sus efectos, sino dejarlo á su antojo hasta que vuelva á confundirse en la gran masa del Océano vital. De lo uno, podemos si queremos resolver el problema social completamente; es decir, podemos conquistar la ley de nuestro destino aquí bajo: de lo otro, ya pueden los sabios renunciar á todas sus especulaciones, y el resto de los hombres á toda esperanza de progreso. En el acaso no hay punto fijo donde gire el pensamiento; no puede haber mas que inércia ó anarquía, y la anarquía y la inércia son la muerte del mundo moral.

Para dar, pues, una solucion completa sobre cualquier cuestion que afecte á la existencia de las sociedades, como es la de la Propiedad y la del vivir, tenemos que salir de los límites de

vida comunes, sacar la cuestion del terreno volcanizado en que se agita, de la atmósfera corrompida de las pasiones, y en alas del raciocinio y de la buena fé, elevarla á una esfera superior. La razon nos dice que el análisis de los elementos es el primer paso de toda indagacion científica; pero la síntesis, como que abraza las mas elevadas generalidades respecto de las leyes del órden universal, es la sola luz que ilumina en lo que toca al destino de los seres.

Voy, pues, á ensayar tomar la cuestion social de alto, de muy alto, pero nada de mas. Voy á dar una ojeada por ese vasto espectáculo del universo, á ver si acierto á leer siquiera una página del gran libro de los destinos, para luego descender poco á poco y con algunos datos al tumultuoso golfo de las pasiones é intereses, y enclavarme en el seno de la opinion.

Pero debo lo primero escoger un punto de apoyo; y ese punto de apoyo lo tomo en uno de los principios mas generalmente reconocidos y aceptados por los genios superiores de todos los siglos, incluso Mr. Thiers. Es el principio de la unidad de las leyes divinas, de la unidad universal. (1)

En efecto; la idea de la unidad del universo

(1) Creo que todos los seres acaban, grandes y pequeños; pues tengo fé en la unidad de las leyes divinas.

(Thiers, *De la Propiedad*, cap. 14.)

es adecuada á la razon: y las manifestaciones superiores de esta idea han constituido en todos tiempos las manifestaciones superiores de la inteligencia humana. Esos grandes hombres que han brillado en el mundo, no son sino los que han participado en mayor escala del sentimiento de la unidad universal, los que han tenido la vista mas clara y aspiraciones mas poderosas. Los nombres de los Aristóteles, de los Platones, de los Pitágoras, de los Kepler, de los Leibnitz, de los Newton, etc., lo prueban en el órden de la ciencia, como los de los Alejandros, de los Césares, de los Carlomagnos y Napoleones, en el órden de la política. La medida de este sentimiento, el grado de claridad de esta vista, la energía de estas aspiraciones, constituyen la medida del génio de tan ilustres celebridades.

Ahora bien; el órden y la armonía reinan en todo cuanto nos rodea, en todo cuanto vemos y tocamos, siempre que no sea subversivamente influido por la accion humana. Ese órden y esa armonía no pueden ser concebidos sino como espresiones de una sola ley que rige todas las ramas del movimiento, todas las fuerzas cosmogónicas, todas las energías de la vida, y que se reproduce siempre una desde la base á la cúpula de la escala infinitamente variada de los seres. Los descubrimientos sucesivos de las ciencias han de tal modo confirmado esta verdad *à priori*, que seria preciso tomarla como

resultado de la observacion y de la analogía analítica.

El principio, pues, necesario de la unidad universal establece el lazo gerárquico de todas las manifestaciones fenomenales, sus dependencias recíprocas y concordantes, sus relaciones analógicas. Así, las armonías planetarias, estelares, fisiológicas, sociales, etc. no pueden ser concebidas bajo un punto de vista elevado, sino como los desarrollos varios de un solo y mismo principio, como los resultados armónicos de una sola y misma ley. El principio de la unidad universal es la base de todo sistema cosmogónico, y constituye la primera condicion lógica de toda especulacion sobre los fenómenos del mundo. El descubrimiento, pues, de esta ley, una y soberana, que rige las armonías de esos fenómenos y los compone en la armonía total, superior, una y absoluta, no es otra cosa que la ciencia absoluta, la solucion del problema del mundo.

El reino hominal forma parte del mundo y le pertenece, á no suponerlo aislado, lo que seria una aberracion, una abstraccion sin realidad posible.» *(Considerant.)*

Lo primero, pues, que debemos hacer, es estudiar cuál puede ser la funcion especial de la humanidad en el gran taller de la creacion. ¿Y cómo se consigue esto? ¿Cómo se conseguirá conocer las causas de la vida humanitaria que no ocupa mas que un punto en la escala

gerárquica de los seres? Solo por un método, por la idea del conjunto de las creaciones; porque cada elemento del universo, al paso que goza de una existencia particular y muy marcada, como nota juiciosamente Mr. Thiers, participa de la vida general y ejerce una accion sobre los otros elementos, recibiendo al mismo tiempo su influencia.

Ahora bien; si atendemos á ese íntimo lazo que une entre sí todas las partes de la creacion desde los últimos átomos hasta los torbellinos planetarios que vemos formarse y descomponerse en el espacio; si convenimos, porque no podemos menos de convenir, en que todas las vidas gerárquica y unitariamente eslabonadas componen ese armonioso conjunto de la creacion, que formulamos en *unidad universal*, debemos pasar un poco mas adelante y figurarnos este universo como el ser viviente absoluto, del que formamos un miembro, digámoslo asi. Pero este mismo planeta, bien considerado, es ya de por sí un aparato orgánico compuesto de otros órganos que ejercen su funcion respectiva y forman una nota de la armonía total. No hay mas que tender la vista por los diversos reinos de la naturaleza, y observar el órden tan maravilloso en que viven los diversos seres, y la economía de resortes que rige el movimiento general. Todo en nuestro globo se compone de los menos elementos posibles. La química

solo cuenta once, esceptuando los metales, y cada uno de estos once cumple prodigiosamente con la ley de su destino, obedeciendo á una sola fuerza, la atraccion. El oxígeno, por ejemplo, se ve arrastrado á combinarse con los metales para formar óxido; con ocho de los restantes para formar ácidos; y con el noveno, el hidrógeno, para componer el agua. Este líquido á su vez está animado de una atraccion tan apropiada á las necesidades de los reinos animal y vegetal, que se disuelve en el aire con la mayor facilidad; el mas ligero resfriamiento de la atmósfera basta para que se resuelva en lluvia, en rocío, etc., y baje á dar vida á los animales y á las plantas. Estas, por otra parte, descomponen todos los óxidos que contiene ó engendra el aire, amparándose del hidrógeno, del carbono y del azoe; y con estos tres elementos forman todas las materias orgánicas que ceden á los animales. A su vez los animales queman los productos vegetales de que se alimentan, para apropiarse la fuerza en ellos acumulada y recomponer el agua y los ácidos carbónico y azótico que lanzan á la atmósfera, de donde las plantas los recogen para utilizarlos de nuevo. El Criador ha repartido entre las diferentes especies de vegetales la tarea que les ha confiado. Cada una está encargada de un detalle. Las unas producen flores y frutos, variados hasta lo infinito, y destinados á hacer la delicia del hombre

y demas animales. Estas elaboran la goma, la resina, el almidon; aquellas, hacen la miel, el azucar y otros mil productos, que todos, á pesar de su grande desemejanza, se componen de los mismos elementos; carbono, hidrógeno, oxígeno y azoe en pequeña cantidad.

Este mismo concierto encontramos en cualquier punto del universo que fijemos la vista; todo está regido con admirable sencillez; que era digno de la sabiduría infinita producir tal multitud de efectos con tan poquísimas causas.

Procuremos, pues, averiguar cuál puede ser la mision que la especie humana está llamada á cumplir en el seno de estas grandes armonías.

Consultemos primero la conciencia.

La conciencia nos dice que el hombre no ha nacido para sostener consigo mismo, y con sus semejantes, una lucha odiosa. ¡Porque, Dios mio! ¿esta guerra tan brutal á que viven los hombres entregados, con ese séquito de plagas que la acompañan, será el destino invencible, fatal, eterno, que habeis decretado para el hombre aqui bajo? La devastacion, la matanza, el hambre, la desnudez, las intemperies, la opresion, la guerra de todos grados y bajo todas formas, ¿tal ha sido vuestro objeto al crear el ser inteligente y elevado? ¿Por siempre debe fluctuar en este gran piélago de lágrimas y sangre el

rey de la tierra, y con frecuencia ha de carecer de lo que habeis concedido al último de los brutos, sustento, vestido, y una humilde morada? ¿Habeis creado esta parte de vuestra obra para sangriento palenque, donde se despedacen como fieras hermanos con hermanos, hijos con padres, y organizado á vuestras criaturas con tanto primor para que se entreguen á su mútuo esterminio? ¿No habeis colocado esta tierra tan bella en el espacio, no la bañais en los rayos de oro del sol que nos traen el calor y la vida? ¿No la envolveis como á una gran señora en ese manto riquísimo de perlas que en la noche encanta nuestros sentidos y escita á la contemplacion? ¿No habeis depositado en su seno la fecundidad y otros tesoros inagotables? ¿No habeis embellecido su superficie con corrientes de agua cristalina y flores de tanto color y aroma? ¿No habeis desarrollado en ella las armonías infinitas de todos los géneros y reinos que nos seducen; no habeis creado todo esto ¡oh mi Dios! sino para que sirva de eterno teatro de combates fratricidas, de sangriento campo de batalla donde deben despedazarse eternamente los pueblos y las generaciones? ¿Al crear la humanidad, al crear vuestra imágen, os propusísteis crear un espectáculo de revoluciones, de sacrificios, de miserias, de aflicciones, de lágrimas, en el seno de la armonía de los mundos? ¿Ninguna forma de sociedad, entre las sociedades posibles,

puede realizar sobre la tierra la union, la union santa de los individuos, de los pueblos y de las razas? ¿Podemos unirnos, amarnos y gozar; podemos comunicarnos en gloria y en dicha con Vos, asociándonos con Vos al gobierno eterno de la armonía universal; ó bien nos habeis maldecido y condenado ¡oh Dios nuestro padre! á regar la tierra, no solo con nuestro sudor, sino con nuestras lágrimas y nuestra propia sangre; á todo género de sufrimientos, á toda miseria, á toda degradacion?....

¡Oh! ¡no, no! ¡Ese decreto odioso que hace necesario el mal sobre la tierra, no ha sido lanzado por mi Dios, que es infinitamente bueno; por mi Dios que dispensa en abundancia la dicha á todos los séres del universo que obedecen la ley de su destino! Que el hombre pregunte á su corazon en el silencio de las preocupaciones, y la voz del corazon, que es la voz del mismo Dios, le dirá que está hecho para bendecir, y no para maldecir; para amar, y no para aborrecer; para asociarse en paz y contento á sus semejantes, no para mirarlos como á sus mayores enemigos!....

Consultado ya el corazon, sigamos consultando la inteligencia, para ver si formamos idea clara del destino de la humanidad.

¿Podria esta habitar un globo despojado de vejetacion, sometido á intemperies escesivas, pri-

vado de razas animales y de las infinitas riquezas que vemos siembra Dios á nuestros alrededores? La raza humana ¿no está soberanamente interesada en la armonía de los elementos y reinos que alhajan su morada? ¿Puede satisfacer una sola de sus necesidades sin modificar la colocacion de las cosas que le rodean? ¿Y no se concibe ya que el desarrollo mas completo de su vida corresponde á la armonía de todo cuanto compone su medio ambiente?....

Esto nos obliga á considerar el trabajo como una ley impuesta á la especie, y cuya importancia nos hemos acostumbrado á medir solo por las ventajas personales que proporciona. Lejos de ser el castigo de un error, ó de una falta cometida en el orígen de la evolucion social, el trabajo es el lazo natural y sublime que pone al hombre en comunion con el universo y con Dios.

Pues que el hombre no puede subsistir y estender sus razas sobre la tierra, sino desarrollando todos los reinos que sirven á sus necesidades y placeres; pues que el desórden, una vez introducido en los elementos terrestres, se estiende hasta él y lo lastima en sus propias condiciones de existencia; pues que, por el contrario, la conservacion y mejora del órden natural son los medios de desarrollo de su propia vida; la humanidad debe ser considerada como un agente de la creacion destinado á mantener y perfeccionar la armonía preexistente en-

tre los elementos esparcidos en la superficie de la tierra.

Y es fácil concebir tambien cómo el trabajo particular de la humanidad puede concurrir al ejercicio de las funciones de ese gran cuerpo de que no es mas que un órgano, el globo. Los mundos no viven en el aislamiento. Forman en el espacio grupos de astros apilados al rededor de un sol central. Los descubrimientos de la astronomía moderna tienden á confirmar lo que ya estaba indicado por la analogía; que los mismos soles gravitan sobre un centro superior.

Detengámonos, pues, en este punto de la escala indefinida de los seres, y veamos, aunque de paso, hasta dónde puede estenderse la accion del hombre.

La razon no admite que los planetas y satélites agrupados en torno del sol, y con él formando nuestro sistema planetario, sean séres entre quienes no exista relacion alguna orgánica. Aunque estas relaciones no nos estuvieran reveladas por la atraccion, el calórico y la luz, seria absurdo suponer que esos séres, aproximados asi, asi enlazados, carecian de mútuas influencias. Pues bien: el trabajo humano cuyo objeto es, como hemos visto, generalizar el desarrollo de los reinos y de la vida en la superficie del planeta, y que por consecuencia debe un dia modificar su capa sólida esterior, desprovista ahora en su mayor parte, como dice mon-

sieur Thiers, de vejetacion y vida; este trabajo, repito, ¿no tendrá una influencia que cualquiera puede comprender sobre el sistema de las relaciones, y por consiguiente sobre las funciones del planeta? ¿No prepara la superficie esterior para la absorcion y emanacion de los flúidos imponderables, tales como la luz y el calórico, únicos modos de comunicaciones planetarias que nos sean conocidos? Si existen otros flúidos, la accion del trabajo humano ejercerá sobre ellos igualmente su influjo; porque en física no hay hecho mas vulgar que la influencia de la superficie de los cuerpos sobre la absorcion y emanacion de los flúidos imponderables.

Se puede creer, pues, sin escrúpulo, que aumentándose la poblacion; esparciendo la vida sobre toda la estension de la tierra; convirtiendo á la vegetacion las tostadas y áridas arenas de los desiertos; cegando las lagunas y marismas; repoblando en lo posible de árboles las peladas cumbres de las montañas; regularizando el régimen general de las aguas; obrando, en fin, sobre la atmósfera por una agricultura sabiamente dirigida, el hombre, poniendo asi la última mano á la armonia de los elementos terrestres, está llamado á comunicar gran vigor á su planeta y contribuir, *por medio del desarrollo de su propia vida*, al ejercicio de las funciones orgánicas del globo, de cuyo gobierno está investido por Dios.

Hay todavía mas; como las funciones especiales del globo en el universo se combinan necesariamente con las de los astros, formando en su conjunto unitario una funcion superior, esta misma funcion tiene que reflejar indispensablemente el mayor ó menor concierto de las funciones inferiores que concurren á su formacion; y ya podemos vislumbrar por este íntimo enlace de todos los elementos de la creacion, lo importante de la tarea asignada al hombre sobre la tierra. Asi, pues, desde el momento en que cumpla su destino, procediendo unitariamente á la esplotacion de sus reinos, entra en relaciones íntimas con el universo; es decir, entra á formar parte de la unidad universal.

Reconocido ya, sin necesidad de la historia, que el destino de la humanidad es el *trabajo*, podemos desde luego sentar el problema de este modo:

Punto de vista especulativo.
Dada la especie humana con sus necesidades y recursos, y teniendo por campo de trabajo la tierra, hallar el mecanismo que, ya sea para la produccion, la circulacion, la distribucion, el consumo y la administracion, produzca mas y mejores efectos, con mayor economia de resortes.

Punto de vista positivo.
Dado un pueblo con sus fuerzas sociales *actualmente* existentes, hallar las condiciones capaces de *utilizarlas*, imprimiéndoles un movimiento progresivo, sin violar, en provecho de la masa, los intereses del individuo, ni vice-versa, los intereses del individuo en provecho de la masa.

Hé aquí una manera de presentar la cuestion, que creo se parezca poco á las concepciones mezquinas de los partidarios del derecho de propiedad y del derecho de vivir, de los abolicio-

nistas y protectores, de los amigos del órden y de los amigos de la libertad.

Si, pues, la ley impuesta al género humano es el trabajo, ó de otro modo, el desarrollo de las armonías terrestres, como condicion indispensable del desarrollo de su propia vida, es preciso analizar este grande elemento humanitario, para ver si la naturaleza de sus órganos corresponde exactamente á la naturaleza de la funcion; porque se ha observado siempre que se ha hecho el análisis de los elementos constitutivos de los cuerpos vivos, que la índole de las funciones asignadas á un órgano determina de tal modo la forma de este, que el ejercicio de la funcion se considera como el ejercicio de la vida del órgano, y su cumplimiento, como el cumplimiento del objeto de esta vida.

Pero aquí se tropieza naturalmente con una gran dificultad, y se me dirá: si la humanidad se compone de tantos caracteres y facultades como individuos, ¿cómo creeis poder fundirlo todo en un comun resultado? Es verdad, responderé; y eso me autoriza á sentar por de pronto, que es imposible resolver la cuestion social, considerando á todos los hombres bajo un mismo aspecto y queriendo sujetarlos á una regla uniforme; porque se deprimiria necesariamente muchas facultades, y obrar arbitrariamente sobre las facultades del hombre, es atropellar los derechos y desperdiciar las fuerzas. Por otra parte, la in-

teligencia suprema del Criador se revela hasta en ese mismo fenómeno; porque debemos considerar que si á cada hombre no le hubiera asignado funciones especiales; si todos tuvieran aptitud para una sola y misma cosa, para tornear madera, por ejemplo, el mundo seria, en la hipótesis de que pudiera subsistir, un gran taller de torneros, monótono, insoportable. Es, pues, necesaria esa gran diversidad de caracteres y aptitudes; y la gran habilidad consiste en combinarlos de modo que produzcan un conjunto de armonía; pues desde Volf se repite que la armonía consiste en la variedad. Ademas, el espectro ¿no es tambien una unidad compuesta de doce elementos enteramente distintos entre sí? El prisma nos da siete de estos colores, y su combinacion parcial produce la inmensidad de matices distintos que, finalmente, reunidos todos, van á constituir el rayo de luz blanca ó espectro.

El pintor que trabajára sin uno de los colores elementales, no podria copiarnos la naturaleza; como la escala musical, de una sola nota que carezca, no es susceptible de combinacion armónica.

Desafío á que sin la variedad se produzca en nada la armonía. Pues bien: aplicada esta palabra á la *socialidad*, debemos tomar en cuenta todas las diversidades naturales; porque es absurdo suponer que Dios haya hecho nada en vano, sin un objeto social, cuando vemos en

todos los seres superiores é inferiores á nosotros, que no tienen un solo órgano, un solo miembro de mas, una sola atraccion que no corresponda al objeto de su vida; los naturalistas y los astrónomos saben esto bien. ¿Ni cómo era posible que Dios hubiera desplegado tan sublime inteligencia en la constitucion material del hombre, donde tampoco hay un órgano, un miembro, la mas simple fibra que no concurra á la armonía del conjunto, sin haber coordinado con el mismo primor los resortes, los elementos del hombre moral? Tres consecuencias á cual mas depresivas de la Divinidad se podria sacar de esto: ó que no habia *podido*, ó que no habia *sabido*, ó que no habia *querido*; el no haber *podido* desmentia su *omnipotencia*; el no haber *sabido*, su *inteligencia* infinita; y el no haber *querido*, su infinita *bondad*, puesto que condenaba al hombre á todos los tormentos de la anarquía moral y social. Hora es, pues, ya de consultar la razon humana sobre unos puntos que tan de cerca nos interesan, y de desechar toda preocupacion, ó mejor dicho, las cómodas opiniones adoptadas hasta aqui por el ateismo con el fin de imponer sus teorías caprichosas é inconciliables por regla del bien y del mal. Dudar de la razon, es en definitiva dudar de todo, es soplar sobre la única luz que puede alumbrarnos, y hacer vayamos á dar en la doctrina tan ridícula del *pirronismo*. La razon nos dice

de acuerdo con los hechos que todo ser ha sido creado con un objeto, y este objeto, revelado en sus atracciones, no es otro que la felicidad. Pero ¿cuál es esta felicidad?...

Hé aquí otra cuestion: en tiempos de desórden y anarquía no es el idioma lo que padece menos. Todos hablan de felicidad; todos prometen hacernos felices; la felicidad de los pueblos es la palabra que figura en todos los programas, en todas las constituciones, en todos los discursos, en todas las banderas. En nombre de la felicidad quieren unos seguir gobernando; en nombre de la felicidad quieren otros derrocar los poderes constituidos; en nombre de la felicidad se proclama la paz; en nombre de la felicidad se declara la guerra. Unos la han mirado como puramente relativa; otros, considerándola como absoluta, la han definido por una falsa idea de la vida; los mas, ni como absoluta ni relativa, sino como una cosa vulgar, fácil, especie de cuota que se reparte entre los vecinos de un pueblo.

Asi es; todos se creen capaces de hacer felices á las naciones; el que no haya estudiado química, no tendrá inconveniente en decir que no la ha estudiado; el que no haya estudiado matemáticas, medicina, etc., tampoco hallará reparo en confesar que no ha cultivado ninguna de estas ciencias; pero habladle de política; habladle de hacer felices á los hombres; ha-

bladle de la ciencia de las ciencias, es decir, de la ciencia de conducir al género humano á su destino, y vereis cómo no transige con nadie y cree poseer los medios mas eficaces de obtener la felicidad pública. A esto han dado lugar los graves errores cometidos en el poder por hombres que ni el sentimiento tienen de lo que es *gobierno de todo un pueblo*!

Pero yo que no pienso especular con las palabras y las uso de buena fé, no quisiera que se me deslizára alguna con cuño ambiguo y sin la correspondiente aclaracion; porque lo primero es entenderse sobre las palabras y despues sobre los principios.

La palabra *felicidad*, pues, no significa otra cosa que la misma vida en su estado normal; es decir, el ejercicio regular y pleno de las facultades de un ser, la satisfaccion de las necesidades naturales, el cumplimiento de su destino. Hablando del hombre, por ejemplo, su felicidad consiste en desarrollar armónicamente sus elementos materiales, morales é intelectuales, en satisfacer las respectivas exigencias de su naturaleza. Si Juan no ha nacido mas que para ser pintor, lo matais dedicándolo á la labranza, y dañareis de este modo á la sociedad, dándole un labrador inepto y privándole de un buen pintor. La vida de este ser se ve desde aquel momento lastimada en la esfera moral, y por consiguiente, ya no puede ser feliz aunque se empeñen

todos los gobiernos, todas las constituciones y discursos. Sus dias los pasará en un disgusto contínuo por verse empeñado en un ejercicio repugnante que hubiera tal vez hecho la felicidad de Pedro poco amigo de la pintura, y que dedica los ratos de ocio al cuidado de su jardin. Esta es una de las verdades que estan al alcance de la inteligencia mas comun.

Lo mismo sucede en lo que respecta á la esfera material é intelectual. Del desarrollo pleno y regular de sus facultades depende, pues, que el hombre sea ó no feliz.

Ahora bien; la felicidad de la especie no se puede concebir sin la de todos los individuos que la componen; porque uno solo que haya contrariado en cualquiera de sus facultades, este uno no puede concurrir á la armonía del conjunto, sino como una nota falsa, discordante en la clave general. ¿Qué hacer, pues, en este caso para que de la felicidad diversa de todos los individuos resulte la felicidad del conjunto? ¿para que de tanto sonido diferente resulte la armonía?...

Dos cosas:

1.ª Saber el orígen de todas las diferencias individuales, de las diversas aptitudes.

2.ª Combinarlas de modo que todas se desarrollen con entera libertad.

—¿Y cómo saber en qué consiste tener Juan

distintas tendencias que Pedro, ni en qué condiciones se puede utilizarlas?

De tres modos:

1.° Queriendo; es decir, convenciéndose de que fuera de este terreno, todo cuanto se hable, escriba y proclame, es una mentira, una fatal ilusion que tiende á estraviar de un modo deplorable el espíritu humano.

2.° Despues de querer, dirigiéndose con resolucion á la naturaleza del hombre y examinándola con un poco mas cuidado que Mr. Thiers.

3.° Despues de bien examinada... estudiando un poco, estudiando, que no todo ha de ser grandes palabras y frases campanudas.

En efecto, el nudo gordiano de todas las dificultades sociales, de todos los problemas sobre el destino del hombre, está dentro de nosotros mismos, en el fondo de nuestra naturaleza. Asi nada se puede adelantar, socialmente hablando, sin tener un conocimiento exacto de la esencialidad de esa naturaleza, porque solamente asi logrará plantear como es debido la ecuacion social, hacer figurar en ella cantidades positivas, y por la urdimbre de deducciones, fijar de un modo eterno los derechos del hombre en sociedad. Ya han conocido esto todos los filósofos y moralistas, y habrán escrito sobre la materia unos 300,000 volúmenes; pero ninguna luz han dado por no proceder con todo el rigor del análisis y haber

hecho lo mismo que Mr. Thiers; tomar los resultados de la actividad humana por esta misma actividad, los efectos por las causas.

Llamo, pues, aqui muy particularmente la atencion de mis lectores, porque ó me engaña el corazon, ó sin mas ventajas que la de un buen método, voy á resolver algunas dudas que existen sobre esta grave cuestion. Voy á estudiar de buena fé y sin ningun género de prevencion esa naturaleza humana que ha dado al traste con tantos hombres, notables por otra parte. Si conseguimos interpretarnos bien, habremos dado el paso principal para la constitucion natural y armónica de las sociedades humanas; porque el hombre debe estar destinado á vivir en una sociedad preestablecida, donde pueda utilizar todos sus recursos, todas sus fuerzas, tanto en provecho suyo como de sus semejantes. En la misma naturaleza es probable que encontremos un conjunto de principios en que deban descansar todas las especulaciones del genio, pues no creo que el hombre sea el único ser del universo que esté destinado á cambiar de medio ambiente, esto es, de modos de sociedad, como cambia de vestidos. No; asi como la abeja, la hormiga, el castor, etc., han hallado en la naturaleza el mecanismo social mas edecuado á sus necesidades, con mayor razon existirá para el hombre que, como ser inteligente y elevado, debe entrar y acoplarse

con mas motivo en el cuadro general del universo. Es verdad que Dios le ha dado la tarea de encontrarlo; mas para eso le ha provisto al mismo tiempo de los medios mas poderosos, de una inteligencia sublime, incansable y creadora.

Acerquémonos, pues, lo mas posible á nosotros mismos; consultémonos de una vez con resolucion; analicemos bien todos los resortes de nuestra actividad, las causas de todos nuestros movimientos; y si quedamos satisfechos de esta operacion, es decir, si conocemos que no hemos dejado vacío alguno en nuestro análisis; que no es un carácter particular el que nos resulta, sino el tipo general humano, entonces ya podremos decir sin temor de equivocarnos: «ese es el hombre» y tendremos la gran fórmula que nos esplique con exactitud todos los fenómenos que presenta la sociedad y la historia. Consulte, pues, cada uno á la par conmigo su conciencia, seguro de que el medio mejor de encontrar la verdad, es pretenderlo de buena fé y con un corazon sencillo; y aplicando á su individualidad mis observaciones, compare y juzgue.

Yo me veo, me toco, obro. Tengo una cabeza, unos pies, unas manos. Sin la cabeza, claro está que no podria existir; las manos por su parte me sirven de instrumentos dóciles á mis necesidades, y puedo alargarlas al infeliz que

esté al borde del abismo. Los pies obedecen á mi voluntad, llevándome, volviendo á traerme, estando. No se puede negar, pues, que estas facultades son esencialmente buenas, que no se debe comprimirlas, sopena de hacerme desgraciado. Es una necesidad de mi existencia dejarlas que obren con entera libertad; entra en mi destino ejercerlas.

Sin embargo, la cabeza es capaz de causar mucho daño; porque en un arrebato, en una alteracion de su organismo, puede producir efectos muy terribles. Con las manos puedo tambien coger un cuchillo y ejecutar un crímen; y con los pies, estropear algun objeto precioso. Hay, pues, dualidad de movimientos en estas facultades. ¿Qué deberemos hacer en semejante caso? ¿deberemos condenarlas porque pueden causar estragos, y atar al hombre para siempre á una columna?—No.—¿Por qué?—Porque la razon y la naturaleza nos dicen que el destino de estas facultades es contribuir á la felicidad de su dueño y hacer todo el bien posible. Desde el momento en que se empeñan en movimientos perjudiciales, no llenan realmente el objeto para que fueron creadas; es un vuelo falso, no un efecto *natural*.

Partamos, así, del principio de que el hombre tiene el derecho de ejercer libremente estas facultades.

Observemos ahora si la misma dualidad de

efectos pueden producir nuestros sentidos, y si tenemos el derecho de usarlos tambien con libertad para nuestro gobierno.

Como ser natural, me pongo en relacion con el mundo esterior por medio de cinco resortes, que son: vista, oido, gusto, olfato y tacto. Sin el uso de estas facultades no se puede concebir la existencia social, ni la dicha del individuo; tan necesario es. En efecto, la vista me sirve para poder calificar las cosas, para poder modificar su colocacion, para comprender las maravillas de la naturaleza esterior, para ver ese sol tan magnífico que me anima y vivifica, para contemplar ese firmamento sembrado de luces bellas, esas hermosas praderas esmaltadas de flores, esos mares imponentes, esas grandes capas de vejetacion; en una palabra, para gozar. El oido, para preservarme del ímpetu de un caballo desbocado, del edificio que se desploma y amenaza aplastarme; para hallar el sabor de una conversacion amistosa, para comprender lo sublime de un concierto, etc. etc. El gusto, para paladear las viandas delicadas, para calificarlas y gozar en su variedad. El olfato, para comprender y gustar los perfumes mas esquisitos y completar el sentimiento del placer. Y el tacto, para rectificar los juicios de la vista, para distinguir la apariencia de la realidad, y observar mas de cerca la naturaleza de las cosas, evitando así

engañarme y que se frustren mis esperanzas.

Tales son las importantes funciones que estos cinco resortes desempeñan en el dominio de mi propia existencia; debiendo advertir que cuanto mas desarrollo observo en ellos, como en todas mis facultades, mayor placer me proporcionan; porque producen sensaciones mas delicadas y me elevan, del rango de naturaleza mezquina, al rango de plena naturaleza; y la plenitud á que tienden todas las naturalezas, no es otra cosa que la plenitud de la vida, el goce en su apogeo. Entra, pues, tambien en el objeto de mi existencia desarrollar cuanto pueda los sentidos; porque, refinando el paladar, obtendré de las viandas sensaciones mas delicadas; educando bien el oido, sacaré mas partido de las armonías; ejercitando regularmente la vista, veré á mas largas distancias, etc. etc.

Pero estas mismas facultades pueden producir efectos muy contrarios; pueden causar la desgracia de un imperio y la mia propia. Con la vista, puedo sorprender el crímen de un rey y denunciarlo á sus pueblos, produciendo un gran conflicto; puedo engañarme en las impresiones que me comunica y deshonrar á una familia virtuosa. Con el oido, puedo escuchar la revelacion de un secreto de Estado, y publicarlo tambien en mi indiscrecion. Con el gusto, escederme hasta el punto de atentar contra mi propia existencia. Con el tacto, descomponer torpemente la

armonía de un piano. Con el olfato, en fin, puedo escudriñar todas las operaciones del hogar doméstico, y revelar sagradas intimidades; puedo estimularlo con espíritus fuertes, resentir mi sistema nervioso, acaso envenenarme.

¿Deduciremos de todo esto que los sentidos, *porque pueden causar graves males*, no deben ejercerse con entera libertad? ¿Que fueron creados con un objeto contrario á la felicidad del individuo y de la especie? ¿Que es preciso taparnos la vista para no ver, el oido para no oir, la boca para no comer, condenar el olfato para no oler, el tacto para no tocar?... Sí ó no. —No.—¿Por qué? Porque la razon, de acuerdo con la conciencia y con los hechos, nos dice que estas facultades no son malas en su esencia, sino, por el contrario, tan buenas, que concurren á nuestra felicidad y á las combinaciones sociales. Si á veces producen malos efectos, no está en su naturaleza producirlos; está en circunstancias particulares que se puede modificar. Mas espuesto, por ejemplo, se halla á un esceso de gula el que no come en todo el año sino alimentos groseros, y por casualidad llega á sentarse á una gran mesa provista de abundantes y delicados manjares, que el magnate acostumbrado á satisfacer diariamente sus caprichos culinarios. Así, todos los efectos malos que puedan causar nuestros sentidos, están ya fuera de la naturaleza, pertenecen á la sociedad, al medio

en que viven y se desarrollan, á los elementos *modificables* que les rodean.

Ya vemos, pues, que toda nuestra constitucion material, es libre por esencia; completamente libre; que está creada para nuestro uso, para nuestra felicidad; y la sociedad cometeria el atropello mas impío, si tratára de modificar la obra del mismo Dios, tan llena de inteligencia, impidiéndonos el ejercicio de cualquiera de las facultades analizadas.

Internémonos ahora con mucho cuidado en nosotros mismos; pasemos lo mas adelante posible en nuestra esfera moral, y observemos los diversos matices de actividad depositados en ella.

Como ser *social*, noto que me pongo en relacion con mis semejantes por medio de cuatro móviles ó resortes del corazon. No he nacido para el aislamiento, en el aislamiento me aburro. Siento en mí una fuerza superior que me lleva insensiblemente á mezclarme con otros hombres, á comunicarme con ellos, á contarles mis cuitas, si las tengo, ó á que ellos me cuenten las suyas; deleito el ánimo con su conversacion, con las confianzas que me hacen me interesan, y ya deseo serles útil en alguna cosa. Parece que mi vida se funde en la de ellos y toma mayores proporciones, que depende de sus influencias; y como observo que permaneciendo en la sole-

dad me hallo lastimado en la esfera afectiva, que falto á mi naturaleza, que echo de menos una cosa, que padezco, en una palabra, y gozo por el contrario, cuando estoy entre las personas que me escitan simpatías, digo desde luego: «Uno de los resortes del corazon humano, es la AMISTAD. Debe respetarse si no se quiere atentar contra un sentimiento tan fundamental y bello, que engendra mil virtudes y concurre á mi felicidad y á la de mis semejantes.»

Pero la *amistad*, bien mirado, puede tener tambien sus inconvenientes sociales; puede tomar un giro muy peligroso, ser para el vicio un elemento de propaganda, comprometer las costumbres públicas, estraviar á un gran número de individuos, declararse una vez traidora y causar la ruina de un hombre, de una familia, de un pueblo, y quién sabe si de un Estado! Cuántos ejemplos no nos presenta la historia de infidelidades de gran trascendencia! ¿Deberemos, por lo tanto, proscribir del mundo el noble sentimiento de la amistad?...—No.—¿Por qué?—Porque el hombre está organizado para la amistad, y prohibiéndole su ejercicio no podria ser feliz. Ademas, que el sentimiento de por sí, surge de la naturaleza bello, puro, generoso, pero lo falsean la influencias esteriores, es decir, la sociedad. Si la traicion ó la infidelidad no tuvieran un interés en producirse, y en vez de ser recompensadas por quien las toma á su ser-

vicio no halláran sino el escarnio y el baldon de todos los hombres, la naturaleza desenvolveria armónicamente todos sus encantos, y enlazaria por el amor los individuos y las clases.

La fuerza, pues, viva que nos impele á la amistad, es legítima en su orígen y en su esencia, aunque por circunstancias *variables*, produzca malos efectos.

Pero hé aquí que mi naturaleza no está todavía satisfecha, me exige mas: siento en mi interior otra fuerza no menos poderosa, que, sacándome del grupo de mis amigos, me conduce alternativamente á reuniones mas numerosas con objeto de distinguirme entre mas seres, de realizar tal vez un fin glorioso. Todo mi anhelo es llamar la atencion sobre mi individualidad, consumar grandes hechos de cualquier género que sean, entrar en el mayor número posible de combinaciones sociales, y digo: «Esto es ambicion,» y por el grado de energía que despliega, añado: «LA AMBICION forma tambien un resorte del corazon humano, y debe respetarse; porque sin ambicion en el individuo, moriria la sociedad, ó vegetaria en un mezquino círculo de ideas, sin hacer progreso alguno. La ambicion, la tendencia á la gloria, inspira á Fidias su Júpiter Olímpico; al Taso y al Dante sus cantos inmortales; á Rafael y Murillo sus lienzos animados; á Schœffer y Gutemberg esa maravilla que se llama imprenta; oblígale á Colon

á atravesar en un cascado barco el Atlántico para ofrecernos un mundo nuevo; eleva á Newton hasta los ástros y hace que lea en ellos su ley; lleva el brazo de Franklin á sujetar el rayo de la tormenta, y opera en What el prodigio del vapor...»

Pero no nos alucinemos; si hay ambiciones nobles, las hay tambien de muy mal género. Hay ambiciosos que con nada se contentan. César, Federico, Alejandro, Napoleon, despues de haber trazado su huella con millones de cadáveres y destruido imperios populosos aun no estaban satisfechos, todo les parecia poco, y miraban con osadía al cielo. La ambicion ademas lleva al hombre á odiar á su rival, á tramar conspiraciones, á causar la ruina de mil familias y á cometer un sin número de bajezas. ¿Qué hacer entonces de este resorte *esencial* de la naturaleza humana? ¿Será malo en sí mismo y no podrá hallarse un medio social armónico donde funcione sin producir tantas calamidades, y, por el contrario, se empeñe en grandes y generosas empresas? ¿Será preciso que ahogue dentro de mí estas íntimas y nobles energías que Dios ha depositado en el fondo de mi corazon, estas altas aspiraciones que me elevan á mis mismos ojos mostrándome capaz de arrancar aplausos y coronas á la humanidad reconocida? ¿Que amanse aqui, en lo interior de mi alma, este hervor de actividad creadora que

me enardece; que pudiendo y queriendo ser útil en algo á mis semejantes tenga que cruzarme de brazos y privarles de mi auxilio; que desperdicie esta riqueza de facultades, esta gran cantidad de fuerza depositada en mi seno, por no esponerme á la contingencia de que produzca malos efectos? ¿Que me haga yo infeliz por toda la vida una vez que se quiere descomponer y condenar el muelle capital en que descansa toda esta maravillosa máquina de mi ser? ¿Os habreis descuidado ¡oh Dios mio! al tiempo de mi formacion, mezclando en una obra tan prodigiosa y tan digna de vuestra inteligencia infinita, elementos de desórden y trastorno que autoricen la intervencion humana? ¿Todos hemos de renunciar á nuestras facultades en obsequio de cada uno, y cada uno en obsequio de todos?...

—No; responden absolutamente el corazon y la inteligencia. La ambicion es lo mismo que los demas resortes de la naturaleza humana, con la diferencia de tener *mas valor social*. Puede producir muchos bienes y muchos males, segun las influencias esteriores. La ambicion ha seguido fielmente el movimiento de las diferentes épocas del mundo, las órdenes, digámoslo así, de la sociedad. Esta le marca el camino del desierto, y la ambicion va al desierto á ceñir el cilicio del penitente y disciplinarse despues de haber desplegado sus brios en las sa-

turnales de Roma. La encamina por el entusiasmo de la fé y marcha arrogante á Jerusalen con manto blanco y armadura. Le abre las puertas del claustro y en el claustro se cobija; la dirige á Marengo, Gena y Austerlitz, y no falta un artillero osado que obtenga los laureles ofrecidos. La dirige por la política, y el que en otro tiempo hubiera sido un fraile reverendo, escala decidido la tribuna popular. Quien ayer no aspirára á mas gloria que vencer en una justa para poner el premio en manos de su dama, hoy se entrega con pasion al juego de la Bolsa para ver si logra hacerse un gran banquero, que es el carril de la ambicion contemporánea. Si mañana se le cerrasen todas las vias y solo quedára espedita la del trabajo, la de la gran produccion, la de las ciencias y artes; si la sociedad garantizase la gloria mayor al que mas bien hiciera á sus semejantes, al que mas terrenos convirtiese á la vegetacion, al que hiciera mas importantes descubrimientos; los individuos, lo mismo que los pueblos, y los pueblos lo mismo que las naciones, pondrian al punto mano á la obra, medirian todas sus fuerzas en el gran taller de la humanidad; pareceria cumplir el hombre su mision de ser inteligente y creador, y en efecto, sí, aquel dia seria el dia primero en que afirmase su planta productora en la tierra prometida, el primero en la carrera de sus gloriosos destinos. Mien-

tras el hombre no sabe lo que es, lo que vale, lo que puede, y cree que es mucho, que vale mucho, que puede mucho, no lo tengais en esta duda horrible que hace su desgracia y lo pone en guerra abierta con cuanto le rodea; siempre tendreis en él un elemento de escision y trastorno, un enemigo dispuesto á utilizar, siquiera sea por venganza, cuantos instrumentos destructores se le proporcionen. El torrente que se precipita de una montaña destruye todo cuanto se le opone, lleva consigo la desolacion y la muerte; pero abridle un canal, debilitais su ímpetu y amengua la destruccion; dirigidlo á las praderas y llevará la fecundidad y la vida. Lo mismo es la ambicion; si la sociedad la comprime producirá mil coflictos; si le da mala direccion los producirá mayores, y si buena, respondo de los resultados. Poned al hombre á prueba, colocadlo en un medio social donde pueda ensayarse, donde pueda medir la energía de sus fuerzas, que despues que la haya medido y se convenza de su valor efectivo, no temais envidie á su compañero ni lo mire con prevencion porque haya rayado un poco mas alto. Antes de ensayar mis fuerzas materiales con un semejante mio, acaso sostendré que le aventajo mientras no llega el momento de la prueba; pero llega, aprestamos nuestros puños ó nuestro cuerpo una y otra vez, en todas soy vencido; no creais que insista en mi antigua creen-

cia; quedaré, por el contrario, muy satisfecho con la idea de que en fuerzas soy superior á otros, y en agilidad, v. gr., al reciente vencedor. Otro ejemplo no menos material: yo con *dos* libras diarias de alimento me satisfago completamente, porque mi estómago no necesita mas. ¿He de envidiar por eso al que come *seis* porque lo necesita? No; pero si mi estómago requiere *dos*, no le deis mas que *media*, y desde entonces me poneis en el caso de mirar al soslayo al que come las *seis*, y esta envidia me conducirá tal vez á una violencia.

Yo espero, pues, que toda persona de alguna ilustracion, y como tal, exenta de preocupaciones (*motivadas* es cierto), convendrá conmigo en que *la ambicion*, como uno de los resortes fundamentales de nuestra existencia, es legítima en su orígen, aunque por circunstancias sumamente variables sea ilegítima en sus efectos: Que es tan flexible que se muestra dispuesta á todos los caprichos de la sociedad, y que está destinada á grandes cosas, asi que penetre un poco mas el entendimiento humano y descubra el modo de utilizar en bien general é individual las fuerzas vivas de que, en mas ó menos cantidad, todos estamos dotados.

Pero sigamos escudriñando los secretos de nuestra naturaleza.

Ademas de la *amistad* y la *ambicion*, hay en

mi otro sentimiento infatigable que me domina; un sentimiento que me saca de casa y me lleva como por encanto al frente de la belleza que adoro, que hace me embeba contemplándola, que desee complacerla en todo y por todo, hacer los mayores sacrificios por obtener siquiera sea una mirada espresiva, una sonrisa de gratitud, una palabra de esperanza; un sentimiento que liga mi existencia á la de este ser que vivifica mi espíritu, y cuya memoria me distrae en mis horas de fastidio; de este ser que llega á veces á confundirse conmigo mismo, con mi personalidad; que me inspira un valor que antes no tenia, una conciencia de mí mas elevada, cierto orgullo de buen género; de este ser con el que estoy dispuesto á atravesar la vida y partir mis penas y placeres, á unirme para siempre y perpetuar las gracias de la madre en el fruto del amor. Este sentimiento, repito, es á veces mi misma alma, mi vida misma, toda mi felicidad; y bajo impresion de tal órden no puedo menos de esclamar: «El hombre ha nacido para amar y ser amado. El *amor* es una necesidad respetable de su existencia, y la sociedad seria altamente despótica é injusta si contuviera estos grandes movimientos del corazon.»

Pero el amor, pensándolo bien, puede causar estragos. Yo sé de muchos que abandonados á esta afeccion, han ejecutado grandes crímenes, vendido á su patria, cometido el parricidio, el

suicidio, el adulterio, producido graves escándalos, contribuido á corromper las costumbres, á quebrar los santos vínculos de familia, á cometer escesos brutales, etc., etc. ¿Qué hacer en tal apuro?... Prohibiremos de real órden las relaciones de amor? ¿Me propondré no salir de casa ni comunicarme con las hermosas para evitar un fracaso? ¿Renunciaré á esas delicias que distinguiéndome del bruto elevan mi espíritu hasta la idea del cielo? ¿Tendré tambien que declararme guerra combatiendo un sentimiento que tan dulcemente me enlaza con la sociedad?...

—No; responden todavía la razon y la conciencia. El hombre está organizado para el amor, y es que entra en su destino amar. El amor, en su esencia, es el sentimiento mas noble, mas fecundo é importante del ser social; la fuente de los grandes hechos, de las virtudes heróicas, de los actos generosos. El amor es además, una ley impuesta á la especie para su reproduccion; lazo divino que une entre sí las criaturas, y á las criaturas con Dios. Si algunas veces produce desastres en el seno de vuestras sociedades absurdas, no es él en realidad quien los produce, sino las cosas. ¿Cómo quereis que la mujer, por ejemplo, se liberte de inclinaciones pérfidas, que cometa el adulterio, si por la educacion la habeis dispuesto desde la infancia á ahogar su caracter para doblegarse al del primero que la casualidad, la intriga ó la avaricia

le deparan para esposo? ¿Cuando haceis intervenir despóticamente en la naturaleza, el espíritu de casta, el fanatismo del sectario, la conveniencia de clase ó de posicion social, las preocupaciones locales? La hija de la miseria, que, inquieta con la idea del mañana, pronuncia un *sí* glacial á las proposiciones de un señor, ¿será estraño que, andando el tiempo, falte á la sociedad y á la santidad del matrimonio, por entregarse á la naturaleza? ¿Será en este caso el amor en sí mismo quien produzca tales torpezas? ¿No enlazais tambien con frecuencia á vuestros galanes antes de que se hayan visto y consultado sus simpatías? El jóven que no tenga mas consuelo en la vida, ni mas esperanza que el amor de su dama, y encuentra por delante la autoridad paterna que le amenaza, ¿no está á dos dedos del suicidio ó del parricidio? ¿Y habrá de culparse al amor de estos crímenes horrendos? ¿No concebis unas circunstancias en que, generalizando la educacion, y no necesitando la mujer del hombre para vivir con independencia social y sí á merced de un trabajo honroso y bien retribuido, el amor produjera maravillas? ¿En que no lo contamináran el viento de la corrupcion y del sórdido egoismo?....

Convengamos, pues, tambien en que el *amor*, ley escrita en el corazon del hombre, es bueno, sublime, grande en su esencia; que puede ser el encanto de la sociedad, aunque hoy

se vea falseado por las influencias esteriores.

¿Pero... se reducen á la amistad, á la ambicion y al amor, los sentimientos que como *ser moral* esperimento? ¿Ningun otro lazo me liga á la sociedad?...

Sí; otra cosa hay que absorbe gran parte de mi vida, que me agita constantemente, y me causa muchos placeres y desvelos. Hay en mí una fuerza de primer órden que me lleva á disfrutar los encantos del hogar doméstico, á posar mis labios sobre los labios de mis queridos hijos y de mi esposa, á proporcionar á todo trance el sustento á estos amorosos séres que viven en mi compañía, que me rodean en lo mas privado de mis actos; que me acarician cada uno á su manera, mirándome siempre á la cara para consolarme, si estoy desconsolado; para sonreir, si acaso yo sonrío. En ellos se reflejan mis sensaciones, mis esperanzas, mis edades diferentes, mi misma vida. Entre ellos distribuyo todo mi amor; vivo para ellos y por ellos; y estos sentimientos elevados que se producen en el seno de la familia, que forman mi encanto mayor, los formulo en esta palabra con que me brinda el idioma; *familismo*, y digo: El *familismo*, ó amor de familia, es tambien una impulsion enérgica de la naturaleza humana, y como tal, un derecho sagrado que nadie debe violar, sopena de ejercer una cruel tiranía.

Mas hé aquí que la familia tiene graves incon-

venientes, que puede causar hoy males sin cuento. Puede suceder que el padre, agotado en sus ilusiones primeras, mire con frialdad á la que ayer lo conmoviera de una sola mirada; que por esta razon se desvíe de ella cuando ella sigue amándolo todavía con entusiasmo, ó si no lo ama, el orgullo irritado la domina. El esposo no podrá tal vez evitar un desliz; la suspicaz esposa ya lo supone de antemano, y ved qué inquietud, qué desasosiego, qué lucha tan horrible empieza á producirse entre estos dos séres, aun dado caso que se enlazáran por amor sin ninguna intervencion arbitraria. Hé aquí dónde empieza, prescindiendo de otros mil motivos fatales, una historia de desgracias, como no sea de crímenes. Esto en cuanto respecta á los padres. Respecto de los hijos, ¿no habeis observado alguna vez la envidia, los celos que los consumen por creerse perjudicados en ciertas resoluciones de su padre?... ¿No habeis visto otras con qué impaciencia esperan una herencia de que puedan disponer á su albedrío, y cómo se la disputan en los tribunales cuando todavía está caliente el cadáver paternal?.... ¿No han tampoco llegado á vuestro oido los gritos de agonía de algun padre que fuera traspasado por el puñal de su hijo? ¿No habeis presenciado alguna vez el acto de venir al mundo un niño y consultado al mismo tiempo el rostro de cuantos parientes le rodean?... ¡Ay! ¡Acaso

sorprendierais criminales sentimientos! ¿No teneis noticia de hijas sacrificadas á la avaricia de sus padres?... ¿No habeis asistido al acto de partir los intereses? ¿No habeis comprendido las mil repugnantes intrigas de que es centro el santuario de la familia, y los profundos disgustos que corroen sus cimientos, sostenidos únicamente por la débil pantalla de una preocupacion estraña, por un simple *qué dirán*?....

¡Ah! ¡Entonces nada habeis visto! ¡No conoceis la sociedad!.... ¿Pero qué hacer entre el *hecho* y el *derecho*? ¿Convendrá aniquilar la familia y con ella este gran sentimiento que entra por tanto en mi felicidad, en mi naturaleza? ¿Será preciso tambien que ahogue en mi interior esta santa aspiracion que desarrollo dulcemente en el hogar doméstico, y que me sujeta á la vida y á la sociedad?...

¡No! A la faz de Dios y del mundo se debe protestar contra pretension tan despótica. El hombre ha nacido para adorar á sus padres, á sus hermanos, á su esposa, á sus hijos, á sus nietos; para estrecharlos entre sus brazos y no consentir los confundan con otros séres; para saber de fijo dónde están, qué punto determinado é independiente ocupan en la morada comun, donde pueda verlos cuando quiera, vivir en su compañia, hacerse mútuamente esas confianzas que ensanchan el espíritu; donde se produzcan esos sentimientos tan puros y tan subli-

mes que mecen dulcemente nuestra vida y elevan hasta Dios el pensamiento. Si hoy la familia presenta una fisonomía tan desconsoladora para toda alma delicada, es por causas del todo independientes de su naturaleza; vese poderosamente azotada por el viento secante del *individualismo*, de la incoherencia social. Ese juego fatal de todos los intereses; esa lucha encarnizada que el individuo sostiene solo contra toda la sociedad; ese *no poder mejorar yo sin que empeores tú, ó ninguno de los dos hemos de progresar*, ha escalado tambien y profanado el templo de la familia, falseando su objeto é inoculando el veneno de la disolucion. Por lo demás, el sentimiento que nos lleva al hogar doméstico, es de los mas legítimos y bellos.

Quede sentado asi; conste que el *familismo* es santo, dulce, sublime, social, en su esencia, aunque, por el medio falso en que se desarrolla, produzca calamidades, como las demas tendencias humanas.

Examinemos ahora al hombre en su accion intelectual:

Como ser intelectual, me observo en todos los actos de mi vida y estudio el modo de intervenir la inteligencia en el mecanismo de los sentimientos. Noto en mí cierta tendencia á la combinacion, á la intriga, á rivalidades emulativas.

Desempeño un trabajo cualquiera entre mis amigos, y quisiera aventajarles, ya en la cantidad, ya en la perfeccion de la obra. Aqui la inteligencia interviene directamente; me inspira cierta estrategia industrial, cierta manera de conseguir mi objeto. Me quedo solo, y todavia estoy tramando combinaciones. Allí donde haya rivalidad, peripecias, alli voy. Me gusta mucho vencer por medio de este resorte, y hasta llego á hacerme temible. ¿He logrado inventar el objeto particular que no se conocia, objeto que tengo en mucho porque es de combinacion dificil? Pues bien; enseñadme uno igual hecho por otro; tiro ya el mio, ó lo arrincono; porque ha perdido todo su mérito. Entonces imagino el modo de sobresalir de mi rival y no descanso hasta conseguirlo. Si quereis acometer una empresa cualquiera contra igual número de hombres y con los mismos elementos, contad conmigo, porque me dais la vida. Fuera de combinaciones, de rivalidades, de situaciones contrastadas, de peripecias, soy hombre nulo; para nada me busqueis. Y como conozco que fuera de este elemento no puedo vivir, digo:

«Hay una tendencia irresistible en el hombre, que podemos llamar, por ejemplo, *cabalista*, y debe desarrollarse con libertad, si nos proponemos conseguir la felicidad comun.»

—Pero eso es mucho decir, se replicará; eso es desconocer completamente la naturaleza humana.

¿Pues no sabeis que esa necesidad de intriga, de rivalidades, de peripecias, etc., es el elemento de mas desórden que hay en la sociedad? ¿No sabeis que esa tendencia lleva al hombre á jugarse su fortuna en un garito inmundo; que produce en los palacios graves conflictos; que mina sordamente los poderes; que se alimenta de clubs tenebrosos que brotan mil conspiraciones; que en la diplomácia causa la ruina de muchos pueblos; en las familias disgustos mil profundos; en los individuos bajezas infinitas; que allí, en fin, donde se encuentra, se manifiesta de un modo perturbador?....

—¿Y qué? ¿Hemos por eso de proscribir tambien del mundo, este sentimiento que domina y rige mi actividad? ¿Que constituye la parte mas integrante de mi vida, mi vida misma?....

¡Seria una locura! nos dice tambien la inteligencia. Una de las facultades mas sociales del hombre, mas fecunda, que puede conducir á resultados mas grandes, es esa que hemos llamado *cabalista*. Todo el daño que hoy causa, puede convertirse mañana en otras tantas prendas de progreso. No consiste en su naturaleza hacer estragos, sino en la naturaleza de las condiciones en que se desenvuelve. La sociedad no discurre, no quiere discurrir, y no queriendo discurrir, mal podrá comprender los fenómenos que se contenta con deplorar. Si pensára un momento, nada mas que un momento, no podria

menos de dar en la dificultad, y resolver en menos tiempo del que emplea en confeccionar una de sus mil constituciones políticas que, nada constituyen, todos los problemas que, aunque lo disimule, la agitan hondamente. En efecto; esa necesidad de intriga, por ejemplo, que hoy produce tantos estragos, es uno de los instrumentos mas útiles de que Dios ha provisto al hombre para el progreso social, una de las piezas mas importantes del mecanismo humano. Colocadme al hombre en un gran taller, elegante, con todas las comodidades posibles. Este gran centro de trabajo, que abarque en sus anchos límites todos los elementos que constituyen la industria humana (1) combinados, divididos, subdivididos hasta lo infinito para poder aprovechar la actividad del mismo anciano, de la misma mujer, del mismo niño. El trabajo que sea la virtud social por escelencia, la senda única de la gloria, la única garantía del goce. Francamente, ¿no vislumbrais ya los prodigios que obraria esa necesidad de intriga, de rivalidades emulativas, de situaciones contrastadas, de peripecias, de combinaciones? ¿No os figurais ya ver aqui un individuo que desempeña el detalle que mas le agrada y en el que pretende á todo trance aventajar á la seccion á que pertenece;

(1) La agricultura, manufactura, menage, ciencias, artes, comercio.

á esta seccion rivalizando productoramente con las demas secciones encargadas de la misma funcion? La série dedicada á un detalle, esforzarse por aventajar á otra série que funciona á la vista, desempeñando una tarea análoga, individuos, en fin, en emulacion con individuos, grupos con grupos, séries con séries, todos con cada uno, cada uno en emulacion con todos? ¿No percibís, siquiera sea de un modo confuso, la gran cantidad y mejora de produccion que resultarian del juego de esta facultad que analizamos? ¿los grandes progresos que se harian en todas las ramas del movimiento creador? ¿Cómo esa actividad que nos impele á la intriga, á la rivalidad y á la combinacion, se desarrollaría en provecho del individuo lo mismo que de la masa, es decir, de un modo armónico?... Ahí vereis qué riqueza tan inmensa desperdicia la sociedad por no conocer al hombre y pretender que sea otra cosa que lo que es! Porque no temais que esa lucha incesante de las fuerzas en condiciones favorables produgera una escision peligrosa. Todo menos que eso. En el gran taller de que os he dado una simple idea, y que mas adelante os describiré por completo, ni esa lucha, ni las simpatías y antipatías, nada puede introducir el menor desórden. Conozcamos antes bien el hombre, es decir, *las causas*, y nos será ya mas fácil juzgar de los *efectos*. Seamos un poco lógicos. Entretanto os permito que dudeis; pero yo sé

bien que Dios no se ha descuidado en nada al formar un ser tan perfecto, aunque vosotros, algo mas ateos, querais suponerlo así.

En vuestras sociedades, pues, la que hemos llamado *cabalista* produce muchos efectos malos que tomais tambien por causas. El juego, por ejemplo, es un alimento facticio que recibe la necesidad de cábala, de combinacion. Agrada á todo el que no encuentra otra manera de desarrollarla, que tiene una vida pasiva y necesita emociones de esta especie; á una reunion de etiqueta donde todo es mentira, todo frio, todo glacial, y es preciso crearle una intriga artificial por medio de naipes ó dominó. Pero proponedle esta mentira al que vive en la verdad; proponérsela al que vive en una intriga real, en accion; al agiotista que necesita todo el dia para desleir sus combinaciones; á los amantes que en galante orgía se reunen cuando están ausentes sus padres; á conspiradores que conciertan la manera y el momento de dar el golpe; al que aspira al premio de un concurso, á derrocar una camarilla, etc.; proponed á cualquiera de estos, repito, jugar á naipes ó al ajedrez, y estad seguros de recibir un desaire. Los que se entregan con pasion al juego, si se hubieran encontrado desde un principio en grandes condiciones de estrategia industrial, comercial, política, parlamentaria, diplomática, científica, artística, etc.; no concebirian siquiera cómo po-

dia haber hombres que pasasen su vida con la baraja en la mano, encerrados entre cuatro paredes. Porque si se dice que la avaricia influye mas en ellos, á eso diré que tampoco reconozco en la naturaleza semejante resorte, porque hoy el hombre si tiene afan incesante de atesorar, si con nada está contento, si todo le parece poco, es que, ó conoce la sociedad en que vive, que no garantiza su porvenir ni el de sus hijos, y entonces esto es cálculo, y no un vicio inherente á la naturaleza humana, ó pretende hacerse un *Rotschild* para figurar en el mundo, y esto se llama *ambicion*, y la ambicion ya hemos visto como está á las órdenes de la sociedad.

Conste, pues, que la tendencia que nos lleva á la intriga, á la emulacion, á la rivalidad; que la cabalista, en fin, puede ser de inmensa utilidad social, aunque hoy no produzca sino catástrofes.

Varias veces tambien, casi siempre, esperimento en mí otra necesidad que corresponde igualmente al dominio de la inteligencia. Voy á una reunion de amigos y al cabo de cierto tiempo me canso de su compañía. El interés de su conversacion va decreciendo poco á poco para mí, hasta llegar de un entusiasmo amoroso á un tédio insoportable; cualquiera diria que me habia indispuesto con esos amigos. Pero no es así; mi amistad hácia tales séres no ha bajado un punto; mas yo siento necesidad de cambiar de impresiones y de

atmósfera, de presenciar otras cosas, de sentir emociones de otro órden, y me encamino á donde creo hallarlas. Tambien me pongo á trabajar; empiezo con entusiasmo la tarea que me agrada, á pintar un cuadro, por ejemplo, á tornear un palo, á trazar el plan de una obra, y ha de ser operacion la mas deleitosa, que la prefiera á todo, para que á las dos ó tres horas no principie ya á fastidiarme. Entonces, y como conozco que este mismo fastidio influye en que trabaje con menos esmero, dejo aquella tarea por otra que ofrece renovar mi entusiasmo y llamar mas mi atencion. Tambien me canso de esta en un momento dado, y en tal alternativa, hasta me ocupo de las cosas mas materiales de la casa por distraerme y recobrar mi antiguo ardor. ¡Cuántas veces he recurrido á juegos pueriles, por librarme del fastidio que me causaba una ocupacion por mí escogida! ¡Cuántas y cuántas he echado de menos diversidad de emociones! Y como conozco que no respondiendo á esta necesidad apremiante de mi vida, me sumo en un tédio insoportable; que no variando cuando guste de ocupacion me degrado, condenando mis diversas aptitudes y mecanizándome hasta el grado de confundirme con la máquina que se repite sin cesar, sin saber hacer mas que una cosa; como conozco todo esto, repito, y veo que soy un ser inteligente, capaz, rico de facultades, no puedo menos de esclamar:

«Esa impulsion activa y poderosa, que podemos llamar *la inconstante*, y que nos induce á variar con frecuencia de funciones y lugares, debe tener un grande objeto social; y es injusto combatirla sopena de deprimirme y condenarme á una monotonía intolerable.»

Mas, si se reflexiona un poco, ¿á dónde iria á parar la sociedad si el obrero del taller abandonase á su antojo la tarea que se le ha asignado, por la que desempeña el compañero, ó si abandonára el mismo taller? ¿Si el funcionario público olvidase sus deberes porque llegáran á cansarle? ¿Si el pintor dejase la paleta para cambiar de ocupacion? ¿Ni qué progresos podrian hacerse en nada, si gracias que la constancia consiga hacer algunos? ¿qué grandes problemas se resolverian? ¿No veis el grave perjuicio que causa el que un dia falta á su deber por querer esplayar el ánimo con otros compañeros? ¿El que invierte el tiempo en cosas estrañas á su profesion? ¿el que, siendo militar, se entretiene en cepillar una tabla y hacer un mueble siquiera sea grosero? ¿El abogado que está en su estudio pensando ya en concluir el juguete que ha empezado, ó en el papel que va á desempeñar en un concierto, con perjuicio de sus clientes? ¿ El poeta que se dedica á la música, y el músico que blasona de pintor?... ¿Cómo pretendeis legitimar esta tendencia natural pero disolvente?...

Desgraciados, que vivis en el error! ¿Acaso

habeis pensado alguna vez en cómo se combinará un medio de que esa tendencia que llamais *disolvente* pueda causar, desarrollándose, mil prodigios portentosos? ¿Se ha pasado jamás por vuestra *viciada* imaginacion la idea de que esa impulsion desconocida ó despreciada, sea la prenda mas segura de progreso, de encanto y felicidad? ¿Habeis pensado en una sola cosa de alguna importancia? ¿Habeis sabido salir de un círculo de voces campanudas, como libertad, derechos populares, independencia, soberanía nacional, etc. etc.? Pues, entonces, ¿qué os sorprende? Oh! si de buena fé y con firme voluntad, os propusiérais que esas grandes palabras no fueran por mas tiempo una mentira, pero mentira, ay Dios! que baña en sangre los estados civilizados! Si os propusiérais utilizar las mil riquezas que tiene el hombre como hombre, la sociedad como sociedad!... Ese resorte que nos lleva á variar de empleos y que condenais sin conocerlo, si lo viérais funcionar en una organizacion regular de todas las fuerzas humanas; si lo viérais desarrollar por sí solo todos los poderes del hombre, toda su actividad creadora, qué diríais? diríais, ya me lo figuro; diríais al verlo elemento de creacion y de armonía, hacer el encanto y la felicidad del hombre: «¡Oh, en qué tinieblas hemos vivido! qué estraviado caminaba nuestro entendimiento! qué de errores hemos producido! qué catástrofes hemos causado! Dios nos per-

done! » Esto es lo que diríais al ver utilizado tanto y tan rico elemento como condenais á la inaccion ó á una accion trastornadora.

En efecto; tambien la razon y la conciencia nos dicen que un ser como el hombre, con tanta delicadeza organizado, tan armado de ricas facultades, con un corazon dispuesto á elevarse hasta Dios, con un entendimiento capaz de domar el fuego, el hierro, el aire, la tierra, el cielo, el mar, no ha de haber nacido para enterrarse en vida en el sepulcro de un taller húmedo, sombrío, mefítico, malsano; para matar el hambre en un detalle pueril de industria, que ejerce un dia y otro dia, un mes y otro mes, un año y otro año, sin idea de los encantos de la naturaleza ni del mismo mundo en que vive, condenando sus facultades, acaso privilegiadas; sin entusiasmo, sin estímulos, con el frio glacial del esclavo; identificado con los cuatro hilos que teje ó con la máquina que tiene delante hace veinte ó treinta años. En este mecánico, yo no veo al hombre, al rey de la tierra, al ser inteligente y creador. Veo solo una cantidad de materia con formas humanas, un autómata que se mueve por la fuerza de la costumbre. Y si hubiera alguno que tratára de convencerme de que tal es su destino, «mientes»! le diria sin empacho; ó eres un ignorante, ó un egoista, ó un malvado de los que engendra la sociedad. Dame ese hombre que condenas al ilotismo mas degradante, pon-

lo á mi disposicion; permíteme que lo lleve, aunque sea algo tarde, á una sociedad humana, inteligente, combinadora, organizada para el ser humano, combinador é inteligente, para la riqueza y la felicidad, y verás si en menos de dos meses, estimulado hasta el entusiasmo mas creador por cuantas influencias le rodeen, aprende los mil fáciles detalles de la industria universal que mas en armonía esten con sus inclinaciones, cómo progresa en todos en razon de la aficion que profese á cada uno, cómo en diez años hago que me dé mas cantidad de produccion que la que os rinde en cuarenta, en ese pozo de hielo que apaga lo mejor del hombre, la accion ardiente del corazon, la vida de los sentidos, la hermosa luz de la inteligencia. Tiende, tiende la vista por ese grande espectáculo del universo, por esa escala gerárquica é indefinida de los séres, y si encuentras uno, uno tan solo que para ser feliz se vea embarazado por su misma naturaleza, por el mas simple de sus órganos, que falte á su ley, que mienta á su destino, tiro para siempre la pluma, me echo en los inertes brazos del fatalismo, y hasta dudo de mi existencia. Pero afortunadamente no lo encontrarás; mi Dios tiene inteligencia infinita y nada hace sin un objeto, y el objeto á que tiende su grandiosa obra no es otro, como dije en otra parte, que la felicidad. Sí, hácia la felicidad gravita todo; el sol y demas astros, la tierra, la planta,

el bruto, el hombre, cuanto es y cuanto fué; es señal de que tambien en su bondad infinita, quiere que seamos felices, combinando el modo de utilizar nuestras facultades, sin que causen los trastornos que causarian hoy; por el contrario, haciendo la felicidad individual y colectiva, y concurriendo al gran concierto de los mundos y de las fuerzas en el santuario del taller humano.

Si hubiera un hombre sin aficion ni aptitud mas que para una cosa, para un empleo, lo que no se concibe, en horabuena que se dedique con constancia á ese empleo y haga en él los progresos que pueda; y aun de este mismo hombre me atrevo yo á sacar mas partido; porque lo coloco en condiciones tales, que el tiempo que pierde en lo que hoy llamamos distraccion del ánimo, lo utilizo en provecho suyo y de la sociedad, llamándole por el placer á la senda de la produccion, solicitando su actividad con el espectáculo animado de todas las ramas de la industria general ejercidas con lujo, con placer, con variedad y entusiasmo por amigos y parientes. Hasta de este hombre, repito, me atrevo á utilizar las fuerzas que frecuentemente desperdicia en esta sociedad helada por la miseria y el egoismo. ¿Qué será, pues, de esos séres privilegiados, de esas naturalezas valientes, que lo mismo habitan las regiones de los astros que las del poder, las del arte como las de la ciencia? ¿de esas naturalezas que no caben en esta so-

ciedad mezquina, que las confunde con las naturalezas vulgares y pretende avasallarlas hasta ponerlas en el caso de que por via de desahogo aneguen el mundo envilecido en la sangre de millones de hermanos?... Oh! si tuviérais una idea siquiera del gran servicio que pueden hacer estos hombres á sus semejantes! de los prodigios que se pueden obtener de ellos interpretando bien su naturaleza!... Pero ya veo que estais muy distraidos con vuestros progresos y perfectibilidades para pensar en cosas sérias, ó, si quereis mas bien, en vagatelas; no riñamos por las palabras.

Solo quiero por ahora que convengais conmigo en que si se pudiera hallar un modo de que el hombre fuera todo lo que puede ser, física, moral, intelectual y socialmente; de que estuviera en su interés como en el de la sociedad utilizar todas sus energías, y el dia menos pensado saliera de en medio de este caos que habeis tenido la grande habilidad de formar, un genio que os diera el problema resuelto; quiero, digo otra vez, que convengais conmigo en que seria muy cuerdo y provechoso aceptar el descubrimiento y ponerlo en práctica, renunciando á la vieja teoría del *valle de lágrimas*. Porque no es justo que nos hiciérais llorar por fuerza, cuando vuestras palabras favoritas son el porvenir, el progreso, la *felicidad* de los pueblos.

Esto me pone, pues, en el caso de formular así mi principio:

«La tendencia que existe en todos los individuos á variar de ocupaciones, es muy difícil combinarla con el actual órden de cosas; pero si esa dificultad se resolviera, como es legítima en sí por cuanto ejerce tanta influencia en nuestra felicidad, causaria efectos tan buenos, como hoy los produce malos.

Todavía, si me estudio con cuidado, observo en mí cierta propension de que nadie se ha acordado, pero que entra por mucho en la composicion de mi dicha y de mi ser. Hablo de esas frecuentes alianzas que hago del alma y de los sentidos, de ese combinar cómo los placeres del espíritu podrán recibir un baño de sensualismo que los complete. Me esplicaré mas claro.

Hoy he recibido una noticia muy satisfactoria que me induce á celebrarla; por consiguiente, encargo en casa se disponga una comida estraordinaria. ¿Pero acaso me contento con sentarme á la mesa solo ó con los de costumbre, y gustar las viandas mas esquisitas? ¿No pienso desde luego en cómo completar aquel placer, convidando, por ejemplo, á mis amigos y embriagándome en su conversacion? ¿Quién prefiere tomar en su casa y solo ni aun el té, á tomarlo en el café entre el círculo animado de la amistad? ¿Quién no va de mejor gana á un espectáculo de recreo, acompañado de su dama, ó de

sus amigos, mejor que solo? ¿Quién va á gozar la hermosura de los campos, sin enlazar este con algun otro placer? No veis en todas partes, cómo el dia de fiesta los trabajadores fatigados con la faena de la semana manifiestan del modo que les es dado esta tendencia, saliendo fuera de la poblacion y reuniéndose en comparsas que juegan, beben y bailan á porfia al son de monótona pandereta?

Ademas, este grupo de amigos que nos contempla; esta vasta reunion de hombres que aplaude nuestros esfuerzos, produce en nosotros un entusiasmo *ciego*, en todo distinto del que inspira la tendencia á la intriga y á la combinacion. Este es hijo del cálculo, de la reflexion: aquel precede á toda reflexion, y á todo cálculo; nos lleva á actos de valor y abnegacion que serian imposibles si obrásemos á sangre fria. Un placer simple no es capaz de desarrollar este entusiasmo; se necesita un placer compuesto de muchos placeres. Su dominio sobre todo es el amor; ¿quién al frente de su dama no se siente capaz de actos estraordinarios?

Pues bien; cuando observo detenidamente que esta propension no es esclusivamente mia, si no de todos los hombres, sexos, edades y categorías, digo en tesis general:

«Es una necesidad irresistible del ser humano buscar el entusiasmo ardiente alternando y componiendo los placeres; gozar en modo *com-*

puesto, no *simple*, y debe la sociedad respetarla.»

Pero hé aquí que esta necesidad puede causar graves peligros en el estado actual de cosas. Puede ocasionar la ruina de muchos individuos y familias. Hombres hay de tal especie, que derrochan todo cuanto tienen en orgías y comilonas; que son capaces de convidar durante un año á sus amigos, por tenerlos siempre á su lado y no matar el entusiasmo que le inspiran. Hombres que privan á sus familias de una parte del jornal por invertirlo el domingo en los escesos á que se entregan sus camaradas por via de placer. Unos que escogen la guerra como medio de crearse el entusiasmo que echan de menos; otros que, por llamar hácia sí la atencion de los que les rodean, cometen actos de barbarie comiendo, bebiendo, luchando desordenadamente. En fin, esta tendencia, que nos lleva á subyugar la reflexion por medio del entusiasmo, puede producir grandes calamidades, vicios afrentosos.

Esto dice la esperiencia; y sin embargo, cabe en alguna cabeza, que por los daños que pueda causar la *compuesta* (llamémosla así) sea preciso condenarla á la inaccion? ¿que no me ha de ser lícito buscar el entusiasmo en la reunion de los amigos, para aumentar así mis placeres? ¿que no he de poder dar una batida con las personas que estimo, y escederme en mi ejercicio por el doble gozo de ser el que mas caza realice? ¿que

no he de hacer un esfuerzo por aparecer triunfante á los ojos de la que amo? ¿por distinguirme en un torneo, en una batalla, en un peligro al que me lanzo solo por un esfuerzo de entusiasmo escitado y sin dar lugar á ninguna reflexion? ¿Qué origen tienen el horoismo, las grandes virtudes cívicas y militares? ¿Se cree que á sangre fria y calculando se haria tantas proezas como inspira la *compuesta?* ¿No es verdad, buenos soldados, que en el calor del combate y al tomar una batería, no reflexionais embriagados del entusiasmo que os inspira maniobrar á la vista de aguerridos batallones que os contemplan? ¿deberemos entonces condenar este resorte que nos conduce á la fama y á los actos mas grandes y generosos?...

No; vuelve á responder lo voz secreta de la inteligencia. La *compuesta* ó el entusiasmo ciego es una prenda riquísima de que está dotado el hombre. En una organizacion adecuada á sus facultades, seria tambien uno de los elementos de mas creacion y progreso. Todos los trabajos sociales se desempeñarian á la vista de otros grupos y otras séries organizadas en escala compacta, á fin de que la atencion de un gran número confluyera sobre los actos de cada uno; se haria ademas alianza entre los grupos cuyas pretensiones pudieran acordarse, contra los grupos de pretensiones análogas y por consiguiente rivales. Así el trabajador, sintiéndose observado,

sostenido, aplaudido por una masa; sabiendo que su parte en la obra comun se distingue y sobresale por la gran division del trabajo, se hallará en las condiciones mas favorables al desarrollo del entusiasmo ciego, de la *compuesta*.

—¿Pues cómo es que hoy causa tantos vicios, tantos estragos?—Por la sencilla razon de que hoy todo está organizado para el vicio y el estrago. Lo mejor, no puede producir sino calamidades. Un horticultor versado en fisiológia vegetal sabria proporcionar á la planta un medio que estuviese en relacion con las exigencias de su naturaleza, si queria obtener buenos frutos. El hombre es otra planta con mayor número de órganos, mas complicada, y si no se le estudia, mal se podrá obtener una esposicion favorable, y sin esposicion favorable no podrá dar resultados satisfactorios. Como la planta, producirá malos frutos, se ahilará y morirá antes de tiempo si se comprimen sus tendencias fundamentales, ó se abandonan al acaso, sin intervencion de la ciencia.

Coloquemos, pues, la *compuesta* en el número de nuestras facultades primeras, y digamos:

«La tendencia que nos lleva á una satisfaccion múltiple de placeres, hasta la embriaguez del entusiasmo, es legítima en sí, y puede en circunstancias *favorables* producir tanto bien, como mal en las circunstancias *contrarias* en que hoy se desarrolla.»

Todas estas impulsiones poderosas que me dominan, proceden de un sentimiento fundamental conocido de las almas elevadas, y castrado en las vulgares por el azote de la corrupcion. Hablo de esa idea, de esa aspiracion secreta que tengo y me hace comprender que mi existencia está ligada á un sistema general de existencias, á un todo superior: un sentimiento grandioso que me hace creer naturalmente en un poder organizador en virtud del cual *soy*. No puedo tender la vista por ese firmamento azulado, hácia ese sol tan lujoso cuando declina en ocaso, por esa armonía planetaria tan sorprendente; no puedo fijarla en la tierra y observar sus maravillas, traspasar los horizontes y perderme en su estension, estudiar la filosofía de ese otro mundo que llaman el *mar*; no puedo hacer nada de esto, repito, sin elevarme á una concepcion superior, de primer órden; sin ver de un modo vago, sí, algo vago, pero muy sublime, cierto lazo de esta gran máquina con mi vida, cierta relacion. Me asombro al frente de la inmensidad; me recojo fervorosamente en mi conciencia; me siento subyugado por una idea que no sabré esplicar, pero que se asemeja en lo grande al mismo Dios; no soy libre desde aquel instante, me confunde un pensamiento, y de este juego indeciso y sorprendente de impresiones, de este trabajo sordo pero activo que siento en la conciencia, resulta una creencia que el hombre ha formulado en

esta palabra: *religion*. Y las almas elevadas encuentran la grandeza de la religion en la grandeza de la *unidad*.

De este mismo sentimiento nace en mí el deseo de la felicidad general, de la grande armonía de los elementos sociales. Quisiera ver todos los hombres cumplir en paz y en gloria sus destinos solidarios, y en himno universal todas las cosas creadas dar gracias á su Creador por la ley de amor y de atraccion con que gobierna las creaciones.

En efecto; existe en todo hombre, á pesar de los inconvenientes actuales, el deseo de ver contentos y felices á sus semejantes, como padece al verlos correr un gran peligro ó sepultarse en la miseria. Y si esta dicha general á que aspira fuera mañana realizada sobre la tierra, sentiria la necesidad de creer que jamás habia de volver á un estado mas desgraciado. Aspirando á una dicha sin fin á través del espacio, querria que la satisfaccion de este voto estuviera escrito en las leyes divinas reguladoras de su destino.

Esta tendencia, tallo de todas las demas que existen en el corazon humano, la ha llamado un gran genio *uniteismo*, ó lo que es igual, tendencia á la *unidad*. Los mayores hechos de la humanidad han sido inspirados secretamente por ella.

Como sentimiento, pues, el mas fundamental y bello del hombre, no se puede racio-

nalmente reprimir, sin violar la esencialidad humana.

Pero habrá muchos que digan tambien que ha causado en el mundo graves males y muchas ruinas. Que bajo la inspiracion de ese sentimiento tan variablemente manifestado, Alejandro, Augusto, Carlomagno, Cárlos V y Napoleon atropellaron brutalmente muchas nacionalidades, destruyeron grandes imperios y regaron la tierra con sangre de sus hermanos. Dirán tambien que el sentimiento de la unidad ha propagado en el mundo falsas religiones, difundido el cisma etc., y que donde realmente debia manifestarse, que es en contribuir todos los individuos á hacer su felicidad recíproca, quiebra; pues el *yo* se antepone á todo.

¿Deduciremos de esto que la tendencia á la unidad es mala *en sí misma?* ¿Que no puede producir sino catástrofes? ¿Que es preciso trazarse cada individuo un círculo donde no quepa mas que el *yo*, absolutamente emancipado del *tu* y del *aquel?*

Presérvenos Dios de semejante aberracion! Lo mismo la tendencia á la unidad, que al amor, á la ambicion etc., será buena ó mala, causará buenos ó malos efectos, segun el medio social en que se desarrolle. ¿Decís que bajo el sentimiento de la unidad perecieron imperios populosos? ¿Cómo quereis que resulte otra cosa de una organizacion social tan violenta, que toda

naturaleza privilegiada tiene que empeñarse en la via subversiva y trastornar la forma de sus mismos sentimientos? ¿Con qué elemento contais para que el hombre desenvuelva bella y armónicamente sus secretos? ¿No notais que todo está montado á la inversa de lo que dicta la razon? Desde el individuo podeis ver el gran apoyo social que prestais á esta capital tendencia. Habeis conseguido poner al hombre en escision consigo mismo, con sus semejantes y hasta con Dios. *Consigo mismo*, porque vive en contínua lucha con sus facultades y aspiraciones. *Con sus semejantes*, porque habeis tenido la suma habilidad de disponer las cosas de tal modo, que para yo prosperar algo, tiene que ser á espensas de otro. Si soy comerciante á espensas de mi vecino; si funcionario público, á espensas de otro funcionario cuyos derechos monopolizo; si usurero, á espensas de todo el público; si médico, á espensas de las enfermedades; si cosechero, á espensas de la carestía; si abogado, á espensas de los pleitos; si militar, si contratista, á espensas de la guerra; si fabricante, á espensas del trabajador, etc. *Y en escision con Dios*, porque aunque le digan que los bienes de este mundo son incomparables con los del otro; que se ganan estos, sacrificando aquellos; que debe amarse la pobreza, y al prógimo como así mismo, etc.; todos estos sermones no impiden que el individuo haga una concurrencia encarnizada, ni los pro-

cesos, ni las guerras, ni los ódios de todas clases, y no pudiendo seguir los preceptos que se le dice ser *la religion*, renuncia á ser religioso. Hé aquí unos bellos efectos! Pretendeis el *fin*, sin tomaros la molestia de buscar los *medios*.

Si hubiérais pensado en ello alguna vez, sin duda que en honor de la religion y de la sociedad habríais procurado modificar las influencias de que rodeais al hombre; sin duda que hubiérais evitado tantos males como os abruman. Pero de todos modos, siempre estais á tiempo de reparar en cuanto es posible vuestro descuido. Partid del principio de que el mal mayor no consiste en si hemos de tener una constitucion de esta ó de la otra especie, en si la accion de los poderes funcionará con mayor ó menor armonía, ó usando de vuestra misma frase, *equilibrio*. No; el mal mayor está en el fondo, no en la superficie; en el organismo social, no en el organismo político. Que adopteis entre estos el que creais mas conducente á reformar aquel, pase; pero temo no hagais mas que variar unas formas, para al año siguiente cambiarlas por otras, sin cuidaros del objeto principal. Como quiera que sea, sabed que el mal empieza en el individuo y sigue creciente, sin interrupcion y con los mismos caractéres, hasta la humanidad entera. Así, cuando hayais decidido salir de vuestro círculo vicioso y hacer alguna cosa buena, os recomiendo muy particularmente al individuo;

vedlo bien, examinadlo de cerca, desembarazadle el paso, ponedlo en consonancia con la masa, regulad la accion de sus intereses, calmad su lucha intestina, arrimadlo suavemente á sus semejantes, sin violencia; organizad gerárquicamente todas las funciones y todas las fuerzas sociales; dejad libres todos los puntos de la escala, y en alas del amor y del trabajo vereis cómo se eleva y adquiere la práctica de la unidad. Del individuo resultarán la unidad y los encantos de la familia, rodeada hoy de influencias tan deletéreas; de la familia, saldrán la unidad y la dicha de los pueblos; y asi progresivamente estableceréis la unidad de las razas y del mundo, y el bien universal. Entonces vereis cómo todas las criaturas, conociendo que nada ha interpuesto Dios *de esencialmente hostil* entre ellas y la dicha, no saben en su estrema gratitud qué hacer, y entonan himnos de gloria y alabanza al Hacedor supremo de los mundos, en cuerpo de humanidad.

Voy á reasumir ahora este cuadro que acabo de trazar de las facultades humanas.

Como ser *natural*, el hombre se pone en relacion con el mundo esterior, por medio de cinco resortes materiales, llamados sentidos, que son:

Vista, Oido, Gusto, Olfato, Tacto.

Como ser *social*, se enlaza con sus semejantes por otros cuatro resortes del corazon:

AMBICION, AMISTAD, AMOR, FAMILISMO.

Como ser *intelectual* combina el concurso de estos resortes, componiendo, alternando, ó descomponiendo sus funciones respectivas, en lo que intervienen estas facultades anímicas:

CABALISTA, INCONSTANTE, COMPUESTA.

Y como parte de un gran todo, tiende en su desarrollo á la unidad, gravita hácia una idea superior de armonía de los mundos, de asociacion universal.

UNITEISMO.

Hé aquí para mí todo el ser humano.

Tal vez eche de menos *Mr. Thiers* eso que llama *pasion del robo, de la cólera, de la embriaguez, de la pereza, etc., etc.*, pero es una impropiedad de lenguaje. Ninguno de estos hábitos viciosos pertenece *esencialmente* á la naturaleza humana.

El *robo*, por ejemplo, que nace *generalmente* de la necesidad de satisfacer los apetitos sensuales, del deseo de poseer, de la miseria, no se encuentra en las altas clases; y si acaso, la misma escepcion confirma la regla. Tambien se

ejecuta por satisfacer la necesidad de intriga, de cábala, como vuelo falso y subversivo, pero todo esto desapareceria en un medio convenientemente organizado.

La *cólera* puede ser efecto de muchas causas enteramente distintas. Cualquiera de las fuerzas *motrices* del hombre, que se halle contrariada por un momento, produce este desórden de actividad. Oponeos á mi amor, seré capaz de cometer un esceso; oponeos á mi ambicion, lo mismo; á mis planes premeditados, lo mismo. Dejadme el paso libre y no aparecerá tal fenómeno.

La *embriaguez* nace tambien, en general, de la falta de emociones, de la inércia de nuestra vida, y de ese reducir todos los placeres del pobre al círculo de una mísera taberna, donde se entrega desordenadamente á la bebida por olvidar un momento los rigores de su condicion. Presentadle antes de que contraiga este hábito grosero, otros atractivos, otros placeres mas nobles, mas sociables y mas frecuentes, y estad seguros de evitar que se entregue á uno solo, lo que produce la exageracion de los sentidos. El mismo ejemplo que he puesto antes, os probará que la embriaguez no procede de la misma naturaleza del hombre, sino del abandono y muchas veces de la *injusticia* social.

La *pereza* seria del mismo modo inconcebible en una sociedad organizada inteligentemen-

te. Es el deseo natural de evitar *la pena*, pero no *la accion*; los mas perezosos suelen ser con frecuencia los mas ardientes por el placer.

La ociosidad es un estado pasivo en que el hombre no puede permanecer mucho tiempo. El tedio le impele pronto á obrar, á ocuparse de algo. Yo me complazco en el ejercicio de mis facultades, pero quiero ejercerlas agradablemente, por vía de satisfaccion. Si rehuso el trabajo, es que el empleo que se me ofrece contraría mis inclinaciones, me hace padecer, y al estado de dolor activo, prefiero el estado pasivo, el estado de reposo.

¿Por qué en España, Italia y otros puntos del Mediodia de Europa, hay tantos bandoleros y contrabandistas? ¿Por qué prefieren estas rudas profesiones á las profesiones tranquilas de la industria y la agricultura?.... Ya debe comprenderlo el que se haya tomado la molestia de seguirme hasta aquí.

La *cabalista*, es decir, la necesidad de lucha bajo cualquier forma, es la fuente de esta noble emulacion que lleva los hombres á distinguirse por el saber, por el talento, la utilidad, y que tantos daños causa en nuestras sociedades.

Estos vicios con otros muchos de que se habla, no proceden de la naturaleza humana, como han pretendido hasta aquí todos los filósofos, sino de las influencias del medio; no son *pasiones fundamentales* del hombre, sino *efectos*

subversivos de una ó mas pasiones desarrolladas con violencia. Pero, ¿qué hemos de estrañar se atribuyan á la naturaleza del hombre, cuando en la corrupcion de nuestras lenguas, se dice *la pasion de fumar*, siendo asi que esta hoja que quemamos no se conocia entre nosotros hace poco mas de dos siglos? ¡Pobre naturaleza humana, ó fatalidad del idioma!...

Yo no reconozco, pues, en el ser humano mas fuerzas motrices, mas tendencias radicales, mas íntimas energías, que las trece esplicadas. Estas son para mí semejantes á los siete colores del prisma; se descomponen y forman mil combinaciones y matices. No hay mas diferencia sino que esas impulsiones primitivas que sentimos pueden ser *falseadas* ó felizmente *socializadas*. Lo primero implica el caos, la anarquía, el dolor: lo segundo, el órden, la armonía, el goce: lo primero lleva de ensayo treinta siglos; y nada se ha adelantado, ved la historia: lo segundo constituye los votos del espíritu moderno.

Ahora bien; lo primero que necesito para sentar debidamente la ecuacion social, es hacer una pregunta á mis lectores.

En el cuadro que acabo de desarrollar á vuestra vista, ¿habeis reconocido al hombre tal cual viene al mundo, animado por el soplo de Dios? ¿Os habeis reconocido á vosotros mismos, sin notar vacío alguno? ¿Podemos con seguridad esco-

jerlo por tipo general y punto de partida en nuestras especulaciones?... Sí, ó no?

Porque sintiera que la precipitacion con que lo he trazado fuera causa de no haber disipado completamente todas vuestras dudas, ó de haber omitido alguna circunstancia esencial, que no lo creo. Repito, pues:

¿Hé conseguido apoderarme de todas las facultades *fundamentales* del hombre *en su estado normal*, para poder deducir la ley que lo rige y de la ley sus derechos?.... Sí, ó no?.... Sí. (1)

Entonces con este hombre que he descrito podemos ir á donde *Mr. Thiers* quiera conducirnos; podemos dejarlo si le place, en una isla de Occeania, en el desierto de Arabia, de Sahara, de Cobi; esto es, meterlo en la tienda del nómada, entre la hordal del salvaje, en la familia patriarcal, ó llevarlo hasta el período que llama la ciencia de acuerdo con todas las tradiciones, *Edenismo*, y dejarlo que goce de aquellas delicias que nos cantan los poetas. A cualquier punto y á cualquier época lo sigo de buen grado con este hombre, y le obligo á que por él nos esplique todos los fenómenos del desarrollo social; es decir, la historia. No acepto el carácter *arbitrario* que adopte por tipo general,

(1) Y si acaso no hubiera tenido presentes en este momento todas las objecciones que se pueden hacer, no hallo inconveniente alguno, en ensayar satisfacerlas en público, si hubiese quien, conociendo la gravedad é importancia del asunto, deseára contribuir con su ilustracion á su mayor esclarecimiento.

porque entonces todo tendrá que ser *arbitrario*. Si he conseguido dar una idea mas cabal de la naturaleza humana, tengo derecho:

1.° A decir que la sociedad actual, pretendiendo hacer del hombre otra cosa que lo que es, *hombre*, ó lo que es igual, un ser compuesto de instintos y atracciones; y reformar, en su orgullo, la obra prodigiosa del mismo Dios, comprimiendo las mas nobles tendencias del corazon humano, se parece al insensato que proyectase en su quimera evitar que el sol alumbrára, luchando locamente con sus rayos.

2.° A sentar este principio: Que en una organizacion tan ininteligente y arbitraria como la actual, las facultades mas sociales del hombre, las que á una esposicion conveniente producirian bienes incalculables, no pueden producir sino escándalos y desastres.

3.° A rechazar todos los sofismas y especulaciones que no descansen en la misma naturaleza humana, no en las influencias sociales. El orígen legítimo de todos los derechos del hombre físico, moral é intelectual, está en aquella; sobre estas no se puede levantar sólidos edificios; es proceder sin lógica y perderse en la atmósfera nebulosa del error.

Y 4.° A sostener que toda la dificultad del problema sobre el destino humano, consiste en combinar una organizacion en que las fuerzas superiores del hombre se empeñen por via de recreo

por interés y por gloria en la produccion social, y en las grandes empresas de utilidad pública.

Quede sentado así. Entretanto concluiré de resolver algunas dificultades que he dejado pendientes, por la necesidad de examinar la esencialidad del hombre.

Una de ellas es la de saber en qué consisten los diversos caractéres humanos que diariamente se presentan á nuestra vista, para pensar en cómo se podria hacer, que de su misma diversidad resultára la armonía; y la otra, saber si siendo el destino de la humanidad, el trabajo, los órganos de todos sus miembros, correspondian á esta ley de la especie.

Resolvamos la primera.

Despues de tener una idea mas ó menos concisa de las facultades *esenciales* del hombre; esto es, de los resortes impulsivos que existen en todos los séres humanos, nada mas fácil que comprender el orígen de esas diferencias naturales que observamos en el mismo círculo de nuestra familia.

En efecto: todo hombre se compone de los mismos motivos, digámoslo asi, de accion; de las mismas fuerzas fundamentales. Estas fuerzas se desarrollan con mayor ó menor energía, con mayor ó menor equilibrio, con mayor ó menor

conveniencia, segun el predominio de cada una sobre las demás, y segun las condiciones en que se producen. Pondré un ejemplo.

A.... es un jóven completo; es decir, tiene un organismo muy desarrollado; todas sus fuerzas interiores son muy activas, muy enérgicas. En la esfera moral siente funcionar el resorte de la ambicion, el del amor, el de la amistad. El número, pues, y el grado de desarrollo de estas aspiraciones, constituyen el número y el grado de sus necesidades. Cuanta mas ambicion tenga, cuantas mas simpatías halle, cuanto mas desee amar, tanta mas necesidad tiene de gloria, de amigos y de amor. Este jóven se ve obligado á obedecer á tales impulsiones, si ha de estar en paz consigo mismo y con la sociedad. Si lo colocais en condiciones que le permitan desenvolver armónicamente esas facultades, no tan solo vivirá contento y feliz, sino que la masa podrá aprovecharse de todas estas fuerzas. Si tiene tal necesidad de gloria, marcada una vez por la sociedad la senda de la gloria, no haya cuidado deje de lanzarse á ella, y lanzándose, rendirá á sus semejantes los beneficios que le impongan como precio de esa gloria. Si tiene tal necesidad de amistad, como la amistad no existe sino entre personas de algunas simpatías, sucederá en un medio organizado poder satisfacer las dos tendencias á la vez; esto es, poder en compañia de los amigos acome-

ter una empresa gloriosa, distinguirse en un gran trabajo social, etc., y la sociedad verá asi estimuladas entre sí todas las fuerzas y empeñadas en movimientos productivos. Si tiene tal necesidad de amor, sabrá que para obtenerlo de la hermosa que él adora, necesita presentar títulos que lo autoricen y lo hagan digno de su pretension. Estos títulos no serán el oro (1), serán haber conseguido un gran triunfo; haberse distinguido en una gran conquista industrial; convertido á la cabeza de un ejército de paz y de trabajo algun terreno dificil á la vegetacion; obtenido en el santuario magestuoso del taller los aplausos y aclamaciones de aquella cohorte organizada y fraternal de trabajadores; descubierto algun secreto de importancia, etc., etc., y tambien la sociedad se hallará indirecta, pero abundantemente recompensada por el ejercicio del amor.

Entonces A... será un jóven amable, amoroso, emprendedor, aventurero, vivirá alegre y feliz viendo siempre delante una carrera sin fin, donde puede ejercer todas sus fuerzas, obtener honores, recompensas, la admiracion de

(1) No; porque la mujer, como antes he indicado, debe obtener la independencia de su corazon por medio de un trabajo glorioso, atractivo y ámpliamente recompensado. No tendrá necesidad de venderse á un señor comerciando con sus sentimientos. En una sociedad racional, nada mas que racional, organizada para la moral verdadera, no pueden producirse estos crímenes hoy inevitables.

la belleza que adora, de los amigos que lo observan, de la sociedad en que vive.

Hoy el mismo jóven, como la forma social está en modo inverso de la naturaleza humana, necesariamente ha de ser un carácter escisionario, seco, displicente; querrá gloria y no sabrá cómo obtenerla, porque todas las vias sociales están cerradas; solo hay abierta la de la intriga, la del fraude, la del favoritismo, la de la adulacion, la de la bajeza, y en su noble altivez no podrá ni acaso querrá plegarse á estas condiciones.

Querrá amistad, y á cada paso tropezará con un desengaño, con una infidelidad, con una traicion.

Querrá amor, y no hallará mas medio de alcanzarlo de la que ama que teniendo una alta posicion social, riquezas y otras dotes que impone el egoismo reinante; y aun asi no conseguirá realmente su objeto, es decir, ser amado y saber que las caricias que le hacen son puras, verdaderas, nacidas del corazon.

Esto, repito, lo pone en el caso de ser en su trato, árido, frio, intolerante, suspicaz, casi insociable.

B... por el contrario, la tendencia que tiene mas desarrollada es el *familismo*; domina á todas las demas, y el placer mayor lo encuentra en estar rodeado de su esposa y de sus hijos. No hay que hablarle, pues, de objeto, sin relacion

con los objetos que adora. No gusta de comilonas entre amigos, ni de planes de conspiracion, ni de intrigas políticas, de nada gusta si es cosa á que no puede acudir alguno de su familia. De B... no espereis nunca un Guzman; y no es que Guzman no quisiera á su hijo; pero queria mas la gloria de ser fiel á su patria y de dejar un nombre en la historia. En manos de B... no dudeis de la entrega de Tarifa.

C... es distinto de A... de B... y de Guzman. Tiene una naturaleza pobre, contentadiza, poco exigente; todos los resortes obran en ella con suma debilidad. Asi no tiene grandes necesidades; con muy poco se cree feliz. No le escitan los trenes y el fausto de sus amigos. No correria una aventura de que pudiera resultarle gloria ó fortuna, por cuanto hay en el mundo. Es, en fin, de aquellos que el vulgo llama *bonachones.* Esto esplica mejor que nada la inercia de tales naturalezas, y sin embargo, constan de los mismos resortes que las mas enérgicas.

D... tiene por el contrario, mayor número de impulsiones en juego, se ve constantemente aguijoneado por la necesidad de gloria, de intriga, de entusiasmo, de lucha, de grandes situaciones, de contrastes, todo le parece poco, todo pequeño, se halla embarazado para desarrollar sus fuerzas, no encuentra medios para ello, todas son resistencias, dificultades. Este

ser no cabe en la sociedad, y ó prefiere, segun las condiciones en que vive, ser un famoso pirata que adquiera gran renombre en lo mares, un Viriato, por ejemplo, ó un Napoleon, viendo cómo á sus órdenes se mueven ejércitos monstruosos y se arrasan imperios formidables; es decir, sus tendencias se empeñan por falta de organizacion, en falsas vias, en movimientos fatales. Estas hermosas naturalezas son muy raras en las actuales sociedades. Dios nos preserva de ellas.

Otros no tienen desarrolladas estas facultades, y sí una ó mas concernientes á los sentidos. El que no tenga mas que la del gusto, no será sino un gran comedor; querrá buenas viandas, y no le exijais ningun sacrificio si no es con este objeto. Si la del oido, será un músico escelente, y no lo llameis para nada cuando vaya á un concierto, ó á una ópera, porque de fijo os desairará. Todas sus necesidades consisten en tener un instrumento sonoro con que poder gozar.

Así, pues, poseida una vez la fórmula general del organismo humano, tenemos el medio de esplicar todas las diferencias que existen entre los individuos y el orígen de sus diversas aptitudes, porque la aptitud individual está en razon directa de las tendencias que sentimos; los órganos son siempre adecuados á las funciones de un ser, las atracciones al objeto de su vida.

Resolvamos ahora la segunda dificultad.

Siendo el destino del género humano el trabajo, los órganos de todos sus miembros corresponderán á esta ley?

Para salir de la duda echemos una mirada sobre nosotros mismos, y es el medio mas conducente.

Ignoro si será general lo que en mí observo, pero creo que sí.

Estoy de pié y me pregunto:

¿Podría yo vivir si me obligáran á permanecer en esta misma actitud, atado de pies y manos, durante cierto número de años?.... Y dado caso que pudiera, de lo que no me atrevo á responder, ¿no seria el tormento mayor imaginable?... Sí; porque yo necesito mover los pies, las manos, el cuerpo, trasportarme aquí, allá, al otro lado, so pena de morir en la desesperacion. Pues ya tenemos aqui el trabajo como una ley de nuestra existencia; porque el trabajo no es otra cosa que el ejercicio de nuestras facultades, la accion, el movimiento. Ahora, esta accion, este movimiento, pueden ser un placer ó un dolor. Cualquiera cosa que yo haga, si es por el gusto de hacerla, *gozaré*; si vice versa, por violencia, por obligacion, por necesidad, *padeceré*. *Mandadme* cuidar el jardin mas delicioso, mas

lleno de encantos; *imponedme* recoger las frescas hojas que se desprenden de los rosales, ó formar ramilletes, que parece no ha de haber ocupacion mas agradable, y me matais; voy *por gusto* á cazar, y cuanto mas sudo, cuantos mas riscos trepo, cuanto mas me esfuerzo, tanto mas placer encuentro, tanto mas gozo, tanto mas soy feliz. Y no es esto solo: Si me *obligais* á desempeñar la funcion mas sencilla, la misma repugnancia que esta me inspira influye en que no me esmere en su ejecucion; dejadme, por el contrario, escoger la que mas me agrade, y, aun siendo complicada, haré mas progresos y obtendré la perfeccion.

De todos modos yo he de hacer alguna cosa, porque el reposo absoluto es la misma muerte. He de moverme, he de andar, he de obrar, he de pensar, en una palabra, he de hacer ejercicio, es decir, he de *trabajar*. A este trabajo hemos visto cómo lo presiden dos únicas leyes, la voluntad ó la violencia. Si hago una cosa *por gusto*, repito que *gozaré*; si *por violencia*, padeceré.

Si, pues, la ley que rije mi ser es el *trabajo atractivo* y de la ley, como dice Mr. Thiers, hemos de deducir los derechos, el nudo gordiano del problema social consiste en cómo establecer condiciones tales de accion y de desarrollo, que no solo se empeñe el hombre en el ejercicio mas adecuado á sus fuerzas é inclinaciones, sino que este ejercicio sea *útil*, *productivo*, en una

palabra, *compuesto.* Y no hay que asustarse porque esto parezca muy difícil; sí, es muy difícil, dificilísimo; pero no todo ha de ser redactar constituciones ó pronunciar un gran discurso con sus correspondientes citas históricas. Andando el tiempo y segun van las cosas, me parece que todos escalariamos la tribuna parlamentaria ó apuntariamos nuestras opiniones en una constitucion. Pero es preciso salir ya de ese círculo, pensar en cosas mas dignas de un hombre de Estado, que no vive al dia, sino que se preocupa del destino de las sociedades, y que puede ser responsable ante el porvenir de sus estravíos. Con Bacon, pues, debemos convenir en que «*hay estupidez en pensar que lo que todavía no se ha hecho pueda hacerse sino por medios nuevos.*» Ademas, ¿veis si es difícil conciliar con el buen órden ese derecho apuntado mas arriba?... Pues bien; tan difícil como es, no os podré decir sino que creo *está ya resuelto.*—Resuelto!!!—Sí; resuelto, completamente resuelto; pero ¿por qué os sorprendeis?.. Eso fuera bueno si hubiérais pasado toda vuestra vida pensando en conseguirlo y nada hubiérais adelantado. Pero por desgracia es asi? ¿ó quereis *encontrar* sin tomaros el trabajo de *buscar*? No me disgusta el método; al menos es muy cómodo: pero juro por quien soy, que no conseguireis con él vuestro objeto. *Quærite et invenietis: Buscad y encontrareis*; dijo hace diez y

ocho siglos el hijo de Dios; pero no: *encontrareis sin buscar*. Y esto me autoriza para deciros que vivís en el vacío.

Repito, pues, que creo está resuelto el problema que os espanta por un hombre que, adoptando distinto método, empleó cuarenta y tantos años en *buscar*.

Pero voy á haceros ver antes, circunscribiéndome á las clases productoras, cómo ni tirios ni troyanos conseguireis darles los derechos que tanto cacareais y que con tanta justicia os piden, ni realizar uno solo de los principios abstractos que proclamais, sino aplicando la fórmula capital del *trabajo atractivo*. Pero por Dios os suplico me perdoneis la crueldad con que en *familiar estilo* voy á despojaros de vuestras mas ricas ilusiones, y á haceros descender del mundo de las *utopias* al mundo de las *realidades*. Escuchadme, pues, con paciencia, y vos en particular Mr. Thiers, que luego hablaremos de la Propiedad y de lo que á bien tengais. Asi como asi, yo he adoptado un título mas comprometido.

EL CAUDAL POLITICO

ó sea

SIETE VERDADES EN ESTADO DE MENTIRAS.

Libertad.

Esta es una de las palabras que habreis pronunciado y escrito durante vuestra vida, ¿quién sabe cuántas veces? Pues bien; estamos todavía en el caso de tener que definir esas palabras si nos hemos de entender. Porque veo dos clases de libertad, como no diga tres... cuatro... cinco... mil. Decis *libertad del trabajo*, *libertad política*, *libertad del pensamiento*, *libertad de comercio*, *libertad de asociacion*, *libertad de cultos*, y otra tanda de libertades, que todas juntas no constituyen una *libertad* regular. Yo soy mas conciso y creo que mas elocuente al usar esta palabra; á ver si os place: *Libertad del hombre*. Hé aquí cómo sin abusar de los diversos matices del idioma, comprendo en esta síntesis todas esas ramas de libertad que, como separadas del tronco, tienen necesariamente que morir á cualquier

esposicion. Ahora, ¿qué deberemos entender por *libertad del hombre*?

Por *libertad del hombre* entiendo yo *que el individuo se halle desembarazado en la vida práctica para emplear todos los recursos naturales en la conservacion y desarrollo de su propio ser: Que pueda ocuparse en las funciones sociales mas conformes con sus inclinaciones; obtener la justa recompensa de ellas, é invertirla en lo que tenga por mas conveniente.*

Hé aquí una definicion que aunque no cuadre á vuestra poesía es, sin embargo, la real. No la cambio al menos por ninguna de las que querais darme.

Ahora bien; el hombre que desde que tiene uso de razon se sepulta, por órden de su padre, ó por necesidad, bajo las bóvedas sombrías, húmedas y mefíticas de un taller, á desempeñar la tarea que le *imponga* un amo esplotador, y sigue y sigue trabajando doce ó quince horas por dia, hasta que el mismo cuerpo se deforme ó contraiga algun dolor que le obligue á envolver sus miembros entre las sábanas de muerte de un hospital, ¿este hombre, repito, será en vuestra conciencia libre?... Respondedme con franqueza. ¿De qué le sirven todos los derechos políticos que estais empeñados en concederle, si todos juntos los da por un dia de descanso, ó por un pedazo de pan?...

¡Abajo, pues, todas las sandeces dichas y es-

critas sobre la libertad! La primera condicion para que un hombre sea *libre*, si esta no es una frase poética, consiste en que tenga en sus propias manos los medios de su existencia! La primera condicion para que un hombre sea *independiente*, consiste en que los actos formales de su vida no dependan de la voluntad de otro, no esten á la merced de tales ó cuales que puedan hacerlo un objeto de propiedad, como un mueble, un caballo, etc.! Haced revoluciones, formulad decretos, discutid constituciones, proclamad todo género de repúblicas, nombrad al que os plazca presidente ó cónsul, nada habreis hecho, *absolutamente nada*, por la libertad séria, verdadera, real de las masas, en tanto que la sociedad no garantice un *mínimum* conveniente de subsistencia, mientras que cada hombre no esté asegurado, como del primero de sus derechos de miembro de la humanidad, *de la independencia social de su personalidad.*

Hoy, en estos momentos, seria absurdo pedir que diera la sociedad tales garantías. Ni PODRIA NI CONVENDRIA AUNQUE PUDIERA. Mientras que el régimen industrial no se organice de modo que apasione á las masas, que las sujete al trabajo por el poder de la *atraccion* y del interés, no por el de la *fuerza* y la *necesidad*, no habrá medio de obtener el derecho de la libertad y de la independencia social. Hoy el trabajo productivo presenta un caracter tan repugnante, por

lo mal retribuido, por su monotonía y continuidad, por la insalubridad de los talleres, por el aislamiento, por la ausencia de toda emulacion, por cierta deshonra que se le atribuye, por la preocupacion social etc., que si el individuo lo ejerce, no hay que dudarlo, es por la necesidad apremiante de resistir á la muerte. Y en este estado nada mas antisocial, que satisfacer aquellos derechos.

Conste, pues, que no hay LIBERTAD política ni social para las masas, sin MINIMUM, y no hay MINIMUM sin ATRACCION INDUSTRIAL. (1)

Desafio á que se me refute esta tesis capital, y á que por la historia se me nieguen las concordancias íntimas de las condiciones del trabajo y las de la libertad.

Igualdad.

Tambien es esta una inseparable compañera de la libertad, marchan unidas, y voy á tener la osadía de sentar este principio con letras gordas.

LA IGUALDAD ES LA NEGACION ABSOLUTA DE LA LIBERTAD; NO PUEDEN COEXISTIR.

Me esplicaré, señores; me esplicaré.

(1) No olviden mis lectores que siempre uso la palabra *industrial* en su acepcion mas lata.

Aqui hay dos cuestiones, dos cosas que tienen ustedes buen cuidado de separar. Hablo de la igualdad *política* y de la igualdad *social*.

En primer lugar la igualdad *política*, es mas bien una política igualdad. Creo que aun no me he esplicado bien. Quiero decir que es una igualdad concedida con mucha política, con mucha habilidad, con mucha estrategia, porque se consigue hacer creer que todos somos iguales ante la ley, iguales para optar á los destinos públicos, iguales para la eleccion, iguales para todo, siendo asi que para nada somos iguales, para nada. Por eso digo, que es una igualdad *muy política*.

En efecto; *la igualdad ante la ley* se estrella en el mas fuerte, y el mas fuerte en estos tiempos ya sabemos por qué signos hemos de reconocerlo.

La *igualdad para los destinos públicos*, se estrella en el favoritismo, en la audacia y en agios inmorales. No hablo de la mayoría de cada nacion, que la forman las clases productoras. Estas no son iguales sino en trabajar lo mismo hoy que mañana y al otro. Con ellas no se cuenta; porque, segun ciertos filósofos, pertenecen á otra especie.

La igualdad electoral se estrella tambien en el mas fuerte; es decir, en los que tienen mas propiedades y ocupan mayor número de brazos.

La igualdad en el trato se estrella en los que

han nacido en condiciones favorables á recibir una instruccion regular, que son el menor número.

Y á este tenor todas vuestras igualdades se *desigualan*, permitidme la espresion, cuando se trata de la vida práctica.

Voy á hablar ahora de la *igualdad social*:

Como habeis cometido tan crasos *desatinos*, habeis tambien autorizado las doctrinas mas *desatinadas*. Habeis con vuestros desaciertos puesto las cosas de un modo tal; traido la sociedad á tal estado de anarquía, de miseria, de lucha y confusion, que no me admira quieran hasta las masas ignorantes, imponeros sistemas de gobierno confeccionados al compás de la máquina ó del martillo.

En efecto, viendo que la igualdad *política* es ilusoria, se pide la igualdad *social*; y esta es la que yo digo que mata la libertad.

Porque prescindiendo de que creára abundantes riquezas, que no lo creo, ¿podrian coexistir?

Me pongo á hacer contigo una estátua ú otro objeto cualquiera; empleo el mismo tiempo que tú, y nos pagan por igual. Ahora bien; si soy realmente libre, el primer uso que hago de esta libertad, es, despues de satisfacer mis primeras necesidades, despojarme de una parte de mis derechos en obsequio de aquellas personas que

me escitan mas simpatías. ¿Y podré ya ser igual á tí que conservas todas las garantías? No, y desde entonces no hay igualdad.

¡Igualdad!... ¡*proporcionalidad* querreis decir! ¡Proporcionalidad es el gran vacío que se nota en nuestras sociedades! En un medio social perfecto, el hombre sacará partido de *todas sus facultades* para sí y para las personas que ame, porque sus *facultades son proporcionales á sus inclinaciones, necesidades y deseos.* Asi cada uno, recibiendo lo que su naturaleza le adquiera, nadie podrá quejarse.

Juan llevará un traje magnífico, que otro repugnará vestir. Pedro comerá de una vez lo que bastaria á satisfacer á sus dos vecinos; Antonio montará un fogoso caballo á que Andrés temerá aproximarse. El uno ama el brillo del mundo, el otro lo soledad, aquel el tumulto de las fiestas, este la calma de la timidez etc. Dad igualmente á todos, y todos sufrirán.

La igualdad no puede establecerse sino ahogando el entusiasmo, castrando el alma humana, que seria preciso privarle de sus mas nobles aspiraciones.

La verdadera igualdad social consiste en la *desigualdad.* Si trabajo tres veces mas que tú y con la misma perfeccion, y me dan á razon de tres y á tí á razon de una, estamos iguales. En otra funcion sucederá vice versa, porque eres tú mas apto; pero de todos modos resultará la igual-

dad de la proporcionalidad. ¿Quién disputa sobre esto?...

Fraternidad.

Otra palabra que completa esa célebre trinidad, fórmula del espíritu moderno. Y yo pregunto, ¿qué es fraternidad?—«Fraternidad, se me dirá, es quererse todos los hombres como hermanos; como tales auxiliarse en sus necesidades, é interesarse en la dicha comun.»—Perfectamente; la definicion me satisface; pero ¿quieren ustedes decirme de qué modo piensan conseguir tan laudable objeto? Porque no basta querer, es preciso alguna cosa mas.—«Inspirando, se añadirá, á los individuos ese sentimiento que hace nos consideramos, lo que realmente somos, miembros de una misma familia, hijos de un mismo padre que habita en el cielo.»—*Uuuum*!.. con ese método mucho dudo que lo consigais; porque hace algunos siglos que Jesucristo nos dijo lo mismo en estas palabras: *Vos omnes fratres estis*, añadiendo San Juan: *Ut omnes unum sint*; y á pesar de Jesucristo y de San Juan el principio mas corriente en la vida es: «Al prójimo... Pero no quiero incurrir en una vulgaridad. Baste saber que el egoismo es el soberano absoluto del mundo, la religion que prepondera. Esto indica que se necesita algo mas que buenas intenciones para conseguir vuestro objeto, y que no basta encabezar una constitucion ó adornar una ban-

dera con la sublime palabra *fraternidad*. Yo creo que mientras los intereses no *fraternicen*, menos habrá que esperar *fraternicen* los individuos. Interin esté en mi conveniencia sacrificar á Juan, no creais que Juan quiera llamarse hermano mio, ni yo hermano de Juan. Ahora, si arreglais de un modo las cosas que cuanto mas prospere Juan, mas he de prosperar yo tambien, y cuanto mas él se arruine, mas he de arruinarme, entonces, no digo que sea dificil establecer la fraternidad; por el contrario, será muy facil, el único medio. Pero pretender que en intereses seamos enemigos, y en sentimientos nos llamemos *hermanos*, conoced que no puede ser, que es una de vuestras mil ilusiones.

¿Qué fraternidad esperais de las numerosas clases productoras, cuando os ven lucir y triunfar, entrar en los cafés, en los teatros, etc., vestir con tanta elegancia, rodearos de placeres, sin poder ellas jamás disfrutar ni de aquello mismo que sale de sus manos y que va empapado en su sudor? ¿No os parece que de esto á la fraternidad hay un abismo insondable? ¿No veis esa lucha general de intereses en que se precipitan individuos con individuos, familias con familias, clases con clases, naciones con naciones?...

Desengañaos; la fraternidad no constará sino en la letra muerta de una constitucion, mientras no os digneis descender de esas regiones olímpicas del poder, á lo que mas os repugna, á este

materialismo insoportable de la vida práctica. Observando esta bien y estudiando cómo fraternizar los intereses, conseguireis, repito, fraternizar á los hombres: de otro modo no os sorprenda ver construir nuevas barricadas.

Progreso.

Tampoco hay partido que no use esta palabra, y sin rubor confieso, que ó no he comprendido lo que es progreso, ó se pronuncia sin fundamento, como las palabras anteriores.

En efecto; si el progreso consiste en marchar la sociedad hácia su perfeccion, siento desde luego, y ya lo probaré, que la sociedad moderna á donde marcha á rienda suelta, como se le deje, es á la barbarie.

Si consiste en otra cosa, como en la esplotacion de las minorías, en la corrupcion de las costumbres, en el egoismo mas disolvente, en la ruina de toda religion, en el descrédito de las instituciones, en el desprecio de la autoridad, en el fomento de la miseria, en la nulidad de los derechos, en la repeticion de bomba rdeos, en la práctica de las barricadas, es decir, en la ley del mas fuerte; si consiste en esto, repito, no se puede dudar que marchamos viento en popa. Pero como creo de buena fé que consista en lo contrario, trazaré en cuatro plumadas el cuadro de la sociedad y el destino que le espera *de no variar de rumbo.*

En primer lugar, el mal mayor que observo en nuestros grandes hombres de Estado, es ese reducir la vista á este rincon de Europa, ese hablar á cada momento de la humanidad, cuando realmente creen que, fuera de nosotros, no hay mas hombres ni mas mundo. No sé cómo esta civilizacion se cree irresponsablemente desentendida del resto del globo. ¿Pues qué, señores sabios, si por un milagro de los que nos cuentan las historias llegárais á hallar el medio de hacer felices á los pueblos modernos, ¿creeriais que seiscientos millones de bárbaros y salvajes no formaban parte del género humano? ¿Que no tenian los mismos derechos á cumplir su destino de hombres? ¿No sabeis lo que os espera, lo que espera á esta civilizacion, si no se encuentra pronto, muy pronto, en lo que va del siglo, el medio de atraer á nuestro modo de vivir, á nuestras costumbres etc., esa gran porcion del género humano?...

Os lo diré para que vivais sobre aviso.

Pero antes cumpliré mi promesa de trazar las vias en que está empeñada la sociedad moderna.

En primer lugar, debeis tener en cuenta los movimientos históricos de lo que se llama *bien general*. Debeis observarlo con mucha atencion si quereis tener voto en la cuestion del porvenir, y analizar con datos el estado presente de la civilizacion. De todos los indicios que debieran haberos hecho sospechar hace tiempo,

de la industria actual, no hay otro que mas salte á los ojos que el de la escala simple de la reparticion. Y al decir *simple* quiero espresar una escala que no crece sino por un lado, nada por el otro. Mejor será que copie de un escritor contemporáneo un ejemplo adaptado á las cinco clases; helo aquí:

	Pobre.	Menos pobre.	Media.	Acomodada.	Rica.
A.	0	1	2	4	8
B.	1	2	4	8	16
C.	2	4	8	16	32
D.	4	8	16	32	64
E.	8	16	32	64	128

La línea horizontal A, representa el orígen de las sociedades, en el que la diferencia de fortunas era poco notable, y la clase pobre figuraba por cero, no existia.

A medida que la fortuna pública ha ido aumentándose, como se ve en las líneas B, C, D, E, seria preciso que la clase pobre participase de ella segun la proporcion indicada en cada una de las líneas; es decir, en un grado de riqueza E; teniendo el rico 128 pesetas que gastar por dia, que el pobre tuviera lo menos 8; de este modo la escala seria *compuesta*, creciendo proporcionalmente para las cinco clases.

Pero en civilizacion, es decir, en el período que atravesamos, no creciendo sino de un lado, resulta que si la riqueza ha llegado al

quinto grado E, la clase rica obtiene esactamente su lote de 128, y la pobre *cero* tan solo; porque siempre tiene menos de lo necesario. De manera que la escala civilizada sigue la línea transversal 0. 2, 8, 32, 128, y la multitud ó clase pobre, lejos de participar del progreso humano en orden de riquezas, no vive sino del tormento de todas las privaciones, porque ve una mayor variedad de bienes que le escitan los sentidos y de que no puede gozar, llegando hasta carecer del trabajo repugnante que forma su suplicio, y que no le ofrece mas ventaja que la de no morir de hambre.

Tambien es muy de notar cuál se endurece el corazon humano, y cuál los lazos afectivos que constituyen toda sociedad, van desapareciendo. Al hombre se le ve caminar montado sobre el individualismo mas disolvente, al aislamiento, á la emancipacion completa de sus semejantes. Hoy ya no siente las miserias y padecimientos del prójimo si pueden tener alguna relacion, siquiera sea lejana, con sus intereses; por el contrario, se goza en su esterminio. Con rubor confieso que he oido decir á personas, apreciables por otra parte, hablando de nuestros desgraciados hermanos que cometen el gran delito de querer trabajar para no morir de hambre, *que era preciso concluir con ellos á cañonazos.* ¡Que crueldad!!... Ya ha llegado á ser un axioma que á los 30 años pierde el hombre el corazon; y es-

tas nobles y humanas tendencias que conservamos en la juventud, para convertirse en un pedazo de hielo! ¡Qué cargos tan terribles debe hacer la conciencia á una sociedad que de tal modo paraliza los mas grandes movimientos del alma! que asi apaga el fuego santo de la caridad! que tal guerra declara al cristianismo!

Este deplorable fenómeno va desarrollándose con la civilizacion de un modo pasmoso; y ya es fácil concebir qué vendrá á ser de la sociedad desde el momento en que el hombre no pueda hablar sin prevencion á otro hombre, desde el momento en que las clases se encastillen en sus respectivos intereses; cuando la industria multiplique las necesidades á medida que la miseria reduzca *los medios*; cuando la instruccion se generalice; cuando *todos* quieran gozar y se vean impedidos por *todos*.

Asi que la civilizacion moderna está montada sobre un volcan. Todas esas cosas que nos encantan y fascinan, ese aparato deslumbrante que presenta á nuestra vista, ese refinamiento que escita nuestra alma, credme, todo es mentira, pura mentira. Y tocando y retocando con entusiasmo las piezas de esta gran máquina, ¿sabeis qué me pareceis? Me pareceis, pues, unos niños que se entretuvieran en jugar con artificios entre barriles de pólvora.

Sí, no quereis notar que, andando el tiempo y siguiendo asi las cosas, de en medio de tantas fal-

sas maravillas vereis alzarse una horda robusta, aterradora, que con nervudo y ensangrentado brazo desbarate y haga trizas este mismo débil artificio que encanta vuestros sentidos y os coloca á la cabeza del género humano. Ya debierais haberlo presentido estudiando la marcha del pauperismo y del proletariado, comparando sus cifras y midiendo, por los grados de su desarrollo pasado, los grados y consecuencias de su desarrollo futuro, puesto que está en creciente. Pero lejos de eso coadyuvais á este fin, abriendo al pobre las puertas de la ciencia y cerrándole las de la riqueza; enseñándole á leer, á pensar, á comprender los placeres mas elevados, y sujetándole con la otra mano á la mas afrentosa y degradante miseria para que no pueda saborearlos. Tantálica lucha! Imprudentes por un lado, os mostrais bien crueles por otro! ¿Qué quereis que resulte? Al fin la sociedad feudal dió pruebas de mas cordura. Creó la servidumbre, pero tuvo buen cuidado de no ilustrarla, ni enseñarle á leer para que no tropezára en algun libro con esta idea:

»Solo la injusticia y la tiranía pueden establecer entre los hombres desigualdades tan monstruosas, haciendo que unos, sin trabajar, gocen todos los placeres del mundo, y otros, trabajando como brutos, vivan como brutos, sin la conciencia de sus derechos de hombre, ni de la dignidad de ser inteligente.»

Esto, repito, lo encuentro mas cuerdo y mas

humano que vuestro sistema de progreso y perfectibilidad consistente en sacar al pobre de su feliz ignorancia, en inspirarle el deseo de todos los goces del alma, de la inteligencia y de los sentidos, sin tener intencion de satisfacerlo ni aun en sus mas apremiantes necesidades. No responderia yo de una sociedad empeñada en tales vias.

¡Hablais mucho de los progresos de la industria y confiais en que todo lo remediarán! Estais equivocados; la industria no progresa sino en modo negativo; en la industria vienen envueltos los elementos de disolucion. ¿Ni qué progresos generales creeis que haga? ¿No sabeis que si en Europa adelanta algo, pierde en Asia inmensas regiones! ¿Si la civilizacion ha fundado en América frágiles colonias siempre amenazadas por la insurreccion de los negros, no ha perdido á las mismas puertas de Europa vastos imperios?... ¿No veis como las hordas lo invaden todo, traspasando de mas en mas su barrera natural, la cadena del Ymaüs, que se estiende desde Bukaria á China? ¿Ahí mismo, á nuestra vista, en la Turquía, no observais cómo la horda surge lozana, y no cesa de hacer progresos en este imperio?

«Todavía, ha dicho un célebre escritor de nuestros tiempos, todavía unos años de persecuciones, de anarquía otomana, y se verá esta bella porcion de territorio reducida á la vida nómada

ó tártara que hace progresos tan espantosos sobre todos los puntos de la dominacion turca.»

«La horda, añade, es un volcan siempre dispuesto á tragarse la civilizacion, un humor inveterado, que apenas sofocado, hace una nueva irrupcion; que reaparece apenas se cesa de obrar sobre él.»

«En fin, esta tendencia universal de los *asalariados* á su emancipacion, que no es otra cosa que á *reformar la horda*, si la ciencia social no interviene pronta y directamente, reduce todos los cálculos de la política á este solo problema:

«*Hallar el medio de asegurar al menor de los industriales bastante bienestar, para que prefiera constante y apasionadamente su trabajo al estado de inercia y vandalismo á que hoy se aspira.*

De este modo no solo conseguireis cegar en Europa el abismo siempre abierto de la revolucion y la barbarie, sino atraer á vuestra civilizacion, á vuestras costumbres y á vuestra industria esos millones de séres que vagan por el mundo prefiriendo los derechos naturales al estado de proletario. Porque ¿qué habeis hecho hasta ahora para conquistarlos? ¿Qué medio habeis empleado? Uno solo, la compresion! Pues bien; antes que aceptar nuestras instituciones, prefieren morir, y mueren sacrificados por nosotros! ¡Qué crueldad! ¡Qué infamia! ¡Hombres tan bellos, tan fuertes, tan bien constituidos!... A medida que invadimos sus desiertos, huyen,

y esquivan nuestro comercio. ¿Por qué? Otro escritor contemporáneo os lo dice. Porque, escepto el lujo, de que carece el salvaje, y que con frecuencia no es para la mayoría de los civilizados, sino una causa de codicia y corrupcion, la vida del salvaje tiene ventajas sobre las del proletario. ¿No habeis tenido noticia de marineros que han virado hácia el desierto para hacerse salvajes, mientras que jamás un salvaje ha aceptado libremente la civilizacion?

Pues esto solo, si pensárais, os convenceria de que no progresamos tanto como decis. Lo mismo el bárbaro que el salvaje, que el civilizado, tiende á ser feliz; gravita hácia el placer. Y la civilizacion no será muy atractiva cuando sus estraños huyen de ella como de un monstruo. ¿Sabeis cuál es la mayor imprecacion del salvaje contra un enemigo? esta: ¡*Que te veas reducido á cultivar un campo.*» Por aqui podeis formar una idea de las condiciones en que se ejerce vuestra industria.

Interin, pues, no establezcais EL TRABAJO ATRACTIVO ni conquistareis un palmo de desierto, ni podeis hacer ningun progreso efectivo; ni conjurar las revoluciones, ni cortar el pauperismo, ni echar cuentas galanas con vuestra civilizacion, que ya sabeis no es la primera que *florece* en el mundo.

Orden.

—¿Qué es órden?—Cuando las naciones están en paz.—Mentira.—Cuando nadie atenta contra un gobierno establecido.—Mentira.—Cuando los ciudadanos no piensan mas que en sus negocios privados, y el poder funciona con desembarazo.—Mentira tambien. El gobierno puede por un juego de baterías aterrar al espíritu público, y el órden que resulta es la *resignacion*; aquella paz, la paz de los sepulcros. El verdadero órden es el que procede del contento y bienestar de todos los ciudadanos, de la armonizacion de todos los sentimientos, de todos los intereses, de la satisfaccion de todos los derechos, de todas las necesidades. El verdadero órden debe mantenerse sin bayonetas; si no, no hay órden, lo que hay es desórden organizado, imperio absoluto de osadas minorías, despotismo.

Ahora bien; mientras yo vea los pueblos que sufren despojados de toda garantía real, juraré que no hay en ellos órden ni puede haberlo hasta que se llenen aquellos requisitos. El partido que se llama de *órden* y que ha tomado este por su cuenta, se halla en buen camino de constituirlo? ¿Pretende atacar el *desórden* en su raiz?—No; porque escatima los derechos sociales mas que los otros partidos.—Entonces es revolucionario.

Me esplicaré:

Todos los que hoy aparecen interesados en el órden son los que mas poseen y cuyos bienes se hallan protejidos por la ley. Creen, y no se equivocan, que en el desórden solo pueden perder; así como los que nada poseen solo pueden ganar, único objeto que los lleva á la revolucion. Esto significa claramente que la sociedad garantiza unos derechos y otros no; que atiende á unos intereses y descuida á otros; y esto es una parcialidad muy peligrosa. ¿Por qué no ha de garantizar, como antes he dicho, á los unos sus intereses creados y á los otros su facultad de crear? ¿A los unos su propiedad mueble ó inmueble, y á los otros su propiedad personal?... ¿No hemos visto y vemos todos los dias invertir los revolucionarios grandes sumas en conquistar al pueblo hambriento? Entonces, ¿por qué no lo conquistan los gobiernos para sí por medio de buenas instituciones que abran el corazon del pobre á la esperanza y le muestren un porvenir por la senda de la paz? Hágánse, pues, revolucionarios de este modo, y agotarán el arsenal de donde sacan las armas los llamados *anarquistas*. De lo contrario es hasta ridículo hablar de órden y siempre de órden, cuando no puede todo estar mas trastornado y cuando todo respira *desorden*.

Justicia.

Escríbanse códigos bajo la inspiracion de este sentimiento; redáctense artículos de periódico; discútanse leyes en las asambleas; confecciónense programas, hágase lo que se quiera, no puede haber justicia verdadera mientras en el dominio de la produccion haya parásitos que absorban todo el beneficio del taller social; mientras la mayoría de los hombres esté condenada á trabajos penosos, repugnantes y mal retribuidos; mientras haya quien gane de una plumada mas dinero que el que puede producir al año todo un pueblo sóbrio y laborioso. Solo por medio del *trabajo combinado* podrá obtenerse la justicia, repartiendo proporcionalmente los beneficios á los agentes de la produccion *capital, trabajo y talento.* Fuera de aqui no hay mas que esplotacion y tarania.

Moralidad.

Tampoco puede haberla en la buena acepcion de la palabra, sin concluir con la miseria, porque de ella procede el robo, la crápula, el embrutecimiento, el asesinato, casi todas las plagas sociales. La miseria nace de la falta de trabajo ó del trabajo deprimido. Hay, pues, que elevar y generalizar el trabajo, y este no puede ser generalizado y ejercido digna y espontáneamente por todos los hombres, mientras no se ob-

serven las condiciones de la atraccion. Solo asi se aprovecharán todas las fuerzas, creando abundantes riquezas, y se inaugurará el reinado de la moralidad.

Las siete palabras analizadas forman todo el patrimonio de los partidos políticos, y sin embargo, no saben cómo hacer para que sean una verdad, ó, si lo saben, lo disimulan mucho.

Pero, me he estendido mas de lo que pensaba para sentar la cuestion social en toda su generalidad y disipar tantas preocupaciones morales, políticas y filosóficas, como condensan las tinieblas en que todavía vive envuelto el mundo moderno. El lector me dispensará.

Reasumamos:

De la ley que rige todo el escalafon de las vidas, esto es, de la unidad universal, hemos deducido el objeto de la humanidad, que consiste en estender, desarrollar y perfeccionar todos los reinos que le están subordinados, y servirse de ellos para sus necesidades y placeres.

Esta misma ley la hemos hallado corroborada por la naturaleza humana, creada para la accion y el desarrollo armónico de todas sus facultades.

A esta accion hemos visto que la presiden dos únicas leyes, *la voluntad* y *la violencia*.

La ley de *la voluntad* es la única que puede

llevar todas las fuerzas humanas á la produccion social.

La fórmula que abarque con desembarazo todas las diferencias de caracteres y aptitudes para componerlos en la armonía total, esa es la fórmula del destino, la gran verdad social, la ciencia absoluta. Fuera de ella la sociedad no puede avanzar un paso ni practicar uno solo de los principios abstractos que proclama; por el contrario, marcha al precipicio.

Si pues he conseguido hacer una observacion mas *exacta* de la naturaleza humana que monsieur Thiers, y de ella, como dice sábiamente este célebre personaje, deben deducirse los derechos del hombre en sociedad, creo hallarme en estado de mayor competencia para formular aquellos al menos que necesito para juzgar su obra. Voy á reducirlos á doce y á ponerlos bajo su garantía protectriz, que es muy digno del defensor de la propiedad abogar con igual honroso celo por otros objetos no menos sagrados, y que yacen, sin embargo, en el olvido.

Hé aqui esos derechos:

DERECHOS DEL HOMRRE

EN

SOCIEDAD.

1.° El hombre tiene, cuando niño, el derecho de ser protejido y asistido por la sociedad en todas sus necesidades.

2.° Conforme vaya desarrollándose, poder ensayar su naciente actividad en los empleos sociales mas conformes con las tendencias de su naturaleza.

3.° Recibir la instruccion que mas en armonia esté con esos empleos.

4.° Obtener una medida de fortuna y gloria que esté en relacion exacta con la medida de todas sus fuerzas desenvueltas y utilizadas, de los beneficios que haga á la sociedad.

5.° Invertir en lo que quiera, cuando quiera y como quiera, esta fortuna, fruto de su trabajo, resultado de su actividad.

6.° Conservar por medio de la educacion que haya recibido y del desarrollo de todas sus facultades, la dignidad humana que desaparece con el embrutecimiento y la groseria generales.

7.° Influir en el gobierno de la sociedad de que es miembro, en el circulo de su competencia.

8.° Aspirar á todos los honores, dignidades y ventajas señalados al mérito y á la gran produccion.

9.° Reproducirse y formar la familia.

10. Vivir en el pais que prefiera.

11. El de una parte de la tierra que riegue con el sudor de su frente, ó del techo bajo el cual han vivido y muerto sus antecesores.

Y 12. El de un minimum de subsistencia, en caso de invalidez, ancianidad, ó de dedicarse á hacer, con algunas probabilidades de éxito, un importante trabajo intelectual, un descubrimiento.

Todos estos derechos tienen sus límites naturales en los derechos del prójimo: la línea que los divide no es otra que la del deber.

Voy ahora á comentarlos.

1.° *El hombre tiene, cuando niño, el derecho de ser protegido y asistido por la sociedad en todas sus necesidades.*

En efecto; lo primero es vivir, y esta vida, como en un medio conveniente á la naturaleza humana, viene á ponerse al servicio de la sociedad, á aumentar sus fuerzas productoras, la sociedad, siquiera sea por egoismo, tiene el deber de conservarla y desarrollarla para multiplicar su valor industrial; de este modo se evitarán dos cosas:

1.ª Que por tener la desgracia de yacer en la cuna de la pobreza, el tierno niño muera exánime, ó viva causando el tormento de sus padres que no pueden darle el sustento material, mucho menos el moral é intelectual de que depende la dicha del ser humano; pues como juiciosamente dice Mr. Thiers, «*impidiéndole el ejercicio de la inteligencia, se le rebaja, se le hace desgraciado.*»

2.ª Desembarazar el santo afecto paternal de todo género de inconvenientes, de todo roce con el helado materialismo que seca el alma. El amor repele los deberes, le pesan.

2.° *Conforme vaya desarrollándose, poder ensayar su naciente actividad en los empleos sociales mas conformes con las tendencias de su naturaleza.*

Porque en una sociedad organizada para la accion productora y atractiva, la débil energía del niño ó del adolescente encontrarán funciones de utilidad pública, apropiadas á sus inclinaciones, y que les garanticen cuando menos la satisfaccion de sus primeras necesidades. Ademas, sabido es que en los primeros años, y estando uno rodeado de todo cuanto puede solicitar sus tendencias, hallará la ventaja de ensayarse á su placer en los diversos empleos y fijarse en el que mas consiga apasionarle.

Esto evitará:

1.° Que el hombre, aceptando por necesidad y como á ciegas una funcion cualquiera social, llegue un tiempo en que conozca su error y no pueda evitar la desgracia de verse empeñado en unas vias opuestas á su naturaleza, en las que, por lo tanto, no puede hacer progreso alguno. En la sociedad actual, raya en lo imposible que el jóven se determine con conocimiento de sí mismo, de sus inclinaciones; pues generalmente está sometido al influjo de las condiciones en que ha nacido. Además, como el círculo de empleos que se presentan á su vista es tan reducido; como las atracciones individuales existen en el inmenso campo de la agricultura y de la industria, donde se ofrece á la diversidad de aptitudes

tanta diversidad de funciones agradables; y como hoy estas mismas funciones están altamente degradadas por la preocupacion social, ó mejor dicho, *antisocial*, y por las condiciones morales y materiales en que se ejercen; como sucede todo esto, repito, la actividad individual rueda en un círculo obligado, se consume en el fastidio, ó se empeña en movimientos disolventes.

2.° Convirtiendo los trabajos de penas en placeres, y seduciendo todas las fuerzas del individuo en el dominio de la produccion, resultará no desperdiciar ni la actividad del rico, ni de la muger, ni del niño, ni del anciano; todos serán funcionarios activos é inteligentes del universo. Hoy se trabaja *para no trabajar*. Cuando el hombre ha adquirido algunos bienes, se emancipa de la produccion, se hace parásito, viviendo á espensas del cuerpo social. Y si atendemos á esa tendencia humana que huye el *dolor* veremos cómo el que asi obra está en su derecho. De aquel modo se consigue tambien la independencia social del individuo, que, pudiendo desarrollar *agradablemente* todas sus fuerzas, probar todo su valor, con la garantía de una justa recompensa, su mismo amor propio aparecerá interesado en no ser gravoso ni á su misma familia, emancipada entre sí hasta el punto de no pensar mas que en amarse y complacerse.

3.° *Recibir la instruccion que mas en armonía esté con esos empleos.*

Repugna, en efecto, que se quiera hacer del hombre un buen geómetra, un buen químico, antes de haberle iniciado en funciones propias á escitar en él el deseo de conocer las matemáticas y la química. La teoría debe siempre combinarse con la práctica anterior. En una verdadera organizacion social, el mismo niño que está siempre en relacion con otras personas, sin cesar en contacto con los objetos que logran atraerlo; que tiene á la mano todos los instrumentos del trabajo adecuados á su tierna naturaleza; á la vista todas las lecciones prácticas que pueden escitar sus inclinaciones, lisongear sus gustos, provocar *su manía imitativa*; que es observado por un funcionario social encargado de interpretar sus tendencias; el mismo niño, digo, llega natural y necesariamente al desarrollo y completa utilizacion de todas sus aptitudes; porque impelido por la curiosidad, por el deseo de distinguirse y obtener la grande gloria señalada á los progresos infantiles en todas ramas, conoce la necesidad de oir las lecciones que tienen relacion con su empleo particular y de enterarse de los principios que echa de menos en los trabajos prácticos. Todo esto se consigue con la multiplicacion de los cursos para que el niño pueda escoger precisamente la parte de la ciencia que desee conocer. Un buen sistema de edu-

cacion, debe ser unitario en principio, y flexible hasta el punto de plegarse á todos los caracteres, á todos los detalles de cada individualidad: debe *buscar* todas las facultades del hombre para desarrollarlas social y armónicamente.

Asi se conseguirá que todos los trabajos, aun los mas mecánicos, sean ejecutados con dignidad é inteligencia.

4.° *Obtener una medida de fortuna y gloria, que esté en relacion exacta con la medida de todas sus fuerzas utilizadas, de los beneficios que haga á la sociedad.*

La justicia fundamental consiste en que el individuo participe de los productos sociales, en razon del concurso llevado á su creacion. Si no tengo capital, afecto mis brazos á la produccion; y segun la mayor ó menor energía corporal que despliego, el mayor ó menor talento, la mayor ó menor destreza, asi tengo derecho á la recompensa. Si he hecho un importante descubrimiento que ahorra á la sociedad grandes sumas, la recompensa debe ser proporcionada á mis servicios. Una vez abiertas á la fortuna y á la gloria las vías sociales del trabajo y de la produccion, todo hombre, con el auxilio de sus facultades desarrolladas, es libre de rayar hasta donde pueda.

5.° *Invertir en lo que quiera, cuando quiera*

y como quiera esta fortuna, fruto de su trabajo, resultado de su actividad.

Este es *el derecho de propiedad.* Lo que el hombre ha adquirido con su trabajo, es un sagrado á que no se puede atentar sin atentar contra la misma existencia social. La accion de ninguna ley debe entenderse hasta el empleo de mis ganancias. ¿Las he obtenido por medios lícitos, con mi trabajo? Entonces puedo hacer de ellas lo que quiera, siempre que no perjudique á otro; y para esta libertad pido garantías, protesto el derecho, invoco la ley.

6.° *Conservar por medio de la educacion que haya recibido y del desarrollo de todas sus facultades, la dignidad humana que desaparece con el embrutecimiento y la grosería generales.*

Sin que el hombre pueda mezclarse y comunicarse con otro hombre, es tambien imposible la unidad de las clases, la paz, la fraternidad. Cuantas mas diferencias se establezcan entre los ciudadanos, mas elementos de escision y guerra amontonais. Yo soy franco; no puedo asociarme por placer á un desgraciado que apenas sepa hablar, ni contemplar sin repugnancia lo torpe y descompuesto de sus maneras. Sin embargo, al paso que siento esta impresion, conozco que como yo, nació criatura inteligente, y que como yo lo menos seria, de haber nacido en mis condiciones. Pero esto, digo, no impide que huya

de su trato y busque las personas que me comprenden. Aqui, por consiguiente, aparece deprimida la naturaleza humana, la dignidad del hombre, que, como tal, ha nacido para asociarse en paz y contento á sus semejantes y saborear los goces del alma y de la inteligencia. Evitando, pues, por medio de una educacion social que debe nacer naturalmente de una buena organizacion, estas repugnancias que se producen entre séres *igualmente desiguales*, serán una verdad la fraternidad cristiana y la dignidad del hombre.

7.° *Influir en el gobierno de la sociedad de que es miembro, en el círculo de su competencia.*

Este es *el sufragio universal inteligente*. La justicia dicta que todo el que trabaja para la sociedad, debe ser consultado sobre su direccion; pero el buen sentido fija exactamente el límite de este derecho, prescribiendo no pedir á cada uno su parecer sino sobre las cosas que conoce y practica. Si siendo jornalero que habito solamente en el campo y vivo estraño á todo el movimiento político, me preguntais qué hombre me parece mas apropósito para dirigir los negocios de mi patria, de seguro que no sabré responder, porque no me he dedicado á estudiar la historia y capacidad de los candidatos, ni siquiera tengo idea de las mismas funciones que van á desempeñar. Si buscais mi voto, dadlo al que mas os plazca; no tengo interés en que triunfe Juan ó

Pedro. Ahora, si quereis que ejerza el derecho electoral en la esfera de mi competencia, de mi capacidad; que pueda pronunciar en el sentido de la equidad y de la razon, preguntadme por el mejor labrador de mi pueblo, por el hombre mas capáz de dar impulso á la agricultura y de protejer mis intereses; en eso tendrá tanto ó mas valor mi voto que el de otro cualquiera, y podreis decir con verdad que el elegido representa fielmente las necesidades y los intereses, no solo mios, sino acaso de mi provincia.

Por esto solo se verá la altura de organizacion á que todavía se encuentra el derecho electoral.

8.° *Aspirar á todos los honores, dignidades y ventajas, señalados al mérito y á la gran produccion.*

No reconociéndose otros medios de prosperidad y gloria que la accion del trabajo y del talento, y dejando esta desembarazada, todos podrán aspirar á aquellas. Hoy se dice lo mismo; pero al abrir una puerta se cierran las demas, y triunfa el privilegio. Muéstrensele al trabajador estímulos positivos; ármesele de una instruccion regular; déjensele francas las buenas vias, y ya vereis el poder del interés privado.

9.° *Reproducirse y formar la familia.*

Este derecho se funda en la exigencia imperiosa de nuestra naturaleza, que, como hemos

visto en otra parte, nos conduce de un modo irresistible á las delicias del hogar doméstico. La familia es la piedra angular de las sociedades cultas. En vez de destruirla como pretenden algunos insensatos, se debe realzarla, purificarla, emancipándola de toda influencia disolvente y deletérea, de toda alianza con el veneno del materialismo, y dejando que la forme el corazon, no la cabeza; que la sostenga la influencia del amor, no la influencia del egoismo. En el primer caso será la familia con todos sus encantos; en el segundo, el infierno con todos sus horrores.

10. *Vivir en el pais que prefiera.*

Entra en la libertad humana poder escoger el individuo por campo de trabajo ó medio de salud, los lugares que mas le agraden, y la sociedad debe recibirlo en cualquier punto como una cantidad de fuerza inteligente y productora, dispuesta á funcionar en beneficio comun.

Porque repugna ver mil séres humanos uncidos por tristes condiciones al páramo de su naturaleza, y estraños al movimiento del mundo y á las maravillas de la creacion. Esto rebaja al hombre y lo pone al nivel de ciertos brutos que mueren sin conocer de la tierra mas que unas cuantas aranzadas donde han encontrado satisfechas sus necesidades.

Debe ser libre y disponer como guste de su individualidad, propiedad primera.

11. *El de una parte de la tierra que riegue con el sudor de su frente, ó del techo bajo el cual han vivido y muerto sus antecesores.*

Esto se roza bastante con el derecho de propiedad, sin que sea, sin embargo, la propiedad misma. En efecto; los filósofos del siglo han complicado la cuestion y confundido los derechos. El hombre que en el campo de su amo ha plantado un árbol, que lo ha visto nacer, crecer, estender sus ramas á favor de sus cuidados y desvelos, dar los frutos etc., este hombre está ligado por un sentimiento correspondiente al amor propio, á la existencia de este árbol. La propiedad material, sin embargo, no le pertenece por el uso establecido; pero despedir á este hombre despues de 30 ó 40 años de aquel campo; alejarlo del árbol que ha formado, de los frutos que ha producido á fuerza de cuidados y constancia; prohibirle hasta que vuelva á verlo, es asesinarle. Lo mismo digo del techo bajo que se nace y en que se contempla la huella inanimada de nuestros antepasados. Hemos vivido muchos años en este lugar que tiene algo de santo para nosotros, y llega un dia en que el propietario legal, por capricho, por codicia, ó lo que quiera, nos obliga á abandonar aquella religiosa mansion, atravesando nuestra alma. De esta manera, el sentimiento que nos liga á los objetos esteriores, á la propiedad, se

ve cruelmente combatido en la sociedad actual que tanto habla de derechos y sentimientos. Y no debe ser así. El hombre ha de poder vivir donde sabe que vivieron sus padres, pisar donde sabe que pisaron, velar el árbol que sabe que plantaron con sus manos. Esto es imposible en la actual organizacion; pero una organizacion justa debe satisfacer igualmente el derecho y los sentimientos de todos, si hemos de creer con Mr. Thiers en *los derechos inherentes, no á ciertos individuos, no á ciertas clases, sino á la naturaleza humana.*

12. *El de un minimum de subsistencia en caso de invalidez, ancianidad, ó de dedicarse á hacer, con algunas probabilidades de éxito, un importante trabajo intelectual, un descubrimiento.*

Al desgraciado que padece una larga enfermedad, ó que se inhabilita para los trabajos productivos, la sociedad debe prestarle, en nombre de la humanidad, de la religion cristiana, todos los auxilios necesarios á su existencia. Lo mismo al que se retira de la produccion con la esperanza de resolver algun problema importante, de hacer una obra de mérito etc. Muchas veces la intranquilidad de espíritu, la idea inquieta del porvenir, es un obstáculo para hacer progresos en cualquiera rama de la actividad creadora. La sociedad, pues, debe á todo trance y por su mismo interés, dejar espedita la carrera al genio de invencion, acudiendo á las necesidades

mas apremiantes, con conocimiento de causa.

Estos doce fundamentales derechos revelados por la ley de la naturaleza humana, por la conciencia y la razon, y como tales, incontrovertibles, forman la base de la cuestion social, y todavía se hallan en el estado de teoría, sin recibir la sancion de los llamados hombres de Estado. Me equivoco: El derecho de propiedad y alguno que otro se han dignado todas las academias científicas de Europa reconocer, pero tambien en teoría ó rebajándolos en la práctica al rango de *privilegios*, es decir, desnaturalizándolos.

Ahora bien; se puede decir que la sociedad moderna, que el siglo XIX, entra en las vias de organizacion. El instinto parece que lo guia; pero necesita ilustrarlo. La plenitud de su vida, el apogeo de su dicha, el cumplimiento de su destino, consiste en la encarnacion social de esos derechos, en la práctica de sus presentimientos. Su gran tarea consiste en combinar el modo de que todos aquellos puedan, ejerciéndose, componer la armonía social, realizar la condicion del órden, y convertirse en elementos de creacion y bien. El primero, pues, que logre presentar, en concreto para no comprometer nada de lo existente, un modelo, un mecanismo, un tipo de organizacion que llene tales condiciones, ese será el salvador del mundo.

SIGAMOS CON MR. THIERS.

Idea histórica de la Propiedad.—La Propiedad es una ley del hombre.

III.

Despues de haber adquirido una idea mas ó menos clara, mas ó menos general del objeto social del hombre, de sus derechos, de su naturaleza, nada tan fácil como reducir á su valor efectivo el libro *De la Propiedad.*

En efecto; podemos con mayor número de datos justipreciar los principios de *Mr. Thiers*, ora se hallen científicamente formulados, ora no mas en el estado de instinto. Quizá suceda que al través de especulaciones parciales y apasionadas, se descubra su adhesion secreta á todas las ideas en que acabo de iniciar á mis lectores. Porque al fin el historiador del Imperio tiene un talento envidiable, y aunque le haga á veces maniobrar hábilmente en falsas condiciones, no siempre podrá resistir las robustas inspiraciones de la verdad. Yo al menos, tanta es la fé que en ello tengo, que á su misma pluma fio los desarrollos de ciertas ideas que he solamente apuntado; es decir, espero que *Mr. Thiers* les ponga el sello de

su autoridad. Asi pienso salvar los inconvenientes de mi oscuro nombre, y satisfacer á los que exigen del escritor ciertas garantías.

Pero por Dios que siento tropezar con otro descuido al recomenzar el análisis, si bien es descuido histórico que en nada escluye la identidad de doctrinas.

Anotémoslo:

«Reconocido el método de observacion como el único bueno asi para las ciencias morales como para las ciencias físicas, examino desde luego la naturaleza humana *en todos los paises*, *en todos los tiempos*, *en todos los estados de civilizacion*, y donde quiera encuentro la propiedad como un hecho *general*, *universal*, *sin escepcion alguna*.»

De este modo empieza Mr. Thiers el capítulo 3.° de su obra, y, como se ve, es imposible para un sabio cargar con mayor compromiso, confesémoslo. Pero donde está para mí toda la valentía es en lo de encontrar la propiedad como un hecho *general*, *universal*, *sin escepcion alguna*; porque, al fin, la naturaleza humana siempre es la misma, y conociéndola hoy, podemos juzgar lógicamente todos sus actos de ayer, desde el principio del mundo. Lo peor es que Mr. Thiers no hace mas que escitarnos el deseo de conocerla sin intencion de satisfacerlo; pues en todo el curso de su libro no se halla una idea luminosa sobre el particular. Por eso he preferido llenar

de antemano este vacío para poder esplicarnos mejor cuantos hechos importantes nos refiera Mr. Thiers. La propiedad, por ejemplo, ya que de propiedad se trata: estoy seguro de que el menos inteligente de mis lectores comprenderá al momento en qué consiste todo su misterio, esa tendencia que nos lleva á apropiarnos los objetos esteriores. Una vez conocidas las impulsiones de nuestra naturaleza, las necesidades de nuestro ser; como el hombre siempre y en todas partes procura mejorar en su condicion, gravita hácia el placer, y la propiedad es el único instrumento del goce, lo mas regular es que siempre lo veamos desde los tiempos históricos, ir en pos de la posesion material y luchar con quien se la dispute, ya sea individualmente, ya en cuerpo de nacion. Es decir, que como el único medio de satisfacer nuestras necesidades es la propiedad, es bien claro que en el deseo de esta deben formularse aquellas.

Pero volvamos á admirar la valentía de Mr. Thiers al pretender hallarla igualmente constituida *en todos los paises, tiempos y estados de civilizacion.* ¿Y todo, por ventura, queda reducido á esto?

«Hay mas;—nos dice á las pocas líneas—en todas partes se ha encontrado al hombre con su morada particular donde cuida de su mujer y sus hijos, formando esas primeras aglomeraciones que se llaman familias, las cuales, incorporadas

unas con otras, forman poblaciones, que por un instinto natural se defienden en comun como viven en comun.»

Estas dos ideas arbitrariamente desarrolladas forman gran parte del capítulo tercero del libro de Mr. Thiers. Y digo *arbitrariamente*, porque el autor parece haber olvidado del todo la historia del desarrollo de las razas sobre la tierra y las diversas leyes que lo han presidido. En efecto; el célebre historiador de la propiedad aparenta ignorar hasta el influjo social de la constitucion matemática y económica de los continentes, la física de los mares, cuando esto es muy esencial para encontrar la ley *varia* de las razas.

Quizá podria yo, si no temiera ser demasiado abstracto, recordarle á Mr. Thiers cómo segun la contestura de las tierras, la mayor ó menor presion de los continentes, la direccion é influjo de sus bases y puntas, asi ha sido la ley que se ha desarrollado en el seno de los pueblos, y asi la forma que han recibido sus elementos sociales.

Podria recordarle cómo las costas de la India, por ejemplo, estaban cubiertas de pequeños imperios marítimos, entregados tan solo á la depredacion y á la piratería por el estilo de las tesallocracias de Grecia y del Ponto Euxino, ó de la dominacion ejercida en los paises occidentales de Europa por los normandos al principio de la edad media. Cómo las razas del septentrion venidas unas de los desiertos de Tartaria, y otras

de las montañas, establecieron, como trinidad del estado social, un Dios de casta, unos tiranos de conquista y una autoridad familiar *arbitraria*; hasta que poniéndose el famoso Krishna al frente de una reaccion moral, introdujo nociones de justicia y cierto espíritu de benevolencia. Cómo la ley de *habitacion* en el imperio central de Asia, convida á las razas meridionales á fundar Estados con el atractivo del suelo, de la sociedad y del clima, y cómo una ley de presion territorial impulsa á las septentrionales á destruirlos. Cómo y por qué para las razas del desierto es tambien casi nulo el derecho de propiedad y la fuerza de asociacion. Cómo entre los habitantes insulares se modifica la ley *territorial*, enemiga de la *moral*, puesto que impide el establecimiento de la asociacion, sin hallar al traducirse en actos el obstáculo de la atraccion de la tierra natal. Cómo el juego subversivo de estas dos leyes combinadas con otras dos, la marítima y la del desierto, que asi puede llamárselas, unido al juego tambien subversivo de las pasiones humanas, ha decidido de los diversos modos de vivir y de conducirse los pueblos. Todo esto, repito, y mucho mas podria recordarle á Mr. Thiers, ya que de un modo tan absoluto ha sentado el principio de hallarse la propiedad igualmente constituida en todos *los paises, tiempos y estados de civilizacion*. Pero no quiero complicar el asunto, y antes bien haré el

sacrificio de algunos recursos históricos en obsequio de la brevedad. Asi como asi, pienso sostener la lid con las mismas armas que Mr. Thiers me proporcione, siquiera sean de mediana ley. En este punto soy de mejor avenir que *Luis Blanc*, quien al oirle decir lo mismo en la Asamblea lleno de una noble indignacion no pudo menos de esclamar:

«¿Cree, por ventura, Mr. Thiers que en todos los tiempos, en todos los paises, la propiedad ha sido entendida, definida y practicada de la misma manera? Si no lo cree, ¿qué significa esa pomposa introduccion? Si *lo* cree, el error, de parte de un hombre de Estado, apenas es concebible.»

«¿Es que la propiedad, parte entre nosotros del mismo órden de ideas y descansa en las mismas bases que entre los antiguos, que entre los árabes, que entre los orientales? ¿Es que monsieur Thiers ignora que han existido y todavia existen pueblos-pastores, que no admiten la posesion individual del suelo; pueblos que dicen como Juan Santiago: «Los frutos son de todos, la tierra de nadie?» ¿Es que no hay diferencia alguna entre la propiedad que se limita á la posesion hereditaria del suelo y la que se estiende al hombre mismo, reducido al estado de esclavo? A los ojos de Quesnay y de los fisiócratas, haciendo del propietario el distribuidor de los tesoros de la agricultura, el cajero de la industria,

un funcionario, en fin, público; la propiedad ¿tenia el mismo carácter que á los ojos de los que la han considerado tan largo tiempo como llevando en sí misma el derecho de usar y de abusar (*uti et abuti*); y estos últimos no hubieran visto una violacion mortal del principio de propiedad en nuestras leyes de espropiacion por causa de utilidad pública? Cuando en 89 fueron abolidos los diezmos, Mr. Thiers sabe bien que todos los miembros del clero gritaron «¡Robo!» ; y lo que Mirabeau llamaba una *restitucion*, el abate Sieyés lo llamaba un *despojo*.

«La verdad es que la nocion de la propiedad no ha cesado de variar segun los tiempos y lugares.....»

Yo no quiero, pues, digo, hacer de cada palabra una cuestion, porque entonces sería cosa de nunca acabar. Aun pasando por muchos principios de Mr. Thiers, estoy seguro de que este personaje no podrá menos de echarse en brazos de sus contrarios. Veámoslo.

Llamándonos la atencion sobre el hecho natural de que en todos tiempos el individuo haya tendido á poseer, que es lo mismo que si dijéramos, á disfrutar mas, Mr. Thiers aduce en confirmacion de su principio, que, aun en los tiempos primitivos, el hombre que poseia el arco, las flechas y la caza que habia realizado; la pesca, los rebaños, la tienda etc., si acaso se veía amenazado en estos objetos por su vecino, se de-

fendia por sí mismo ó por medio del jefe de la colonia.

Lógicamente hablando, creo no haya objeccion alguna que hacer á esto; nada mas natural que el hombre cuidára celosamente de aquello con que satisfacia sus necesidades, y hasta arriesgára la vida por defenderlo. Lo mismo sucederia hoy. Pero esta es cuestion de *hechos*, y yo he aceptado la de *derechos*. Asi, lo que importa saber es si el que poseia tal propiedad, la poseia legítimamente, porque si no, hasta la misma defensa era ilegítima. Veamos qué nos dice Mr. Thiers sobre el asunto:

«A la propiedad mueble del nómada sucede la propiedad inmueble del pueblo agricultor: *verdad es que nace la segunda propiedad y con ella leyes complicadas que el tiempo hace mas justas, mas previsoras, aunque sin cambiar su principio, las cuales hay gue aplicar por medio de la fuerza pública.*»

Tan vago está aquí el historiador, que me obliga á dar sobre estos hechos algunas aclaraciones.

El salvaje no ejerce la agricultura, como dice Mr. Thiers; no conoce mas industria que la fabricacion de anzuelos groseros para la pesca, y de flechas para la caza. Cuando algunas hordas llegaron á conocer que les seria útil, en vez de perseguir y matar los animales para obtener el sustento, domesticarlos y servirse de

ellos, miraron la tierra con alguna consideracion; porque pensaron que podrian hacerle producir en sitios determinados los pastos que necesitaban para sus rebaños, sin tener que vagar en busca de otros, cuando se consumian los del lugar que ocupaban. La horda, pues, abraza la agricultura, y el pueblo salvaje entra en la vida patriarcal, en que el jefe era el padre y dominaba despóticamente sobre la familia. Las familias patriarcales que á la circunstancia de *mayor prole*, reunen *la de poseer un territorio mas fértil*, sobrepujan á las demas en riqueza, y esta les proporciona *someter á su dominio* las mas pobres, *ya por la fuerza, ya por la astucia*, reduciéndolas al estado de esclavos, y encargándolas de todos los trabajos mas repugnantes. Esta injusticia es la que dió lugar á esa complicacion de leyes de que habla Mr. Thiers.

Sigamos:

«A medida que el hombre se desarrolla, toma mas apego á lo que posee; en una palabra, se hace mas propietario. En el estado bárbaro lo es apenas, y en el estado civilizado lo es con pasion. Háse dicho que la idea de la propiedad se debilita en el mundo; pero este es un error de hecho, pues se arregla, se determina y afirma, lejos de debilitarse.»

Si el lector recuerda mis anteriores observaciones las hallará muy en armonía con este principio. Conforme el hombre se desarrolla, he di-

cho, va adquiriendo necesidades, y como no puede satisfacerlas sino por medio de la propiedad, la propiedad será, cada vez mas, objeto de su amor y de sus fatigas. Tan de acuerdo estoy con *Mr. Thiers* en lo que respecta á esto, que casi temo se apasione demasiado el hombre por la propiedad, ínterin no se le ofrezca un medio social de obtenerla.

Adelante:

«La propiedad es, pues, un hecho general, universal, que crece y no mengua. Al ver los naturalistas un animal que, como el castor y la abeja, construye habitaciones, declaran sin vacilar que son animales constructores. Con el mismo fundamento los filósofos, que son los naturalistas de la especie humana, ¿no podrán decir que *la propiedad es una ley del hombre, que ha sido creado para la propiedad y que esta es una ley de su especie*? Y no basta decir que es una ley de su especie, sino de todas las especies vivientes. Pues, por ventura, ¿no tiene el conejo su madriguera, el castor su cabaña, y la abeja su colmena? ¿Pues qué, la golondrina, alegría de nuestros climas en la primavera, no tiene su nido, que vuelve á hallar y no piensa ceder, y si tuviera el don del pensamiento no se sublevaria contra las teorías de nuestros sofistas?. . . . . .

Hé aquí lo que dije al principio de este artículo. Apesar de la mas ó menos pasion con que Mr. Thiers haya escrito su libro, no puede ser

infiel á la verdad en los puntos capitales. En efecto; aqui reconoce en principio el *derecho á la propiedad*, y desde este momento protesta contra el órden establecido. Porque ¿no es verdad, Mr. Thiers, que la sociedad actual atropella bruscamente *esa ley del hombre, esa propiedad para que ha sido creado, esa ley inherente á la naturaleza humana*?... Porque seis millones de hombres que en vuestra Francia no tienen que comer ni dónde reclinar la cabeza están sin duda alguna escluidos de la propiedad, y, sin embargo, pertenecen á la *naturaleza humana*. Otra porcion de millones que no tienen mas propiedad que la de sus brazos, propiedad que á cada paso viola la sociedad, no reconociéndola, tambien estan fuera de su condicion de hombres, puesto que carecen de lo que es *esencial á la naturaleza humana*. Viven todavia mas degradados que esos animales que citais, el conejo, la abeja, el castor, respetados en su derecho á la propiedad, garantidos en su alimento, en su morada. Ignoro, asi, á quién os referis al usar la palabra *sofistas*; porque si es á los filósofos reformadores no pueden ser mas lógicos al hablar de la propiedad, pues se esplican en estos términos:

«*La propiedad es una ley del hombre, ha sido creado para la propiedad. La propiedad es una ley de su especie.* Todo hombre, como miembro de la especie, está llamado á participar de las ventajas de la propiedad; si no, renuncia á su

condicion de hombre, de parte de la especie; se degrada y hace esclavo. La sociedad mas perfecta será la que mejor consagre este derecho á la propiedad, la que no lo convierta en *privilegio* escluyendo de él á la mayoría de la especie humana. Es asi que la sociedad actual monopoliza este derecho sagrado, condenando á millones de séres humanos á la desposesion mas completa, luego es preciso organizar una sociedad mas justa que respete en el hombre el derecho inherente no á ciertos individuos, no á ciertas clases, sino *á la naturaleza humana.*»

Ved cómo en el terreno de los principios militan juntos Mr. Thiers y los socialistas, es decir, el símbolo del órden y los fautores del desórden. Pero todavia espero verlo predicar con menos rebozo el socialismo en los capítulos siguientes y pasarse en cuerpo y alma á las filas del enemigo. Eso sí que será curioso.

IV.

De las facultades personales del hombre.

El epígrafe que pone Mr. Thiers al capítulo cuarto constituye por sí solo una protesta enérgica contra la sociedad actual, el golpe de socialismo que he indicado. Uno por uno vereis cómo sanciona en el curso de su libro los principios que mas atrás dejo formulados en *derechos*. Ahora le toca este honor al de que *el hombre debe desarrollar libremente todas sus facultades, que tiene* DERECHO *á desarrollarlas, derecho sagrado* que la sociedad no puede violar so pena de carecer de toda nocion de lo justo, de incurrir en la tiranía mas cruel.

Hé aqui el epígrafe que, repito, puede servir de bastante garantía:

«*El hombre tiene en sus facultades personales la primera propiedad* INCUESTIONABLE *que es origen de todas las demas.*»

Se ve, pues, cómo es imposible sentar un principio de manera mas absoluta. Y en el cur-

so del capítulo lo confirma mas y mas conforme lo desarrolla. No creais por tanto que sea un error de imprenta ó un descuido del autor; nada de eso; despues de desleir bien la idea, despues de convencernos de que todo lo que constituye nuestro ser es nuestro, completamente nuestro, que nos pertenece de un modo esclusivo, lo que yo tal vez no me atreveria á defender, teniendo presente la solidaridad humana y eso que llamamos *destino*; despues de esto, digo, añade:

«Hé aqui, pues, una primera especie de propiedad que no será tachada de usurpacion: en primer lugar yo, despues mis facultades físicas ó intelectuales, mis pies, mis manos, mis ojos, mi cerebro; en una palabra, mi alma y mi cuerpo.»

Esto creo que basta para persuadirnos de que Mr. Thiers da mas valor á la propiedad de nuestras facultades personales, que á la propiedad que consiste en los objetos esteriores. Y hace bien en dárselo; porque la primera debe ser el *origen de todas las demas.*

Ahora bien; si la propiedad de todas nuestras facultades es tan sagrada, será justa una sociedad qne la atropella brutalmente?...

Me esplicaré mas claro.

Yo poseo mas ó menos ricas dotes físicas, morales é intelectuales; me consulto á mí mismo y comprendo que, por medio de su ejercicio,

de su utilizacion, podria hacer cosas grandes, ó, cuando menos, que mejoráran mi condicion, produciendo ó acreciendo los elementos de bienestar. Y como mis facultades son propiedad mia reconocida y sagrada, y como la propiedad implica la idea de que el propietario pueda servirse libremente de los objetos que posea, darles el destino que mas le plazca, yo propietario legítimo de mi actividad, digo: «Voy á usar de un derecho, sirviéndome de mis facultades para adquirirme los mayores medios de subsistencia que pueda; esto es, la propiedad que se deriba de la propiedad personal.» Quiero poner mano á la obra y... yo no sé, Mr. Thiers, qué me sucede, de qué manera influye en mí la sociedad, ello es que á cada paso tropiezo como con una tapia, *las cosas mismas me rechazan*, *encogen* mis facultades, hielan mi actividad. Alguna que otra via observo abierta, la del fraude, por ejemplo, la de la bajeza, la de la venalidad, la del charlatanismo, y como, sin que lo creais poca modestia, me estudio y noto que no soy estafador, ni bajo, ni venal, ni charlatan, y como, por consecuencia, la propiedad sagrada de mis facultades personales aparece deprimida, violada por el medio esterior, confiscada en provecho de la maldad, de la osadía, de la injusticia etc., no puedo menos de esclamar con el mayor resentimiento: «¿Y es esto sociedad? ¿Y tiene valor sociedad de tal ralea para hablar de derechos,

de propiedades y sentimientos? Para sentar en sus libros el principio de que el derecho mas sagrado es el de las facultades personales?... ¡Falsedad! ¡Profanacion!

Porque esto es lo que sucede á la mayoría de los hombres de bien. Aunque hayan tenido la ventaja de cultivar en colegios y academias sus facultades, no pueden en la vida servirse de ellas con libertad y provecho. Y así como el propietario que posee cierta estension de terreno clamaria justamente contra el déspota que le impidiera esplotarlo, lo mismo clama el hombre que posee la propiedad de sus facultades contra la sociedad infractora. Nada digo de los millones de seres humanos escluidos desde la cuna del derecho de desarrollarse, para quienes tampoco existe la propiedad mas esencial que es la de su naturaleza, ni siquiera la de los simples brazos que diariamente carecen de garantía.

Hecha esta ligera esplicacion creo hallarme autorizado para obligar á Mr. Thiers á que, sosteniendo su principio *de protesta* contra el órden actual de cosas, formule conmigo este silogismo:

El hombre tiene en sus facultades personales la primera propiedad incuestionable que es orígen de todas las demas; tiene derecho á usar de ella como crea mas conveniente; porque toda propiedad debe ser libre. Una forma social perfecta tiene por condicion indispensable consagrar prácticamente el derecho de cualquier especie de propiedad. Es

así que la sociedad presente viola despótica el de la propiedad mas legítima é importante, luego es preciso tratar de organizarla sobre una base mas justa que permita el libre ejercicio de estos derechos naturales.»

Sigamos.

V.

El hombre debe trabajar para sí, no para otro.—Dos opiniones sobre la sociedad actual

Muy célebre, por no decir otra cosa, es el capítulo quinto del libro que examinamos. No se puede dudar que Mr. Thiers es un gran filósofo, *pero filósofo completamente embebido en las* regiones teóricas. Como dije en el primer capítulo, parece que en sus largas vigilias ha concebido el plan de una sociedad perfecta, ó cuando menos de una sociedad tal cual la piden los socialistas; con la diferencia de que á estos se lo ha inspirado la sana conciencia de los hechos y á Mr. Thiers el estudio de los principios. Pero sucede que este personaje se ha hecho la ilusion mas completa de que todas sus sabias concepciones de gabinete son las que rigen el movimiento general de la vida práctica, y, en tal concepto, no es de parecer se introduzcan grandes reformas. Todas las diferencias, pues, que existan entre Mr. Thiers y los socialistas pertenecen al solo dominio de los *hechos*, porque en el de los *derechos* estan conformes. Y como los *hechos* pasan á nuestra vista, los tocamos, somos sus

mismos autores; como *todos* podemos decir que ejecutamos estas ó aquellas cosas, es claro que *todos* podemos tambien tomar parte en la cuestion y juzgar sobre quién tiene razon, si los socialistas ó Mr. Thiers. No necesitamos para ello ser talentos privilegiados ni dejarnos fascinar por los argumentos de ninguno de los contendientes. Se trata de saber lo que hacemos, cómo lo hacemos, y para qué lo hacemos; y nadie mas competente para resolver la dificultad que nosotros mismos. Invoco, pues, el voto general para que la verdad aparezca y el vencido rinda para siempre las armas al vencedor.

El capítulo que analizamos empieza así:

«El hombre tiene facultades muy desiguales con relacion á las de este ó el otro miembro de su especie, pero que son *incuestionablemente suyas*. Ahora, ¿qué uso hará de ellas? *¿Se las ha dado Dios como la voz al pájaro para cantar inútilmente en los bosques, distraer su ociosidad ó llamar la atencion de los que pasan?* Acaso hará de ellas algun dia la voz de Homero ó del Taso, de Demóstenes ó Bossuet; pero entretanto Dios le ha impuesto otros cuidados que el *de cantar la naturaleza ó llorar la caida de los imperios*. Le ha destinado á trabajar, á trabajar de un sol á otro sol sin descanso, y regar la tierra con el sudor de su frente».

Piense en vista de esto el lector lo que quiera sobre los muchos que, segun la doctrina de

Mr. Thiers, faltan á su destino de *regar la tierra etc.*, que yo paso mas adelante.

«Al aparecer el hombre sobre la tierra está desnudo y privado de todo; pero tiene facultades, facultades desigualmente rapartidas entre los séres de su especie: las emplea y por medio de este empleo llega á poseer lo que le faltaba y á ser dueño de los elementos y casi de la naturaleza. Por tanto *el hombre posee sus facultades para servirse de ellas*, no para jugar con ellas como el pájaro juega con sus alas, con su pico ó con su voz. Ya llegará el dia del descanso: entonces hará de su voz la de un cantor melodioso, y de sus pies y manos, las manos y pies de un ágil bailarin: pero antes de llegar á este descanso y solaz, necesita trabajar asíduamente y durante mucho tiempo.....

«Pasemos mas adelante. Es necesario, absolutamente necesario, que el hombre trabaje, á fin de HACER SUCEDER A SU MISERIA NATIVA EL BIEN ADQUIRIDO DE LA CIVILIZACION. Pero para quién quereis que trabaje? Para él ó para otro?»

Para él, responde Mr. Thiers; para él responden los socialistas; para él respondo yo; para él responde la conciencia pública, para él la pública razon. Pero ahora me toca hacer otra pregunta: En la sociedad actual se verifica que el que mas trabaja adquiera mas? ¿Que el hombre dedicado asíduamente á los trabajos mas importantes de la vida social como son la agricultura,

la industria, las ciencias, las bellas artes, etc., sea el que obtenga mas recompensa, riqueza mayor, el que se aproveche religiosamente del fruto de su trabajo, del sudor de su frente?... Aquí, y en defensa de mi opinion pareceria natural que consultára este punto con el infeliz labrador que de lo que menos se acuerda es de *cantar la naturaleza y de llorar la caida de los imperios*; harto hará en luchar con las intemperies y vivir miserablemente por cometer el delito de alimentar el cuerpo social, descuidando el suyo propio y el de sus hijos! Con el activo obrero que por mas que trabaja y confecciona la púrpura y los tisús que adornan los salones de la molicie, obtiene por toda recompensa el pan negro del mendigo, la cama de un hospital! Con el artista que apaga su génio en la pobreza y ante el triunfo de la estupidez! con el literato modesto y pobre que ó no halla quien reconozca su trabajo, esto es, quien le imprima sus libros, ó va á morir á manos de un hebreo, llamado editor! Con el sábio que se dedica con una constancia heróica á resolver problemas de importancia para obtener por todo premio el epíteto de *loco*, ó si fortuna le asiste, una cinta ó una cruz; con el desgraciado que ha servido honrosamente á la patria durante treinta ó cuarenta años con la pluma en lo civil, ó en el campo como soldado, para pasar una vejez dolorosa, viendo niños imberbes escalar las dignidades!

Con la débil mujer cuyo trabajo de doce horas por dia no le produce para vivir y se echa desesperada en brazos de la prostitucion! Con el pequeño propietario que ve siempre pendiente sobre el fruto de su trabajo la terrible guadaña de la usura: con todos estos repito, y con muchos mas, pareceria natural que consultára si es cierto que todo el que *trabaja* puede contar con el fruto de su *trabajo*; que todo el que *produce* puede contar con lo mismo que *produce*: pero tengo tanta fe en la conciencia humana que pido su parecer á los mismos capitalistas, usureros, jugadores de la bolsa, estafadores, contratistas, agiotistas, editores, etc. etc. ¿No es verdad, señores, que con el trabajo de todos levantan algunos magníficas fortunas? ¿No es verdad que son unos pobres hombres, los hombres pobres que trabajan como galeotes, en la esperanza de *hacer suceder á su miseria nativa el bien adquirido de la civilizacion*?... Responded... No haya cuidado que lo hagan en voz alta, pero desde donde yo escribo estas líneas me parece leer en sus gastadas conciencias esta contestacion:

«Sí! es verdad; pero no escribas sobre esas materias; deja al público y á los filósofos como Mr. Thiers, que crean lo que quieran. Conviene pasar por alto ciertas cosas bastante ignoradas. Entretente en hacer versos ó novelitas románticas, que aunque nosotros no las compremos por no entender mas que de las cuatro reglas, hay

todavía gente tan cándida que se ocupa de esas bagatelas. A tí en particular te decimos que es verdad lo que opones á Mr. Thiers; que una simple rúbrica nuestra, absorbe el fruto del trabajo de todo un pueblo. Porque si bien es indudable que, durante unos cuantos años, tambien hemos trabajado mucho y desplegado una *estrategia* maravillosa, nunca hay razon para amontonar tanto oro, cuando el que pasa toda la vida *produciendo* lega á sus descendientes la miseria mas degradante. Pero hasta ver si la Providencia arregla estas cosas... calla, sé prudente como Mr. Thiers: este, este sí que lo entiende.»

Que en vista de tal revelacion Mr. Thiers siente el principio de *que el hombre debe trabajar para sí, no para otro*, es una prueba mas de su complicidad con el socialismo; es predicar abiertamente la reforma. Quede asi sentado, y veamos qué mas nos dice despues de citar la gran miseria que devora á aquellos pueblos en que, como el Oriente, no está la propiedad suficientemente garantida.

«Por el contrario, cuando los progresos del tiempo y la sabiduría de los dominadores han hecho que la propiedad sea respetada (¡vaya un respeto!), al instante renace la confianza, los capitales recobran su importancia relativa, la tierra, valiendo cuanto está destinada á valer (¡pobre tierra!), se convierte de estéril en fecunda, y el oro y la plata no son mas que *valores*

incómodos (¡ay, qué incomodidad tan cómoda, señores del dinero!) y que pierden de su precio si se les tiene estancados; la clase que los ocultaba recobra la dignidad. Con la seguridad, no sigue ocultando sus riquezas, las muestra con toda confianza y las presta á un módico interés (en España no sucede esto, pero tampoco en Francia). La actividad es universal y contínua; la facilidad en todo es su consecuencia, y la sociedad, *estendiéndose y ensanchándose como una flor con el sol y el rocío, atrae de todas partes encantadas miradas que la contemplan.*»

No se puede describir un trozo de poema mas bello. Ahí teneis una nueva Atlántida, un segundo paraíso. A los ojos de Mr. Thiers ya sabeis el espectáculo que ofrece la sociedad actual; *una flor que, estendiéndose y ensanchándose con el sol y el rocío, atrae de todas partes encantadas miradas que la contemplan.* A los ojos de los *utopistas* el de espesas falanges de hambrientos que arrojados por la máquina del taller se dedican á construir barricadas hasta con sus propios hijos; el de hediondos baratillos donde se ostentan las galas de los antiguos señores; el de una clase media colocada entre los estímulos de la opulencia y el abismo de la miseria; el de toda privacion individual; el espectáculo del fuerte esplotando al débil; el de la corrupcion mas espantosa hasta en la esfera de los poderes; el de milllares de desgraciadas que diariamente pe-

netran en las filas de la prostitucion; el de clases enteras entregadas al fraude, al monopolio, al contrabando; el de robos, procesos y anarquía; el de una guerra general y bajo todas formas; guerra del dinero con el dinero, del talento con el talento, del lujo con el lujo y la miseria, de la miseria con la miseria y el lujo; del fabricante con el fabricante y el obrero; del obrero con el obrero y el fabricante; del individuo con el individuo; de familias con familias; de partidos con partidos; de pueblos con gobiernos y de pueblos entre sí; guerra en el Estado, guerra en la familia, guerra por todas partes! Esto es lo que ven los utopistas donde Mr. Thiers ve una hermosa flor *que estendiéndose y ensanchándose con el sol y con el rocío, atrae de todas partes encantadas miradas que la contemplan.*

Entre dos opiniones, pues, tan diametralmente opuestas, al público toca juzgar sobre cuál es la verdadera; juzgue.

Entretanto veamos cómo reasume Mr. Thiers:

«El hombre tiene una primera propiedad en su persona y en sus facultades; una segunda propiedad, *no tan adherente á su ser*, pero no por eso menos sagrada, tiene tambien en el producto de estas facultades, que abraza todo lo que se denomina bienes de este mundo, y que la sociedad tiene el mas alto interés en garantir, porque sin esta garantía perecerá el trabajo, y sin el trabajo concluirá la civilizacion, dando por

resultado la miseria, la vagancia, el latrocinio y la barbarie.»

Nada creo tengan que añadir á esto los socialistas. Con Mr. Thiers firman desde luego este memorial á la sociedad, recomendándole respete sagradamente la propiedad de las facultades, y la que consiste en el producto de estas facultades, *porque sin tal garantía perecerá el trabajo, y con el trabajo la civilizacion etc., etc.*; ó si le place mas á Mr. Thiers, usarán la redaccion que emplea en otra parte del capítulo: «*que si el hombre deja de ser estimulado par el atractivo de la posesion, caerán debilitados sus brazos, y dormirá al lado de los abandonados instrumentos del trabajo.*» De cualquier modo que esté espresada, aceptan la idea los socialistas; escoja monsieur Thiers.

VI.

Origen de la desigualdad de los bienes.

Por quien soy, lectores mios, que siento de todas veras no poder trascribir íntegro el artículo sesto del libro «*De la Propiedad*,» por temor de estenderme demasiado. Solo asi creeríais en la candidez y buen fondo de Mr. Thiers. Basteos saber que lo tengo á la vista y al asegurarme de ser tan ilustre personaje su autor, me hago cruces admirado, y llego hasta dudar si yo estoy loco ó lo estaba Mr. Thiers al escribirlo; si veo el mundo por un prisma falso, ó es que Mr. Thiers se ha propuesto lanzar á la sociedad la sátira mas fina y disolvente. De todos modos no le perdono á este sabio el mal rato que me hace pasar para interpretarlo con exactitud.

Es el caso que al imponerse por tarea probar que *de la desigualdad de las facultades del hombre nace forzosamente la desigualdad de los bienes*, empieza en estos términos:

«Resulta del ejercicio de las facultades humanas, fuertemente escitadas, que siendo estas facultades desiguales en cada hombre, uno producirá mucho, otro poco; uno será rico y otro pobre; en una palabra, la igualdad cesará en el mundo.»

Aqui se puede aplicar oportunamente el dicho vulgar de *á cada golpe un gazapo.*

En primer lugar Mr. Thiers nos habla *del ejercicio de las facultades humanas*, ejercicio ideal, que no existe. Porque el hombre que desde niño ha empuñado el báculo del pastor sin conocer mas sociedad que la de sus ovejas, no se puede decir que ejercita sus facultades, y si la clase pastoril parece reducida, citaré las masas enormes de trabajadores de los campos y ciudades que viven uncidas, ya á la gastada esteva, ya á la máquina monótona, sin hacer mas durante su vida que mover los brazos ó el cuerpo, es decir, sus facultades brutas. Y si esto parece todavía poco, citaré á todos los hombres, porque todos los hombres, como he dicho en otra parte, se empeñan generalmente por necesidad en vias del todo estrañas á sus facultades. Por consiguiente, empiezo por protestar contra el primer aserto de Mr. Thiers.

Fuertemente escitadas; tampoco esto es verdad sino en cuanto á las facultades materiales del honrado trabajador escitadas por el amo al amago de matarlo, si no de hambre,

arrojándolo del taller. Por lo demás, ya hemos visto cómo el hombre no sabe qué hacer de sus facultades, de su actividad, de sus fuerzas esenciales, en esta sociedad helada por el egoismo y la corrupcion. Respecto á lo de que *siendo estas facultades desiguales en cada hombre, uno producirá mucho y otro poco, uno será pobre y otro rico,* tambien se necesitan esplicaciones. Convengo desde luego en esa desigualdad de facultades como que mas atrás la he descrito. Sí, los hombres son desiguales, tienen diversas aptitudes, pero es preciso antes de sacar la consecuencia de Mr. Thiers, constituir á cada uno en el ejercicio de su aptitud. Una vez constituido claro está que producirá en el dominio mismo de esta aptitud mas que otro de aptitud diversa, pero este á la vez producirá mas en el de la suya, y asi obtendrán una igualdad relativa. Cada naturaleza pudiendo desarrollarse libremente, desplegar toda su energía, la medida de sus necesidades se formula en la medida de sus productos; y si existe justicia, nadie debe disputarle estos productos *porque son la propiedad que se deriva de las facultades humanas.* Esto hablando de una sociedad regular, en que se tengan en cuenta estas facultades; que actualmente son lo que menos influye en la pobreza ó en la riqueza, es decir, en la *produccion* y en la *reparticion.*

Pero tratemos de interpretar bien la doctrina de Mr. Thiers.

«Aun antes de que el tiempo, los largos trabajos acumulados, las transmisiones de generacion en generacion, hayan añadido á las primeras desigualdades naturales, otras desigualdades convencionales, confesareis que en el estado salvaje el hombre dotado de buenas facultades tiene grandes ventajas. ¿Se trata de cazar? Es mas diestro y tiene dobles medios de alimentarse. ¿Se trata de defenderse? Es mas fuerte y tiene medios para resistir. La desigualdad se muestra en el primer período de la existencia social, en el primer dia, y las desigualdades ulteriores de la sociedad mas rica no son sino la sombra prolongada de un cuerpo cuya elevacion es ya considerable.»

Hé aquí un parrafito que, bien estudiado, dice mas de lo que parece. En efecto; Mr. Thiers quiere hacernos confesar que en el estado salvaje el hombre dotado de buenas facultades *materiales* tiene grandes ventajas. Por mi parte, pues, lo confieso sin ninguna dificultad, ensanchando todavía mas la medida de esas ventajas; pues en lugar de *grandes*, digo *todas*. Porque no habiendo mas ley que la del fuerte contra el débil, es bien claro que aquel esplotará á este, como se dice ha sucedido en todos tiempos. Pero esto no es sino la espresion mas fiel de la injusticia que no se debe aplicar cuando se trata de derechos. Esa desigualdad que cita Mr. Thiers en apoyo de la desigualdad legítima y social de bie-

nes, no me parece del caso. Porque suponed viviendo bajo la ley despótica del mas fuerte, un hombre débil, muy débil, inepto para la caza, para la conquista material, impotente para resistir al que venga á usurparle lo poco que tiene; pero que al mismo tiempo posee grandes dotes intelectuales y se cree capaz de dar al género humano un instrumento, una máquina, por medio de la que se pueda cuadruplicar cierta rama de produccion é introducir grandes mejoras. Ahora bien; ¿será justo que este hombre de contestura débil pero de grande inteligencia, viva en todo y por todo á merced del mas fuerte que es la única ley? ¿Será legítima la desigualdad de bienes que resulte de organizacion tan injusta y opresora? No se lo pregunto á la jurisprudencia vulgar, sino á la conciencia pública. Y si no lo es, ¿por qué *Mr. Thiers* da tal baño de comunismo á su idea, asegurando *que las desigualdades ulteriores de la sociedad mas rica no son sino la sombra prolongada de un cuerpo cuya elevacion es ya considerable*?...

Seguramente que yo jamás estudiaré la verdadera desigualdad social en una historia tan triste.

Pero sigamos, porque aun no hemos llegado á lo mas interesante.

«Yo que apelo á los hechos visibles para asegurar de la voluntad de Dios, es decir, de las leyes de la creacion, declaro que por cuanto el

hombre está desigualmente dotado, Dios ha querido sin duda que tuviese *goces desiguales*, y que cuando ha dado al uno un oido, una vista, un olfato delicados, y al otro sentidos mas imperfectos: á unos medios de producir y comer mucho, y á otros brazos y estómago débiles: que cuando hizo de uno al brillante Alcibiades, dotado de todas las facultades, y de otro al idiota y al salvaje del valle de Aosto, hizo todo esto para que resultasen diferencias en el modo de vivir de estos individuos tan diversamente dotados.»

Es verdad, Mr. Thiers; Dios dotó desigualmente al hombre para que tuviese *goces desiguales*. Es la misma idea que he desarrollado al observar la naturaleza humana. Pero no incluyais en el número de los *goces* el tormento de ver un padre morir de hambre á sus hijos y no salir de la agonía horrible de pensar si mañana, si al dia siguiente, si el mes que viene, encontrará quien por un trabajo esforzado, le garantice unos dias mas de vida; ni tampoco el dolor de eternas privaciones que esperimenta la mayoría de los hombres. Yo al menos no admito esto como tal *goce*. Admito, sí, la diversidad en el oido, en el olfato, etc. Esto es, concibo muy bien que el que tiene buen oido goce con las armonías, el que tiene buen olfato goce con los aromas, el que tiene buen olfato y buen oido goce con ambas cosas. Esto, repito, lo concibo muy bien;

y haciendo estensiva esta aplicacion á toda nuestra naturaleza, es como yo encuentro la gran diversidad de goces, las diferencias en el modo de *gozar* (me gusta mas que *vivir*) de individuos tan diversamente dotados.

Tampoco acepto la comparacion del célebre Alcibiades con el salvaje del valle de Aosto; porque aquel, si bien es cierto que estaba bien dotado, nació en Atenas, tuvo por tutor á Pericles y á Sócrates por maestro, mientras este se halla en el caso de obedecer las atracciones brutas de la materia. Respecto del idiota, si no puede gozar, tampoco puede padecer. Pero ahora no vivimos ni entre idiotas ni entre salvajes, sino entre hombres que tienen ya la conciencia clara de sus derechos, facultades y goces.

Continuemos:

«Aunque haya razones para atribuir á la misma creacion el principio de toda desigualdad humana, sin embargo, es cierto que Dios nos entrega algunas veces su obra para que la *modifiquemos y arreglemos*, como un maestro entrega á su aprendiz un trabajo empezado para que lo concluya. Asi Dios permitió que hubiese un César, es decir, un ser mas fuerte, capaz de oprimir á los demas; pero nos prescribió que contuviéramos á este ser, y que le opusiésemos la fuerza de las leyes. En buen hora: pero veamos si esta inclinacion á *trabajar mucho para poseer mucho* es una de esas inclinaciones despóticas

que sea necesario contener y reprimir. En esto estriba toda la cuestion.»

Permítame Mr. Thiers que le interrumpa por un momento, á fin de que nos entendamos.

La conciencia humana, que es la voz del cielo, nos impone el deber de *modificar y arreglar*, NO LA OBRA DE DIOS, cuidado con las palabras, sino LA OBRA DEL HOMBRE. Porque el error es solo *obra del hombre*, y la razon que lo corrige, esa es la obra de Dios. La razon *bien consultada* produce la verdad; si no la produce, es que no está bien consultada. Por eso el salvaje se forma ideas tan ridículas sobre la astronomía. La razon es el único instrumento que Dios nos ha dado para poder medir y comprender lo que necesitamos comprender. Podemos engañarnos, nos engañamos, pero el instrumento es perfecto. Tambien el geómetra puede engañarse á pesar de la perfeccion de los suyos; es que necesita saber usarlos, es que el hombre necesita saber servirse de la razon. La obra de la razon es buscar la verdad. La verdad no tiene ni puede tener mas que un solo carácter, ser aceptada por la razon. Una cosa es verdadera porque la razon la proclama tal, y la razon es de *derecho divino*, único y soberano juez de lo verdadero y de lo falso.

Siento que Mr. Thiers me haya obligado á tocar este punto que requiere lato desarrollo, y como quiera que venga rodado accidentalmente

me creo en buena ley fuera de todo compromiso. Me limitaré, pues, á decir que si Dios por medio de la razon nos prescribió contener y reprimir á César, oponerle la fuerza de las leyes, ahora nos prescribe tambien reprimir á una falange de Césares de mal género que oprimen á la sociedad.

Por lo demás, me estraña mucho que Mr. Thiers haga estribar la cuestion en saber *si esta inclinacion á trabajar mucho* PARA POSEER MUCHO *es una de esas inclinaciones despóticas que sea necesario reprimir.*

Nada tiene de despótica, absolutamente nada; pero todavia tiene menos la de *trabajar mucho para nada poseer, nada*; ó en caso el mísero sustento; y sin embargo, se califica de crímen de lesa sociedad y se prohibe manifestarla á las puertas de la Asamblea Nacional de Francia y en otras partes.

Algo mas despótica encuentran los pícaros de los socialistas esta inclinacion á *trabajar poco y á poseer mucho* que ahora desarrolla todos sus brios en las capas esteriores de la sociedad.

Adelante:

«Este hombre que trabaja activamente y acumula, ¿hace mal á otro?»

—Respondo, todo puede suceder.

—Trabaja con ardor, con constancia...

—Tambien el usurero.

—Al lado de otro que tal vez cultiva la tierra.

—¿Luego este es un holgazan?

—Tiene llenos sus graneros, al paso que su vecino los tiene vacíos ó á medio llenar. Decid: ¿hace daño á este vecino? ¿Lo ha despojado?»

—Creo que no; sin embargo, es mas voto el vecino.

—Pero el hombre de quien hablamos ha trabajado mas ó mejor que otro.

—Distingo.

—No ha causado daño alguno como el que usurpa ú oprime.

—Entonces bien.

—«¿Qué interés tendria la sociedad en interrumpir su trabajo?»

—Si no es opresor, ninguno; por el contrario, perderia.

—No hay, pues, en esto ningun mal para vosotros ó para ella;»

—No.

—Y por lo tanto, *la sociedad debe dejar que el hombre ejerza sus facultades como quiera.*

—Eso es justamente lo que se solicita.

—«Es verdad, sin embargo, que esta opulencia os causa un mal, el de la comparacion.»

—Niego en primer lugar esa opulencia al trabajo *productivo.*

—«La comparacion os ofusca y escita vuestra envidia.»

—Nos impone, y escita nuestro dolor.

—«Este es un mal cruel, lo confieso;»

—No es tan malo.

—«Pero tiene su compensacion....»

—Entonces...

—Y la sociedad, si examinamos con madurez las cosas, fija una compensacion tan grande...

—¡Oh!

—Que en todos los tiempos, en todos los paises, ha creido oportuno dejar que la envidia sufra...

—¡Qué picaruela!

—Y crezca la prosperidad de los individuos en razon de su habilidad ó de su aplicacion al trabajo. Por lo demas, hé aquí la compensacion.

—Esto sí que será curioso.

—Los hombres se procuran la mayor parte de los objetos que necesitan, por medio del cambio. Así, no hacen todos todas las cosas. Hacen algunas, á las cuales se aplican esclusivamente, llegando de este modo á hacerlas mejor. Luego dan una parte de las que han hecho para procurarse una parte de las que han hecho otros; resultando de esto que cuando hay mas granos, por ejemplo, ó mas telas, ambos géneros estan mas baratos, hay mayor cantidad de ellos para todos. El que siguiendo las inclinaciones de su voluntad y su habilidad por el trabajo se espone haciéndose *mas rico*... (luego ya lo era de antemano), á escitar vuestra envidia (nuestro temor), ha contribuido á la *prosperidad comun* y principalmente á la vuestra (y principalmente

á la suya). Si gracias á sus esfuerzos (hay mucho género de esfuerzos) tiene mas granos, mas hierro, mas telas, mas utensilios ó mas dinero, es claro que de todo esto hay mas para todos.»

Ahí teneis un viejo sofisma económico á que siempre se recurre para defender la sociedad actual. Prescindiendo de que en adelante me ocuparé con mas estension de todas estas cuestiones, no quiero dejar pasar aquel sin su correspondiente correctivo, á fin de evitar contagie á alguno de mis lectores.

Como se vé, toda la compensacion que monsieur Thiers halla para el mal, consiste en el aumento de produccion. Y á primera vista seduce la idea; porque parece lógico que el pueblo mas rico esté mejor, y sin embargo no es así; pues aunque la abundancia sea una condicion del bien público, existe otra *sine qua non*. En efecto; hay muchos paises ricos, poderosos, donde vemos, sin embargo, la mayoría del pueblo sumida en la mas degradante miseria. La Inglaterra es uno de ellos: la Inglaterra atormentada de una plétora que apenas le deja respirar, no sabe qué hacer de tanta fabricacion, se esfuerza sobrenaturalmente por colocarla en todos los mercados estranjeros; se abre á cañonazos las puertas del viejo imperio de la China; recorre á mano armada la superficie de los mares, por todas partes pide consumidores, y en su propio seno, desde la Cornualles hasta el Sutherland, y en sus

inmensas posesiones del antiguo y nuevo mundo, masas enormes de trabajadores perecen de hambre ó se rebelan.

¡Qué! ¡las naciones mas civilizadas se encorban bajo el peso mortal de una exuberancia de productos, y en su mismo seno legiones de obreros no tienen con qué cubrir sus carnes ni con qué alimentar su cuerpo!

¡Qué! ¡será bueno un régimen industrial que amenaza ruina por obstruirse y cerrarse á sí mismo, sobre todos los mercados, los mas anchos canales del consumo!..

Para hablar con razon sobre este punto, fuera necesario decir: El pueblo que está mejor es aquel en que existe mas riqueza y *mejor distribuida.*

Nos habla Mr. Thiers de esta distribucion por medio del cambio; mas como el primero y mas importante cambio se efectúa entre el capital y el trabajo, y está reconocido que el valor del último tiene por base constante la severa necesidad del individuo, no se concibe cómo habrá equidad en la distribucion de lo producido, que es alterable, cuando la necesidad es constante. Si es equitativo el salario de cuatro cuando el fruto es ciento, el mismo salario fuera injusto cuando aquel valga mil. ¿Quién lo duda?...

Pero, como he dicho, lugar tendré de tratar estas cuestiones. Sigamos á Mr. Thiers.

«La abundancia que ha contribuido á crear

es provechosa á la humanidad, y la sociedad le permite aumentarla, aunque resulte una desigualdad respecto de los que trabajan menos (¿qué dirán á esto los que trabajan mas?), y se lo permite, porque la prosperidad general crece con su propiedad particular. La sociedad refrena al individuo que quiere oprimir á sus semejantes (esto es sátira); pero el que *emplea sus facultades en multiplicar en la tierra los objetos útiles al hombre*, alimentos, vestidos, habitaciones, y hace estos objetos mas abundantes, mejores, mas sanos... (aquí espero otra pulla), aunque para él ó para sus hijos convierta sus alimentos en *manjares delicados* (¿no dije?), sus vestidos en *púrpura* y su casa en *palacio* (cáspita!...), este hombre cuenta con la autorizacion de la propiedad.»

Por Dios que no se incomoden los que *emplean sus facultades en multiplicar en la tierra los objetos útiles al hombre*! Es una broma de monsieur Thiers; esto no se puede tomar por lo serio; tal vez se haya propuesto defender de esta manera ingeniosa la causa del pueblo, porque sigue diciendo:

«Ella (la sociedad) le estimula (al cultivador), sin cuidarse del contraste y sin atender á la envidia; porque los mismos *envidiosos* pagan su pan, sus vestidos, su habitacion, á un precio mas barato; y si quieren trabajar y producir, pagarán mas barato el interés del dinero.»

Si nos atuviéramos á la letra de estos párra-

fos, en lo que haríamos muy poco favor á Mr. Thiers, sacaríamos la peregrina consecuencia de que todos los banqueros, agiotistas, usureros, jugadores etc., que resultan ser los *envidiosos*, trataban de organizar una cruzada comunista para despojar al cultivador de sus *manjares delicados, de su púrpura y su palacio*: ¡eso tendria que ver!... ¡*Risum teneatis*!

Mas para lo que falta, sigámosle hasta el fin del capítulo:

«El principio de la igualdad, sábiamente entendida, no destruye en nada el principio de la propiedad, aunque esta llegue á ser muy desigual (es cierto), porque unos trabajen mas que otros (Huuum!..), y hasta ahora por lo menos, la série de nuestros razonamientos se aumenta sin debilitarse.»

Vamos, no es malo que vos lo creais; pero falta que el lector lo crea.

VII.

Atributos de la propiedad.

«Nada hay tan legítimo, dicen los *sectarios* que combato, como que el hombre disfrute del producto de su trabajo y que coma los frutos del árbol que ha plantado. Estos *sectarios* conceden tambien la propiedad personal al que la ha creado con su trabajo.»

Asi empieza Mr. Thiers el capítulo sétimo, y no quiero concederle el uso libre de esa palabra *sectarios*, porque lleva consigo muchos inconvenientes. En efecto; ignoro á quién aludirá el autor al servirse de ella, pero sea como quiera la rechazo en nombre de la escuela filosófica que me inspira mas simpatías.

Llámase *secta* ó *sectarios* á aquellos que creen que la humanidad seria feliz desde el momento en que aceptase sus opiniones, su creencia; á aquellos que quieren imponer *artículos de fé* política, moral ó religiosa. Pero no puede envolverse en una comun idea á los que no piden á los

hombres, ni fé ciega á un *dogma*, ni obediencia á una *regla*, á un *mandamiento*, sino que proponen, además de una doctrina filosófica, un *mecanismo*, el ensayo práctico y *local* de una CIENCIA, de la *ciencia social*. Y las verdades realmente científicas, no pueden dar nacimiento á otra *fé* que á la *fé científica*, siendo esta la que anima á la vasta escuela que pretendo interpretar.

He creido necesario dar esta esplicacion, porque en el caos moral en que nos hallamos, en la anarquía lengüística á que asistimos, nada mas fácil que un error.

Siga ahora Mr. Thiers, y dispénseme la interrupcion.

«La naturaleza, en efecto, mas fuerte que ellos, los confunde, les obliga á callar en presencia de este hecho tan sencillo, tan visiblemente incuestionable, de llevar el hombre á su boca el fruto que debe á su cultivo.»

Aquí resulta tambien que no sabemos quiénes son los confundidos, si Mr. Thiers que significa la sociedad actual, ó los *sectarios* que combate. Yo creo que Mr. Thiers, por verse obligado á proclamar un principio que proclaman los mismos comunistas.

Hé aquí cómo se queja el presbítero Bibiloni, que pertenece á este partido, de que el hombre

no pueda llevar á la boca el fruto que debe á su cultivo:

«Escrito está: El que ara debe arar con esperanza, y el que trilla, con esperanza de percibir los frutos (San Pablo).» ¡Fatalidad! ¡Fatalidad monstruosa! ¡Tiranía inconcebible! ¡Injusticia inaguantable!.. ¡Solo el hombre trilla y ara sin ninguna esperanza! ¡Solo el hombre planta viñas, y jamás come de su fruto! ¡Solo el hombre apacienta los ganados, y no se sustenta de su leche! ¡Solo el hombre no puede vivir del trabajo de sus manos!..»

Que en vista de esto, Mr. Thiers diga que la naturaleza los confunde y les obliga á callar en presencia de este hecho, de llevar el hombre á la boca el fruto debido á su cultivo, tiene sus puntas de gracioso.

Pero sigamos: Despues de enumerar lo que los enemigos de la propiedad conceden y no conceden, respecto de esta, hé aquí como monsieur Thiers se espresa:

«Lo que niegan los adversarios de la propiedad, yo lo afirmo; lo que combaten, yo lo sostengo como indispensable; y hé aquí mis aserciones en parangon con las suyas:»

—«¿La propiedad existe ó no existe?»

—Sí, Mr. Thiers, existe.

—Si existe, ¿produce la donacion?

—Sí, la produce.

—Si produce la donacion, la produce para

los hijos, lo mismo que para otras personas.

—Lo mismo.

—«Lejos de favorecer la ociosidad con esta estension, solo puede ser, por el contrario, un estímulo poderoso é infinito para el trabajo.»

—Luego hablaremos de esto.

—«En una palabra; la propiedad no produce sus efectos mejores y mas fecundos, como no sea completa y se convierta de personal en hereditaria.»

—*Transeat*:

—«Estas son las proposiciones que en los capítulos siguientes trataré de esplicar, hasta destruir, como lo espero, cualquiera razon en contrario.»

Vamos á ver:

VIII.

De la Donacion.

Resúmen:

«La donacion es el modo mas noble de usar de la propiedad. Es, lo repito, el goce moral unido al goce físico.—Basta, me dirán mis adversarios: demostrais lo que no es necesario demostrar.—Lo conozco; pero prosigamos y acaso se me dirá lo mismo en todo lo restante.»

Prosigamos:

IX.

De la Herencia.

Resúmen:

«El don reconocido como una de las maneras necesarias de usar de la propiedad, es inevitable sobre todo en provecho de los niños: es inevitable en todas las épocas de la existencia del padre, y es necesario, si se le concede derecho pleno de transmision de sus bienes á sus hijos en la hora final, permitirle que se despoje durante la vida.»

No comento estos capítulos porque nada tengo que oponer á ellos, como no tendrá ninguna persona sensata. Los filósofos reformadores, al frente de la cuestion de *herencia*, solo son de parecer, que para quitar á esta la parte que encierra de inmoralidad, como por ejemplo, que el hijo disipado espere con impaciencia la muerte de su padre, mayormente si este es muy avaro; que los mismos hermanos se devoren entre sí cuando se trata de las particiones, y escandalicen el foro; que se llegue á confundir el amor de la herencia con el amor de hijo; que engendre la ociosidad y la pérdida de fuerzas tal vez riquísimas; que dude á veces el padre de las caricias filiales; que escite celos y envidias que aflojen fatalmente los santos lazos de familia etc., etc.; para evitar esto, repito, son de parecer que se organice el derecho hereditario bajo una base independiente; quiero decir, bajo una base que emancipe moralmente al heredero de la idea constante de la herencia. Porque al fin es hombre dotado de facultades que ejerceria con gusto si se hallára en condiciones idóneas. Ponedlo, pues, en estas condiciones; seducid su actividad en el gran dominio de la industria; garantizadle exactamente lo que produzca, y una vez honrado el trabajo, ya vereis si resulta desgastada la idea terca de la herencia, y cómo vuelve el amor á apretar los lazos de familia.

X.

La propiedad hereditaria completa el estímulo del trabajo.

Resúmen:

«Instituyendo la propiedad personal, dió la sociedad al hombre *el único estímulo que puede escitarle á trabajar*. Faltábale una cosa; hacer *infinito* ese estímulo, y tal fue su objeto al instituir la propiedad hereditaria.»

Tampoco esto es cuestionable: la sociedad fué muy cuerda al dictar semejante institucion. Pero tengo una duda de que pueden sacarme mis lectores; héla aquí:

¿Es en verdad la idea de llegar á ser propietarias lo que estimula á trabajar tan esforzadamente á las grandes masas productoras, ó bien no reconocen otro estímulo que el hambre y la desnudez?.. ¿Es cierto del mismo modo, que los hijos de cuantos *emplean sus facultades en multiplicar sobre la tierra los objetos útiles al hombre, alimentos, vestidos, etc.*, no heredan de sus desdicha-

dos padres sino cuatro harapos y la condicion de someterse al rigor de las intemperies sin una esperanza remota de participar de las ventajas inherentes á la propiedad?.. Porque nada adelantamos con que la sociedad escriba en sus libros cosas muy buenas, si consiente en la práctica cosas muy malas.

Juzgue el lector.

XI.

De las funciones sociales del rico.

Este capítulo ya merece la pena de ser tomado en mas consideracion que los precedentes. Se trata del rico, de las grandes funciones que desempeña en la sociedad. Y aunque para mí lo mismo es el rico que el pobre cuando gira la cuestion sobre los medios mas conducentes al bien de la humanidad, al cumplimiento de sus gloriosos destinos en que creo firmemente; como á mis ojos todos los hombres no son mas que una familia de hermanos mas ó menos estraviados, resulta que nunca me dejaré llevar por sentimientos vulgares y mezquinos, ó protesto desde ahora que no estaré en mi centro. La cabeza y el corazon marchan en mí de acuerdo, jamás se contradicen, y cito mi edad por garantía; porque en la juventud no cabe doblez, no la cabe, no.

Digo esto porque al rozarse con los intereses materiales de clases determinadas y susceptibles, nada mas fácil que ser mal interpretado ó inter-

pretado con mucha suspicacia. De todos modos me he propuesto oponer la verdad al sofisma, porque soy, y he sido siempre, muy amigo de la verdad. Acaso me causará perjuicios, acaso dañará á mi propio porvenir, porque decir la verdad siempre ha tenido inconvenientes. ¿Pero qué le hace? ¿Qué significa mi sacrificio individual si contribuye á evitar el de la mayoría de mis semejantes, de mis hermanos?.. Tambien es cierto que dificilmente se encontrará un hombre capaz de tomar la pluma que se halle menos ligado que yo á sectas, ni partidos, ni compromisos personales, ni cuyos humildes intereses giren con mas independencia. Pero lo mismo seria; porque, repito, no he llegado á la triste edad en que el corazon se hiela.

Hecha esta aclaracion veamos qué nos dice Mr. Thiers respecto de las grandes acumulaciones de la propiedad, suponiendo que esta se halla garantizada.

«De la propiedad garantida al individuo y á sus hijos resultan acumulaciones de riquezas, mas ó menos prontas, á las cuales basta una sola generacion para formarse, si esta da con un hombre felizmente dotado, pero á las cuales son precisas varias en general. . . . . .

. . . . . .

«Es necesario sufrirlas, porque esas partes mayores de la riqueza general no fueron robadas á

nadie, porque al fin todo el mundo saca de ellas partido, hasta el envidioso; pues si hay mas alimentos, vestidos, habitaciones, todos esos objetos necesarios para la vida son mas baratos para todo el mundo.»

Ya que no entre en mis principios atacar *ninguno* de los intereses creados y sí protejer los nuevos, séame permitido repetir á Mr. Thiers, ya que tan enamorado está de la *baratura*, que siendo lo caro ó barato relativo, el mismo objeto que es barato para el consumidor capitalista, es caro para el trabajador; puesto que la importancia del trabajo decrece en razon inversa del aumento del capital. Si hoy vale tal género una peseta y por la importacion del estranjero, por su abundancia etc., vale mañana dos reales, de seguro se dirá que abarató; pero si hoy produce el trabajo una peseta y mañana un real, es bien claro que á pesar de la cacareada baratura, se agrava el malestar público. Otra cosa fuera si á la baratura se añadieran los dos reales necesarios para comprar el género. Pero esta circunstancia la pasan siempre por alto los amigos solo de lo barato.

Insistiendo Mr. Thiers en que las grandes riquezas se derivan del trabajo constante y activo de las generaciones anteriores, lo que dejo á la conciencia pública, y manifestando la necesidad social de que el hombre trabaje con la inteligen-

cia y pueda aplicar el compás en el papel para medir la marcha de los astros y saber cómo se han de cruzar los mares; recorrer los anales de las naciones para saber la causa de la prosperidad, decadencia ó caida de los imperios, á fin de que aprenda á gobernarlos etc., etc., dice:

«*En general* los hijos de los hombres dedicados al trabajo manual, educados en una esfera superior á la de sus padres, subirán los escalones de la rueda social, y podrán acaso llegar á los sublimes trabajos de la inteligencia. ¿Era el padre labrador, obrero en una fábrica, marinero? El hijo, si el padre fue laborioso y económico, el hijo será colono, fabricante, capitan de navío, y el nieto banquero, notario, médico, abogado, jefe del Estado quizá.»

Llamo sobre este párrafo muy particularmente la atencion del lector, porque es acaso de los de mas importancia de la obra de Mr. Thiers. En efecto, este debe ser el principio en que descanse todo su modo de ver y de juzgar los fenómenos sociales, la piedra angular de todo su sistema. Y sin embargo, no creo deber hacer sobre él largos comentarios, porque no los necesita. Fio en el buen riterio del lector, que si no se deja fascinar por unas cuantas escepciones que ofrezca la regla general, comprenderá al punto que fuera de un número relativamente muy pequeño de individuos que salen de las gerarquías inferiores, y á que circunstancias y apti-

tudes muy raras hacen subir sobre los escalones superiores, las clases, en tesis general, se perpetúan por el nacimiento en su estado de inferioridad ó superioridad relativas: que las generaciones que nacen en el embrutecimiento, en la fatiga y en la miseria, en la miseria, en la fatiga y en el embrutecimiento viven, trasmitiendo esta fatal herencia de padres á hijos, de hijos á nietos, en fin, de generaciones á generaciones. Que las que nacen en la riqueza, en los placeres, en el fausto etc., se reproducen por el curso de las alianzas *sui generis*, escepto un número considerable de individuos que, merced al juego subversivo de todos los intereses, están cada dia mas espuestos á hundirse en la miseria. Se citará un Ciceron, un Sforcia, unos Médicis, un Voltaire, un Franklin, un Pitt, un Peel, y otros varios que salieron casualmente del pueblo para deslumbrar al mundo con sus obras. Pero estas escepciones abonan mas el espíritu de toda mi refutacion; porque si el acaso, si una revolucion, si un suceso estraordinario, rasgando la superficie de la sociedad y removiendo su fondo, proporciona génios que dan dias de prosperidad y gloria á su patria ¿no debemos suponer que la sociedad pierde grandes tesoros descargando sobre el pueblo, sobre generaciones enteras, todo el peso de su organizacion? ¿Que acaso vejeta en la miseria y en la mas crasa ignorancia el génio que resolveria algun importante pro-

blema que hoy entrega las naciones al sacrificio?

No hay mas que observar, reduciendo la vista á nuestra patria y á la generacion presente, cómo son debidas al hecho mas estraordinario, á la mas rara casualidad, casi todas nuestras notabilidades científicas y literarias, que, por medio de una virtud heróica, de una perseverancia á toda prueba, tuvieron que vencer las mayores resistencias sociales, para salir del fondo á la superficie. Y ¡qué recompensa despues de tantos esfuerzos! La conciencia, pues, se subleva, contra un órden de cosas que comprime el génio de creacion, ó lo deja desarrollarse al acaso, mientras estimula el de destruccion, monopolio y agiotaje, señalándole por término seguro y pronto la riqueza y los honores.

Quede sentado, asi, que Mr. Thiers toma la *escepcion* por la *regla*; que la generacion presente de las clases inferiores, lejos de *subir los escalones de la rueda social*, ha descendido bastante; pues ayer contaba con recursos que hoy no cuenta: y que la mayor parte de los que han salido de la oscuridad y hecho espléndidas fortunas, no ha sido por medio de un trabajo asíduo, constante y *productivo*, porque este no dá para tanto; tampoco por su conducta prova, por una regla de economía etc., sino por el juego, el fraude, el monopolio y la opresion del trabajo.

Pero veamos qué mas nos dice Mr. Thiers despues de citar algunas escepciones de padres hu-

mildes que habiendo acumulado grandes fortunas, elevaron sus hijos á las regiones de la ciencia:

«Es preciso que el hombre, trabajando, tenga la facultad de llegar a ser rico, para tener objeto en sus esfuerzos, y que al propio tiempo, al acumular una fortuna cree a sus hijos medios de cultivar su espiritu.»

No piden tanto los que tremolan la bandera de la reforma social. Solo quieren los grandísimos tunantes que el trabajo productivo no signifique siempre miseria, hambre, desnudez, dolor y embrutecimiento, y que la ociosidad siendo de *buen tono*, no monopolice todas las ventajas de la riqueza. ¿Qué os parece?

Ahora bien; si hubiese algun moralista severo que espantado de la idea de que el trabajador *es preciso tenga la facultad de llegar á ser rico*, quisiera combatirla, no se dirija á los socialistas franceses, no se dirija á mí; entiéndase directamente con Mr. Thiers el *anarquista*; porque es mas anárquico decir que la sociedad actual *está basada sobre aquel principio*, que esta idea de los reformadores: *debe estar*. Lo uno puede hacer dudar á las masas y acurrucarlas en la resignacion; pero lo otro debe naturalmente exaltarlas; porque lo creerán una mofa, y la mofa escita á la venganza.

Queda, pues, declinada sobre *Mr. Thiers* toda

la responsabilidad que lleva consigo principio hoy tan atrevido, y sigamos á fin de conocer las importantes funciones que el rico desempeña en la sociedad.

«Enriquecido el hijo por el trabajo de su padre, no tiene solamente buenos libros, buenos cuadros, sino tambien palacios con ricos muebles, mesas opíparas y abundantemente servidas, caballos fogosos, elegantes coches. ¡Decidnos, filósofos de la envidia! ¿Son necesarias todas estas cosas en una sociedad? ¿Sois acaso cuákeros, aborreciendo todo lo que brilla, amando solo lo negro y lo blanco, quizá tambien lo pardo, á guisa de variedad permitida, ó no admitís que sean precisos en los productos de toda sociedad la variedad en la abundancia, la finura, la elegancia, y en fin, la belleza?»

Contestacion:

Sí; los que llamais filósofos de la envidia admiten la refinacion en toda su latitud, son amigos de la *abundancia*, pero no de la escasez que prohiba vivir; de la *finura*, pero no del idiotismo á que está condenada la mayoría de los hombres; de la *elegancia*, pero no de la desnudez; de la *belleza*, en fin, pero no de la repugnante mendicidad.

Los que os parecen cuákeros, no combaten

el lujo, sino que quieren desarrollarlo, universalizarlo cuanto se pueda. Lejos de las máximas fenelónicas, creen que el hombre está llamado á una condicion mejor y mas social, á elevarse siquiera á la altura de cuantos séres le rodean. Y en tal idea convenís vos mismo, cuando á las pocas líneas, dais al pobre esta esperanza:

«Esos alimentos escogidos; esos vestidos hermosos y sanos que envidiais al rico, llegará el dia en que el pobre los tenga; sí, los tendrá, como la sociedad siga trabajando mucho tiempo. «¡Promesa vana!» se me dirá. No tan vana, á juzgar por lo pasado. Hace tres ó cuatros siglos tenian los reyes paja por alfombra, y hoy el comerciante mas modesto anda en lo interior de su casa sobre tejidos de lana, campo de imitadas flores.»

Hé aquí, pues, cómo vos tambien creeis que no es la pobreza el lote eterno de la mayoría humana. Pero ahora os pregunto yo: ¿*Con qué* instrumento medís la distancia que nos separa de esa época bienaventurada, en que todos obtendrán *alimentos escogidos, vestidos hermosos*? ¿Cuánto trabajo es preciso que realice la humanidad para rehabilitarse? ¿Qué parte podrá caber en suceso tan fausto á las generaciones presentes, si es que le cabe alguna? ¿En qué principio superior descansa vuestra creencia? ¿O es simplemente una presuncion filosófica, un vago presentimiento?..

Sí; por el modo de esplicaros se conoce bien que no pasa de ser un cálculo perteneciente á un porvenir muy remoto. Si hubiérais estudiado bien la ley del movimiento social, tal vez no tacharíais de prematuras las pretensiones del pobre. Pero como quiera que hoy no se hable sino de la *regeneracion de las sociedades* y mas atrás haya hecho yo entrever la fórmula de una organizacion perfecta, estoy obligado á dar sobre esto algunas esplicaciones.

En efecto; antes de buscar, entre todas las formas posibles, esta sociedad derivada de la naturaleza humana, se presenta una dificultad que voy á resolver.

«Si puede existir, se me dirá, una organizacion que esté en armonía con nuestras inclinaciones; que realice el bien y la dicha, ¿por qué el hombre no la ha inaugurado desde los primeros dias de su vida terrestre? ¿Por qué este retardo en el destino feliz? ¿Por qué los dolores y miserias que han precedido á los alegres y bellos dias?»

La solucion de esta dificultad pertenece á una cuestion superior, á esta cuestion misteriosa, tan vanamente y por tanto tiempo agitada; *la existencia del mal en el órden universal*; formidable problema, del que ensayaré dar la solucion *á priori* clara y absoluta, pero que no puedo tratar aqui en su elevada generalidad puesto que seria salir del estudio social para entrar en la

teoría cosmogónica. Me contentaré con resolver la dificultad por una consideracion muy sencilla y que está al alcance de todas las inteligencias.

«Sí, dicen los reformadores sensatos; los dolores y miserias deben trocarse en riquezas y alegría; sí, la existencia anterior de las sociedades pobres, dolorosas, incoherentes y subversivas, no destruye la posibilidad de una sociedad posterior armónica y feliz; y aun es fácil ver que esta última debia ser precedida y producida por aquella, y que esta anterioridad es conforme á la ley universal del desarrollo de las cosas.

En efecto; la existencia de una sociedad sin pobres, de una sociedad conveniente á la naturaleza humana, capaz de responder á las numerosas exigencias de su organizacion, no se concibe sin una inmensa creacion de riquezas y medios de satisfacer las necesidades físicas, morales é intelectuales de todos los hombres. Esta forma social que debe invertir á la humanidad de la administracion general del globo, del imperio de la tierra, exige, pues, un desarrollo anterior de las ciencias, de las artes, de los procedimientos técnicos de la industria, de los conocimientos é invenciones de todo género, que deben ser los instrumentos y los órganos de su actividad útil y productiva, de su trabajo sobre la naturaleza esterior.

¿Cómo el hombre, antes de conquistar estos instrumentos y estos medios, hubiera podido asentar su dominacion sobre el mundo, domado y puesto á su servicio los elementos? ¿Cómo hubiera fecundado, esplotado, administrado el dominio de la creacion? ¿Cómo, en fin, habia de desarrollar las riquezas de todo género, cuya superabundancia es necesaria á la satisfaccion de las necesidades materiales, afectivas é intelectuales de los individuos y de los pueblos, y sin la que no pueden acordarse los intereses ni las pasiones?...

La organizacion de la sociedad armónica, está, pues, subordinada á la creacion anterior de los instrumentos y medios de poder de la humanidad; al desarrollo de las artes, de las ciencias, de las fuerzas de la industria. Necesita el hombre pasar muchas penas y fatigas para aprender á construir sus máquinas, sus navíos, sus palacios; para formar legiones de sabios, artistas etc., para reunir los elementos fundamentales de su prosperidad colectiva y de su poder. Mientras no ha llenado estas condiciones primeras, no está en el caso de entrar en su verdadero destino, de realizar la organizacion social apta para satisfacer sus necesidades, para utilizar y armonizar las fuerzas vivas de todas las partes que componen el hombre universal, el gran todo humanitario.

Asi, pues, como el planeta, como el animal,

como el mismo ser humano, la humanidad, que es un ser viviente de un grado superior, tiene sus épocas embrionales y su infancia. No puede llegar á la edad de la fuerza, á la plenitud de la vida, sino atravesando antes edades de ignorancia, de debilidad y dolor. Estas primeras épocas, son precisamente los tiempos de las sociedades pobres, incoherentes, incapaces de responder á las exigencias de nuestra naturaleza, de realizar el bien cuyos instrumentos deben elaborar. La historia nos las presenta divididas en períodos sucesivos, designados con los nombres de *Salvajez*, *Patriarcado*, *Barbarie*, *Civilizacion*. Estos períodos tienen su carácter peculiar, su fisonomía propia, y particularmente se distinguen por los grados progresivos del desarrollo de las artes, de las luces, de la industria, en una palabra, por la acumulacion de los instrumentos, del inmenso material necesario á la constitucion de la armonía social. Las ideas y los principios figuran en primer término entre esos instrumentos del porvenir.

Asi, la industria, limitada en el período salvaje á la caza, á la pesca, á la fabricacion de armas groseras, se estiende en el patriarcal, al cuidado de los rebaños. Los pueblos bárbaros abrazan ya la agricultura y comienzan á fabricar. En fin, la civilizacion desarrolla las ciencias y las artes, perfecciona los procedimientos

técnicos en toda rama, crea los grandes medios de comunicacion y todos los elementos de la grande industria. Desde este instante la humanidad posee todos los recursos necesarios para organizar sus fuerzas y sus poderes, y realizar por medio de la asociacion de los individuos y de los pueblos, las condiciones generales de su dicha y de sus gloriosos destinos.»

Animadas de este espíritu casi todas las escuelas modernas, proponen sus diversas fórmulas de organizacion, presentan un plan, un mecanismo, un modo de sociedad, por medio del que creen utilizar todos los recursos conquistados, imprimiéndoles un movimiento de armonía y produccion, que realice las condiciones del bien universal. Si todas se han equivocado en los medios, si ninguna ha resuelto felizmente la dificultad, ya se verá en el curso de esta obra. Por ahora me contento con observar á Mr. Thiers que sonó la hora de pensar en la salud, no solo del pobre, sino tambien del rico; que es una pretension lógica, derivada de la misma ley del movimiento social, inspirada por el progreso de los tiempos, la de regenerar la sociedad; y que si cree que la humanidad no ha trabajado todavía lo bastante para poder destronar la pobreza, el mas modesto de los reformadores se compromete con los trabajos realizados, á sacar la sociedad del barranco de las crisis y revolu-

ciones anuales que forman su vergonzosa historia.

Pero sigamos á Mr. Thiers al exámen de las funciones sociales de la riqueza:

«Además del cometido de comprar los productos selectos, cuya produccion y consumo son indispensables, tiene otro la riqueza; solo ella puede suministrar los capitales al génio inventor, genio osado, temerario, sujeto á equivocarse muchas veces y á arruinar á sus comanditarios.»

¡Pobre genio inventor! ¡Ya estás lucido, si siempre has de seguir á merced del capitalista! ¡Pobre humanidad si todas tus conquistas las fias á la simple voluntad de un hombre que, por avaricia, por ambicion ó capricho guste desprenderse de cierta suma! ¡No hay duda de que es una garantía brillante para el genio, hallarse bajo la salvaguardia del capital privado..!

Bien sabido es que el autor de un descubrimiento debe estar dotado, además del espíritu inventivo, de una firmeza de carácter no comun, de una perseverancia que raye en heróica. Sobre que una multitud de hombres cuyo espíritu especulador se entregaría á indagaciones ardientes si la carrera de la invencion estuviese organizada y ofreciera grandes garantías de lucro, el que á fuerza de constancia ha conseguido ó cree haber conseguido la solucion de al-

gun problema capaz de cambiar la faz de la tierra, no sabe qué hacer del secreto, vive atormentado sin hallar un medio regular de practicar su teoría, temiendo esponerse á los ataques del ridículo.

Pero hay algo tan conocido como la historia de todos los descubrimientos? Acaso poseemos alguno que no haya tropezado para justificarse con los grandes inconvenientes de una sociedad levantada sobre el *agio* y la mercadería? No hace mas de cuarenta años que en Francia se propone al gobierno y á los capitalistas, el ensayo parcial de sistemas que prometen la salud del mundo?..

No le concedo, pues, á Mr. Thiers, que una de las funciones de la riqueza privada sea alentar al genio inventor. Podrá haber escepciones, pero estas confirman la regla.

La beneficencia es otra de esas funciones que Mr. Thiers atribuye á los capitales. A sus ojos presenta el mundo el magnífico espectáculo de un gran teatro de beneficencia.

«Suponed, añade, iguales todas las fortunas; suponed la supresion de toda riqueza y de toda miseria: nadie tendria medios de dar; pero nadie, segun vosotros, tendria necesidad de que se le diese, lo que es falso. Aun suponiendo que fuese cierto, habriais suprimido la mas grata, la mas encantadora, la mas graciosa de las virtudes humanas! Pobre reformador, hubiérais estropeado la obra del Criador, queriendo re-

tocarla. Dejadnos, sí, dejadnos el corazon como Dios nos lo hizo!..»

Ved en M. Thiers un hombre de caridad! Cruel, como hay Dios, será el que trata de *retocarle el corazon.* Lo que es por mi parte me guardaré muy bien. Pero permítame que en vista de esa uncion de cristiandad que destilan las líneas anteriores, le haga una observacion.

En primer lugar, Mr. Thiers, rechazo en nombre de los reformadores de juicio esa idea absurda que supone igualdad de fortunas. Respecto á que estinguiendo la pobreza se suprimia *la mas grata*, la mas *encantadora*, la mas *graciosa* de las virtudes humanas, os diré que la beneficencia humana no gira solo en los límites reducidos de la limosna, mas todavia, que acaso no sean estos sus verdaderos límites; porque ignoro si al aliviar de algun modo el dolor de un desgraciado, es *pena ó placer* lo que siento; si este hecho *me es tan grato, si me encanta* como decís, llegando hasta *hacerme gracia*, ó despedaza mi alma al contemplar la terrible condicion de mis semejantes, de mis hermanos. Esto suponiendo que yo soy rico y que no haga el bien por vanidad, como suele suceder. Si no lo soy, y no puedo aliviar al desgraciado, crece mi pena al verlo arrastrarse por las calles é implorar mi esteril caridad, y en tal caso el *encanto* de esa virtud que citais se convierte para la mayoría de los hombres en un tormento constante.

Para el ejercicio de la beneficencia, virtud, es cierto, de gran valor, no creen los reformadores que sea preciso que los hombres carezcan del pan *nuestro* de cada dia; todos los humanos, cualquiera que sea por otra parte su posicion social, tienen mil ocasiones de ser benéficos, útiles á sus semejantes. A cada paso en la vida se ponen á prueba esos nobles sentimientos; porque ¿quién será el afortunado, si en ello cabe fortuna, que para nada necesite los auxilios de sus hermanos? quién el que no pueda hacer otro bien que el de satisfacer al ambriento? quién no está siempre en el caso de salvar la vida á un reo desgraciado, al aturdido que se precipita en un abismo, al enfermo que requiere grandes cuidados, al errante peregrino que busca un albergue en noche tormentosa?

Ya ve, pues, Mr. Thiers cómo, *sin tocarle el corazon*, la escena varia del mundo le ofrece mil ocasiones de ejercer esa virtud encantadora sin la pena de tropezar á cada paso con seres que espiran si no llega á tiempo un pedazo de pan!

Pero sigamos:

«Sin duda que si para tener la satisfaccion de ver ricos bienhechores hubiéramos creado pobres por gusto, os sobraria razon en decir que valia mas no tener pobres aun cuando no se tuviesen ricos capaces de dar. Mas no echeis

en olvido que el rico no hizo pobres á los que lo son; que si él no hubiese llegado á rico, los pobres serian mas pobres aun; no echeis en olvido que su adorable beneficencia, para poder mostrarse generosa con la desgracia, no empezó por quitarle á fin de poderle dar. En la marcha incesante hacia un estado mejor, *el trabajo con éxito* socorre *al trabajo sin éxito....*»

Acabáramos de una vez! Ya estan resueltas todas las dificultades! Ya sabeis que hay trabajo *con éxito* y trabajo *sin éxito*! En esto por lo visto consisten todas las desigualdades sociales, es decir, que haya unos muy pobres y otros muy ricos! Es que estos han trabajado *con éxito* y aquellos sin él.—Entonces, preguntarán mis lectores, cuál es el trabajo de *éxito*? porque nosotros queremos ser ricos.—No lo sé, les contestaré; dirigíos á *Mr. Thiers* que podrá mejor daros noticias. Lo único que yo os puedo decir es que la agricultura, la industria, las ciencias, las bellas artes, la invencion etc. etc., no son trabajos *de éxito*, puesto que *en general* no se ve á un cultivador en carretela, ni á un industrial, ni á un hombre científico, ni á un artista, ni á un inventor. Ignoro por lo tanto cuáles serán los trabajos *de éxito* ó por mejor decir, no lo ignoro ni vosotros tampoco lo ignorais, ó si lo ignorais, tomaos el trabajo de adivinarlo. Harto hago yo con esponeros las peregrinas ocurren-

cias que de vez en cuando tiene Mr. Thiers.

A este célebre personaje es á quien voy á hacerle un cargo, á observarle un descuido. Si en el capítulo VI pretendeis probar que *de la desigualdad de las facultades del hombre nace* FORZOSAMENTE *la desigualdad de los bienes*, no pueden las facultades mas ricas empeñarse en trabajos *sin éxito* como los que acabo de citar, y causar la ruina del individuo que las posee? Y entonces; cómo establecer por regla general la teoría de las facultades...? Una de dos: O es la desigualdad de estas facultades la que produce la desigualdad de bienes, ó es la desigualdad del trabajo mismo, quiero decir, que este trabajo sea *de éxito* y aquel no lo sea, que el uno por su naturaleza haga estériles las facultades y el otro las utilice.

Obligo á Mr. Thiers á que esplique este dilema.

Adelante:

«Solo una observacion y concluiré el exámen relativo al rico. Estas acumulaciones de riqueza, tan aparentes á los ojos, no son ni tan numerosas ni tan considerables como se cree; y si se llevase á cabo el capricho de repartirlas, tocaria una parte sumamente pequeña á cada uno de los perceptores. Se destruiria el atractivo que hace trabajar, el medio de pagar los altos

productos del trabajo; se borraria, en una palabra, el designio del Criador sin enriquecer á nadie.»

Cualquiera que lea estas líneas creerá que no existe en la sociedad moderna otro plan de reforma que esa reparticion absurda de que nos habla Mr. Thiers, en lo que hace muy poco favor á todos los amigos del progreso, á todos los grandes hombres que han empleado y emplean su vida en estudiar los vicios sociales y la naturaleza de los remedios. Porque para predicar la fórmula de reparticion no se necesita hacer muchas observaciones ni tener gran dósis de inteligencia. Cese, pues, Mr. Thiers de hacer el *coco* á la opinion y diríjase con lealtad á adversarios mas respetables que los tiene en abundancia.

«¿Creeis de buena fé que los ricos sean muy numerosos y muy ricos? Ni uno ni otro: nadie ha contado las fortunas en una sociedad; pero en un Estado como la Francia, donde se suponen doce millones de familias, á tres individuos por familia, se sabe que existen (atencion!) DOS MILLONES de ellas que tienen *apenas lo preciso* (en castellano diríamos que *mueren de hambre*); SEIS MILLONES que tienen lo suficiente; tres millones que viven en la holgura; cerca de un millon dueños de un principio de opulencia, y á lo sumo doscientas ó trescientas poseedoras de la opulen-

cia propiamente dicha. Suponed una reparticion igual...»

Basta, basta; eso no va ya con la mayoria de los reformadores. Analicemos el curioso dato que exhibe Mr. Thiers y podremos formar idea de la sociedad actual, puesto que toda la sociedad está cortada casi por el mismo patron que la francesa.

Resulta que son *seis millones* los individuos que en Francia no tienen que comer ó comen á duras penas; *diez y ocho* millones que ya pueden vivir con menos apuros, porque aunque Mr. Thiers diga que tienen *lo suficiente*, yo sé bien que es *lo suficiente para no pedir limosna*. Diez y ocho y seis veinticuatro. *Veinticuatro millones de individuos que apenas pueden resistir los gastos de una enfermedad!!* Ved si puede formularse protesta mas elocuente contra una sociedad que, en medio del lujo mas escitante y de los placeres mas refinados, en medio de todos los poderosos atractivos de la civilizacion, mantiene en el tormento de Tántalo veinticuatro millones de criaturas inteligentes, armadas de ricas facultades!.. A esto se me dirá que ellas tienen la culpa, porque debian haber escogido trabajos *de éxito*. Y es verdad, responderé; no han estado felices en la eleccion. Debian haber consultado este punto con *Mr. Thiers*, que es el que lo entiende.

Sigamos, sigamos:

«Es cierto, muy cierto, que el pueblo es hoy menos indigente que algunos siglos atrás; que el hambre, por ejemplo, no agosta generaciones enteras (ni hay diluvios universales); que el pueblo, mejor sustentado, mejor vestido, mejor albergado, aunque no tanto como deseamos (todavía quiere mas Mr. Thiers; luego se dirá!...) no se ve espuesto á los contagios hijos de la suciedad, de la miseria, como en Oriente y en la edad media.»

De aquí deberiamos deducir que el pueblo ha adelantado algo, pero del dato estadístico presentado arriba, se puede deducir que ha atrasado mucho. Porque si bien se ha emancipado de la lepra y de la inmundicia orientales, en cambio mueren en los cuarteles de Paris las SIETE OCTAVAS partes de niños recien nacidos que no pueden resistir las influencias de aquellas cloacas inmundas, de aquellos vapores mefíticos que marchitan la poblacion. Respecto del vestido, ved los harapos de los seis millones de individuos, que recorren escuálidos vuestras ciudades. Pero hay mas, y es que, aunque realmente el pueblo hubiera mejorado algo en su condicion, lo que no es exacto, pues ha desaparecido con las antiguas instituciones teocráticas, que aliviaban en cierto modo la miseria del pueblo, hasta el espíritu de benignidad y patrocinio que caracterizaba á los viejos propietarios; aun siendo realmen-

te exacto, repito, no ha de olvidar *Mr. Thiers* que la mejora nunca seria sino *relativa;* es decir, que si ayer un hombre del pueblo satisfacia sus primeras necesidades con *cuatro*, hoy no le bastan ni *seis*, pues sus necesidades se han aumentado en razon de *ocho*. Porque tambien bajo el burdo ropon del campesino ó del proletario, se encubre el corazon humano obrando con la misma actividad que cuando late bajo los pliegues de la púrpura; y no puede permanecer pasivo al frente de los estímulos de la civilizacion. Esto se debe tener muy en cuenta al hablar de la suerte del pueblo.

Prosigamos:

«Deducimos de lo dicho que el hombre nada tiene al nacer, pero que está dotado de facultades diversas y poderosas, cuya aplicacion puede proporcionarle cuanto le falta. Fuerza le es emplearlas; pero cuando lo hace, *es de evidente equidad que el resultado de su trabajo le sea provechoso á él, no á otro, y que este resultado forme su propiedad, y su propiedad esclusiva*. Esto es equitativo, necesario, porque no estando seguro de recoger el fruto de su trabajo, no trabajaría; bastaríale pillar lo ageno; su semejante haria lo mismo, y esos salteadores, refluyendo unos sobre otros, presto no hallarian qué pillar como no fuere la naturaleza mis-

ma. El mundo permanecería en la barbarie.»

Perfectamente; sirva de aviso, porque temo que el trabajo SIN EXITO llegue á sublevarse un dia, y no haya quien lo aguante.

XII.

De la estension creciente de la propiedad.

Resúmen:

Mr. Thiers insiste con empeño en que el trabajo es el orígen verdadero de la propiedad.

Toma en cuenta la objecion de que todos los dias vemos acumularse ciertas fortunas muebles, capitales inmensos debidos al fraude, al juego, á las mas locas y mas criminales especulaciones, y la de que la tierra y los capitales sean invadidos por un número muy reducido en perjuicio de la generalidad.

Estas cree que son las dos únicas objeciones que hacen los filósofos actuales, y confia contestarlas de un modo completo en los dos capítulos siguientes.

XIII.

La propiedad encausada por Mr. Thiers. Los socialistas y la propiedad. Argumentos del Comunismo.

Empieza Mr. Thiers este capítulo reconociendo, como no puede menos de reconocer, que al lado de hombres que han adquirido sus bienes por el trabajo, hay otros que deben los suyos al fraude y á la violencia, pero que en vez de castigar tales atentados, condenando á todos (poned mucho cuidado), «*se deben hacer mejores leyes, mas rigorosas*, combinadas de tal manera, que con su ayuda sea fácil *averiguar la procedencia de las diferentes propiedades de las que desde su orígen nacieron del trabajo ó de las debidas* EN SU PRINCIPIO *á la usurpacion.*»

Rechazando yo en nombre de la justicia el principio de *condenar á todos*, rechazo tambien en nombre del órden esa idea *diabólica de averiguar la procedencia de las diferentes propiedades.* Averiguar la procedencia de las diferentes propiedades!.. Eso es vogar en pleno comunismo!

Eso es encausar toda la masa de la propiedad y sentarla en el banquillo del reo! Es querer atropellar el *hecho* en nombre del *derecho*; lo que, aunque parezca racional, tiende en el actual órden de cosas á robustecer la anarquía. Porque Mr. Thiers nos dice á las pocas líneas:

«En el orígen de toda sociedad tuvo la violencia mayor parte que la justicia. El sentimiento menos desarrollado en el hombre es el de lo justo y de lo injusto; pues que los hombres *se precipitan sobre la tierra, se apoderan de ella, se la disputan violentamente*, y hasta que se establecen leyes sabias y equitativas se transmiten con mayor ó menor regularidad lo que adquirieron de una manera *muy irregular*.»

De aqui se deduce claramente que toda la propiedad territorial tuvo su procedencia *en un principio de usurpacion, no en el trabajo*. Y aunque Mr. Thiers pretenda legitimarla despues por medio de la *transmision*, no le alcanzan los sacramentos, se los administra tarde. Porque una de dos: ó Mr. Thiers renuncia arrepentido *á averiguar qué propiedad es debida* EN SU PRINCIPIO *á la usurpacion*, ó piensa *castigar la propiedad territorial*, *usurpada* EN SU PRINCIPIO.

Me admiro de que un hombre *tan de órden* lance á la sociedad ideas tan disolventes. Porque, aun concediendo en honor suyo, que no haya sido su objeto comprometer en lo mas mínimo la propiedad de la tierra, sino defenderla á capa

y espada por medio de la transmision, ¿quiere decirme Mr. Thiers qué castigo impondria al que resultara poseedor de bienes ilegítimos? ¿Cómo habian de confeccionarse esas *leyes rigorosas*, y hasta dónde se estenderia su accion? ¿Podria servir de dato decir: «Mirad, aquel que cruza la calle en magnífica carretela, hace diez años que nada poseia, y hoy cuenta un capital de 10.000,000: aquel otro presumido que mira con desden á cuantos pasan, estafaba ayer al público, como simple mercader, y hoy levanta palacios y aspira al gobierno de la nacion: el de mas allá, no tenia industria conocida y es el gran banquero que preside el crédito del estado etc. etc.; ¿podria, repito, Mr. Thiers, servir esto de dato? Y una vez averiguado que las vastas acumulaciones modernas, que la gran masa de propiedad moviliaria, reasumida en unos centenares de individuos, era debida en su principio al juego, al fraude, al monopolio y al agiotage, ¿qué hariais de ella segun vuestro principio? ¿Dictaríais la espropiacion *por causa de utilidad pública* ó en nombre del buen derecho? Pero esto produciria en el mundo un gran conflicto, porque atacabais intereses inmensos aunque en pocos interesados. ¿Condenaríais á los interesados perdonando los intereses? Pero el mal quedaba en pie, quedaba la propiedad de existencia ilegítima para hacer la guerra á la legítima. ¿Qué haríais, pues, qué haríais de esas

leyes *rigorosas* por las que quereis procesar toda la propiedad?... ¿Cuáles son?...

Ni el mas desesperado comunista concibe á sangre fria la idea de despojar á una clase con toda la solemnidad de la ley, así como entrevee la posibilidad de conseguirlo á favor de un general trastorno. Y es en Mr. Thiers tanto mas estraña la pretension de averiguar legalmente la procedencia de las diferentes propiedades, cuanto que en el capítulo tercero, despues de querer hacernos ver instituirse constantemente y en todos tiempos la propiedad *como premio necesario del trabajo*, dice con cierta ironía: «Pero este animal (el hombre) no es un animal ordinario; es rey, rey de la creacion, como se hubiera dicho en otro tiempo, y le disputan sus títulos; tienen razon, *es preciso examinarlos mas de cerca.* El hecho, dicen, no es el derecho: la tiranía tambien es un hecho, un hecho muy general. Es, pues, preciso probar que el *hecho* de la propiedad *es un derecho*, y que merece el título de tal.»

Ahora bien; yo pregunto si querer establecer leyes rigorosas *para averiguar el orígen de las diferentes propiedades*, no es exactamente *querer examinar mas de cerca sus títulos al hombre*, sospechar del *hecho*, y negar que merezca el título de *derecho*.

Espero, pues, que Mr. Thiers recoja estas ideas y nos las dé mas sólidas, mejor ordenadas, mas en armonía.

Por lo demas tenga entendido que los mismos socialistas no son tan escrupulosos respecto de la propiedad: no quieren pasarla por el crisol de nuevas y rigorosas leyes, por el temor de dar muchos malos ratos, y dicen:

«En primer lugar es muy difícil, raya en lo imposible saber si lo que todos los hombres poseen, es ó no de orígen legítimo.

En segundo, aun dado caso que fuera fácil, podia suceder que se descubrieran tales cosas que la sociedad entera peligrára.

En nombre, pues, del órden, echamos tierra sobre todos los hechos, reconocemos todos los intereses creados, y una vez que la humanidad tiene tantos recursos á su disposicion, una vez que el globo entero, abandonado en su mayor parte, no espera mas que la señal del hombre para desarrollar sus inmensas riquezas, tratemos de ensanchar las proporciones de este gran banquete de la vida, construyamos asientos para todos los miembros de esta dilatada familia, no nos amontonemos en torno de esta pequeña masa de valores como si sobrára humanidad en el planeta y no hubiera ya recurso alguno. Acudamos á esa gran mesa que Dios nos sirve llena de ricos manjares y que solo espera recibirnos. Si verdaderamente existen en la actualidad propiedades mil ilegítimas, debidas á jugadas inmorales y agios escandalosos, remédiese en buen hora

mal tan grave que puede un dia perjudicar mucho á las propiedades legítimas; háganse leyes, no que *condenen*, sino que eviten el desarrollo de ese fatal parasitismo que corroe las entrañas del cuerpo social; pero cuidado con una espropiacion, porque nadie es capaz de calcular el destino de una sociedad que se empeñára, aun con justicia, en vias tan peligrosas.»

Esto es, Mr. Thiers, lo que yo llamo defender con lealtad y buena fé la propiedad realizada. Sin duda que los que asi se esplican son mejores defensores de los intereses creados, que los que, ó quieren *formar leyes rigorosas* para examinar sus títulos, ó defenderlos ciegamente contra las exigencias de los intereses nuevos. Lo primero conduce, tal vez á la justicia, por el camino de la anarquía y la violencia: lo segundo á la muerte social por medio de la injusticia. El que quiere lo primero se llama ciego *comunista*;

El que quiere lo segundo se llama *optimista* ciego;

Y lo mas gracioso es que Mr. Thiers por lo visto, muéstrase á la vez comunista y optimista.

Pero veamos qué nos dice este personaje al hablar del juego de la Bolsa.

«La sola cuestion es la de saber si en aquel sitio tan malquistado puede existir un trabajo le-

gítimo, al cual la sociedad permita aplicar su tiempo y sus desvelos. Pero puede esta materia ofrecer alguna duda formal. *¿No se ven precisados los gobiernos á crear empréstitos cuando el límite de los impuestos queda agotado?* ¿No les es necesario aumentar las cargas del porvenir, productivas para este, y que el presente no podia ya soportar? *¿No es acaso necesario que las empresas vastas, destinadas á cambiar la faz de la tierra y que exigen inmensos capitales, se dividan en partes pequeñas*, llamadas *acciones*, á fin de que esten al alcance de todos los capitalistas? ¿No es preciso que las divisiones de los empréstitos ó de las grandes empresas, se vendan y compren en un mercado público cual otros artículos cualesquiera? ¿No es indispensable que especuladores, espiando las variaciones infinitas de los valores, acudan á comprarlos cuando bajan, remontándolos á mayor crédito? Estas variaciones aumentan en las épocas difíciles y crean un juego; asi como el trigo, materia tan respetable, se hace en los tiempos de carestía objeto de locas especulaciones. ¿Se prohibirá por ese motivo el comercio de granos? ¿No diferenciais al que hace un verdadero comercio, útil y constante, del que solo se entrega á un juego pasagero? ¿No diferenciais al gran banquero, *que contribuye á fundar el crédito de un Estado*, del especulador vulgar, que busca en el azar efímera opulencia? ¿No es este caso el

de todo género de industria y de comercio?..»

La cuestion es sumamente delicada y requiere ser tratada con alguna estension. Cito, pues, á Mr. Thiers para un poco mas adelante. Dejémosle por ahora volver sobre sus pasos:

»¿Quién sabe de cuántos hechos ha sido teatro la tierra que se considera como obtenida mas legítimamente? ¿Se es responsable de lo que hicieron algunos siglos há los detentadores de una propiedad que se obtuvo del primer poseedor, pagándole por ella lo que pidió? A juzgar por las leyes de las nuevas doctrinas, no se niega en ellas el cambio, pues los mismos enemigos de la propiedad que quieren suprimir el numerario, admiten el poder cambiar directamente un objeto por otro. ¿Cultivé yo la tierra? ¿Criaste tú los carneros? Yo te doy cierta cantidad de trigo, y tú me das un carnero, nada mas justo. Adquirí en el comercio una suma de capitales muebles, te los doy por una tierra; creo que en semejante transacion esa tierra debe pertenecerme real y verdaderamente, sin que nadie me pueda decir que la adquirí mal.»

Siento de todas veras que Mr. Thiers haya dado tal giro á la cuestion de la propiedad. Y lo siento porque, yo que amo y defiendo esta con honradez, conozco que la deja á descubierto de los tiros enemigos. En efecto; tratando de legiti-

marla Mr. Thiers por medio del cambio, que dice admiten sus contrarios, y llevado de la idea de la transmision, ha sin duda cometido una impropiedad de lenguaje, que en materias como esta puede tener fatales consecuencias.

«*¿Cultivé yo la tierra? ¿Criaste tú los carneros? Yo te doy cierta cantidad de trigo, y tú me das un carnero. ¿Adquirí en el comercio una suma de capitales muebles? te los doy por una tierra...*» «No, interrumpe indignado un comunista: yo no admito mas cambio que el de los productos. Si el trabajador hace suyos *los frutos* no se sigue de aquí que deba hacer suya *la tierra*. Esto implica contradiccion con la idea del TRABAJO, pues que es de principio en economía política que el trabajo no crea sino formas, *valores*, y no sustancias.» Por lo que toca, pues al *cambio*, ya ve *Mr. Thiers* cómo deja un flanco peligroso á los enemigos de la propiedad.

Pero observemos qué otras armas empuña para hacerla invulnerable:

«Sí, añaden los nuevos doctrinarios; pero el que transmitió ¿pudo transmitir no siendo legítimo poseedor? usurpó y transmitió la usurpacion, nada mas.»

«A esa objecion el buen sentido de las naciones contesta por nosotros, habiendo adoptado la *prescripcion*.»

Tampoco esto es contestar á lo que dicen los anti-propietarios; y la primera cualidad de un buen lógico es ir de frente á los argumentos del rival.

Respecto de la *prescripcion* los comunistas tienen apuntado en sus libros este principio:

«Se habla del *consentimiento universal*; pero quien dice consentimiento universal, dice renunciacion recíproca, dice, por consiguiente, garantía recíproca, lo que tambien conduce á la igualdad.»

«Se habla de la *prescripcion*: pero sin contar que la propiedad es necesariamente, por mil razones, ó nula para cada uno, ó imprescriptible é inagenable para todos, es notorio que la prescripcion no ha sido imaginada sino en confirmacion de la ley civil sin lo que careceria de *justo título*. Ahora; ¿cómo la ley civil ha podido convertir *la posesion en propiedad*, en ocasion en que el aumento de las generaciones le imponia el deber de convertir la *propiedad en posesion*? Porque si, como es manifiesto, como se confiesa, la propiedad ha nacido de la ocupacion primitiva, no es otra cosa que un hecho que se ha producido falto de oposicion, y que se continúa por el gusto de todos los que tienen derecho. Apoyado sobre este solo título, la propiedad es necesariamente precaria y siempre revocable: la ley civil no ha podido reconocerla sino como provisional, de modo alguno como definitiva.»

Hé aqui la idea que Mr. Thiers ha debido combatir si se ha propuesto no dejar ninguna peligrosa en circulacion. Porque el caso es que los incautos que son sorprendidos por el sofisma, conozcan este al leer los verdaderos títulos de la propiedad. De otro modo, eludiendo los argumentos de los adversarios, es comprometer mas la causa que se quiere sostener, la verdad misma. Aconsejo, pues, á Mr. Thiers siga este método cuando vuelva á lidiar por la propiedad.

En el resto del capítulo hace la historia de las tierras de varias naciones, enumera los mil cambios de manos y vicisitudes porque han pasado durante el largo reinado de la conquista, para hacer ver el caos que resultaria si no se prefijára un término en el cual *todo lo que existe, por el mero hecho de existir, se declare legítimo y poseido en buena ley.*

Esto quiere decir que aqui *Mr. Thiers* sanciona el *hecho* como sea un poco viejo, como cuente siquiera treinta años, por injusto que pueda ser. No me parece mal la idea aunque forme tan mal maridaje con la de querer *haver leyes rigorosas con cuya ayuda se pueda averiguar la procedencia de las diferentes propiedades, de las que en su orígen nacieron del trabajo ó de las debidas* EN SU PRINCIPIO *á la usurpacion.* Estas dos ideas, repito, se rechazan tambien mútuamente, y asi espero que Mr. Thiers las reconcilíe cuando pien-

se hacer otra edicion de su libro. Por lo demás ninguna de ellas acepto por muy distintas que sean; pues si la segunda la he hallado severa y disolvente, encuentro la primera demasiado débil y con sus puntas de injusta. Porque si un rey, si un gobierno, con la fuerza de sus ejércitos se apropia todo el terreno nacional y lo esplota en su provecho como los señores feudales, logrando conservarlo treinta años porque el pueblo no se atreva á hacer una reclamacion, ni á formular de modo alguno sus derechos, no me parece bien que este hecho tan injusto reciba la eterna sancion de las generaciones. Lo mismo puede suceder de clases con clases y hasta de individuos con individuos. Una revolucion, un cambio de política en un pueblo, suele trastornar grandes intereses, cometer sendas injusticias, y si estos hechos han de recibir el bautismo de la legitimidad, de un período de treinta años, entonces digamos de una vez que nos hallamos constituidos en el hecho sin nociones de lo justo, que no tenemos mas códigos que el tiempo y la fuerza material.

XIV.

Hoy el capital impone la ley al trabajo.-Interés real del dinero.-Organizacion de la propiedad agrícola.-Mr. Thiers y un proletario.-Condicion del cultivador.

En este capítulo, último del primer libro de *La Propiedad*, Mr. Thiers se propone probar que el universo, lejos de ser invadido por la estension creciente de esta, como pretenden los economistas modernos, es mas apropiado á las necesidades del hombre, mas accesible al trabajo, y que la propiedad civiliza el mundo en vez de usurparle.

Conviene por de pronto en que la mayoría llega al mundo algo tarde, y aplicando el dicho de Ciceron, que asemeja la propiedad á un teatro donde todos los asientos estuviesen ocupados, pregunta: «*¿pero seriais mas felices si el teatro no existiese?*» No acepto esta idea á pesar de su orígen ciceroniano: porque creo que nada prueba en hecho de propiedad. Es un argumento negativo que está muy lejos de las necesidades contemporáneas, y de muy poco valor en

cuestiones de derecho y de conveniencia social. Un comunista, estoy seguro, Mr. Thiers, que os heriria con esas mismas armas diciendo que si los ocupantes de ese teatro, habian entrado en él furtivamente ó con billetes falsos, seria muy injusto y despótico no admitir al que pretendiera entrar de buena ley y con títulos verdaderos.

Pero veamos cómo quiere *el estadista* justificar la comparacion.

«Llegais á una sociedad ya muy civilizada, donde la tierra está cubierta, es verdad, de propietarios; pero donde está muy bien cultivada, produciendo cien veces de lo que producia en su orígen: donde las máquinas, multiplicadas y variadas á lo infinito, han hecho el trabajo mil veces mas rápido y los frutos mil veces mas abundantes y menos costosos, donde hay LO SUFICIENTE para sustentar, vestir y albergar á treinta y seis millones de habitantes en vez de cuatro ó cinco; confesad que las generaciones que os precedieron fueron muy culpables para con vosotros, porque siete ú ocho siglos atrás hubiérais tenido por todo calzado un pedazo de cuero sujeto con cuerdas, y teneis ahora zapatos que ponen vuestros pies al abrigo del frio, de la humedad y las piedras. Hubiérais tenido para vestiros una piel de cordero, y ahora teneis paño etc., etc.»

En todo esto Mr. Thiers no hace mas que confirmar lo que ya dije en otra parte; que los go-

ces se han multiplicado con el refinamiento; solamente que en vez de espresarlo de ese modo, el historiador de la propiedad ha debido decir:

«Hace siete ú ocho siglos que el hombre vivia con mucho menos, mas satisfecho. Sus necesidades eran muy pocas, porque la industria y las ciencias aun no las habian engendrado. Pero hoy que por todas partes ve ricos paños, lustrosas sedas, finísimos terciopelos; hoy que no puede dar un paso sin oir los cantos mágicos que salen de los teatros, sin ver los mas delicados alimentos espuestos al público, vestidos los mas cómodos y sanos, el brillo fascinador de los cafés; sin tropezar con elegantes carretelas; hoy que vive en medio de todo género de estímulos y goces, seria pedir virtudes sobrenaturales exigirle, en nombre de la sobriedad y de la religion, hiciera el sacrificio de su naturaleza, del corazon humano; que se privára de *todo* al lado de los que disfrutan de *todo*. Si ayer ajustaba á su pie un duro cuero, hoy necesita zapatos que le abriguen del frio, de la humedad y de las piedras; si ayer vestia una piel de cordero, hoy necesita un buen traje de paño, pues no es justo que solo en Francia haya SEIS MILLONES de séres condenados á ir descalzos y ostentar cuatro harapos repugnantes. Si son positivos los beneficios de la civilizacion, deben estenderse gradualmente á todos sus hijos.»

De este modo hubiera *Mr. Thiers* evitado la

flagrante contradiccion que existe entre haber en Francia LO SUFICIENTE para treinta y seis millones de habitantes, y carecer seis millones de LO SUFICIENTE. Porque ó no da valor ninguno á este último guarismo, que á mí me espanta, ó ha debido descontarlo del total de poblacion.

Pero será tal vez un descuido, y he de procurar en lo sucesivo pasar por alto estas que para alguno serán pequeñeces. Voy á concretarme á los puntos principales.

Al hablar el economista de la que llama cacareada invasion del capital, dice que este capital no hubiera existido sin un trabajo asíduo y tenaz de las generaciones pasadas y presentes: Que si estas no lo dan sino muy caro, estan en su derecho, puesto que lo crearon, y que, mirándolo bien «si necesitais que os lo presten, si dependeis de ellas (de las generaciones ricas), por lo mismo dependen ellas á la vez de vosotros; porque necesitan que vuestros brazos fecunden sus capitales, sin lo cual estos capitales, sin empleo, nada valdrian ya en sus manos. La dependencia es recíproca. Dos necesidades se hallan una enfrente de otra; la vuestra, que es trabajar, y la suya que es la de hallar un empleo á sus capitales. ¿Cuál de estas dos necesidades impondrá la ley á la otra?»

Conteste por mí el lector que tenga menos nociones de economía política, pues estoy seguro de que acertará. Figúrese un hombre que

sale de su casa para llevar algo que comer á su desconsolada familia, y llega á ofrecer sus brazos al primer capitalista que encuentre. Asi verá cuál se halla en mejor situacion para imponer la ley. Sin embargo; Mr. Thiers, algo apegado á la antigua escuela, dice que dependerá de la época. Yo creo que el capital lleva siempre gran ventaja al trabajo, una necesidad *de ganancias* á una necesidad de *existencia*. Pero por no estenderme demasiado, quiero concedérselo á Mr. Thiers, y siga:

«En tiempos tranquilos, cuando los capitales abundan, será vuestra necesidad la que imponga la ley. Cuando los capitales se ocultan será la suya, y vosotros pagareis el dinero mas caro.»

Suponed, pues, Mr. Thiers, una sociedad atormentada de crísis y revoluciones; una sociedad en que la noticia mas infundada, el rumor mas vago, ahuyenta de repente el capital. Una sociedad que vive de los pánicos de Bolsa y en que hay clases enteras interesadas en estas peripecias. Una sociedad en que se monopoliza la circulacion y el instrumento de cambio; una sociedad que se ha dado por última espresion, por fórmula suprema, la bancarrota organizada y periódica; una sociedad, en fin, de pobres, como decis en otra parte, que se disputan el trabajo en favor del capital; y decidme si en una tal sociedad será aquel el que imponga la ley

ni aun siquiera sostenga el equilibrio con la accion de este.

«Entretanto, ¿sabeis el mal que os han causado las generaciones usurpadoras?»

«Han hecho que el dinero que valia doce y quince por ciento en tiempo de los romanos, de á diez á diez y nueve en la edad media, de seis á siete en el siglo XVIII, valga hoy de tres á cuatro en época normal, de cinco á seis en las difíciles.»

Alto aqui, Mr. Thiers, alto; es preciso entendernos. No sirve que nos dejemos alucinar por la perspectiva de las cosas, sino que es preciso estudiar estas con detencion, desmenuzarlas, si me es lícita la frase. En el curso de vuestra obra echais con frecuencia mano del argumento del interés, del precio del capital. Es una de vuestras principales armas, y quiero inutilizárosla para lo sucesivo. En efecto; se habla mucho de la flexibilidad del dinero, del interés de tres y cuatro por ciento en épocas normales, y de cinco y seis en las difíciles. Ahora bien; prescindiendo de que las épocas *difíciles*, se han constituido en épocas *normales*, quiero aceptar el tipo medio, esto es, el de cinco por ciento; no riñamos por eso. Pero hacedme el favor de contestar á una pregunta: ¿Por qué suma se presta al cuatro ó al cinco, *relativamente al valor total del objeto que se hipoteca*? ¿Confundiremos al negociante que sin garantía ninguna, con

el haber ficticio de su crédito, pues ficticio dicen que es las quiebras cotidianas; lo confundiremos, digo, con el propietario territorial, con el poseedor de un objeto de valor reconocido? ¿No es cierto que el primero toma del Banco al cuatro por ciento sobre papel libre sin ningun agente intermediario, mientras el segundo jamás toma sobre primera hipoteca á menos de diez?—¡A menos de diez! ¡Os equivocais!—Yo os probaré cómo no me equivoco.

En primer lugar no se presta al cuatro ó al cinco por ciento sobre primera hipoteca, sino por la mitad, los dos tercios cuando mas del valor del inmueble; 50,000 reales 60,000 reales por un inmueble tasado en 100,000. Cuando sobre un inmueble de 100,000 reales pesa una hipoteca de 50,000, es decir, sobre la mitad de su valor, es claro como el sol, que el propietario no podrá tomar prestado por la otra mitad sino á un interés usurario. Porque es bien sabido que el que debe 50,000 reales sobre un inmueble de 100,000, no solventará esta deuda con su renta en cinco años, término habitual de las obligaciones hipotecarias, ni tampoco en diez; y como este inmueble no puede desempeñarse sino por la espropiacion, ¿qué capitalista colocará sus fondos sobre un objeto que está muy espuesto á ser procesado? ¡Y cómo colocarlos en todo caso? Sobre una segunda hipoteca, y á un interés leonino. Hé aquí por qué el propietario que ha to-

mado prestado á cinco sobre primera hipoteca, por la mitad del valor de su tierra, toma á diez por la otra mitad, y con mas frecuencia á doce que á diez. Esto en lo que respecta al que no tiene otras rentas que la de su inmueble. Ahora bien; yo pregunto: ¿Un préstamo á cinco por ciento que comienza por reducir á la mitad el valor del inmueble, es realmente un préstamo á cinco por ciento? ¿Y prestar á diez por ciento sobre la totalidad del objeto ó á cinco sobre la mitad solamente, no viene á ser una misma cosa?..

Pues descendamos á la categoría de préstamos mas comun; es decir, á los préstamos pequeños, que es donde la usura despliega todos sus brios. En Francia, ya que es mi deber referirme en todo á Francia, en Francia, digo, segun uno de sus hijos mas notables, hace mucho tiempo que se ha calculado el interés que paga el cultivador cuando contrae una obligacion hipotecaria de 300 francos, delante del notario del distrito. Este género de obligaciones no se estipulan sino por un año. Poniendo los honorarios del escribano á diez francos solamente; cinco por el otorgamiento de la acta, cinco por el recibo, contando dos dias de pérdida para el asunto, los gastos de sumaria, inscripcion, etc., y el interés á cinco ha sido imposible hallar una cifra menor de *treinta y nueve por ciento* para espresar el interés real de un préstamo hipotecario de 300 francos, contratado al *precio legal*. Co-

nocido es tambien que en los paises ganaderos, situados lejos de las grandes ciudades, como la Marche, el Charolais, el Limousin, la Auvergne, etc., la tasa del interés que se paga es de quince á veinte por ciento. Así, pues; mientras el pequeño labrador, que tiene un capital sólido, toma 300 francos á treinta y nueve por ciento para comprar una vaca ó hacer beneficiar sus campos, el negociante, que no tiene mas que su crédito, toma al cuatro por ciento cuanto dinero necesite para *jugar*.

Por eso no permito á Mr. Thiers que establezca este último tipo como el mas general, so pena de dar algunas esplicaciones.

Pero sigamos:

«Esto supuesto, siendo el interés la espresion exácta y única de la dificultad de procurarse los capitales, es probado que, avanzando todos los dias en esa usurpacion del universo, las generaciones que os precedieron y que han creado la masa de las propiedades existentes, os han hecho mas accesibles todas las cosas. Convengo en que ni aun á cinco, seis ó siete por ciento habrá quien preste á un pobre cultivador sin crédito; no me opongo á que esto se remedie por medios bien calculados; pero esto mismo hubiera sido mas difícil todavía algunos siglos atrás.»

Suponedlo, pues, remediado, Mr. Thiers; suponed que *por medios bien calculados* se ha conseguido que el pobre cultivador halle á razon de

solo cinco por ciento un capitalista que quiera secundarle. ¿Qué creeis que se habrá logrado? ¿Qué gran dificultad os parece que se habrá resuelto? Ninguna: porque este pobre cultivador no podrá, el dia en que espire el plazo, cumplir sus empeños, atendido á que el interés de la tierra está muy debajo del interés en cuestion. Con un producto de dos, dos y medio ó tres por ciento no se llegará á pagar cinco. Esto no puede ser mas claro.—Entonces, esclamareis, ¿qué se ha de hacer? ¿Cómo pretendeis resolver la dificultad?—De un modo muy sencillo: descubriendo y aplicando los medios de que el suelo produzca *siete*.—¡Oh! ¡Eso es mucho pedir!—Nada rebajo.—Es muy dificil.—Bastante.—Casi imposible.—Menos que *casi*.—Yo no sé...—Otros lo saben: adelante.

«No hay, pues, usurpacion respecto de las riquezas muebles que no existian antes de las generaciones acusadas, riquezas que solo merced á ellas, han existido. Sucede lo contrario con relacion á la tierra que estas generaciones no crearon, hallándola puesta ya en el universo, y en la cual se establecieron, cosa que á vosotros los que llegasteis los postreros, os hace bramar porque veis ocupadas las campiñas mas fértiles? Fácil nos será dilucidarlo.»

Aqui Mr. Thiers se estiende en consideraciones sobre la necesidad que la sociedad ha tenido de adjudicar terrenos al individuo que se resol-

via á trabajarlos, pues de otro modo hubiera este carecido de todo estímulo. Tratado mas atrás este punto, seria prolíjo que me detuviera á examinarlo. Siga por lo tanto el historiador de la Propiedad.

»Existe, en verdad, el recurso de reservar al Estado la única propiedad de las tierras y no darlas sino en arrendamiento, sea por un tiempo fijo, sea para toda la vida, al que las cultive; es decir, la mano muerta; la mano muerta, ¡restauracion reciente de nuestros sublimes inventores!.. ¿Será preciso repetir cuanto han dicho ya los economistas del siglo pasado, que la mano muerta es un sistema bárbaro, anti-agrícola; que la tierra debe ser una propiedad privada; que solo entonces el hombre le consagra sus cuidados, su tiempo, su vida, si es á la vez arrendador y propietario; y sus capitales por lo menos cuando no es mas que propietario; que las tierras del antiguo clero, solo en contribuciones dan lo que antes producian de arrendamiento; que ademas alimentan al propietario y al arrendador, y que presentan un espectáculo de estraordinaria actividad, en vez de otro, cual antes, de negligencia y de aflictiva languidez?» Y sigue haciendo gratuitas suposiciones y entreteniéndose con detalles que imagina.

Ahora bien; Mr. Thiers nos habla de pasar las tierras á manos del Estado, de la restauracion de la mano muerta etc., etc., y yo pregunto:

Quiénes son, dónde estan los retrógrados que quieren reconstituir las grandes propiedades clericales del antiguo régimen? ¿Qué da lugar á Mr. Thiers para emplear unas cuantas páginas de su libro en esta infecunda cuestion? ¿Qué enemigos de peligro combate al combatir la mano muerta? Porque la mayor parte de los reformadores la rechazan tambien, en nombre del progreso de la riqueza; y cualquiera que lea el párrafo anterior estará en su derecho suponiendo que no hallan los filósofos contemporáneos, otro remedio al mal que la administracion de las tierras, como se ejercia en la edad media ó bajo el despotismo asiático. Pero por lo visto es Mr. Thiers quien no concibe otra fórmula que las dos indicadas, y no será demas que le inicie en el pensamiento moderno en lo que toca al modo de produccion agrícola: escuche.

Los pensadores contemporáneos prefieren tambien la esplotacion individual del suelo, tal como existe, á aquellos grandes dominios señoriales que ha desmembrado la revolucion. La primera tiene á su vista sobre la segunda la gran ventaja de interesar un mayor número de brazos en la esplotacion, de estimular la actividad individual, aumentando la suma de produccion: es lo mismo que dice Mr. Thiers. ¿Pero significa esto, por ventura, que es ya imposible perfeccionar la organizacion de la propiedad agrícola? ¿Que no resta progreso alguno por hacer

en el dominio de la agricultura? Que tenga que renunciar el propietario territorial á toda esperanza de mejorar sus intereses. ¿Que haya de quedar ya para siempre escluido de los adelantos del genio humano en órden de descubrimientos de nuevas fórmulas de produccion? ¡Qué! ¿por haber remediado en parte los grandes males de la lánguida propiedad feudal, hemos de decir: «No mas allá en la senda de las mejoras agrícolas; alto aquí, que no es dado al espíritu humano obtener mayores ventajas?..» Los hombres del progreso, los que tienen la conciencia de esa gran fuerza creadora que acompaña á la humanidad en su desarrollo, no pueden mirar las cosas por un prisma semejante y estudian el mal donde quiera que se halle con la esperanza de encontrar remedio. Llevados de este sistema, se han acercado á observar todos los movimientos, la vida toda del pequeño cultivo, han estudiado sus vicios y ventajas y han tratado de conservar estas haciendo desaparecer aquellos. Si lo han conseguido ó nó, mas adelante lo veremos. Por ahora me contentaré con enumerar esos vicios y, como poco amigo de teorías abstractas, apelo al fallo de los labradores que son los mas competentes en esta cuestion.

En primer lugar, segun el modo de usar hoy de la propiedad de las tierras, es imposible una buena esplotacion; y buena esplotacion llamo á la intervenida por la ciencia agronómica. El

terreno se halla desigualmente repartido, poseyendo unos grandes estensiones, y otros, pedazos demasiado pequeños, lo que en ambos casos merma mucho la produccion. Los grandes propietarios ademas, no son en general inteligentes en el arte del cultivo, y casi siempre viven en las ciudades sin haber quizá visitado una sola vez sus propios campos, entregados á merced de un administrador que esplota al dueño y al jornalero. Un capatáz es el director de las haciendas, y el encargado de proporcionar los peones necesarios para los trabajos. Estos peones, por el mezquino jornal que reciben, no tienen mas interés que salir del dia, sin cuidarse de que el trabajo esté bien ejecutado, pues ningun lazo los une á la propiedad, al dueño, al administrador ni al capatáz. Asi que se hacen mal las labores y los productos se resienten de ello. Una estension grande no puede tampoco ser cultivada en su totalidad, y vastas porciones quedan eriales, y las que no lo quedan, producen solamente la mitad, por el necio sistema que ha introducido la preocupacion de que las tierras necesitan descansar, sembrándose en ellas un año sí y otro no, y aun dos en muchas comarcas. Como el cultivo es ininteligente, pues sigue las viejas tradiciones del empirismo, y carece por tanto de combinacion, resulta que la mayoría de las grandes propiedades, tampoco proporciona los estiércoles necesarios para la parte que se cultiva; y

por esta causa los productos tienen que ser mezquinos.

Si de la grande propiedad pasamos á la pequeña, todavía hallaremos mas dificultades para que prospere. Propictario humilde, viviendo al dia, no puede disponer de las sumas necesarias para la adquisicion de animales, ni aprovechar el descubrimiento de un instrumento aratorio económico; no puedo adquirir ideas facultativas y me veo precisado á seguir la rutina y á violentar la naturaleza de mis terrenos, pidiéndoles, no lo que me darian bueno y en abundancia, sino aquello que necesito para mi consumo; lo que amengua en alto grado la produccion. Ademas, tengo que dar una vaca á guardar, á quien podria guardar ciento; que multiplicar el material y el personal; necesitamos cada propietario tener una bodega, un granero en que no siempre se pueden cuidar bien los trigos, atacados generalmente del gorgojo. Otra de las causas de pérdida de este complicado órden de cosas, es el robo. Cada año el merodeo disminuye sensiblemente nuestras cosechas. La riqueza vegetal se halla entregada á la buena fé pública, pero esta buena fé suele dar tremendos y continuos chascos. Asi, cuando queremos cultivar un fruto costoso y apetecido, no buscamos la mejor esposicion, sino, ante todo, el sitio en que estará menos espuesto á los ladrones; lo colocamos si podemos en las dependencias de nues-

tra habitacion y debajo de las ventanas. A estas pérdidas directas que produce el robo, se unen los gastos que originan nuestras preocupaciones, es decir, de estas tapias que se estienden en nuestras campiñas, como acuchilladas por rejas, puntas de fierro, setos de espinos, pedazos de botella, en una palabra, todo el armamento efectivo de nuestra propiedad, que parece está siempre en guardia y cruzando la bayoneta contra los que pasan, y eso que no estamos en Inglaterra. Ademas de todos estos desperdicios, violéntase la recoleccion de ciertos frutos. La uva, por ejemplo; si está madura, no pide mas que ser recogida: pues no se recoge porque los vecinos de derecha é izquierda se oponen, y la costumbre local ha decidido que todas las cosechas se hagan en un tiempo dado. Se elegirá el instante medio en que un tercio de los racimos esté maduro, otro tercio ya pasado, y otro todavía en agraz. Entonces es cuando la autoridad manda que se haga lo vendimia en todos los puntos: nadie será robado, pero nuestra aldea pierde los dos tercios de su cosecha.

El pequeño cultivo combate tambien por su misma esencia, el desarrollo del reino animal, de mayor importancia que todos los demas, por cuanto contiene la vida de la tierrra; es inconciliable con el empleo de grandes capitales y los progresos de la ciencia; tiende á sustituir los sembrados á las praderas, el cultivo del grano,

que mata el suelo, á la educacion de las bestias que lo vivifican; la azada que gasta las fuerzas del hombre, al arado que las ahorra; divide los propietarios entre sí: un límite que se traspase, una estaca de demarcacion que se quite; un surco que forme ángulo muy pronunciado; un contorno hollado por los caballos ó bueyes del confinante; el órden de riego que sufra la menor alteracion, cualquier motivo basta á producir querellas sin cuento, y procesos interminables. Ademas el pequeño cultivo, mostrándonos la mayor parte de las propiedades, divididas y separadas por largas distancias, ocasiona gran pérdida de fuerzas y de tiempo. Suponed tambien que vuestra herencia se halle enclavada en las tierras estrañas, cultivadas rutinariamente; es claro que si no quieren sus dueños usar nuevos métodos, teneis que someteros á su voluntad, á menos de hollar sus suelos sementados y de pagar gruesas indemnizaciones que no compensarian las ventajas de vuestro cultivo. Ademas, si no pudiendo por vuestra escasez de recursos, procuraros el medio de producir lo mas posible y al mejor precio posible, os hallais al frente de una propiedad grande, sois irremisiblemente sacrificado por la concurrencia. La prueba mayor de que el pequeño cultivo tiende á la ruina del propietario, es que la cifra de las hipotecas en Francia se eleva, segun unos, á quince mil millones de francos; segun otros á trece mil; segun los

mas á quince mil; lo que quiere decir que los verdaderos propietarios territoriales no son los á quienes de derecho pertenecen los terrenos. Porque admitamos la tasa legal á cinco por ciento, es un impuesto de 750 millones que la agricultura paga al capital, despues de haber pagado una gran parte de la contribucion que los nuevos barones imponen al pais, á título de interés de la deuda nacional. Suponiendo que los notarios se contentan con un uno por ciento por via de honorarios sobre todas las obligaciones hipotecarias que intervienen; suponiendo que todas las obligaciones hipotecarias que intervienen no se renueven sino cada cinco años; quince mil millones de hipotecas nos darán cada año por tres mil millones de títulos hipotecarios que renovar, la quinta parte. Que de esta cifra de tres mil millones, cobre el notario uno por ciento por el recibo, uno por ciento por la nueva acta, es decir, dos por ciento; dos por ciento sobre tres mil millones, son sesenta millones por año. Unido á esto los dos mil millones que se pagan á la usura; los mil por via de prima á los grandes industriales, y los millones que absorven la inundacion, el granizo, el incendio etc., etc., se llegará á formar idea del estado de la agricultura, y de la debilidad inherente á ese gran fraccionamiento de la propiedad, á ese cultivo miserable é impotente que tiene que luchar con toda la fuerza del monopolio y la usura, has-

ta que estos realicen la espropiacion en masa.

De la gran lucha, pues, entre la usura y el código civil, resultará la muerte de la agricultura. La cantidad de subsistencias crece mucho menos que la poblacion. Una parte del pueblo, como dice un economista moderno, obtiene á duras penas su alimento; otra parte del pueblo pasa del alimento de la carne, al del grano; despues, del alimento del grano al de las patatas; y la sociedad camina hácia el reinado de esta plaga, resumen de todas las demas, el hambre!

Por lo dicho comprenderá Mr. Thiers que si el cultivo individual tiene algunas ventajas sobre la mano muerta, no por eso carece de gravísimos inconvenientes, que se oponen al desenvolvimiento posible de la riqueza.

Ahora bien; yo pequeño propietario, abrumado por los grandes gastos que me origina la esplotacion individual de mis terrenos; imposibilitado para aprovecharme de los progresos de la ciencia, sometido por la voluntad de mis vecinos á la rutina, sin hacer producir á mis tierras mas que el 2 ó 2 y 1|2 por 100 cuando acaso podria combinar el modo de que me rindiesen 6, tal vez 8 por 100 devorado por el fisco y por la usura, y con tantas y tan graves dificultades para vivir con alguna comodidad, me hago esta reflexion:

«Doscientos somos los propietarios de esta

aldea. Cada uno de los doscientos gastamos en material y en personal para el cultivo de nuestras tierras, sumas crecidas que, sin embargo, no evitan que vivamos en contínua lucha, y todos en una condicion precaria. Vastos terrenos quedan con frecuencia eriales, por falta de recursos para esplotarlos, lo que hiere mortalmente la produccion, en perjuicio general. Cada uno se ve precisado á comprar los mismos instrumentos que los demás; es decir, la aldea necesita doscientas yuntas, doscientos arados, doscientes trillos, doscientos carros; necesita doscientas cuadras para los animales, doscientas bodegas, doscientos graneros, doscientos corrales: En una palabra, necesita gastar *doscientas veces* en un objeto por lo general *malo*, pudiendo acaso gastar en ese objeto *bueno, una sola vez*. ¿Por qué, pues, no podriamos un dia reunirnos todos los propietarios y movidos por un mismo interés decir:

«Se trata de aprovechar todos nuestros esfuerzos, que aislados son impotentes. Se trata de dar un gran paso en la senda de la agricultura, en que estan directamente vinculados nuestros intereses. *La union hace la fuerza*, segun un antiguo adagio, y segun lo demuestra la esperiencia. La union constituye el poder de los capitales; á la union de los intereses y de las fuerzas se deben las grandes empresas del siglo, los beneficios mayores. Cuando dos em-

presas rivales se funden en una sola por un tratado de sociedad; cuando capitales que se combaten, se reunen en una gran compañía accionaria, son intereses hostiles que firman un tratado de paz y se desarrollan desde luego en plena conciliacion convergente, en plena unidad de accion. Antes se dañaban recíprocamente, se arruinaban en su impotencia individual; ahora se ayudan, se robustecen y prosperan; y esto sin mas diferencia que la de haber llegado á entenderse y armonizar sus esfuerzos. Por qué, pues, esta gran ventaja ha de quedar limitada á los capitales muebles? por qué no pedir á este principio de acuerdo, de union, de armonía, el acuerdo, la union y la armonía de los capitales inmuebles, y lo que es mas, del capital y del trabajo? Por qué no buscar y determinar las condiciones prácticas del contrato de union del capital y del trabajo en el vasto taller de la produccion? Cuántas economías positivas y negativas resultarian, no solo en nuestra aldea, sino en todo el dominio del trabajo, de una acertada combinacion de los elementos generadores de la riqueza, de un armonioso enlace de las facultades productivas? ¿No se concibe, siquiera sea de un modo vago, lo mucho que ganariamos, volviendo á concretarme á los propietarios de esta aldea, si lográsemos descubrir un procedimiento sencillo y productor, por medio del cual en vez de doscientos malos grane-

ros, tuviéramos uno grande, hermoso, colocado á una esposicion conveniente; en vez de doscientos corrales tuviéramos uno capaz; en vez de doscientos malos arados, el mas ventajoso método que la ciencia descubriera, y llevando mas adelante la reforma, en vez de doscientas malas casas, que tanto absorben en su construccion y reparacion contínua, un gran edificio unitario cuyas formas correspondiesen á todas las necesidades de la poblacion y del desarrollo social? Y una vez asociado el trabajo al capital; una vez interesado directamente el cultivador en el aumento y mejora de la produccion, no se concibe del mismo modo cómo la actividad individual desplegaria todo su vigor? ¿cómo siendo uno mismo el interés de todos, el aumento de riqueza, y cómo estando en su centro todas las aptitudes, se conseguia introducir la verdadera concordia fraternal entre todos los asociados é imprimir al gran movimiento de creacion, la armonía, la unidad de objeto, de accion y direccion, condiciones primarias de toda economía, de toda regularidad?.. Es, pues, preciso que empecemos á pensar, que salgamos de este estado de apatía é inmobilidad en que permanecemos, contentándonos con deplorar individualmente nuestros males en el hogar doméstico. Nos arruinamos á poco que nos descuidemos; lo que nos ha costado muchos años de trabajo y de fatigas, está cada dia

mas espuesto á pasar á manos del fisco y de la usura. Tratemos, pues, de imprimir á nuestros intereses un movimiento salvador y progresivo; busquemos el modo de aumentar nuestros productos disminuyendo los gastos; la esplotacion individual de pequeñas porciones de terreno emplea cien brazos por uno y produce cuatro veces menos gastando ocho veces mas. Corrijamos, asi, pronto vicio tan capital,»

Hé aqui el socialismo, Mr. Thiers; el socialismo en embrion, sin ciencia, pero con aspiraciones. Todo propietario es ó debe ser por instinto socialista, aunque no acepte este nombre. Porque el socialismo formulado por los grandes filósofos contemporáneos, no es otra cosa que *la determinacion de las condiciones de ese pacto social que el propietario concibe de una manera vaga, inspirado por su malestar creciente.*

Ahora bien; aparece en esta concepcion, en esta tendencia reparadora y fecunda algo que se parezca á la mano muerta?

Veamos:

Cuáles son las ventajas de las grandes propiedades territoriales?

Hacer posible y fácil la simplificacion de las ruedas, la aplicacion de la ciencia y de los grandes capitales, y por tanto una notable economía.

Cuáles sus vicios?

Retraer de la produccion la actividad individual.

Cuáles son las ventajas del cultivo fraccionado?

Interesar en esa produccion un mayor número de brazos; acercando á la propiedad al mero asalariado.

Cuáles sus vicios?

Debilitar esta propiedad hasta el punto de ser arruinada por la accion del capital mueble.

Pues entonces conservemos, desarrollemos mas y mas los estímulos de la actividad individual, interesándola cuanto sea posible en el éxito de la propiedad, en el aumento de produccion, y, por medio del cultivo en grande escala, respondamos á la apremiante necesidad de economías, porque él solo puede satisfacerla. Conciliemos la ventaja del pequeño cultivo con las ventajas del grande, y corrijamos los vicios que ambos producen en su esclusivismo.

Hé aquí una nueva fórmula en que no ha pensado Mr. Thiers, y que, sin restaurar la mano muerta ni atentar contra la actividad productora, por el contrario, desarrollándola hasta lo infinito, es la mas ajustada á las necesidades agrícolas de casi todas las naciones, al pensamiento de progreso, y á las exigencias del capital y del trabajo. Luego la daré á conocer en sus detalles.

Pasemos á otro punto.

Despues de combatir minuciosamente el fantasma de la mano muerta, Mr. Thiers parece haber tomado la pluma de un socialista para probar que no debemos apurarnos por mucho que se estienda la propiedad, pues que la milésima parte del globo está por cultivar.

«Ah!-esclama,-ya que nos hallamos en el mundo quimérico, en pos de utopias contemporáneas, dejadme decir á cuantos puedan estar inquietos sobre el dia mas ó menos próximo en que la tierra invadida no dará ya sitio para nuevos agricultores, dejadme decir que la especie humana, portándose en el planeta que habita como los griegos en el Archipiélago, los romanos en el Mediterráneo, la especie humana acabará helada ó rota, no habiendo cultivado mas que la menor parte del globo, y tambien ella abandonará el fruto despues de haberlo tocado apenas.»

Advertencia: con lo primero no pueden menos, como he indicado, de estar de acuerdo los socialistas; porque saben tambien que las dos Américas desde el polo Norte al polo Sur; la India desde el Himalaya al cabo Comorin; la China desde la inmensa muralla al canal de Formosa; el Africa desde el Atlas á las montañas de la Tabla; Madagascar, la Australia, la Nueva-Zelandia, la Nueva-Guinea, las Molucas, las Filipinas, etc. etc., estan casi por habitar. Pero en lo que no pueden convenir es en eso de que el Criador haya formado nuestro globo sin ob-

jeto alguno, y por el solo gusto de verlo un dia cualquiera rodar en desconcierto por los espacios del infinito. Con esto, digo, no pueden estar conformes los socialistas: y en lo que toca á puntos tan superiores dispénseme Mr. Thiers que le diga tiene las ideas muy desarregladas, manifiesta haber estudiado bastante á la ligera las ramas del movimiento universal, la ley ascensional de todas las vidas, y el desarrollo de la especie humana sobre su jóven planeta. Porque en este caso sabria, sin necesidad de que el Evangelio se lo dijera, que el hombre está llamado á *habitar toda la tierra y someterla*; *á estenderse y multiplicarse*; á esplotar todos los tesoros que Dios ha puesto á su disposicion sin hallar dificultades; pues imaginando como decis á las pocas líneas: «*que llegue el dia en que todas las partes del globo estuvieran habitadas, el hombre obtendria de igual cantidad de superficie, diez, ciento, mil veces mas de lo que en el dia coje.*» Porque «*¿de qué se puede en efecto, desesperar, cuando se le ve crear tierra vegetal sobre los arenales de Holanda? Si se viese reducido á faltarle espacio, las arenas de los desiertos de Sahara, Arabia y Cobi llegarian á tener la fecundidad que en todas partes le sigue. Arreglaria terraplenes en los flancos del Atlas y del Himalaya, de las cordilleras, y veriais llegar el cultivo hasta las cúspides mas elevadas del globo y no detenerse sino en las alturas donde cesa toda vegetacion.*»

Esto es lo mismo que creen los *nuevos bárbaros* sin mas diferencia que la de haber deducido de la historia, de la unidad del universo, y del aumento progresivo é incesante de la poblacion; que la humanidad está llamada por su destino á tomar posesion absoluta de todos sus dominios, á investirse de todo su poder.

Nunca se les ha pasado por la mente la idea de que, faltando á la ley de su desarrollo, violentando el órden natural de los elementos universales, la raza humana acabe helada ó rota el dia menos pensado; porque este principio corresponde á la doctrina del *acaso*, y la doctrina del acaso no reconoce como Mr. Thiers *la unidad de las leyes divinas*.

Pero este punto es muy abstracto, y el temor de hacerme enojoso me retrae de consagrarle las páginas que requiere. Limitémonos á lo mas esencial de la cuestion, y dirijamos á Mr. Thiers una pregunta parecida á la de la mano muerta. ¿Quiénes son los *utopistas* que se inquietan con la idea de que el globo sea invadido por la propiedad? Ninguno: porque ninguno ha dado ese caracter á sus argumentos; lejos de eso, el completo abandono actual del globo forma el objeto de sus mayores esperanzas, el fundamento de casi todas las especulaciones del genio moderno. Lo que quieren significar cuando dicen que *todos los asientos estan tomados*, es que donde el civilizado nace no puede sembrar la tierra por su

propia cuenta; coger los frutos que la mano de Dios ha hecho madurar, durante el tránsito del hombre por este mundo; entregarse á la caza ó á la pesca, reducidas á privilegio; beber agua de una fuente enclavada en un campo; pedir limosna, porque hay leyes contra la mendicidad; dormir sobre el empedrado de las calles, porque tambien hay leyes contra la vagancia; huir de la patria homicida en busca de medios de vivir, porque no es permitido cambiar de lugares sino con ciertas fórmulas y condiciones, que el pobre no puede llenar etc., etc. Esto es lo que quieren significar los reformadores al hablar de la estension de la propiedad, añadiendo que es preciso modificar un tanto las influencias de que se ve rodeado el infeliz que no tiene mas que sus brazos.—Que trabaje, direis.—No hay inconveniente, replicará el proletario: Aqui teneis mis brazos, mi inteligencia, mi fuerza, mi robustez, mi juventud...todo os lo doy si vos me dais en cambio un pedazo de pan, si quereis sostener mi vida!..—Ahora no tengo trabajo.—Entonces!..—Pero el globo está desierto casi en su totalidad. En todas partes se ofrecen tierras á los hombres: la Rusia las ofrece en las orillas del Borystenes, del Don y del Volga; la América en las orillas del Misisipi, del Orenoco y de las Amazonas; la Francia en las costas de Africa. Teneis, en fin, vastos arenales que no esperan mas que la mano del hombre.—¿Nada mas que

la mano? Porque entonces iré aunque sea descalzo y hambriento á trabajarlos por vivir, por habitar en este mundo á que Dios me ha enviado, sin duda para disfrutar de las maravillas de la naturaleza, al solo precio del trabajo.—Algo mas se necesitará, pero....—¿Pero si no tengo lo que se necesite?—En ese caso... ¿qué quereis que yo haga? robad, matad, alzad barricadas... mas ved que hay leyes severas que condenan á la muerte al criminal.—Venga, pues, venga cien veces esa muerte antes de ver semanas, meses enteros desfallecer de hambre á los hijos de mis entrañas, á mi querida esposa!!!—Y roba y mata y construye barricadas.

Esto es lo que sucede al esclavo moderno; esto es lo que dicen los reformadores, y esto lo que no quiere comprender el historiador del imperio.

Sigamos:

«Mientras que por la baja sucesiva del interés, hijo de la abundancia creciente de las cosas, los capitales muebles son todos los dias mas accesibles al trabajo (no sin embargo hasta darse por nada), se esperimenta respecto de las tierras un fenómeno exactamente igual. La parte reservada al cultivador va en contínuo aumento, siendo asi que la reservada al propietario disminuye; esto por una razon muy natural, y es que la superficie de la tierra, siendo mucho menor que los capitales acumulados en ella, dismi-

nuye su alquiler á medida que los capitales mismos producen menor interés.»

No ignoro, Mr. Thies, que tiene lugar ese fenómeno, ¿pero dónde? ya lo decís: donde abundan los capitales. ¿Y dónde abundan los capitales, donde son mas que la superficie esplotable? En las cercanías de los grandes centros de poblacion, no en otra parte. Porque si citais algunas provincias en que rentando la tierra mucho menos, gane el trabajador mucho mas, es justamente porque en ella valdrán mas caras las subsistencias, pues los valores tienden á nivelarse. La regla general es que allí donde hay mas produccion, mas fatal es la suerte del productor, lo que forma un contrasentido deplorable.

«El capital inmueble ha seguido por consiguiente el mismo destino del capital mueble, y la condicion del hombre que no tiene mas que sus brazos, ha mejorado en vez de empeorar.»

Que Mr. Thiers diga que el propietario va perdiendo mucho terreno, nada tengo que objetar; lo sé; y tanto lo sé, como que por eso lo creo mas interesado que nadie en la reforma. Ahora, respecto de que el hombre que tiene solo sus brazos haya ganado, creo que me bastará citar estas líneas de un célebre economista moderno, paisano de Mr. Thiers:

«No perdamos de vista esta verdad muy desdeñada, que el trabajador agrícola, por sufrir

su miseria con mas resignacion que el industrial de las ciudades, no por eso está menos condenado á terribles privaciones. Los diarios de los ministros perezosos que nada quieren hacer por aliviar esta miseria, tienen sin duda interés en negarla; pero no por eso existe menos; es tambien como el sol, que obliga á verla á cuantos tienen ojos.

«La condicion del cultivador francés es la del cultivador de todos los paises en que el capital reina sin remora, y donde ha penetrado el fraccionamiento de los terrenos. La miseria está en razon directa del progreso de esta subdivision. Es mas espantosa en Irlanda que en Francia, porque en Irlanda la concurrencia de los trabajadores se disputa cada vara de terreno á las pujas del hambre (aux enchéres de la faim) y la poblacion está mas condensada todavía que en Francia. La última publicacion del catastro nos muestra que la superficie del territorio francés, que es de 52 millones de hectaras (1), está dividida en 11 millones de partijas, de las cuales cinco millones han costado muy pocos francos. Este desmembramiento desenfrenado escluye todo mejora agrícola, porque obliga á la agricultura á retrogradar del arado á la azada; suprime igualmente el trabajo de la bestia de carga, para hacerlo recaer sobre el hombre. He

(1) Cada hectara consta de unos 100 metros.

visto un dia en el llano de Clamart, en compañía de un grave funcionario, una pobre niña de 15 años uncida por el cuello á un rastrillo y trabajando su campo. El honorable funcionario, cuyas hijas jamás han estado uncidas al rastrillo, encontró muy disolventes y revolucionarias las palabras de indignacion que la vista de este espectáculo me arrancára Era un discurso muy revolucionario, en efecto: decia que las niñas no podian haber sido destinadas por Dios á suplir á las bestias de carga, y que su delicado cuello no habia sido hecho para llevar la argolla.»

«En Francia LAS TRES CUARTAS PARTES DE LOS CULTIVADORES DEL SUELO no pueden hacer uso frecuente del vino, del pan de trigo, ni de carne del matadero. El alimento del pueblo de los campos se compone, segun las zonas, de pan negro, de galleta de un trigo muy malo de Africa, ó de maiz; de castañas y queso blanco. Hé aquí la situacion agrícola; se ve que hay campo para las mejoras.»

Y si añadimos lo malo del vestido y lo inmundo y caro de su alojamiento; que cada diez años, segun un sabio estadista, Mr. Rubichon, el número de consumidores aumenta un seis por ciento mientras que los objetos de consumo, particularmente en carne, disminuyen ocho por ciento, formaremos idea clara del presente y porvenir del cultivador. No se canse, pues, Mr. Thiers

en citarnos algunos casos particulares que confirman la regla general.

Todo el resto del capítulo lo dedica á tres cosas:

Primera. A deducir que la supuesta invasion del mundo se reduce á haberlo hecho mas habitable, productivo y *accesible* á las necesidades *de los que vayan llegando.*

(A esto nada tengo que decir sino que es una *accesibilidad* bastante *inaccesible*, si bien conviene en ello tácitamente al limitarla *á los que vayan llegando*).

Segunda. A sacar la consecuencia de que si no se pudo conceder legítimamente la tierra á los individuos para establecerse en ella, tampoco se pudo conceder á las naciones; lo que cree un absurdo.

Y tercera. A probar que si las naciones se han apropiado la tierra, al hacerlo han pagado el tributo de la civilizacion, pues que á existir la propiedad mueble sin inmueble, jamás el mundo hubiera salido de la barbarie.

RESUMEN DEL LIBRO PRIMERO.

Dejando de señalar los varios descuidos ó contradicciones en que Mr. Thiers incurre, me limitaré á reducir á su valor real y efectivo los principios que culminan en la historia de la propiedad. Ellos son el fundamento de toda la doctrina social de aquel personaje, y como tales, muy dignos de ser presentados en globo. Asi podremos medir mejor la distancia que hay de *Mr. Thiers* al socialismo.

Los socialistas creen que se deben estudiar los derechos del hombre en la misma naturaleza humana. ¿Se equivocan, Mr. Thiers? Sí, ó no.

Mr. Thiers.—No; «la exacta observacion de la naturaleza humana, es el método que conviene seguir para demostrar los derechos del hombre en sociedad.» (Cap. 2.°)

En esto, pues, sois tambien socialista.

Creen ademas que las necesidades fundamentales de nuestro ser, constituyen esos derechos. ¿Hay en ello exageracion?

Mr. Thiers.—No; «porque veo que el hombre tiene tal facultad, *tal necesidad de ejercerla*, y digo: *es preciso dar los medios de ejercerla*. Y como la lengua humana revela en sus infinitos matices, los matices infinitos de las cosas, cuando se trata de un cuerpo grave, digo que tiende á gravitar, porque es impulsado á ello. Si hablo del perro, digo: no lo maltrateis, porque siente vuestros malos tratamientos, y su noble naturaleza no los ha merecido. Al llegar al hombre, mi igual ante Dios, digo: «tiene DERECHO;» y su ley toma este nombre sublime.» (Cap. 2.°)

En esto, pues, sois tambien socialista.

Creen ademas que el hombre está llamado á ejercer todas sus facultades, á desarrollar todas sus fuerzas. ¿Debe ser asi, Mr. Thiers?

Mr. Thiers.—Sí; «el hombre posee sus facultades para servirse de ellas; no para jugar con ellas, como el pájaro juega con sus alas, con su pico ó con su voz.» (Cap. 4.°)

En esto, pues, sois tambien socialista.

Creen ademas que no sirviéndose de ellas se degrada y envilece. ¿Es esto cierto?

Mr. Thiers.—Sí; porque, por ejemplo, «reconozco en él esa sublime inteligencia, que se desarrolla ejerciéndola; y veo que impidiéndole

su ejercicio, se la hago perder, le *envilezco*, lo hago desgraciado.» (Cap. 2.°)

En esto, pues, sois tambien socialista.

Creen que en hecho de propiedad la que consiste en nuestros brazos, en nuestro talento, etc., es la mas sagrada y debe la sociedad respetarla, garantirla. ¿Puede darse á nuestras facultades el caracter de tal propiedad?

Mr. Thiers.—Sí; «el hombre tiene en sus facultades personales la primera propiedad que es origen de todas las demas. (Cap. 4.°)

En esto, pues, sois tambien socialista.

Creen ademas que es injusto que la mayoría de los hombres carezca de las dulzuras de la propiedad; que no se pueda decir con satisfaccion y como resultado de un trabajo de toda la vida, «ved esta casa es mia, ó tengo derecho sobre ella; este árbol que he plantado con mis manos, tambien es mio; el campo que he enriquecido me pertenece; los tisús que he fabricado, disfruto una parte de ellos, etc. ¿Pensais vos del mismo modo? ¿Creeis tambien que todo hombre debe gozar las ventajas de la propiedad?

Mr. Thiers.—Sí; porque «la propiedad es una ley del hombre que ha sido creado para la propiedad, y es una ley de su *especie*. Y no basta decir que es una ley de su especie, sino *de todas las especies vivientes*.» (Cap. 3.°)

En esto, pues, sois tambien socialista.

Creen ademas que aunque el hombre nazca en humildes condiciones, si la sociedad le permite servirse de sus dotes naturales, desarrollándolas, debe poder llegar por medio del trabajo, á mejorar de situacion. ¿Será esto justo, necesario?

Mr. Thiers.—Sí; «es preciso que el hombre, trabajando, tenga la facultad, no solo de mejorar de situacion, sino de llegar á ser *rico*, para tener objeto en sus esfuerzos, y que al propio tiempo, al acumular su fortuna, cree á los hijos medios de cultivar su espíritu.» (Cap. 11.)

En esto, pues, sois tambien socialista.

Creen ademas que todo trabajo que no conduzca á la propiedad es *opresivo*, *é ilegítima* toda propiedad que no descienda del trabajo. ¿Se equivocan?

Mr. Thiers.—No; porque «el trabajo es el verdadero fundamento del derecho de propiedad.» (Cap. 12.)

En esto, pues, sois tambien socialista.

Creen ademas que el hombre debe trabajar para sí, no para otro; que los frutos producidos con el sudor de su frente, no es justo pasen á manos de un usurero, ó especulador parásito. ¿Qué os parece?

Mr. Thiers.—Que «el hombre nada tiene al nacer, pero está dotado de facultades diversas y poderosas, cuya aplicacion puede proporcionarle cuanto le falta: que le es fuerza emplearlas; pero

cuando lo hace es de evidente equidad que el resultado de su trabajo le sea provechoso *á él*, no *á otro*, y que este resultado forme *su propiedad*, y su propiedad *esclusiva*.» (Cap. 11.)

En esto, pues, sois tambien socialista.

Creen ademas que la sociedad actual no ocurre á ninguna de estas necesidades; que en las naciones mas cultas se esperimenta mas miseria. ¿Exageran algo en esto? ¿Se imaginan fantasmas?

Mr. Thiers.—No; porque «solo en Francia hay seis millones de séres humanos que apenas tienen lo preciso.» (Cap. 11.)

En esto, pues, sois tambien socialista.

Creen ademas que la reforma debe hacerse respetando todos los intereses creados, sin menoscabar ninguno: que *toda* la propiedad realizada se debe consagrar. ¿Qué opinais sobre esto?

Mr. Thiers.-Que «se deben hacer mejores leyes, *mas rigorosas*, combinadas de modo que con su ayuda sea fácil averiguar la procedencia de las diferentes propiedades; de las que desde SU ORIGEN nacieron del trabajo, ó de las debidas EN SU PRINCIPIO á la usurpacion.» (Cap. 13.)

En esto, pues, sois ya mas que socialista, sois *anarquista*.

Creen ademas que el pobre no está por siempre condenado á ser pobre, y prometen realizar lo contrario. Pero ¡vana promesa! ¿No es verdad?

Mr. Thiers.—«No tan vana, á juzgar por lo

pasado. Hará tres ó cuatro siglos que los reyes tenian paja por alfombra, y hoy el comerciante mas modesto anda en lo interior de su casa sobre tejidos de lana, campo de imitadas flores. (Cap. 11.)

En esto, pues, sois tambien socialista.

Creen ademas que el hombre es el rey de su planeta, que puede el dia que quiera llevar la vida y la vejetacion hasta donde le plazca, venciendo con facilidad todas las resistencias. Esto es una utopia, ¿no es verdad?

Mr. Thiers.—No; «si el hombre se viese reducido á faltarle espacio, las arenas de los desiertos de Sahara, Arabia y Cobí llegarian á tener la fecundidad que en todas partes le sigue. Arreglaria terraplenes en los flancos del Atlas y del Himalaya, de las Cordilleras, y veriais llegar el cultivo hasta las cúspides mas elevadas del globo y no detenerse sino en las alturas donde cesa toda vejetacion.» (Cap. 14.)

Entonces pensais en todo como los socialistas, porque los socialistas hace 40 años que no predican mas que estos principios y sus consiguientes desarrollos. Solo en una cosa disentís; en lo que toca á la propiedad creada. Ellos son de parecer que se respete como medida de órden y progreso, y vos pretendeis *examinar de cerca sus títulos*, hacer leyes rigorosas para averiguar su procedencia, envolverla en un proceso terrible. ¡Quién diria! ¡El defensor acérrimo de la pro-

piedad armarle tal celada! ¿Qué decis á esto, Mr. Proudhom? Estareis muy satisfecho del nuevo prosélito? No es para menos. Pero teneis la desgracia de que unos mismos principios son en vuestra boca *blasfemias*, *anarquía*; y en la de Mr. Thiers *órden* y *religion*. ¡Cosas del mundo!

Otra diferencia separa á Mr. Thiers de los socialistas y es la capital. La de que estos creen la sociedad atacada de una miseria y un malestar espantosos, y aquel «*una flor que estendiéndose y ensanchándose con el sol y con el rocío atrae de todas partes encantadas miradas que la contemplan.*» Quiere decir que apenas Mr. Thiers se convenza de lo primero se alistará resueltamente bajo el pendon de los *nuevos bárbaros*. Y no debe estar muy lejos de eso, porque ya confiesa que solo en Francia hay seis millones de personas en la mas degradante miseria, y esto, es bien poco por cierto lo que tiene de *hermosa flor etc.*

De todo el primer libro, pues, *De la Propiedad*, no puede deducirse otra cosa sino que Mr. Thiers es *socialista* en teoría y ciego *optimista* en la práctica. O puede no estar conforme con los medios que el socialismo propone. Mas adelante lo veremos. Por ahora me limitaré á hacer esta pregunta á la conciencia pública.

Si un dia, que Dios no lo permita! apareciese una turba de obreros despechados al pie de una barricada proclamando estos principios:

«*La primera propiedad es la de nuestros brazos*

y todas nuestras facultades personales; pedimos para ellas garantías.

El trabajo es el verdadero orígen de la propiedad, y debe conducir á la riqueza; nosotros que pasamos toda la vida trabajando pedimos salir de la miseria y llegar á la propiedad para educar á nuestros hijos.

Ademas que la propiedad es una ley del hombre, que ha sido creado para la propiedad y esta es una ley de su especie, no de ciertos miembros de la especie.

Queremos que nadie monopolice el fruto de nuestro sudor; el hombre debe trabajar para sí, no para otro.

No siempre hemos de ser pobres.

Progreso relativo para todos.

O haremos leyes severas para averiguar la procedencia de las diferentes propiedades.

Si un dia, repito, apareciese esta bandera ondeando sobre una barricada, ¿qué se diria? ¿Qué diria el *Diario de los Debates*, qué nuestro famoso *Heraldo*? ¡Pronto usarian sus palabras favoritas de *asesinos, descamisados, perdidos, nuevos vándalos, etc., etc., etc., etc.*, y sin embargo, como veis, es nada menos que Mr. Thiers quien les dicta ese programa!.. ¡Oh fuerza de la verdad! ¡Confusiones del error!.. Falsea la vieja ciencia, falsea.....

LIBRO SEGUNDO.

DEL SECRETO DE LA ÉPOCA.—EL COMUNISMO.

Al examen esclusivo del Comunismo en su principio general, dedica Mr. Thiers el libro segundo; yo tambien lo seguiré gustoso á ese terreno. Pero séame permitido cumplir antes una palabra empeñada, y hacer algunas revelaciones.

En efecto; he dejado aplazada la cuestion de la conveniencia ó desconveniencia de que *las vastas empresas se dividan en partes pequeñas llamadas acciones*; de la necesidad ó no necesidad que los gobiernos tienen *de crear grandes empréstitos; de los grandes banqueros que contribuyen á fundar el crédito de un Estado, etc., etc.*, he dejado, repito, aplazada esta cuestion, y creo lle-

gada la hora de tratarla, si no con toda la estension que merece, al menos con la suficiente para que el lector pueda comprender algo de los fenómenos sociales de su tiempo. Es verdad que habré de rozarme con grandes intereses, que herir muchas susceptibilidades; pero... cómo ha de ser! Desde el momento en que he puesto mi humilde pluma al servicio de la sociedad, he contraido el deber de emitir mis opiniones con entera independencia. Lo que en todo caso haré, en prueba de mi buen deseo, será separarme un poco de todos aquellos que me rodean y pudieran darse por aludidos. Asi como asi, Mr. Thiers es francés; se refiere á Francia en la mayor parte de su obra; Francia es el pueblo iniciador por escelencia, y donde debe estudiarse la índole de la sociedad moderna; en Francia está cerrada la tumba del pasado, y abierta la del presente; porque en Francia se organiza el porvenir. Vámonos, pues, á Francia; ¿qué nos cuesta? Parezcámonos á esos cómicos ambulantes que van á donde los llaman y en cualquiera parte colocan su sencilla maquinaria. Pasemos los Pirineos y abramos tambien la escena en medio de esos *locos* que se han empeñado en trastornar el mundo. De este modo, repito, no turbaremos la susceptibilidad de nuestros M... y R... de nuestros S... y C... etc., etc., y el lector podrá, en su buen sentido, hacer las aplicaciones que tenga por conveniente.

Vamos al caso:

Dificilmente habrá una persona que no haya notado, por someramente que observe el movimiento de las ideas é intereses, cierto desasosiego general, cierta inquietud, inherente á la sociedad contemporánea, cierto disgusto individual y colectivo á la vez. Hecha abstraccion de ese pequeño número de hombres que saborea muellemente los placeres de la civilizacion, que brilla en medio de la general miseria, en vano buscaremos un individuo, una familia, una clase, que no sienta constantemente el aguijon de las privaciones, que no viva agitada por la idea del mañana, que no lleve en su corazon escrita una protesta secreta, pero solemne, contra esta organizacion fluctuante que algunos en su optimismo han llegado á llamar *perfectibilidad.*

Ademas, todas las sociedades que nos han precedido, se distinguen de la nuestra por cierta estabilidad, por cierto círculo determinado y tranquilo que se trazaba al hombre desde su advenimiento al mundo, y del que rara vez esforzábase en salir. Yo no diré si esto era bueno ó era malo, si era mejor ó peor que lo presente; solo digo que sucedia. Tambien esas mismas sociedades predecesoras, tenian instituciones de carácter, una fisonomía particular y muy marcada que todos conservamos perfectamente en la memoria. En efecto; vemos allá, al traves de los siglos, sociedades en que preponderaban estos

ó aquellos intereses, tales ó cuales sistemas, sentimientos de este ó del otro género; y aun viniendo á tiempos mas avanzados, vemos tambien predominando durante un largo período, ya el despotismo monárquico, ya el despotismo feudal, ya el teocrático... casi siempre, por desgracia, despotismos. Pero al fin, repito, estas mismas instituciones revelan una época, un siglo, una sociedad. ¿Y qué diremos de nuestros tiempos? ¿Cómo determinaremos la índole de esta sociedad de medias tintas, de esta nueva Babel? ¿Por qué signos podremos reconocerla?.. Hora es, pues, ya de ponerle una vez el sello para legarla con algun carácter á nuestros descendientes.

Atended:

Hace sobre 46 años que un hombre oscuro, pero de genio poderoso, viviendo en compañía de un negociante de Leon de Francia, anunció el destino que estaba reservado á la Europa de nuestros dias. ¡Destino, por Dios, fatal! Sin entregarse á las ilusiones reinantes del consulado, el ignorado mago predijo que habria nuevas hostilidades, guerras nuevas, en cuya comparacion las pasadas serian juegos inocentes de niños: que á consecuencia de esto, la Europa caeria bajo el imperio de una raza cien veces mas despótica que la raza feudal: que los pueblos, los tronos y go-

biernos, habian de verse duramente avasallados por ella sin que los gobiernos, los tronos ni los pueblos se avisasen del peligro.

Esto, repito auguró el bueno del profeta, y muy pronto vinieron en su apoyo los sucesos. El incendio realumbró, y sus estragos se estendieron y duraron lo bastante para que una nueva plaga israelita invadiera simultáneamente casi todos los Estados de Europa.

En efecto; á consecuencia de tantos ejércitos y millones como absorbieran las guerras del imperio, la mayoría de las naciones tuvo que recurrir á los empréstitos nacionales, y echarse en brazos de la anunciada raza. Aqui empieza la verdadera historia moderna, la historia de los grandes monopolios.

La era del nuevo poder, debe fijarse en 1815, aunque antes de esta época ya hiciera fracasar una coalicion de banqueros la empresa de Moscou.

Pero condenada la Francia á pagar, por la mala suerte de sus armas, una indemnizacion de 1,500 millones de francos, necesariamente y con mas motivo habia de ser presa de los tratantes cosmopolitas que se ligaron para esplotarla.

Asi sucedió.

Empezaron estos por organizarse en comité; comité que mas tarde se llamó el *consejo de los diez*, siendo terribles sus primeras operaciones,

pues consistieron en adjudicarse el monopolio presente y futuro de los empréstitos nacionales. Sin embargo, la opinion pública si no aplaudia esto en nombre de la bella teoría elaborada allende del Támesis, se mostraba indiferente; de todos modos la influencia banqueril ganaba cada dia mas terreno y tomaba nuevas posiciones para bloquear estratégicamente la sociedad.

La política interior de la Restauracion vino á apoyar sin pretenderlo, los proyectos de esplotacion y aun trató de fundar con sus autores una nueva aristocracia. Testigos la ley electoral de aquel tiempo y la famosa de aduanas de 1821-22. Por la primera se fijó el censo de elegibilidad en 1,000 francos, y aun se concedió á los electores que pagaban este censo, el derecho de votar *dos veces*. Por la segunda se prohibieron casi todas las provenencias del estrangero á fin de protejer la industria de los grandes propietarios territoriales, de los grandes ganaderos, fabricantes de hierro, altos manufactureros, hulleros; en fin, todos aquellos cuya industria exigia la posesion de vastos capitales, fueron llamados á gozar privilegios análogos. A este principio de proteccion de la industria *nacional* fueron por consiguiente sacrificadas las demas industrias que, aunque tambien eran *nacionales*, cometian el gran delito de ser egercidas por pequeños propietarios y pequeños industriales. Los vinos, las sedas etc., se hallaban en este

caso. El pueblo, al fin, se vió precisado á renunciar á la carne y otros artículos de primera necesidad cuyos precios violentaban á su antojo los dueños soberanos de todo el mercado interior. De esta manera fue poco á poco asentando su dominacion la falange de los escudos, y apoderándose de la accion del gobierno por medio de las cámaras y la prensa. En el mismo período de 1821-22 fue presentada otra ley, la ley sobre canales de que tanto se ha hablado, considerándola como ventajosa á los intereses del tesoro y por consiguiente del pueblo, y que, sin embargo, da á conocer bastante lo postrado que estaba ya el gobierno de la Restauracion por todos los que *agraciaba*, y el estravío de la opinion.

En efecto, todo ese famoso proyecto consistió en llamar el gobierno á los héroes del dinero y decirles:

«Necesito 128 millones para construir canales, tratad de procurármelos, que recompensaré generosamente vuestro servicio.»

«Desde luego os pagaré el interés á cinco y medio y á seis»

Ademas os reembolsaré en 45 años por medio de una prima de amortizacion ó *anualidad* de 1[2 por 100 sobre el capital de 128 millones; *una prima que será siempre la misma hasta el dia del completo reembolso*, si bien represen-

tará en el último año, un interés de 50 pór 100 del capital que quede por reintegrar. Todo esto, prima é interés, á 5 y 1|2 por 100 y á 6, calculado de modo que equivalga á un interés neto de 8 por 100.

» Os concederé ademas, á título de suplemento de amortizacion, el escedente de los productos de mis canales sobre el pago de la anualidad, si sucede alguna vez que estos productos me den un interés de mas de 8 por 100 de mi capital.»

«Me comprometo á entregaros los canales en época determinada; si no cumplo fielmente mi promesa, *os aumentaré en* 2 *por* 100 *el interés, por via de indemnizacion*, hasta que se verifique la entrega.»

«Y vosotros, capitalistas y especuladores, judios, holandeses, ginebreses, vosotros *sereis los dueños de fijar á vuestro placer, las tarifas de los derechos de navegacion sobre* MIS *canales*; y yo el Estado, yo el representante y defensor de los intereses generales del pais, yo no tendré este derecho, no podré alterar estas tarifas sin vuestro permiso.»

«No es esto todo; cuando os haya reintegrado de vuestros 128 millones, capital, interés, prima, sobre-prima; cuando hayais perdido todo derecho en el asunto... os daré el goce de la mitad de la renta de todos estos canales; de los unos, y los mejores, durante NOVENTA años; de los otros durante cuarenta.»

He sacado este dato de una obra que el célebre Toussenel publicó hace pocos años con el título de *Historia financiera*, y que recomiendo eficazmente á mis lectores, ya que no me sea posible ni aun estractar todos los datos y notables reflexiones que contiene.

Los judíos, pues, de la Restauracion, segun la frase del autor citado, que tenian el carácter *acomodaticio* como los de nuestra época, aceptaron con gusto la proposicion del gobierno; comenzaron tomando á 5 el dinero que prestaron á 8, por medio de la creacion de 128,000 acciones de 1000 francos, que representaban los 128 millones que se habia de procurar al Estado.

Consecuencias:

Todavía no se han concluido los canales.

Han costado 300 millones al Estado. Siguen siendo los banqueros dueños absolutos de las tarifas que se les fiára en prenda.

Los canales no han producido bien alguno á la industria nacional.

Por el contrario, muchas industrias han sido víctimas de este monopolio. Hoy la hulla de San Esteban no llega á París donde es reemplazada por la de Anzin y Mons. Los vinos, los frutos de Auvergne están ya igualmente privados de este recurso. Los productos metalúrgicos de Imphi no pueden servirse de los canales para ir á la capital. La real órden del 17 de abril de 1843

sobre las compañías accionarias de los canales, suprimió el comercio de la madera de construccion de la Alemania con el Este y el Mediodía de la Francia. La misma órden cerró tambien los mercados de Mulhuse y del Este á la hulla de San Esteban y de Saone-y-Loira. La mala fortuna que ha perseguido en estos últimos años á las minas de San Esteban, les habia poco tiempo antes suscitado la concurrencia de la hulla de Alesia (Alais), perteneciente á la casa Rothschild, para el abasto de los barcos de vapor de Marsella y de Tolon. El baron de Rothschild se hizo adjudicar un camino de hierro que conduce los productos de su establecimiento de Alais sobre el Ródano y sobre los puertos del Mediodia. Del mismo modo que las manufacturas del Este y el mercado de Paris han sido perdidos para las minas de San Esteban, las mas ricas de todas las de Francia, y que producen carbon de mejor calidad, asi tambien los vinos del Maconés y del Leonés han abandonado la via del canal del centro, propiedad del Estado, que conducia otras veces los vinos de la Saone al Loira, para tomar la via del canal de Borgoña. Los vinos de Borgoña, propiamente dicho, los vinos de la costa de Oro, que se esportan casi todos, siguen aun la antigua via.

En una palabra, la citada órden del 43 suprimió un comercio de grande utilidad entre la Alemania, Suiza y Francia; cerró el mer-

cado de Malusa á la hulla de Saone y Loira y de San Esteban, ya escluida del de Paris por la elevacion de las tarifas del canal de Loing, propiedad del dominio privado, y puesto á la mayoria de los departamentos, bajo la ley de un monopolio escandaloso.

Porque hay mas: Los portadores de las *acciones de goce*, que, en su mayor parte son capitalistas ginebreses, viendo que la renta de los canales no subia de dos millones por año (de francos) espantados de la perspectiva del porvenir, exigieron que el gobierno les comprára *inmediatamente* su derecho de futura participacion en los canales de 1821-22, derecho cuyo valor es del todo problemático, y cuyo ejercicio no empieza á correr sino en veintitantos años.

Modestas como siempre sus pretensiones, pidieron 40 millones por estos 168,000 pedazos de papel que, al curso actual de la bolsa, apenas valdrian la mitad, y es de advertir que este curso era sostenido por el agiotage.

Repelidas con pérdida en 1842, añade Toussenel, las compañías financieras, volvieron á la carga en 43, y para vencer la resistencia del gobierno, pusieron en juego su formidable derecho de modificar las tarifas.

Lo consiguieron.

Los ministros de aquella época, sintiéndose débiles para luchar con la terrible falange ginebresa, tuvieron valor para proponer á las

cámaras en 1843 la compra de las acciones de goce al precio impuesto de 40 millones. ¿Qué le hacia que el tesoro estuviese exhausto, qué tenia que ver la causa de los contribuyentes con la de los tratantes cosmopolitas...? Qué importaba que de nada sirvieran los 2,400 quilómetros de una navegacion artificial, que esta no pudiese aprovechar á mil industrias de importancia, y sí, por el contrario, matarlas, cuando se habia conseguido el principal objeto que era dar á los altos banqueros la direcion suprema de la navegacion interior del reino y del comercio de la Francia central, crear para estos señores una multitud de valores de Bolsa que se llaman *acciones* de tal ó cual canal, de tres canales, de cuatro canales, acciones cuyo valor es el que mas ha pesado siempre sobre las operaciones bursátiles? Qué importaba que el pueblo se privára de comer carne, etc., si el gobierno conseguia tener de su parte á los amos del pais, á los héroes de las elecciones, de la prensa y del parlamento, íntimamente ligados á sus hermanos de Holanda, de Ginebra y de la puritana Albion, cerberos del continente y del mar?...

Pero volvamos á la época de 22 y veremos los brios con que se desarrollan el poder de los escudos, la miseria pública, y la postracion de la autoridad.

He indicado antes que el gobierno de la res-

tauracion pretendia reconstituir una aristocracia y la ocasion no podia ser mas oportuna, para intentar la fusion de la nobleza de raza y la nobleza del dinero. El gobierno sabia perfectamente que el liberalismo se dejaria enriquecer sin mucha resistencia, y que los mas feroces puritanos del partido irian hasta tolerar que se les adjudicára una corona de baron ó de conde que poder lucir en sus mismas carretelas. En esto dió Mr. de Villele pruebas inequívocas de conocer el corazon de los enriquecidos, eminentemente accesible á la ambicion de los honores y de los títulos. Lo importante era halagar á los amigos del poder.

Con este objeto, segun el historiador de los banqueros, se prodigaban los favores del tesoro á las compañías financieras de los canales, ilustradas con los mas bellos nombres de la *financia*; se abandonaban al mismo tiempo los canales de San Quintin y San Martin etc., propiedad del Estado, á grandes especuladores que hicieron en pocos años una fortuna *decente*.

Entonces se hacia tambien á Mr. Ternaux baron como á Mr. de Rothschild y otros muchos.

Sin embargo; respecto de las cuestiones políticas, era mas difícil sacar partido de la financia liberal, que respecto de las cuestiones de aduanas ó canales. En aquellas temia comprometerse al frente del público; en estas, ya era otra cosa, y podia *humanizarse*, puesto que no

las comprendia el pueblo. Asi que, insistiendo la restauracion en sus planes contrarevolucionarios, y queriendo hacer marchar sus leyes financieras paralelamente con leyes políticas animadas de las mismas tendencias, hubo de hallar oposicion en el liberalismo, que en esta ocasion permaneció fiel al pueblo. El empréstito de 400 millones para la guerra de nuestro pais, guerra emprendida por el gobierno francés contra las libertades de una nacion constitucional, tampoco se votó por las cámaras sin una viva oposicion de parte de los liberales.

Asi siguieron las cosas hasta que los hombres del partido de la emigracion ó del antiguo régimen manifestaron de un modo exagerado sus pretensiones, momentáneamente refrenadas por la táctica del ministerio Martignac. La nobleza de raza que habia perdido en esta fase de vértigo, las lecciones y el ejemplo de Mr. de Villele cometió el craso hierro de calificar de *indignas* las caricias y mercedes que el gran ministro prodigára á los altos barones de la bolsa. ¡Bien caro le costó el error! Resentida la aristocracia bursátil en su orgullo y en sus intereses, juró no perdonársela. Porque ella hubiera aceptado la fusion, hubiera tolerado todas las infracciones de la Carta, á todo se hubiera acomodado, con todo hubiera transigido, con tal de ser llamada á gozar de los honores y carteras. Pero no tener con ella esa *consideracion*;

pretender restablecer antiguas diferencias... oh! fue un crímen de lesa-financia que merecia severo castigo.

Asi fue; una vez declarada la lucha entre los dos orgullos, la casa de los Borbones de la rama mayor vino á estrellarse contra la casa de los señores tales y tales, fabricantes de azúcar negra y otros, apoyados por los obreros que espulsaban de los talleres.

La revolucion de julio fue el triunfo completo del dinero; desde aquella fecha la feudalidad moderna se apoderó de todas las posiciones; la antigua feudalidad perdió sus últimos privilegios y sus últimas esperanzas; el trono, su prestigio y su iniciativa; el gobierno, su accion y su carácter; el pueblo productor, el vino, la carne etc.; la Francia sus tradiciones y su influencia esterior; las alianzas aduaneras sus ventajas; su sentido la virtud; las letras sus estímulos... todo se perdió desde el reinado fatal de los judíos! La revolucion de julio obligó á todas las potencias á armarse y recurrir de nuevo á los hijos de Israel. Cuando los empréstitos fueron contratados á 80, el *comité de los diez*, que se los habia adjudicado todos, decidió que no habria guerra, que no daria dinero á los que quisiesen guerrear. Entonces subieron los fondos hasta 120, y los beneficios realizados en algunos años, con frecuencia en algunos meses por los prestamistas ascendieron á cifras fabulosas. El

ministerio Laffite y el de 1.° de marzo, los dos peores ministerios del gobierno de julio, son tambien las dos épocas que los jugadores *comm'il faut* recuerdan con mas enternecimiento. En este tiempo se dieron, á lo que parece, admirables golpes de bolsa. La pesca de los escudos, añade Mr. de Toussenel, se parece bastante á la del pescado, que se hace mas fácil á *rio revuelto*.

Ninguna cuestion de importancia se ha resuelto durante el reinado de Luis Felipe que no haya sido de un modo opresor para el pueblo, y depresivo del carácter de la Francia; porque la política del dinero no transige con los sentimientos de gloria y nacionalidad, ni concibe que el pueblo tenga derecho á mejorar de condicion.

En efecto, la cuestion de los canales, la de azúcares y la de los caminos de hierro, son las tres grandes cuestiones que han preocupado en estos últimos tiempos á todos los hombres de Estado, á los mas célebres economistas, á las cámaras y á la prensa. Por sí solas han constituido los altos temas de economía política, y gastado todas las fuerzas intelectuales de la Francia. Parece ser, pues, que, por estas circunstancias, se ha debido resolverlas de un modo satisfactorio para los intereses públicos. ¿Pero y los banqueros? ¿y los tratantes de especies? ¿y los hijos de Ginebra, y los judios? ¿Acaso estos señores transigen con las soluciones científicas, con los buenos preceptos de economía social?

¿No habrán los escudos inclinado á favor suyo la balanza? ¿no habrán *humanizado* al tirano que de buena fé prentendiera resolver cualquiera de aquellas cuestiones?...

Vamos á verlo.

En el asunto de los canales ya hemos visto lo *nacional* de la política financiera. Veamos en las otras dos cuestiones.

Empecemos por la de azúcares.

La cuestion de azúcares es la mas sencilla de resolver; no se necesita para ello mas que un poco de buen sentido, y no hallarse contagiado por el espíritu banqueril.

La Francia estipuló un contrato con sus islas azucareras, contrato en que se dice que las colonias no podrán proveerse sino en los puertos de Francia, y por navíos franceses, de todos los productos naturales ó manufacturados que necesiten, y que en cambio la metrópoli comprará todos los artículos de sus colonias, azúcar, café, cacao.

Pues bien; la Francia que suscribió este tratado, lo viola con la mayor impudencia. La remolacha metropolitana cuyo cultivo no ocupa la milésima parte del territorio francés, ha recibido de la munificencia del tesoro nacional una prima de 700 francos por hectara. Pero esta prima inícua concedida á la remolacha en detrimento

de la caña de azucar y con menosprecio de la fé jurada, no ha bastado para asegurar la prosperidad de aquella sino para retardar su caida. La raiz indígena muere como la caña de los trópicos; y el tesoro ha sufrido en quince años una pérdida de 200 millones (entiéndase que siempre se habla de francos) sobre la renta del impuesto de la azucar.

Esto es muy notable: durante quince años el consumo de la azucar ha casi doblado en Francia; la tarifa del impuesto no ha bajado, y la renta de este impuesto ha permanecido estacionaria, como no haya decrecido.

—Qué! ¡*la renta del impuesto permanecer siempre una, cuando el consumo del objeto impuesto dobla, y cuando la tarifa de ese mismo impuesto no ha disminuido*!.. No puede ser!—Vaya si puede ser! Es que no estais al cabo de lo maravillosas que son las combinaciones financieras. Para conseguir este gran resultado, esta situacion mortal para las colonias y el tesoro, no olvideis que ha sido preciso atropellar desatentadamente la carta colonial. Y no es esto solo. Lo mas interesante consiste en que la metrópoli sigue obligando á las colonias á que le compren cuanto necesiten, sin que ella compre todos los artículos coloniales.—¿Pero no hay quien proteste contra tal estado de cosas, contra tal desórden administrativo? ¿Qué hace el gobierno? ¿Qué hacen los gobiernos, la prensa, el Parlamen-

to?..—¿Pero acaso pueden hacer algo? ¿No os he dicho que los judíos (1) son el verdadero Parlamento, la verdadera prensa, el verdadero gobierno? ¿Que estos no hacen mas que servir de instrumentos ciegos á sus altas voluntades?.. Harto hicieron en sus respectivas épocas Mr. Duchatel y Mr. Lacave-Laplagne. Cada uno de estos propuso un medio de salir de vias tan ruinosas, y al fin vino á adoptarse el mas peligroso para la industria indígena y colonial. En esta discusion se vió á un ministro del ex-rey defender ardientemente en el palacio del Luxemburgo el mismo sistema que ocho dias antes habia combatido con todas sus fuerzas en el palacio-Borbon. ¿Por qué, se volverá á preguntar, por qué estas tergiversaciones legislativas, este desprecio de la fé jurada y de los intereses nacionales? Hé aquí la respuesta que da el autor de los *reyes de*

(1) No estrañe el lector la frecuencia con que uso esta palabra. Generalmente está aquí tomada en su acepcion popular. *Judío*, *banquero*, *usurero en grande*, *alto manufacturero*. Demasiado conocidas son las grandes cualidades del pueblo judío y el lugar tan distinguido que ocupa en la historia de la humanidad para que no se le trate con cierto respeto. Mas por desgracia la esperiencia ha demostrado tambien que todos los pueblos que han leido mucho la *Biblia*, judíos ó ginebreses, holandeses, ingleses, americanos, son los pueblos mas dados al monopolio y la usura. Diríase habian hallado en su libro de rezos, que Dios concedia á los servidores de su ley, el monopolio y la esplotacion del globo, pues todos estos pueblos aplican su mismo fanatismo religioso al arte de sacrificar al género humano.

la época: «Porque todos los intereses nacionales estan en oposicion abierta con los intereses de la sociedad de refinadores (coterie de raffineurs), que pertenecen al alto Banco, y porque las Cámaras y el poder no pueden preocuparse mas que de una cosa: *merecer bien de los poderes financieros.*»

Examinemos ahora la cuestion de los caminos de hierro, y todavía espero quedará el lector mas escandalizado. Trascribiré tambien para mayor exactitud las mismas palabras de monsieur Toussenel, que en todo lo que sigue se refiere al testo del proyecto de concesion del camino de hierro del Norte, del proyecto de hace seis años.

El gobierno dijo á una compañía Rothschild:

«Tengo gran necesidad de que vengais en mi ayuda para la construccion del camino del Norte. El tesoro está exhausto; estas malditas fortificaciones me arruinan y me impiden pensar en empresa alguna de utilidad pública. Si compadeceis mis penas, yo os concederé todos los provechos y guardaré para mí, es decir, para el contribuyente, para la nacion, todos los gastos y todas las cargas.

Hé aqui las condiciones:

«Me encargo desde luego de todos los terraplenes y de todos los trabajos de arte, en una

palabra, yo construyo toda la via á mis espensas. Compro los terrenos, indemnizo á los propietarios. Todos estos gastos han sido avaluados en globo en 87 millones, pero seguramente pasarán de los 100. Entretanto, escuchad.... Cuando la via esté perfectamente allanada, preparada; cuando yo haya desembolsado CIEN MILLONES para ponerla en tal estado (yo que hace un momento no tenia un cuarto que consagrar á las empresas de utilidad pública), os la daré gratis. Vosotros la abastecereis de todo el moviliario, cuyo costo es de antemano conocido, y que podrá ascender á una sesentena de millones. Es un adelanto lo que yo os pido, nada mas que un simple adelanto; un dia os reintegraré por completo.

«Mientras tanto, y para yo pagaros este adelanto de 60 millones que me costarian 2.400,000 francos si yo los tomase, os abandono durante CUARENTA años todos los beneficios de la esplotacion del camino de hierro del Norte, del gran camino de la Inglaterra y la Holanda para la India, del gran camino entre el Norte y el Mediodia de Europa, la línea mas fructuosa del globo, un producto neto anual avaluado por vosotros mismos en 14 millones el mínimun.»

—Catorce millones de producto neto por año, durante 40 años, por interés de un préstamo de sesenta millones!...

«El negocio no es malo, eh? Sin embargo, para no comprometeros á la ligera, meditad, pesad bien todos los términos de mi proposicion. Lo repito: gasto 100 millones para construir la via y vosotros 60 por el abasto del material: renuncio en vuestro favor durante *cuarenta años* á todos los beneficios de la línea; os los concedo integralmente; y despues, al fin de la contrata, cuando os haya pagado cuarenta veces 14 millones, ó si os place mas, 560 millones por el interés de los 60 vuestros durante cuarenta años; cuando Calais, Dunkerque, Bolonia, os hayan reembolsado por sí solos la suma de este primer adelanto, yo os la reembolsaré una segunda vez! Os pagaré generosamente el importe de vuestro material.»

La casa Rosthchild que hizo á este gobierno tantos servicios, no podia dejarlo en semejante embarazo, por tan poco, por una sesentena de millones, una miseria. Ella que posee perfectamente sus cuatro reglas y que conoce muy bien sus intereses, debió reflexionar que le seria fácil, con las condiciones impuestas, emitir ventajosamente sus *promesas de acciones*, y que imitando los provechos á un simple beneficio de 100 á 200 por 100 sobre estas promesas, se hallaria totalmente dispensada de desembolsar un cuarto para la operacion. En consecuencia iba á arreglarse el asunto y la compañía se

habia dignado aceptar la proposicion del gobierno, cuando la Cámara de los diputados se avisó de proponer algunas modificaciones. El banquero, habiendo dejado entrever que consentiria en pasar por estas *impías exigencias*, el *diario de los Debates* vertió abundantes lágrimas por la imprudencia y la generosidad del tal banquero. Escribió que Mr. de Rosthchild *solicitaba visiblemente el privilegio de arruinarse* (testual, diario de los Debates, julio de 1843.)

«Nada exagero aqui, añade el autor citado; tomo las cifras de avaluacion de la misma compañía. En el principio, el ingeniero de esta, un inglés, habia fijado en 10 millones la cifra del producto neto de la línea del Norte. Esta cifra era ya suficientemente razonable para el interés de un adelanto de sesenta millones; pero las discusiones que tuvieron lugar en la prensa y en las Cámaras, las comparaciones hechas con los productos de las líneas menos favorables y los datos de la estadística, hicieron despues revelaciones instructivas que llevaron á una infinidad de malas lenguas á deducir que el inglés se habia equivocado en menos en sus avaluaciones, y que la compañía habia seguido la antigua práctica del comercio, pidiendo *enormemente* á fin de que se le concediera *mucho*. El ingeniero inglés calculó el producto bruto de la línea del Norte en 28 millones. Ahora, como la

esperiencia habia demostrado que los gastos generales y costo de reparacion absorbian la mitad con poca diferencia de los productos brutos del camino de hierro, el ingeniero de la compañía Rothschild avaluó en 14 millones el producto neto anual del camino de hierro del Norte. Mr. el baron Dupin demostró perfectamente que esta cifra era muy inferior á la que daba el resultado de todas las comparaciones con las líneas esplotadas despues de diez años; fijó el producto neto de la línea del Norte en 15 millones el mínimun. Esta es una cifra que podemos tomar con toda seguridad, tanto mas cuanto que la esperiencia ha demostrado ya (camino de Rouen y de Orleans) que los gastos de reparacion y el precio de las máquinas disminuian cada año, mientras que aumentaba el número de viajeros, es decir, el producto normal.

Recapitulemos. El gobierno desembolsa:

1.° Para la construccion de la via, indemnizaciones etc.....	100.000,000
2.° Por la pérdida de interés de su capital desembolsado, el interés de 100 millones á cuatro por ciento durante cuarenta años, hecha abstraccion de los intereses compuestos.....	160.000,000
3.° Por el abandono de los productos de la línea del Norte,	

á 15 millones por año, durante cuarenta años..... 600.000,000

4.° Por el reembolso, en fin, del material, segun declaracion de los peritos, al fin de la contrata..... 40.000,000

Total..... 900.000,000

Un pequeño capital de NOVECIENTOS MILLONES de *francos* sacrificado por el Estado, ¿con qué objeto, para qué resultado grandioso? ¡Para venir á ser poseedor y administrador esclusivo de la línea del Norte al cabo de 40 años!

Novecientos millones que no serán representados al fin de estos 40 años sino por la propiedad misma del camino de hierro, que vale 140 millones incluso el material; además, por la economía de los intereses que no se habrán pagado durante 40 años por los 60 millones adelantados por la compañía, esto es, una suma de 96 millones á razon de 2.400,000 francos anuales.

140
96
256

236 millones por 900!!

El gobierno abandona un producto neto anual de 15 millones por no imponerse un aumento de gasto de 2.400,000 francos, un beneficio que le daba el medio de cubrir inmediatamente los

gastos de construccion, de adquisicion y terraplenes.

Y todo esto sopretesto de que el tesoro estaba exhausto. ¡Admirable receta para llenar el vacío, privarle de un ingreso de mas de 600 millones!

Para probar el despilfarro del gobierno y su completo olvido de los intereses del pueblo, bastará saber que llegó el caso de que compadecidos los judíos de la debilidad del poder, y como ruborizados de su propio abuso, consintieron en reducciones de *doce* años en la duracion de la contrata (28 años por 40, línea de Burdeos). Doce veces 15 millones, sería para la línea del Norte una pequeña rebaja de 180 millones! Además renunciaron á la cláusula del reembolso del material, espirado que hubiese la contrata. Aquí, para el camino de hierro del Norte, una segunda rebaja de 40 millones, si no mas.

Es decir que la compañía Rotschild podria, sin comprometerse y contentándose con los mismos beneficios que las compañías de Burdeos, Vierzon y Avignon, que hacen brillantes negocios... reducir la friolera de tres á cuatrocientos millones de la cifra primitiva.

Es cuanto se puede oir; ¡conducir el gobierno una cuestion de modo que el generoso adjudicatario, pueda sin compromiso renunciar á esperanzas de beneficios de tres á cuatrocientos millones! A qué tiempos hemos llegado!..

El tesoro está exhausto y el gobierno paga á

un interés usurario el dinero que hubiera hallado en la caja de ahorros ú otros establecimientos, al tres ó al cuatro por ciento.

El tesoro está exhausto, y el gobierno escoge en la ejecucion de los caminos de hierro, los solos trabajos gravosos, renunciando á los trabajos productivos!

El tesoro está exhausto, y el gobierno propone hacer un regalo de cuarenta millones á especuladores estranjeros, por comprarles un derecho de que estos especuladores no pueden gozar sino en 22 años, y cuyo valor es del todo problemático!

El gobierno está exhausto, y consiente perder 200 millones sobre el impuesto del azúcar, con tal de faltar á la palabra de proveerse esclusivamente de sus colonias!

El gobierno, en fin, está exhausto, y pone á saco la fortuna pública!..

Porque, ¿quién pierde en que el gobierno, en vez de arrogarse los inmensos beneficios de la esplotacion presente y futura de los caminos de hierro, derroche de tal manera tantos centenares de millones que van á sepultarse en las cajas de la familia cosmopolita?..—El trabajador, el pueblo.

¿Quién paga al agiotaje todas estas enormes primas?—El trabajador, el pueblo.

¿Quién es el verdadero esclavo de los hijos de Israel?—El trabajador, el pueblo.

¿Quién la víctima de la ignorancia y de la cobardía del poder?—¡El trabajador, el pueblo! (1)

Por lo solo dicho hasta aqui, se puede comprender el estado de las cosas, la omnipotencia de los judíos y la postracion de los gobiernos.

Sigamos, pues, escuchando á Mr. de Toussenel, y todavía espero que nos haga algunas revelaciones. Se trata de saber á qué amos obedece la Francia.

«La última ley sobre los azúcares, mortal á la azúcar indígena, y funesta al azúcar colonial, al poder marítimo y al comercio de los puertos franceses, no podia tener otro efecto que favorecer esclusivamente los intereses de los refinadores. La refinacion del azúcar es una alta industria parásita que cuenta entre sus gefes

(1) Sin embargo, este desórden administrativo de la Francia no impide que hasta nuestros bancó-cratas lo tomen por una regla fecunda de la ciencia económica. Y tienen razon; mirada la cuestion por el prisma de sus intereses particulares, estas prácticas financieras son las mejores, las mas convenientes, aunque tengan la ligera falta de ser las menos justas. Digo esto á propósito de la discusion que en el mes pasado (16 de mayo), tuvo lugar en la Cámara de diputados sobre el proyecto de ley relativo al ferro-carril de Madrid á Aranjuez. En dicha discusion oí al señor Bahey, órgano de la comision, justificar la proteccion que el gobierno debia dar, y lo mucho que debia mimar á empresas de esta índole, fundándose en el ejemplo de Francia y otras partes. Nada estraña se hallará esta teoría si se atiende á que los mismos accionistas eran miembros de la comision. Pero me he propuesto no hablar de las cosas de España.

hombres notables: Perier, Delessert y tantos otros. Mr. de Argout, ministro de Hacienda, llevó un dia á la tribuna el detalle de los sacrificios que la prosperidad de los señores refinadores imponia á la Francia. Era cuestion de una prima de veinte millones que se les habia pagado en un solo año á título de drawach, es decir, de reembolso del impuesto percibido á la entrada sobre la azúcar bruta. . . . . .

. . . . . .

«La última ley sobre azúcares ha sido hecha bajo la influencia secreta de un banquero refinador, y suizo de orígen, un conservador generoso, un filántropo que hace escribir, en los periódicos que paga, *que la Miseria es el lote fatal de las masas* y que los escritores que piden para todos los trabajadores una remuneracion suficiente, tienen el *cerebro trastornado*. El interés del poder marítimo y colonial de la Francia ha cedido ante el interés de los refinadores en la cuestion de azúcares, como el interés del poder continental ha cedido ante el de los amos de fraguas y de los propietarios de hulla, en la cuestion de la union Belga.

El empresario del camino de hierro del Norte se llama el baron de *Rotschild*, el rey de la *financia*, un judío baronizado por un rey muy cristiano.

La via de Avignon á Marsella, *Rotschild*;—de Alais á Nimes, *Rotschild*;—Versalles, ribera de-

recha, *Rotschild*;—San German, *Rotschild*;—Versalles, ribera izquierda, *Fould*;—de Rouen á París, *anglo-francés*;—Tours á Burdeos, inglés;—Orleans á París; Orleans á Vierzon, coaligados de todas las naciones, judíos y ginebreses en mayoría.

El tercio de la renta cinco por ciento está en Ginebra, y hé aqui la causa de que sea inviolable y sagrada.

Asi el alto banco, el banco cosmopolita domina todo; por todas partes sobresalen los intereses de los judíos. Asi los enormes beneficios obtenidos sobre la riqueza francesa, sobre el trabajo del labrador y del artesano, son absorbidos casi esclusivamente por especuladores estranjeros.»

Y esto que sucede en la nacion vecina, sucede en todas las naciones, con poca diferencia.

La nueva plaga ha embargado el presente y porvenir de los Estados.

Es su elemento la miseria pública y las calamidades de todo género.

Cuando los pueblos esten bien, será prueba de que estará mal la falange del monopolio.

Ambos intereses son totalmente opuestos.

Es imposible su reinado simultáneo.

Hoy las ganancias estan en razon directa de la masa del capital.

La miseria, en razon directa del trabajo.

Estado violento!..

Y esto en lo que toca solamente á la accion material de la nueva aristocracia.

Falta que examinarla en su accion moral y en su accion política.

Hagámoslo:

En su accion moral la nueva aristocracia, rechaza las buenas prácticas de la antigua.

Comparacion:

La 1.ª *(la nueva)* no reconoce mas Dios que el oro, y es su divisa: *Cada uno para sí.*

La 2.ª *(la antigua)* estaba animada de sentimientos hidalgos, y era su lema: *Nobleza obliga.*

La 1.ª imprime á las costumbres su carácter egoista, frio, disolvente; su materialismo mortal.

La 2.ª les imprimia su espíritu galante y caballeresco, y las elevaba á la altura de la religion, de la patria y del rey.

La 1.ª mira con el mayor desden las obras de arte y los artistas; no hay para ello mas letras, que las letras de cambio: un literato, es el ente mas ridículo y despreciable.

La 2.ª hizo florecer las letras y las artes.

La 1.ª No cree siquiera en Dios; es atea é inhumana; remite á la caridad pública á un fiel y laborioso industrial, despues de haberlo esplotado.

La 2.ª Era cristiana y concedia un retiro al antiguo servidor.

La 1.ª Es materialista hasta en sus juegos y diversiones; el Hipódromo es su centro; en él luce sus *caballos* y jokeys; el resto del tiempo lo pasa en la crápula y la seduccion.

En los juegos de la 2.ª se lucian los *caballeros* á la vista de su dama, y todo era cuestion de honor, de nobleza é hidalguía.

La 1.ª Todo lo fia al dinero.

La 2.ª Todo lo fiaba á la espada.

La 1.ª Escita al fraude, provoca el desenfreno individual, estimula el vicio.

La 2.ª Viceversa, solo exaltaba los sentimientos de gloria y honor.

La 1.ª No sabe mas que sumar, restar, multiplicar y partir; no entra en el estrecho cerebro de un tratante por mayor, que se necesiten otras cosas en la sociedad; raro es por tanto el que se haya distinguido por algun hecho grande, por alguna virtud social, por algun rasgo de genio. Ninguno recuerdo.

La 2.ª Dió grandes hombres á la ciencia y á las artes, produjo bravos soldados, célebres trovadores.

Para la 1.ª una cosa es cara ó barata.
Para la 2.ª noble ó innoble.

En una palabra, la aristocracia antigua tenia corazon y cabeza.

Y la nueva solo tiene cabeza, ó tendrá por carazon, valiéndome de una espresion vulgar, alguna moneda del tiempo de Cárlos III.

Examinémosla ahora en su accion política interior y esterior.

La política interior de los tratantes tiene su carácter peculiar, su fisonomía propia.

Es la inmovilidad sistemática.

Es la resistencia á la reforma.

Es la corrupcion en el poder.

Es la esplotacion nacional.

Es el monopolio de la prensa.

Es el monopolio de los empleos lucrativos.

Es la servidumbre colectiva de los industriales.

Es el juego y la usura.

Política y *juego*, todo es uno en el lenguaje aritmético de los hijos de Mercurio.

Una política es buena ó mala segun se presta á las combinaciones y al agio.

Sus buenas leyes han de ser concebidas en este sentido.

Las que tiendan á protejer la propiedad de esos pobres diablos llamados poetas, literatos, artistas, es perder el tiempo.

Las que tengan por objeto remediar la miseria pública, utopia.

Las que se proponen para corregir los abusos financieros, el despilfarro de la fortuna pública y el fraude, esas son leyes de mal género, *comunistas, trastornadoras del órden social, mortales para la familia y para la propiedad; destructoras de* ESE SANTO SENTIMIENTO QUE NOS LLEVA A POSEER Y CONSERVAR LO POSEIDO.

Es su alma la alza ó baja.

Su carácter la impudencia.

Su sistema la opresion.

Sus efectos la miseria.

Veámosla ahora en la política esterior.

Respecto del esterior, es todavía mas terrible la política de los nuevos fariseos.

Con nada transige.

El judío no tiene patria, y donde él reina es imposible política nacional.

Porque no cuenta con el apoyo de la opinion.

Testigo tambien la Francia.

La Francia, segun el historiador financiero, no es dueña de sí misma.

Sus alianzas naturales son la Alemania, la Bélgica, la Holanda, la Suiza, el Piamonte y España.

Todos estos paises, en efecto, simpatizan por sus intereses mercantiles y por su política de paz.

Todos ellos tienen que temer igualmente las tendencias belicosas y usurpadoras de la Rusia y la Inglaterra.

La Francia por consiguiente está llamada á ser el centro hácia que gravite la gran familia de paz y de progreso.

Asi podrá contener á la Rusia en el camino del Bósforo y á la Inglaterra en el del Istmo de Suez.

Podrá neutralizar la accion subversiva de ambas.

Ensaya, pues, varias veces hacerlo:

Pero ha habido siempre para ello una pequeña dificultad; y es que los altos barones de la fábrica francesa no pueden dar la mano á esta disposicion ni firmar un tratado, y son estos señores los legisladores absolutos.

Porque para concluir un tratado con el Zolwerein, con la Bélgica, el Piamonte y la Suiza, es preciso empezar por destruir la gran barrera de aduanas que tiene á la Francia aislada de sus vecinos, y proceder á la reforma de las tarifas de 1822.

Esto evitaria el monopolio del mercado interior, y los judíos son muertos con el monopolio.

No quieren, pues, morir; que primero muera la Francia.

Nada importa que la Bélgica necesite los vinos, el aguardiente, los jabones, los aceites, las sedas, los artículos de modas y novedades franceses.

Ni tampoco que ofrezca en cambio á la Francia, su hulla, cuya concurrencia abarataria el combustible, muy caro para el pobre, y daria algun plazo á la devastacion de sus bosques.

Ni que sus hierros produjeran una mejora importante en la condicion del cultivador y del constructor, relativamente á los caminos de hierro.

Ni el interés de los siete millones de hombres que viven del cultivo de la viña.

Ni que Leon, ni París, ni Burdeos, ni Marsella, ni millones de obreros de ciudades populosas reclamen á gritos este tratado.

Ni que contribuyera á aumentar la influencia de la Francia, convirtiendo en amigas á Anveres y todas las ciudadelas que el enemigo construyera en 1815.

Nada importa todo esto, con tal que los altos manufactureros esploten el sistema protector y no se rebaje un octavo el producto de la hulla de Anzin, de las minas de Forchambault, de las fábricas de Elbœuf, Roubais, etc.

Asi fue; no lo consintieron.

Y los diarios encargados de transmitir al gobierno las órdenes de los altos barones de la in-

dustria *nacional*, le significaron la necesidad de retirar inmediatamente el maldito proyecto de alianza belga.

Y el gobierno, viendo formarse contra él una pequeña convencion industrial, lo retiró.

Que se presente un proyecto de tratado con la Prusia rhiniana, la Babiera, Baden, la Suiza, el Piamonte; los mismos intereses fulminarán el mismo anatema.

Porque todos estos paises proveen en abundancia el ganado que hace falta á la agricultura francesa, como consecuencia del desmembramiento de la propiedad, y se ven obligados á ofrecerlo á la Francia, en cambio de sus esportaciones, de sus vinos, de sus bronces etc.

Pero segun dicen los héroes de la proteccion, la invasion de las bestias de Alemania, seria una calamidad tan funesta para la Francia como *una nueva invasion de cosacos.*

Sin embargo, las tres cuartas partes de la poblacion de los campos y ciudades en Francia, estan condenadas á no comer carne, por la manía de que ha de ser nacional toda la que se consuma.

Para eso seria muy del caso, que la *carne nacional* fuese abordable al *estómago nacional.*

Pero la nueva feudalidad no quiere convencerse de esto.

Porque la nueva feudalidad de nada quiere convencerse como pueda salir perjudicada en un cuarto.

De aqui esa heterogencidad que siempre ha presidido á las discusiones de las Cámaras francesas.

Pues es sabido que la aristocracia del dinero se apodera de todas las posiciones, y comunica su espíritu á todos los poderes.

El fabricante de cachemires franceses, pide la prohibicion de los cachemires de la India y la reduccion de los derechos de entrada sobre las lanas del Thibet.

El ganadero espresa el concepto de los cosacos, no quiere mas carne que la nacional.

Los manufactureros de Sedan y de Elbœuf, piden la prohibicion de los paños estranjeros, y la reduccion de los derechos sobre las lanas de Sajonia é Inglaterra.

Los que crian ovejas merinas se oponen, viceversa, á esta reduccion.

Los que cultivan el lino son hostiles á la introduccion de los linos y de las hilazas de Bélgica y Rusia.

El que fabrica telas de lino, reclama á gritos la reduccion de los derechos de entrada sobre los hilos de lino de Bélgica y de Inglaterra, pide ademas la prohibicion de las telas de lino belgas é inglesas.

El que hila el lino á la mecánica, no siente los dolores del que lo hila á mano, y reclama la libre entrada de las hilazas de Courtrai y de Riga, pero con la condicion de que se prohibi-

rán los hilos de lino de Manchester y Leeds.

El que prepara los cueros, vota por la libre entrada de los cueros brutos de Africa, del Brasil y Buenos-Aires.

Es impío con los cueros curtidos de Rusia.

El productor de hierro, que construye al mismo tiempo máquinas, pide la prohibicion de los hierros y de las máquinas de Bélgica é Inglaterra.

Leon tiene la superioridad en la fabricacion de ricas telas de seda.

Burdeos no teme la concurrencia de los vinos.

Marsella vive del comercio marítimo.

Leon, pues, Burdeos y Marsella, votan por la libertad de comercio.

Rouen, Malhuse, San Quintin y Amiens, que fabrican paños ó telas, y que temen la concurrencia estranjera, votan por la conservacion del sistema protector.

París está por la libertad, en cuanto á sus bronces, sus perfumerias, sus modas.

París está por la prohibicion, en cuanto á los chales de cachemir.

Leon rechaza las sedas de la China...

¿Quereis decirme qué reforma conveniente al pueblo, qué paso en la senda del progreso puede darse en este caos de los intereses industriales? ¿Qué buen pensamiento económico ó político podrá obtener la aprobacion de los grandes capitalistas? .. ¿Qué alianza continental pacífica podrá establecerse con tales elementos?

Hay todavía mas:

La política del dinero es incapáz de concebir soluciones de órden superior.

A su vista no son pueblos de importancia sino los que venden y compran mucho.

A este principio ha sacrificado la Francia su influencia en el mundo.

A este principio es debida la dominacion marítima y continental de la Inglaterra, su despotismo mercantil.

Pondré un ejemplo:

La Inglaterra quiere Suez.

No puede conseguirlo sin antes arruinar el poder de Mehemet-Alí, que habia llegado á establecer un poco de órden y seguridad en los parages del mar Rojo.

Ha quemado con este objeto las Cartas en Oriente, y provocado una ruptura entre el Sultan y el Pachá de Egipto, á fin de intervenir entre el soberano y el vasallo, práctica suya muy antigua.

Al mismo tiempo tiende un lazo á la Francia para neutralizar su accion, protectora del Pachá.

Y lleva á cabo la ejecucion de Mehemet-Alí.

Aprovecha la ocasion en que la Francia es escluida del Congreso europeo, bombardeando á Beyrrouth y San Juan de Acre.

Alejandría no ha escapado á la destruccion

sino por la sumision absoluta al vencedor y la restitucion á la Inglaterra de la flota del Gran Señor.

El prestigio de Mehemet-Alí está aniquilado.

La Francia, que habia personificado la cristiandad y la Europa durante seis siglos en los parages de Levante, pierde su autoridad.

Las poblaciones de la Siria son reemplazadas por el yugo de los albaneses.

La anarquía reflorece en todos los parages del Asia Menor bajo la influencia del triunfo británico.

Y el ministerio francés de 1.° de marzo ensayando lavar la mancha, cae bajo el ridículo.

La cuestion de Oriente es una gran cuestion.

Todavía no se ha terminado y está llamada á producir tarde ó temprano grandes conflictos.

No tiene mas que una solucion pacífica posible.

Es la neutralizacion del Bósforo, la neutralizacion y canalizacion del Istmo de Suez, por la decision de un Congreso europeo, que coloque la inviolabilidad de Constantinopla y del golfo arábigo, bajo la garantía protectora de las potencias continentales, la Francia, la Alemania, Nápoles, España, la Prusia, la Babiera etc., y prevenga asi toda tentativa de usurpacion esclusiva de parte de la Rusia y la Inglaterra.

Pues bien; la faccion del dinero que dirige los

negocios de Francia, ve las cosas de muy distinto modo.

«¿Qué nos importa, dicen los altos señores del Banco, que los ingleses se apoderen del paso para la India, puesto que nada vendemos á la India? ¿Y estos drusos y estos maronitas de Siria, de que tanto se nos habla, qué es lo que compran, qué es lo que venden? ¿Qué pesan las importaciones y esportaciones de la Siria en la balanza general del comercio?»

—Muy poco, señores mercaderes, muy poco ciertamente.

—Pues bien; entonces ¿por qué quereis que perdamos el tiempo en ocuparnos de las miserias de estas poblaciones que nada venden ni compran, cuando hay tan buenas jugadas que hacer sobre las variaciones de los cursos de la Bolsa de París?

—Poco á poco, señores; la cuestion de Oriente es una cuestion de órden político superior, una cuestion en que se hallan comprometidos los intereses de la influencia francesa, de la humanidad, de la religion católica.

—A otros, á otros con vuestros intereses humanitarios y católicos. Nosotros no estamos ya en el tiempo de Pedro el Ermitaño para alistarnos en una nueva cruzada. Suplicad si quereis á Mr. Lamartine que os escriba una *meditacion*...

Y la Inglaterra ha consumado la ruina del poder egipcio, á favor de la inercia banqueril.

Tal es el carácter de la dominacion del juego.

Tal es el carácter de la sociedad moderna.

Porque en la sociedad moderna no prepondera el elemento monárquico puro, ni monárquico-constitucional, ni democrático; que prepondera solo el elemento del monopolio, de la esplotacion de los individuos, de las clases y de los pueblos por una minoría solapada.

El judío ha hecho presa de todos los Estados y con dificultad se salvarán de sus garras.

La Europa está entregada á la dominacion de Israel.

El Dios de Judá ha dado la victoria á los hijos de Macabeo.

Jerusalen ha impuesto el tributo á todos los imperios.

La primera parte de la renta pública de todos los Estados, el producto mas neto del trabajo del pueblo, pasa á las cajas de los judíos bajo el nombre de *intereses de la deuda nacional.*

Convénzase de esto Mr. Thiers, y no hable mas de la utilidad de que las vastas empresas se dividan en partes pequeñas llamadas acciones, ni de los altos banqueros que contribuyen á fundar el crédito de un Estado etc., etc.

Diga que es la calamidad mayor que puede acontecer á un Estado, á una sociedad.

Diga que esa calamidad es la que precipita la revolucion.

Diga que, sin saberlo, obedece las inspiraciones banco-cráticas y se halla dominado por la raza del monopolio.

Diga esto con franqueza si se atreve, y habrá dicho la verdad.

DEL COMUNISMO.

Hénos aquí ya con Mr. Thiers frente por frente del mónstruo contemporáneo, de ese cervero horrible que, al mas mínimo de sus movimientos, á la menor de sus insinuaciones, estremece los cimientos de un mundo y alarma todas las clases y poderes; de ese espectro ensangrentado y fatídico que amenaza con su hacha descomunal y niveladora atravesar las gargantas de los Pirineos, destruir de un golpe nuestra propia casa, despojarnos de nuestros bienes, posar su mano de hielo sobre nuestro corazon, esclavizar nuestra inteligencia, fundirnos, por fin, en una gran masa comunitaria, donde vuestros hijos se confundirán con los mios de modo que no acertemos á distinguirlos; donde todos llevaremos un trage tosco y uniforme á guisa de franciscanos; donde no oiremos mas sonidos que el monótono

martilleo del taller y el de alguna campana frailuna que nos llame á comer, á trabajar, á dormir; á dormir, á trabajar y comer; donde lo tuyo y lo mio desaparecerán completamente; donde, escepto el rezo y la abstinencia, que allí no se conocerán, viviremos hechos unos reverendos Padres con barba luenga tal vez y las insignias de la órden, siguiendo dócilmente los preceptos del guardian; donde el crímen, en fin, de economía será considerado como crímen de *lesa igualdad*.

Asi al menos nos lo han pintado hasta aqui los hombres de *sensatez*, incluso Mr. Thiers. Ello es que el rico siente erizársele el cabello al oir esta terrible y fatídica palabra: *comunismo*! Hasta en sus sueños se le presenta el descarnado fantasma del hambre proyectando sobre sus velos de púrpura una sombra colosal y llevando la mano despojadora sobre el secreto de sus tesoros. El hombre honrado y sencillo tambien condena instintivamente las pretensiones del monstruo. Por último, la conciencia pública se declara de un modo esplícito contra el que tenga la osadía de afiliarse al comunismo.

Y bien hecho; porque el sistema en cuestion, aun descargándolo de ese color tan subido que le da, ya el espíritu de partido, ya el instinto de conservacion; de ese carácter tan ridículo por lo exagerado con que se nos pinta, constituye en su ciencia la especulacion mas ruinosa.

No creo por tanto que merezca la pena de

dedicar como Mr. Thiers todo un libro á su mas minucioso examen. Pocas palabras bastarán para edificar al lector sobre el doble carácter del comunismo, sus progresos y su accion.

El comunismo en realidad tiene dos faces, una teórica y otra revolucionaria.

Considerado bajo su faz teórica nos presenta la filosofía de la igualdad *social* mas absoluta. Pero esta es en mi concepto una falsa interpretacion de la naturaleza humana, porque á la naturaleza humana es inherente el principio de la gerarquía, como mas atrás he indicado. Hé aqui tambien lo que á propósito de esto se lee en una obrita mia:

«La naturaleza ha puesto entre los hombres una flagrante desigualdad; me sois superior ó inferior, no podeis ser mi igual. Existe desigualdad en los cuerpos, en las inteligencias, en el saber: hay desigualdad que separa la ociosidad del trabajo, la indolencia de la actividad, el valor de la cobardía. Estas diferencias son naturales, eternas; ley comun de la humanidad que formará siempre y sin interrupcion el elemento de una verdadera aristocracia. No es convencional, ni ficticia; por todas partes y siempre, en todas las condiciones de la vida, en la prosperidad como en la desgracia, lleva consigo su poder, su fuerza, su autoridad, el ascendiente de su propia virtud; y ni las revoluciones humanas ni los caprichos de los hombres podrán echarla por tierra. Tan fuerte es en la naturaleza la tendencia á la gerarquía que es el único

principio verdadero de justicia social (1).»

Como se ve, esto solo constituye, por mi parte, una protesta solemne contra la doctrina niveladora que no descansa en mas principio que en el de una igualdad cruel, universal y depresiva de las facultades humanas.

Veámosla ahora bajo su faz revolucionaria.

Bajo su faz revolucionaria, la teoría comunista es la teoría de los pobres contra los ricos, es el último recurso de la desesperacion, el gran monstruo de que hemos hablado.

En efecto; el comunismo, á pesar de sus grandes errores, revela en su fundamento cierto trabajo intelectual, cierto instinto de organizacion: consigue cuando menos reunir y combinar grandes medios de esplotacion y de economía material y acrecer la masa de produccion siquiera la distribuya violentamente. Pero qué diremos del sesgo que ha venido á darle el aumento de la miseria pública exaltada con la impudencia del gran monopolio? Qué diremos de ese comunismo de mala ley que conspira en los conciliábulos del hambre y de la desesperacion contra todos los intereses creados, contra todos los principios reconocidos? De ese comunismo representado, sostenido y propagado por millones de seres que reniegan de la sociedad que no

(1) Espíritu moderno, pág. 61.

les garantiza ni el derecho siquiera de existencia? De ese comunismo que se distingue por la terrible fórmula de *vivir trabajando ó morir combatiendo*?...

Hé aqui el punto sobre que deben converger todas las especulaciones del hombre que, preocupado por los peligros que amenazan á la sociedad, procure conjurarlos, interesando en el órden y en la práctica de lo bueno y de lo justo á todos los que por una necesidad de existencia material se ven en el caso de empeñarse en las opuestas vias.

Hasta aquí todos los medios empleados con este fin han sido completamente negativos.

«El comunismo, han dicho unos, es un monstruo; se necesita esterminarlo á cañonazos; todo peligra de otra manera, hasta lo mas sagrado.»

—«No señores, han contestado otros; las ideas no mueren con los cañones, por el contrario, se exaltan mas y mas. Lo necesario es escribir buenos libros de moral y propagarlos entre las masas, para que conozcan su fatal estravío.»

—«¡Disparates! replican otros; la moral no prende en el hambriento. La teoría del comunismo es una teoría inepta que ni merece los honores de la refutacion. Despreciarla, ridiculizarla, eso es lo mas conveniente. Demasiado comprenderá el pobre con el tiempo que no tiene mas remedio que resignarse y atravesar con dolores este valle de lágrimas.»

—«No, no, añaden los mas prudentes; por inepta que sea la teoría tiene muchos adeptos y no estamos libres de un golpe de mano. El hecho nada tiene que ver con el derecho. Si mañana fortuna le hiciera triunfar sobre las barricadas, nada le importaria á la víctima que el comunismo fuese un delirio, si este delirio la habia sacrificado. Lo mas conducente seria promover una guerra en el esterior, y llevar á morir á tantos hambrientos.»

—«Esa es una crueldad, esclaman los mas humanos; la conciencia se subleva contra semejante idea. Lo mas natural y sencillo es que los gobiernos ocupen en empresas de utilidad pública á todos los que no tengan trabajo.»

—«¡No seria mala carga! replican los filántropos; organicemos bien la beneficencia y todo se remediará.»

Hé aquí los medios propuestos para acabar con el monstruo, y muy impotentes han debido ser, puesto que el monstruo ha ido desenvolviendo las formas y agigantándose, á medida se pretendia combatirlo. (1) Es verdad que la miseria pública, que es su pasto, se ha desarrollado en la misma proporcion; que las crísis políticas y económicas se han multiplicado; pero la teoría comunista es muy inepta, pero tene-

(1) Por respeto á la razon pública no hablo de los medios que han propuesto los maltusianos y otra secta repugnante de economistas.

mos el recurso de escribir buenos libritos de moral para los talleres, pero poseemos grandes parques de artillería para el pobre que se descuide... etc. etc.

A risa moveria semejante modo de discurrir si no se tratara de un asunto que mas bien inspira por su gravedad severo sobrecejo.

Y al fin, esa peregrina lógica podria perdonarse á publicistas vulgares, que no ven mas allá del dia presente. Pero qué diremos de un hombre, jigante de su siglo, que escribe un libro sin mas objeto que el de destruir ideas tan disolventes y que las ataca por la sola parte que tienen de defendible para las masas?—De defendible!—Sí, de defendible. Voy á probároslo. Seis son los capítulos que Mr. Thiers consagra al exámen del comunismo, y entre los seis.. ¿qué os parece viene á decirnos?.. No lo adivinais?

Nos dice, pues, lo que ya estamos cansados de oir y de saber: que el comunismo, ataca la propiedad, la familia, la libertad personal, la dignidad humana, las desigualdades naturales, que es, en fin, *un monstruo*. Esto es todo lo que nos dice.—Y os parece poco?—Yo quisiera todavia un poco mas, sí, un poco mas; porque si no, millones de seres humanos estarán en su derecho al replicar:

«Nos hablais, Mr. Thiers, de *propiedad*! Y qué tenemos que ver nosotros con la propiedad?

qué lazo nos une á esa institucion! No veis estos harapos? No veis estos rostros desencajados por el hambre?.. La comunidad al menos ofrece vestirnos y alimentarnos! Ofrecednos otro tanto y no querremos comunidad!»

«Nos hablais de *familia*! acaso nosotros conocemos la familia! No sabeis que nos vemos reducidos á dormir y confundirnos en una misma hedionda habitacion padres, madres, hermanos y hermanas, espuestos siempre á la impureza y á la corrupcion? No sabeis que toda nuestra familia consiste en un padre que trabaja doce horas por dia al pie de una máquina mortífera, para ir á descansar al hospital; en una madre desconsolada que mendiga clandestinamente cuando falta trabajo; en un hijo que arrebata la patria cuando podia ser mas útil; en una hija que se lleva la prostitucion?.. Os parece que vale tanto esta familia, que sufriremos mas en la comunidad?..»

«Nos hablais de *libertad personal*! Ah! es cosa preciosa, sí; pero y la nuestra? Qué libertad personal creeis que tengamos, cuando todo nos está prohibido, hasta implorar la caridad pública? Qué fuerza pretendeis nos haga vuestro argumento si no podemos, ay Dios! salir de la esclavitud de la miseria, que es la mas terrible de las esclavitudes? Si el dia de una revolucion, el dia que alzamos barricadas, es tal vez el dia que tenemos de mas libertad, porque al menos nos

dan de comer y vivimos emancipados del despotismo del hambre?...»

«Nos hablais de *dignidad humana*! Pluguiera al cielo fuese fundada la objecion! Pero ay que carece de toda fuerza para nosotros! Dignidad! dónde, en qué la tenemos? No desdeñais nuestro trato, nuestra conversacion, nuestro saludo? No nos llamais vosotros mismos *canalla*, *gente perdida*, *vándalos* etc. No nos enterrais desde niños en el fondo del taller hasta lograr confundirnos con la máquina? No nos condenais á todos los actos de miseria y degradacion?... Oh! venga, venga la comunidad! Alli al menos todos viviremos iguales, y no seremos insultados por la injusticia y el privilegio.»

«Nos hablais de *desigualdades naturales*! Pues qué! tánto las respeta vuestra sociedad tiránica? Acaso entran por algo en las ventajas sociales? No teneis aqui millones de seres humanos, que estamos reducidos desde la infancia al estado de idiotas? Cómo pues, podeis juzgar de nuestras aptitudes sin conocerlas? Cómo pretendeis justipreciarlas si todavia no han pasado por otra prueba que la de retorcer cuatro hilos ó dar vueltas y mas vueltas á una rueda?...

En la comunidad al menos, si es condicion suya como decis nivelar las aptitudes, todos viviremos bajo una ley por injusta que sea y no aparecerá perjudicado ni postergado el individuo ante el privilegio qne vosotros conce-

deis al acaso de nacer en tales ó cuales condiciones; y *allí* sobre todo... comeremos y nos vestirán en cambio de nuestro trabajo!!»

Esto, repito, tendrán derecho á decir á Mr. Thiers seis millones de franceses, tres millones de cartistas ingleses, siete millones de irlandeses etc. etc., y nada mas difícil que apearlos de esta creencia por el sistema negativo; nada mas difícil que convertirlos al órden é interesarlos en los gustos de la civilizacion, protestando que en la comunidad se pierde lo que ellos no pueden perder, porque no lo poseen.

Que el comunismo es ruinoso; ya lo sabemos: que el comunismo disuelve la familia y la propiedad; tambien lo sabemos. Que el comunismo es la vuelta á la barbarie; todo lo que querais: sí; es muy malo el comunismo; pero no basta decir que es malo, que es ruinoso. Es preciso comprender que tan ruinoso y tan malo como es, lo ha producido vuestra sociedad y vuestra sociedad lo alimenta, en los pechos de vuestra sociedad se amamanta, y á influjo de vuestra sociedad se desarrolla. El comunismo no es mas que la espresion latente del gran vicio de esa misma sociedad, la fórmula viva de sus miserias, el padron de su ignominia. Y como el desorden y la lucha, la opresion y la bancarota, el monopolio y la usura, la inmoralidad y el materialismo, las necesidades y la miseria pública aumentan á medida que escribís

mayor número de volúmenes de moral y á medida que la civilizacion aumenta el lujo y el refinamiento, desenvolviendo los goces y multiplicando los estímulos, nada mas natural que el comunismo progrese, si vosotros los que hablais de orden, no ofreceis á la mayoría de los hombres siquiera las garantías que les hace entrever la comunidad, y os contentais con ridiculizar y escarnecer el fatal sistema.

No se trata, pues, ya de saber si el comunismo es malo ni de pintarlo con colores tan sombríos; lo que importa es traer pronto un remedio á esta anarquía social que lo autoriza á esta incoherencia de intereses que le dió orígen. Y ese remedio no estará probablemente en ninguno de los sistemas políticos y económicos que hoy nos preocupan; yo al menos no lo creo. Séame permitido concluir este capítulo, trascribiendo las palabras de un célebre publicista contemporáneo que se sienta en los bancos de la asamblea francesa, y que deben quedar grabadas en el corazon de todos los hombres honrados.

Hé aqui las palabras á que me refiero y que van dirigidas á los filósofos y políticos:

.....

«Vuestros últimos ensayos han acabado de poner el sello á vuestra profunda ignorancia de las cosas sociales; vosotros sois los que habeis

producido el aumento del mal, y estendido las plagas; y los progresos que han podido cumplirse, no es á vosotros á quienes se deben; es á la marcha de las ciencias, de las artes y de la industria, no á vuestra altisonante ideologia.

Vuestras obras, helas aqui:

Tres millones de jóvenes degollados sobre el campo de batalla, doce mil millones tomados á la nobleza y absorbidos por la revolucion; treinta y cinco mil cabezas cortadas, la Europa trastornada de arriba á abajo, la Francia vencida, reducida y siempre dominante; la guerra siempre inminente, mentiras constitucionales en vez de libertad y de fraternidad.....

Y por resultado de estas catástrofes sangrientas, por resultado de estas acciones y reacciones terribles, despues de todos estos movimientos revolucionarios, despues de todas estas marchas militares á través de la Europa, despues de haber hecho en treinta años lo que Roma hizo en diez siglos, y gastado, como ella, reyes, tribunos, senadores, guerras civiles y proscripciones, cónsules y emperadores; dónde estamos?

Estamos donde estuvo Roma cuando dejando el cetro del mundo, comenzó la era de Bajo-Imperio y abrió de par en par las puertas de sus ciudades á la invasion bárbara. Y la posicion es todavia mas terrible, porque hoy la barbarie os amenaza dentro y fuera, porque hoy la

destruccion de la civilizacion francesa puede llevar consigo la destruccion de todas las sociedades europeas y sepultar el mundo en un porvenir fatal y desconocido.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Los signos generales que han señalado la caida del imperio romano, se reproducen entre nosotros con terrible semejanza. La disolucion se siente en todas las partes del cuerpo social; las leyes no tienen ya poder; se las insulta y desprecia, como se desprecia é insulta á los que las hacen. Las revoluciones se suceden con espantosa rapidez, sin que nadie pueda cerrar el abismo; las naciones se empeñan y se inclinan cada vez mas bajo el peso de las deudas públicas. Las constituciones, las cartas, los gobiernos no tienen uno con otro diez años de duracion; los pueblos estan atacados del espíritu de vértigo y de error que les hace tomar, por medios de mejora, tópicos que no pueden sino perpetuar vanas y crueles agitaciones y acrecer sus tormentos. Ya no hay respeto hácia poder alguno social; toda creencia está abolida, toda magestad vilipendiada, la de las naciones como la de los reyes, y las necesidades se multiplican *con el lujo de los ricos y la miseria de los pobres.*

No hay tampoco grandes afecciones ni pensa-

mientos sociales. El amor de la patria no es mas que un nombre que sirve para decorar intrigas de partido, y rotular cábalas ambiciosas. La revolucion del imperio ha absorbido casi todo el espíritu nacional; la lucha de la restauracion y la de 1830 han gastado el resto. No hay ya facultad, actividad, poder, sino para conquistar dinero. Dinero!!! Dinero!!! Todo se vende, los hombres y las conciencias como artículos de lonja..... es verdaderamente el trato de los blancos: es la conversion universal de los pueblos al dios dinero, el catolicismo del vellocino de oro.

El matrimonio, cuya ley es la base de todo el edificio civilizado; el matrimonio, que nunca ha sido respetado *de hecho* por los hombres, es hoy atacado, no ya solamente por el adulterio, es atacado como ley y como institucion. Nuestra literatura y nuestras costumbres le abren brecha. . . . . .

Agiotistas, jugadores de Bolsa han venido á ser los árbitros de las naciones; acumulan fortunas monstruosas formadas con los sudores y la sangre de los pueblos, en menos tiempo del que necesitaban los procónsules romanos para despojar á sus provincias; y estos cohechos son reputados buenos y legales. En la capital del mundo civilizado no hallareis templo donde se aloje á Dios, ni palacio que proteja un poder respetado: no hay mas que cuarteles, una Bolsa, un centro de policía y prisiones.

Todo ha llegado á ser venal; el espíritu mercantil, que es el espíritu dominante, ha sucedido al espíritu liberal, como este habia sucedido al espíritu caballeresco. Por todas partes reina el egoismo. Jamás este se ha mostrado bajo todos sus aspectos, dueño tan absoluto de la sociedad. Lejos de causar rubor, cada uno se honra con él y enseñorea. Se le saca á luz, se le muestra sobre el pecho como una decoracion. Es en el egoismo en lo que se hace consistir toda virtud, toda sabiduría. «No os ocupeis de la humanidad: dejad los grandes sentimientos y las grandes palabras; procurad casaros y haced vuestra fortuna.»

Hé aquí el consejo que el jóven recibe de todas partes; es juzgado con arreglo á esta máxima, y si, llevado de una generosidad natural en su edad desprecia esto que se llama *su carrera*, por especulaciones de órden noble, elevado y social, vése acusado de locura y despreciado por todos los hombres *de mundo*!..»

Aquí el autor describe con pincel de fuego la anarquía de todas las facultades productoras, la incoherencia de todos los elementos sociales, añadiendo:

«¿Quién, pues, hará frente á esta descomposicion? ¿Quién nos salvará?.. Ciertamente no será la metafísica, tan vana, tan hueca, con sus disertaciones sobre las ideas innatas ó no, y sus disputas sobre la percepcion de la sensacion del

olor de la rosa! ¡Con su conciencia, su yo humano, sus triplicidades fenomenales; con sus sistemas sensualistas ó espiritualistas, sus indagaciones inglesas, escocesas, alemanas, indias, chinas, y qué se yo cuanto mas! No será la política con sus sables, sus cañones, sus barricadas, sus revoluciones, sus cadalsos, sus trastornos y sus victorias sangrientas, sus constituciones que nada constituyen, sus legitimidades, sus semi-legitimidades, sus impuestos, sus empréstitos y sus deudas á millares, sus leyes y protocolos, sus disputas sin fin y sus miserias.

No será la moral con sus predicaciones añejas; la moral que ignora sobre qué base descansar, y que, despues de tres mil años de sermones y de pretender establecer el reino de la virtud, no ha llegado sino á hacer befar y perseguir la virtud misma!

No será la economía política, este último hijo de la filosofía; hijo bastardo, caduco, apenas dado á luz, y tan falso como su madre: la economía política, esta ciencia de la riqueza de las naciones..... que mueren de hambre! Esta ciencia, en fin, reducida á confesar públicamente su ignorancia y su impotencia.

¡Nada será de todo esto; nada será de lo que estravía, de lo que turba, de lo que destruye, de lo que agoniza, de lo que está enterrado!

¡Nada será del pasado!

Será un medio nuevo, porque todo lo ensa-

yado es malo é impotente: será un medio nuevo que es preciso buscar por sendas no trilladas, si no está descubierto, y si lo está, ponerlo á prueba.

Y esto quiere decir que ninguno debe pronunciarse contra una idea nueva por el mero hecho de ser nueva; porque solo una idea nueva puede salvarnos!!.....»

CONCLUSION.

El presente exámen refutacion de los libros 1.° y 2.° DE LA PROPIEDAD debe considerarse como puramente crítico de los defectos que mas resaltan, no tanto en la citada obra, como en la organizacion actual de los elementos sociales. Nada contiene de orgánico, nada de esposicion sistemática. Su objeto principal es llamar la atencion de los hombres pensadores sobre los tremendos problemas de la época, á cuya pronta y pacífica solucion deben concurrir, no solo todas las inteligencias, sino tambien todos los intereses y voluntades. Porque no es ya un prin-

cipio subalterno ó una institucion viciosa lo que se pone en cuestion; es la sociedad misma la que se discute, la sociedad en el conjunto de sus principios, de sus instituciones é intereses.

Por lo demás, ignoro si he logrado poner de manifiesto la parcialidad con que *Mr. Thiers* ha escrito su libro, y lo injusto de la preocupacion que desde los primeros tiempos viene formándose contra toda idea nueva, sin mas que por ser nueva, como si la novedad no fuera una de las manifestaciones mas lógicas del progreso, y uno de sus caracteres determinantes. En la hipótesis de que lo haya conseguido, no reclamo para mí gloria de ninguna especie, porque creo que el libro DE LA PROPIEDAD es un trabajo bastante débil para que pueda atribuirse mérito alguno á su refutacion, siquiera vaya á buscarse en mis pocos años. El simple buen sentido basta por sí solo para apreciarlo con exactitud. Y si á esto se añade que es muy poco ó nada lo que he dicho de nuevo, que las armas para el combate las he templado en el gran crisol de la ciencia societaria, resultará ser hasta escasa la originalidad de mi libro, y nulo su valor. No se me atribuyan, pues, pretensiones que no tengo. Contentaría-

me ¡Dios lo sabe! con haber revindicado la verdad y el derecho, que eso bastaria á satisfacer en mí, si no cierto amor propio del escritor, del que me hallo por fortuna exento, al menos el sentimiento de lo verdadero y de lo justo, que reside principalmente en la conciencia del sencillo ciudadano.

Hubiera seguido analizando capítulo por capítulo el resto del libro DE LA PROPIEDAD, pero despues de pensarlo bien me ha parecido que seria tarea algo estéril y enojosa, atendiendo á que, con la pretension de criticar juiciosamente las principales teorías modernas, *Mr. Thiers* hace un trabajo tan indigno de su alta fama y talento esclarecido, que no es de estrañar haya gentes suspicaces que piensen que este personaje desconoce de un modo absoluto todos los sistemas sociales que en pocos años han transformado la Opinion y conquistado á su bandera intereses tan respetables. Parece no juzgarlos mas que por sus diversas fórmulas, y aun esto con tal ligereza y nimiedad, desnaturalizando y confundiendo todo de una manera tan lastimosa, que me ha hecho dudar mil veces de aquello mismo que yo habia leido y estudiado. Asi que me parece preferible y de mas resultados consa-

grar un volumen esclusivamente á la esposicion y comentarios de las diversas escuelas modernas que se dividen la opinion, porque van tomando grandes proporciones materiales para que unas por mas, otras por menos, todas ellas dejen de entrar en la organizacion del porvenir. (1)

No quiero decir con esto que pretenda hacer un buen libro, esto es, un libro en que escoja la verdad absoluta por punto de apoyo. En épocas tan estraordinarias como la nuestra, en que se reasumen con tan espantosa energía todas las guerras, conmociones y dolores que han desgarrado el seno de la humanidad; en épocas de tal elaboracion intelectual, de luchas tan profundas; entre las comenzadas ruinas de un mundo que de viejo se disuelve, y sobre los andamios, digámoslo asi, de otro nuevo que se construye; ante ideas tan opuestas, ante tantos y tan diversos sistemas, ante pasiones tan exaltadas, ante intereses tan alarmados, ante peligros tan inminentes, no puede ser mas crítica la situacion de un jóven que se presenta con nobleza á unir su vida intelectual á todas las vi-

(1) Este volumen, que constituirá la segunda parte de la *Cuestion Social*, se repartirá ya encuadernado, y lo antes posible, á los señores suscritores.

das intelectuales de su época, sus buenas intenciones á todas las buenas intenciones del momento. Su razon tiene que pasar por grandes luchas internas y esternas, por grandes castigos, por modificaciones notables, hasta llegar á disciplinar sus juicios y sistematizar sus ideas. Necio por lo tanto, y sobre necio ridículo, seria el engañarme á mí mismo y engañar á los demás, pretendiendo formular como apotegmas mis primeras inspiraciones. Lejos de eso, ya sea por mi corta edad, ya por la índole de mi época, ya por lo humilde de mis facultades, ó á la vez por las tres cosas, ello es que tengo la conciencia clara de que nada sé, acaso porque no deba ni pueda saber mas. En las horas de solitaria concentracion, yo me niego y me afirmo á mí mismo, conmigo mismo estoy en paz y en guerra, dudo y dejo de dudar para volver á la duda y devorarme en ella.... A la idea de la humanidad late con violencia el corazon, mi razon se agita, vuela mi pensamiento, mi aspiracion se eleva... Siento, pienso, comparo, lucho, espero, dudo, veo, veo todavía, y de repente... ¡nada veo de repente sino el caos! ¡Estado horrible! ¡Anarquía interior del hombre! ¡Tremendas luchas de la razon! Es el medio esterior re-

flejado en nosotros mismos; es el individuo reasumiendo su época. ¡Oh! ¡Y quién será el osado que marche con pie firme sobre un suelo conmovido!.. Yo no puedo, yo no puedo..! A la altura en que mi razon se encuentra, solo me es dado comprender, pero esto perfectamente, con suma claridad, que el mundo está levantado sobre la injusticia y el error, y que es preciso levantarlo sobre la verdad y la justicia.

Comprendo asimismo:

Que la ley de la humanidad es el progreso.

Que este progreso se manifiesta varia pero constantemente.

Que la aspiracion contemporánea hácia un estado mejor es la consecuencia de ese progreso.

Que esta aspiracion universal, inmensa, desde el momento que es lógica, está de acuerdo con la tradicion.

Que en este sentido representa 50 siglos de grandes esfuerzos y rudos padecimientos; 25 siglos de filosofía, 18 de cristianismo, tres de ciencia y de alta industria, y las atracciones de la humanidad viviente que gravita poderosa hácia tiempos mejores.

Que pretender ahogar este gran *desideratum* del siglo, este sentimiento ardiente de emancipacion social que á la hora en que estamos y bajo distintas formas se desprende de la conciencia de todos los pueblos civilizados, es un delirio.

Porque delirio fuera tratar de impedir el cambio orgánico impuesto por la naturaleza en la época de la pubertad de los séres.

Porque delirio fuera tratar de contener el curso de los grandes rios.

Y delirio es tratar de detener el curso de la historia;

Y delirio es querer contener el desarrollo de la vida universal.

Que la hora de la descomposicion ha sonado.

Que la hora de la recomposicion va á sonar.

Que en este momento de la historia, la naturaleza pesa sobre las sociedades humanas.

Que es una presion superior, poderosa, transformadora, una ley invencible, fatal, la que lleva al mundo á su reconstruccion.

Que es la accion omnipotente y decisiva de sus fuerzas moleculares.

Que el hombre no es dueño de *comprimir* el movimiento impulsivo de estas fuerzas;

O que seria comprimir la pólvora en la mina

para aumentar su esplosion y sus estragos.

Que no puede mas que *arreglar*, *dirigir* ese movimiento.

Que en el primer caso, el torrente devastará.

Que en el segundo, rio vivificante y tranquilo fecundará las tierras del porvenir.

Que en uno y otro caso se verificará el fenómeno palingenésico de la renovacion.

Porque es una necesidad de la especie, enérgica, apremiante, natural ó providencial;

Y una necesidad de un modo ó de otro hay que satisfacerla.

Porque es ley de toda vida ascensional progresar, desenvolverse y transformarse;

Y no hay fuerzas humanas que resistan á esta ley.

Porque toda grande creacion es precedida del caos;

Y del caos universal de nuestros dias habrán de surgir los elementos del órden universal.

Porque la rehabilitacion, en fin, del Hombre-humanidad está escrita de antemano por el dedo de Dios en el libro de los destinos, y señalada para nuestros tiempos en el cuadrante de la historia.

Esto, digo, es lo único que creo que sé; esto lo único que sé que creo; esto lo que, si me estuviera bien, atreveríame á asegurar.

Colocado en la confluencia de un mundo que se vá y de otro mundo que viene; entre estas dos vertientes de la historia humanitaria, mi escasa inteligencia no alcanza á ver de un modo claro, ni girar puede segura en los dominios del porvenir. Mas allá del dia presente todo lo encuentro confuso, en estado germinal. En los grandes esfuerzos del genio contemporáneo creo, sí, distinguir grandes cosas, ver acumular preciosos materiales para la reconstruccion del edificio. Creo mas: en medio de tanta confusion de sistemas y de ideas, de este conflicto general de todos los elementos sociales, de este choque violento de intereses comunes, paréceme ver la verdad pura como la antigua Venus; al través de ese espeso muro de pasiones, de intereses y de errores en que la razon corre peligro de estrellarse, creo ver venir un mundo rico, libre, feliz, liberal, de atraccion, de armonía, de justicia, de virtud... en contraposicion del viejo mundo, es decir, del mundo de la miseria, de la esclavitud, de los dolores, de la guerra,

de la anarquía, de la injusticia, del monopolio, del egoismo, de la corrupcion y del crímen. Creo, repito, vislumbrar este magnífico efecto de movimiento; mi razon, sin embargo, necesita pasar por otras pruebas y recorrer ciertas esferas, antes de producirse en obras absolutas. Pero entre tanto, y si el buen sentido y la buena fé son ya de por sí dos grandes elementos para buscar la Verdad, dejadme, yo quiero ir en busca de la Verdad! Quiero dedicarme al exámen detenido de las concepciones modernas, y feliz de mí si acierto á distinguir una verdad cualquiera de un error, un buen principio de otro perjudicial, que por nada en el mundo cambiaré esta satisfaccion.

Ageno á las preocupaciones de mis dias no me hallo dispuesto á transigir con ellas, las trataré severo; porque todos sabemos la triste historia de las preocupaciones. Aquellos que ignoran lo que es el trabajo de las ideas en la humanidad ó en un celebro activo, pueden hallar estraños algunos estravíos del genio de la Innovacion; pero eleven su inteligencia sobre el horizonte vulgar, salgan de la esfera en que la razon ordinaria se agita y comprenderán que esos estravíos, por mas que sean deplorables, no forman menos

uno de los mil accidentes que presentan los períodos de evolucion social. La humanidad en este punto de su carrera redobla sus esfuerzos para conquistar el Bien, ocúpase activamente de su suerte, trabaja mucho. Obreros atrevidos del genio, intérpretes secretos de la totalidad, tallan á porfia sus piedras, trazan sus líneas, levantan sus planos, los planos del porvenir. ¿Qué importa, pues, que algunos de estos se resientan de arbitrariedad y desproporcion?... No faltará algun ingeniero maestro que, familiar á la ciencia, perfeccione el edificio, determinando con exactitud su plan, forma y dimensiones. Lo importante es que la humanidad trabaje, que trabaje y persevere....

SISTO CÁMARA.

INDICE.

Introduccion.
LIBRO PRIMERO.
Del derecho de propiedad.
De la Sociedad Moderna.—Orígen del Comunismo. . 11
De los Derechos del hombre. 33
Bases para la cuestion social. 55
Idea histórica de la propiedad, la propiedad es una ley del hombre. 175
De las facultades personales del hombre. 187
El hombre debe trabajar para sí, no para otro.--Dos opiniones sobre la sociedad actual. 192
Orígen de la desigualdad de los bienes. 201
Atributos de la Propiedad. 216
De la Donacion. 220
De la Herencia. . . . . id.
La propiedad hereditaria completa el estímulo del trabajo. 222
De las funciones sociales del rico. 224
De la estension creciente de la propiedad. 249
La propiedad encausada por *Mr. Thiers*.—Los socialistas y la propiedad.—Argumentos del Comunismo. 250
Hoy el capital impone la ley al trabajo.—Interés real del dinero.—Organizacion de la propiedad agrícola. —Mr. Thiers y un proletario.—Condicion del cultivador. 262
Resúmen del libro primero. 295
LIBRO SEGUNDO. Del secreto de la época.—*El Comunismo*. 303
Conclusion. 365

FE DE ERRATAS.

Pág.	*Lín.*	*Donde dice.*	*Léase.*
31	17	alguna cuestion.	ninguna cuestion.
126	17	entre la hordal del salvage. .	Entre la horda del salvage.
144	2	todas las garantias.	todas las ganancias.
145	15	que hace nos consideramos. .	que hace nos consideremos.
157	10	que atiende á unos intereses y descuida á otros.	que atiende á unos intereses y descuida otros;
167	7	la accion de ninguna ley debe entenderse hasta el empleo de mis ganancias.	la accion de ninguna ley debe estenderse hasta el empleo de mis ganancias.
202	30	al amago de matarlo, si no de hambre, ...	al amargo de matarlo sino de hambre,
227	25	Fio en el buen riterio. . . .	Fio en el buen criterio.
234	21	Esta forma social que debe invertir.	Esta forma social que deba investir.
230	10	Sea fácil averiguar la procedencia de las diferentes propiedades de las que desde su origen.	See fácil averiguar la procedencia de las diferentes propiedades, de las que desde su orígen...
321	25	imitando los provechos. . .	limitando los provechos.
348	29	constituye en su ciencia. . .	constituye en su esencia.
382	23	desenvolviendo las formas y agigantándose, á medida se pretendia combatirlo. . . .	desenvolviendo sus formas y agigantándose, á medida que se pretendia combatirlo.